
EL
SUEÑO
DEL
ATARDECER
ALEX BERMÚDEZ

EL SUEÑO DEL ATARDECER

Álex Bermúdez

Derechos de autor © 2026 Álex Bermúdez

©Todos los derechos reservados.
©El sueño del atardecer
Tik Tok e Instagram: @alexelbardo_

Diseño de portada:Alba N. F. (@Kalisdice)
Corrección y maquetación: Ediciones Vuelo
Primera edición: febrero de 2026
Depósito legal: C52-2026

Impreso por CreateSpace Independent Publishing Platform Edición especial para Amazon. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

Derechos de autor
Capítulo 1: Qué ha podido pasar?
Capítulo 2: ¿Cómo nos conocimos?
Capítulo 3 Una vida sin ti
Capítulo 4: Nuestra primera vez
Capítulo 5: Advertencia
Capítulo 6: Nuevo comienzo
Capítulo 7: No puede ser real
Capítulo 8: Es real, está pasando
Capítulo 9: Temores
Capítulo 10: Y yo a ti
Capítulo 11: Sígueme
Capítulo 12: ¿Qué hacer cuando no sabes qué hacer?
Capítulo 13: ¿Vienes conmigo?
Capítulo 14: Primer viaje
Capítulo 15: No ha pasado nada
Capítulo 16: Bajo el mismo techo
Capítulo 17: No aguanto más
Capítulo 18: ¿Eres tú?
Capítulo 19: Este soy yo

Capítulo 20: Lugh, dios del sol
Capítulo 21: La verdad
Capítulo 22: Estamos en peligro
Capítulo 23: Lo hago por ti, perdóname
Capítulo 24: La nueva normalidad
Capítulo 25: Citación
Capítulo 26: Pinta mal
Capítulo 27: La reina de Avalon, Morgana
Capítulo 28: Historia antigua
Capítulo 29: Encuentros en la tercera fase
Capítulo 30: Quizás es hora de que aceptemos la profecía
Capítulo 31: Juntos somos más fuertes
Capítulo 32: Tu auténtica naturaleza
Capítulo 33: El ultimo druida
Capítulo 34: Víspera
Capítulo 35: El Consejo de los dioses
Capítulo 36: El druida que pasó a la historia
Capítulo 37: ¿Y si en lugar de discutir, os despedís?
Capítulo 38: Adiós, Merlín
Capítulo 39: Las Puertas del Inframundo
Capítulo 40: La destrucción y el fin
Capítulo 41: Determinación
Capítulo 42: Sacrificio
Capítulo 43: No puede ser de otra manera
Capítulo 44: Nuevo Orden
Capítulo 45: El sueño del atardecer
Epílogo
Agradecimientos

Biografía

Para aquellos que tienen sueños y se pierden en ellos…

CAPÍTULO 1:
¿QUÉ HA PODIDO PASAR?

LUCAS



Me giro de un lado a otro de la cama. Perezoso y con muy pocas ganas de empezar el día, abro los ojos. Observo cómo desde el ventanal de mi habitación ha comenzado a salir el sol, me quedo ensimismado viendo cómo amanece. Me incorporo hasta quedarme sentado en la cama y soy consciente de que la parte izquierda de aquella está vacía.

—¿Dónde está este chico ahora? —digo en voz alta, como si mantuviera una conversación conmigo mismo.

Me levanto, separo las sábanas blancas y el nórdico verde bosque para dejar que se airee un poco.

Voy al baño, abro el grifo, juntó las manos cogiendo un poco de agua y me la echo en la cara. Ya soy consciente de quién soy y de qué hago en esta vida. Mientras me seco la cara, reparo en un papel que está pegado en el espejo. Lo cojo con cuidado.

No es verdad lo que estoy leyendo.

«No me busques, sigue adelante y procura ser feliz. Siento las formas. Te quiero».

—Noel, ¿me estás tomando el pelo? —digo en voz alta y molesto, mientras me desplazo por los 45 metros cuadrados que tiene nuestro piso—. No tiene ninguna gracia.

Cuando confirmo que no está en ninguna estancia del piso, cojo mi móvil del escritorio de la habitación, siempre lo dejo alejado de la cama para no dormir cerca y no depender tanto de él.

Agitado y preocupado lo desbloqueo. Voy directo a WhatsApp y veo que no tiene su foto de perfil. Escribo un mensaje y se lo mando:

«¿Dónde estás? No me está haciendo gracia esta broma…, estoy preocupado».

Solo aparece un tic.

—Vale, estoy bloqueado. Voy a llamarlo. Me va a oír — digo sulfurado a punto de perder los nervios.

Abro la agenda y selecciono su contacto. Pulso el botón de llamar.

—El teléfono al que llama no existe —me dice una voz robótica y, a continuación, se escucha un pitido.

Cuelgo, reviso que todos los números del contacto estén bien y lo intento de nuevo.

—El teléfono al que llama no existe —Y otra vez el pitido.

Lanzo el móvil encima de la cama frustrado y a punto de perder los nervios. Cojo la nota de nuevo. La miro, por delante, por detrás; la giro de todas las maneras posibles. Incrédulo, me siento en la cama y la releo por enésima vez. La suelto dejándola caer al suelo y me llevo las manos a la cara. Siento como si algo se rompiera en mí, como si un vacío me hubiese apoderado, pero no alcanzo a saber de qué se trata.

Después de veinte minutos en *shock*, sigo sin entender qué ha pasado. Me acuesto en la cama y miro el techo. En mi cabeza se agolpan miles de pensamientos y preguntas, la que más suena, hasta el punto de que siento como si me gritase, es: ¿qué ha pasado para llegar a esto?

Cojo su almohada de la cama y hundo la cabeza en ella.

—Huele a él —susurro mientras la acerco todavía más a mi cara. Al pasar dos minutos, me la quito de encima y sigo dándole vueltas a la cabeza.

No entiendo nada, nosotros nunca discutimos, hemos sido un equipo y hemos estado el uno para el otro desde que nos conocimos. Siempre hemos hablado de todo lo que nos pasaba por la cabeza y por el corazón. Nunca nos hemos hecho daño ni hemos sido rivales; solo era yo con él y él conmigo, sin miedo a que no pudiéramos aceptar algún aspecto el uno del otro. No hemos tenido ningún problema o discusión en los dos años que llevamos juntos, solo hemos debatido y nos hemos llevado la contraria por películas, libros o alguna situación en la que él buscaba molestarme para divertirse, pero eso no son problemas.

Estoy justificando mi relación y el por qué no puede haberme abandonado de esta manera, sin una despedida, sin una palabra, sin un motivo.

Rescato el móvil de la parte de la cama donde había caído cuando lo tiré y miro la foto que nos hicimos hace tan solo dos días cuando fuimos a la fiesta de inauguración del piso de mi amiga Mara. Pienso en ella, mi amiga de la carrera que durante casi diez años ha sido mi Pepito Grillo, mi brújula moral en todas las decisiones de mi vida. Automáticamente, al pensar en ella, me viene a la cabeza Diana, mi amiga de la infancia con la que me he criado y con la que tantos momentos de vida he compartido. Abro el WhatsApp y entro en nuestro grupo: «Los pinchos del cactus». En él escribo un mensaje que no sé muy bien cómo redactar ni qué decir, por lo que opto por algo breve y directo: «Chicas necesito que nos veamos, ha pasado algo con Noel».



Llaman a la puerta. Voy hasta ella y la abro.

Tras el umbral está Diana, con su larga melena marrón y lisa. Ya trae puesta su cara de preocupación tan característica de ella, sus ojos me transmiten cariño y comprensión. Me mira de arriba abajo y

sonríe, haciendo más visibles sus singulares pecas. A su lado está Mara, ambas son casi de la misma estatura, pero Mara es uno o dos centímetros más baja. Su pelo rizado oscuro y sus gafas son muy particulares, sabría reconocerla de espaldas entre la multitud perfectamente. La cara de Mara transmite más dureza y enfado, su sobreprotección por las personas que quiere puede ser una gran virtud o puede suponer una enajenación para ella y los demás.

Las miro fijamente y antes de poder decirles que pasen, ambas se lanzan a mí para abrazarme. Nos fundimos en un abrazo que parece eterno y me transmite amor y paz.

—Gracias por venir. Os necesitaba —alcanzo a decir con la cabeza hundida entre el hombro derecho de Mara y el izquierdo de Diana.

—Vamos a entrar, te va a venir bien sentarte y hablar de lo que necesites. —Diana es la que da el primer paso para que nos acomodemos y pueda contarles qué ha pasado.

Cierro la puerta y nos dirigimos al salón. Mara va a la cocina a por la cafetera que acababa de preparar antes de que llegasen. Le agradezco con la cabeza el gesto y me sirve el café.

—No sé por dónde empezar…, pero lo resumiré todo en que Noel ha desaparecido de casa y he intentado contactar con él, pero no hay forma —digo con la mirada perdida en la taza.

Sé que no voy a llorar delante de ellas, porque algo en mí se bloquea cuando alguien que me quiere está delante. No quiero preocupar a la gente, no quiero suponerles una carga. Es un pensamiento de mierda, pero es algo que llevo trabajando un tiempo y aún no he conseguido. Suerte que cuando estoy solo aún puedo soltar alguna lágrima, si no ya hace años que hubiera reventado, pero con ellas no. Ya bastante me fastidia estar en esta situación y tener que haberlas sacado de sus vidas por esto.

Ambas están calladas. Veo cómo sus cerebros están buscando las palabras que puedan ser de ayuda. Sin embargo, el silencio se hace incómodo, por lo que me levanto y cojo la nota del escritorio que he estado analizando todo el día como un idiota.

—Bueno… me dejó esto pegado al espejo del baño. —Mara lo agarra y Diana se acerca a ella para poder leerla.

Después de un minuto eterno, Mara es la primera en hablar:

—¿Estabais mal o discutisteis anoche? —inquiere confundida y con cuidado, sabe que en un momento así hasta la pregunta más simple puede dañar.

No consigo decir nada, tan solo me limito a negar con la cabeza. Diana se levanta y se sienta a mi lado. Me rodea con su brazo izquierdo, noto cómo desprende calor y eso me tranquiliza; me siento como un niño entre los brazos de su madre.

—Lucas, sea lo que sea lo que le ha pasado por la cabeza, no tienes la culpa y mucho menos has hecho algo para empujarlo a que desaparezca de esta manera —dice Diana mientras sigue abrazándome.

Mara se levanta, se pone a mi izquierda y, en la misma posición que Diana, me acaricia el pelo y me susurra:

—Todo estará bien. Sabes cómo es Noel, lo mucho que significas para él; nunca te dejaría de esta manera. Dale tiempo. Esto no significa que lo tengas que perdonar o justificar, pero me gustaría que no te responsabilices de las acciones que hace otra persona. Nos tienes aquí para todo. Te quiero mucho.

Y, en medio de mis dos amigas, me siento seguro por primera vez en todo el día.

—Aunque esto no exime a Noel de una hostia bien dada cuando vuelva de mi parte —amenaza inesperadamente Diana. Esto es más propio de Mara, no me hubiera imaginado que fuera ella la primera en recurrir a la violencia física de los tres.

Sorprendidos, Mara y yo la miramos y no podemos hacer más que reírnos.

Asiento con la cabeza y digo:

—No te preocupes, si aparece se la daré de tu parte.

Les cuento todos los detalles y mis sensaciones cuando encontré la nota. Les explico que llamé al trabajo para teletrabajar hoy, utilizando la excusa de que me dolía la cabeza y tenía una tos muy ruidosa que solo iba a estar molestando, por lo que era mejor que hiciese el trabajo desde casa. Ellas bromean con la tos y el dolor de cabeza, nos reímos un poco y busco cambiar de tema preguntándoles por su vida.

Después de dos horas hablando y varios bostezos por mi parte —que muestran que el cansancio está haciendo mella en mí—, deciden que es mejor irse y dejarme descansar porque he tenido un día muy intenso.

—Nos vamos, pero si necesitas que me quede a dormir porque no quieres estar solo, tú dímelo. O si ves que dentro de un rato necesitas compañía, llámame. —Abre la puerta con cuidado para no hacer ruido; así es Mara: no molestar para que no te molesten.

—Exacto. Tú llámanos y pide, estamos aquí para lo que necesites —confirma Diana abrazándome.

—Chicas, muchas gracias. Ahora mismo me viene bien descansar y estar solo. Si veo que me agobio y necesito algo, os aviso. Gracias. Os quiero —les digo mientras acerco a Mara para abrazarnos los tres.

—¡Hasta luego! —exclamamos los tres a la vez. Veo cómo se meten en el ascensor y cierro la puerta.

Arrastro los pies como si fuera un alma en pena por el pasillo hasta la habitación. Con la cama todavía deshecha, el móvil encima del escritorio y la nota de Noel al lado, decido tumbarme.

Veo el reflejo de la luz naranja entrando por el ventanal. Me acerco y me quedo pensativo viendo el crepúsculo. Mientras el sol comienza a ocultarse, yo no puedo hacer otra cosa que pensar en que este atardecer es muy parecido al que había el día que conocí a Noel.

CAPÍTULO 2:
¿CÓMO NOS CONOCIMOS?

LUCAS



Remoloneé en la cama, giré de un lado a otro buscando la postura correcta. Después de un par de segundos buscando en mi cabeza las respuestas a las preguntas de quién era y qué hacía allí, abrí los ojos y con ambas manos me los froté. Me levanté de la cama y me dirigí al baño.

Me coloqué delante del espejo y me miré con detalle: me vi más cansado de lo normal. Debajo de mis ojos marrones, había unos saquitos que demostraban la falta de sueño que llevaba varios días acumulando por aquel nuevo trabajo en la editorial. También observé que me hacía falta un corte de pelo con urgencia; intenté acomodármelo en un perfecto tupé castaño —necesito un poco de ayuda para que aguante todo el día y, para ello, uso algunos productos de fijación—. Le tocó el turno a los dientes. Tengo una gran dentadura —a veces es una suerte, otras no—, y en ese momento me di cuenta de que tenía una pequeña rotura en uno de los dientes de abajo.

—¿Qué hice anoche? —me pregunté a mí mismo.

Me metí en la ducha con esa pregunta rondándome la cabeza.

Una vez dentro, me lavé en profundidad, excepto el pelo, que evité mojarlo, ya que me costó acomodarlo a mi gusto.

Salí de la ducha secándome y vistiéndome rápido. Me coloqué de nuevo frente al espejo y la imagen que me devolvió fue mucho más agradable que la de minutos antes: pelo correctamente colocado; ojos despiertos; labios finos pero que escondían una gran sonrisa; barba de dos días perfectamente recortada; y un *outfit* con tono tierra que se componía de una camisa blanca, vaqueros color chocolate y unos tenis del mismo tono que la camisa. Perfecto para empezar otro día.

Miré la hora y tenía cinco minutos para hacerme un café y salir corriendo.

Me preparé uno de cápsula y lo vertí en un termo. Salí de casa y cerré la puerta haciendo un estruendo que se oyó por todo el edificio. Bajé corriendo por las escaleras, del quinto piso a la planta cero. Miré la hora: 7.00 a.m. Abrí la puerta de entrada y me dispuse a empezar el día. Para ello, saqué mi mejor sonrisa y me metí en el papel de persona alegre y social.

Tenía una hora para llegar al trabajo. Eché a andar y me fui tomando el café a medida que recorría mi pequeña ciudad, A Coruña.

Daba gusto pasear con ese olor a mar —quizás lo más incómodo de este lugar es el viento que hace—. Me iba a despeinar antes de llegar a la editorial, si me apuraba un poco podría retocarme el pelo en el baño antes de empezar.

Fui recorriendo las calles que mil veces había visto, por las que había paseado y por las que había tenido el placer de relajarme. Procuré pasar por los adoquines sin tropezar con ninguno. Vi varios parques que, por la hora que era, estaban vacíos, pero que muy pronto se llenarían de niños aprovechando los últimos días de verano.

Ya alcanzaba a ver el océano que baña la ciudad: el Atlántico, cuya agua está siempre fría. Comencé a recorrer el paseo marítimo; sabía que al llegar allí ya estaba cerca del trabajo, pero me detuve. Tenía

que aprovechar ese momento del día. Sorbí las últimas gotas de café y vi ese maravilloso cambio de guardia entre la luna y el sol, entre la noche y el día. Amaneció con el cielo despejado, por lo que tuve la suerte de ver cómo los primeros rayos de sol bañaban la costa de la ciudad y cómo el reflejo en las vidrieras de las casas, más pegadas a la costa, hacía que la luz lo inundara todo y se obrara un juego de luces mágico. Observé maravillado toda la escena.

Miré la hora: 7:55 a.m. Salí corriendo hacia el trabajo, tan solo me quedaban cinco minutos para no llegar tarde.



Volví a casa por el paseo marítimo. Mientras daba un paso tras otro, vi el ir y venir de las olas en la orilla del mar. Inhalé hondo para disfrutar más del olor a mar. Ese olor me recordaba a todas las veces que había ido allí de niño, de adolescente y de adulto; todas las tardes con mis amigas y amigos tomando el sol, jugando al Uno y viendo el atardecer. Es un lugar seguro para mí, es todo lo que necesito cuando estoy nervioso o estresado con la vida adulta o cuando tengo algún problema o decisión que tomar.

Tuve la suerte de que, en ese momento del día, casi no se oía nada. Ese lugar transmitía una gran tranquilidad poco común, ya que solía estar lleno de gente, yendo y viniendo sin parar. Aproveché esa calma y decidí sentarme en un banco de piedra a pensar y procesar todo lo que había vivido ese día ajetreado.

Me volvieron a hablar durante dos horas sobre la identidad de la empresa, los objetivos que perseguíamos como equipo, las necesidades que teníamos que cubrir, el procedimiento que se debía seguir con cada papeleo, con cada manuscrito, con cada posible cliente y un largo etc. A media mañana ya estaba sobrepasado de información. Suerte que mi jefa era maja y mi compañero, el que me estaba supervisando durante los tres meses que duraba mi beca, era comprensivo, simpático y siempre tenía una sonrisa.

Levanté la vista y me di cuenta de que estaba a punto de atardecer.

¡Qué maravilla! Pocas veces tenía la oportunidad de ver uno. Ese momento crepuscular donde la noche y el día conviven en un mismo tiempo y lugar. Tiene explicación científica y la entiendo perfectamente, pero me gusta pensar que es algo mágico. Todo ello es fascinante, no solo el movimiento y el cambio en sí mismo. Ese momento resulta estar bañado en una esencia especial y única. Aunque se repita todos los días, ningún atardecer es igual a otro, cada uno es excepcional e irrepetible.

Pasaron quince minutos desde que me había sentado y pude calmar mis pensamientos y relajar mi corazón que estaba emocionado de ese nuevo sueño que había empezado a vivir. Me levanté y observé a alguien más en el banco de al lado.

Lo miré con cuidado, no quería que se diera cuenta de que lo estaba observando. Era un chico, más o menos de mi edad, unos veinticinco o treinta años, moreno y con barba, un poco más bajito que yo y con unos ojos verdes realmente bonitos. No me di cuenta, pero me quedé admirándolo y no estaba siendo todo lo discreto que me hubiera gustado.

Él me devolvió la mirada y me sonrió. Yo me derretí por dentro.

Me sonrojé, y él se acercó.

—¡Hola! Soy Noel —se presentó dándome la mano y no puede evitar sonrojarme aún más—. Menudo espectáculo de atardecer, ¿verdad?

—Encantado. Soy Lucas. La verdad es que sí, hoy ya vi el amanecer desde aquí y ahora el atardecer. Es un gran lugar para disfrutar de este momento del día —le dije, sonriéndole con nerviosismo. Noté que me temblaba la voz y que tenía que pensar mucho todo lo que decía; no quería que se me notara nervioso y estaba consiguiendo lo contrario.

—Mmmm, así que eres un fan de estas cosas. Tendré que venir a ver más atardeceres por aquí, quizás así sonría tanto como tú —comentó Noel, con un gesto de simpatía y picardía—. Ha sido un placer, Lucas. Hasta el próximo atardecer.

Noel se despidió yéndose en dirección contraria a la mía. Me quedé como un bobo mirando cómo se alejaba ese adonis de hombre, que, aparte de guapo, era increíblemente simpático. No sabía si me había pedido vernos de nuevo al día siguiente, o tan solo había sido un simple «ya nos veremos».

«Mañana, sí o sí, vuelvo aquí», me dije siguiendo mi camino a casa.

CAPÍTULO 3:
UNA VIDA SIN TI

LUCAS



—¡NOOO! —grito y abro los ojos.

Miro agitado a cada rincón de la habitación. He tenido una pesadilla. Siento que mi camiseta y mi pantalón están húmedos, me toco la frente y noto cómo las gotas de sudor se me empiezan a pegar a las manos. Me levanto de la cama, me dirijo al escritorio y miro la hora. Las 6:00 a.m.

—Para una hora que me queda, mejor me preparo con calma —murmuro para mí mismo.

Quito toda la ropa de la cama, junto con la mía, y la echo al cesto de la ropa sucia. Me anoto mentalmente: lavarla al llegar. Camino desnudo por la casa, sin prisa, y justo antes de llegar al baño, me detengo frente al retrato que pintó Noel.

En él, aparecemos sentados sobre una roca, de espaldas, en nuestro lugar favorito. Todo está cubierto por un verde intenso, y pequeñas motas de luz amarilla simulan el baile del sol colándose entre las ramas del árbol. Aunque estamos lejos y solo se nos ve de

perfil, puedo reconocernos perfectamente. Estamos uno frente al otro riendo.

Niego con la cabeza, intentando contener todas las emociones que se me apelotonan en el corazón, y sigo caminando hacia el baño. Abro el grifo de la ducha y comienzo a lavarme en silencio. Al cabo de quince minutos, ya estoy totalmente preparado y acomodándome el pelo delante del espejo. Me hago un café para llevar y decido salir a la calle.

Sé que he salido de casa extremadamente pronto. Todavía me queda una hora y diez minutos para entrar a trabajar, pero necesito pasear y que me dé el aire.

De camino al trabajo, observo como todas las cafeterías y tiendas que me encuentro están cerradas. No se ve a nadie en la calle, excepto a un señor que está paseando a su perro. Al pasar por al lado, me da los buenos días y yo con una sonrisa se los devuelvo. Sigo andando en dirección al paseo marítimo.

Antes de llegar, me paro en un parque que tiene un tiovivo. No es el típico con caballo, sino la rueda que tiene dos asientos y da vueltas cuando alguien la empuja. Me siento en ella, la hago girar con la fuerza que hacen mis pies en el suelo y, mientras todo da vueltas a mi alrededor, recuerdo la risa de Noel.

Hemos estado en este parque de noche varias veces; cada vez que volvíamos a casa de una fiesta, de una cena o de alguna quedada con amigos, parábamos aquí y le hacía gracia ver cómo le pedía o, más bien, gritaba para que parase de darme vueltas porque me estaba mareando. Al final siempre acababa saltando dentro de la rueda mientras giraba, me agarraba, me ponía de pie y me decía:

—Vivimos en una atracción mucho más grande que gira a una velocidad mucho mayor que esta y tú, míster sonrisa bonita, vas por ahí tan ricamente. Es cuestión de perspectiva que disfrutes más del giro.

Me encanta cuando se pone filosófico y me hace pensar; lo disfruto porque mis mejores ideas y pensamientos más divertidos han venido al hablar con él.

El tiovivo comienza a desacelerar y acaba parándose. En ese momento, siento como si el tiempo también se hubiera detenido. Los

árboles no se mueven con el viento, el sonido lejano de los coches tampoco se oye, no alcanzo a detectar ningún olor. Sentado en la misma posición, oigo: «Es cuestión de perspectiva». Todo comienza a moverse de nuevo y vuelvo en mí. Siento como si hubiera estado en trance desde que me subí a esta rueda. Me levanto, saco una pierna, luego la otra, y me seco el surco que ha dejado una lágrima al rodar por mi cara.

Continúo la marcha hacia el paseo marítimo.

Llego y veo que hoy no va a amanecer para mí. Está entrando un grupo de nubes que tapan al sol. Decepcionado, me siento en un banco para tomarme el café. Cojo mi teléfono y comienzo a mirar las noticias de los nuevos lanzamientos de libros e imagino cuándo tendré la oportunidad de que alguna de mis historias aparezca en ese listado. Me quedo pensativo, mientras la pantalla de mi móvil se bloquea. Me doy cuenta de que, de un momento a otro, me he puesto a pensar en lo que no he logrado y en mi situación con Noel. No puedo más que querer meterme de nuevo en la cama y no pensar. Sin embargo, me levanto de un salto y me dirijo a la editorial para trabajar. No voy a fingir una sonrisa, pero tampoco me voy a permitir no seguir girando.



La hora de la comida la he dedicado a comer rápido para adelantar todo el trabajo posible y poder salir antes, con el objetivo de ir a entrenar. Necesito quemar esta energía negativa y, con suerte, anestesiar mi cabeza un rato. Sin olvidar que necesito moverme un poco; la silla de la oficina no es precisamente ergonómica, ni cómoda.

Voy andando a mi gimnasio de confianza. Hoy voy a una sesión de boxeo, me va a ayudar a liberar las endorfinas que necesito. Y luego me quedo a una sesión de yoga que me sirve para trabajar la flexibilidad y reducir la contaminación que tengo en la cabeza. Hablo con el entrenador de trabajo y otras cosas banales. También dirijo algunas palabras a mis compañeros y compañeras de

entrenamiento. Doy gracias de que nadie me haya preguntado cómo es que hoy no ha venido Noel a ninguna de las clases.



Ahora que he acabado, me voy a la ducha y me quedo bajo el agua caliente un buen rato, esperando a que mis cervicales se relajen antes de irme de vuelta a casa.

Ya preparado y sintiéndome, por un momento, una persona totalmente nueva y renovada, me doy cuenta de que tengo que afrontar el camino de vuelta y lo que significa llegar a una casa vacía que solo me recuerda el hecho de que a mi novio se lo ha tragado la tierra. Un paso tras otro, pero en la dirección contraria a mi hogar.

Me detengo en el parque de Santa Margarita. Este lugar parece un bosque enorme dentro de la ciudad. La altura de los árboles y su color verde oscuro son preciosos y acogedores; la verdad, consigue hacerme sentir lejos de la ciudad aun estando en ella. Justo lo que necesito en este momento: coger distancia. Además, tiene en el centro lo que conocemos como la Casa de las Ciencias y, dentro de ella, el planetario. Pero hoy no voy a ir a ver las estrellas. Prefiero perderme entre los árboles. Levanto un pie, después el otro, y así continuamente, hasta que encuentro una roca en la que decido sentarme. Me pongo los auriculares, pulso *play* y comienza a sonar la canción *Rewrite the Stars* de la película *El Gran Showman*. La canción retumba en mi cabeza y en mi corazón; es una de mis favoritas y con la que siempre he identificado mi relación con Noel. Necesito escucharla una y otra vez; me hace sentir más cerca de él. Cierro los ojos y me dejo llevar. Cuando los abro, veo una especie de neblina luminosa. Es como una niebla densa, con un brillo especial, similar al de las estrellas. Es muy extraño y hermoso a la vez. Miro en todas direcciones, pero no veo a nadie. Hace un momento, el parque estaba lleno de personas con sus perros, y la zona de juegos estaba repleta de niñas y niños.

—¡Qué raro, no hay nadie! En esa dirección debería estar el edificio de la Casa de las Ciencias, pero no hay nada —digo en voz baja para mí, empezando a inquietarme.

Sigo viendo cómo esa neblina sigue cubriendo el cielo y gran parte del parque. Sin embargo, no me da miedo; todo lo contrario: me atrae. Me quedo totalmente ensimismado con el baile de las luces hasta que, desde la lejanía, puedo sentir que alguien me está mirando.

Intento identificar de quién se trata, pero está muy lejos. De pronto, oigo como me susurran al oído:

—Bienvenido.

De golpe, abro los ojos y me encuentro sentado en la roca, como si no me hubiera movido ni un paso, como si me lo hubiera imaginado todo.

—Ha sido como un sueño, pero no se sentía como tal —me digo a mí mismo para sentir que no estoy enloqueciendo.

Aunque, pensándolo bien, no sería tan extraño. Entre que no duermo, mi cabeza no para de pensar, y busco mil maneras de evadirme, no sería tan raro que me empiece a quedar dormido en cualquier sitio.

La canción ha vuelto a comenzar otra vez; a saber cuántas veces ha estado sonando. La paro y pongo una *playlist* más animada y menos romántica: *Mix Reggaeton*.

Al ritmo de *Gasolina*, me dirijo al paseo marítimo. Necesito ver el atardecer. No pude ver el amanecer antes, así que espero poder ver este ahora. Acelero el paso para llegar a tiempo y disfrutarlo.

Llego cuando quedan unos cinco minutos para que atardezca. Me siento en el mismo banco de siempre, ese en el que tantos recuerdos he creado y en el que tanto he sentido. Me quedo mirando la piedra blanca de la que está formado: es una estructura de una sola pieza, sin pulir y bastante fría. Al estar tan cerca del mar, aunque el sol le dé gran parte del día, no acumula el calor.

El sol comienza a bajar poco a poco y ya casi no se puede ver. En este momento crepuscular, veo esa misma neblina luminosa del parque. Fijo la mirada en el horizonte y no logro identificar bien a qué se debe este fenómeno. Me quedo embobado viendo cómo

desaparece el crepúsculo y cómo la noche se apodera del cielo. Al fijarme bien en la orilla, me parece ver una silueta que me resulta familiar, pero cuando pestañeo ya no está.

—Me lo habré imaginado. —Cabizbajo, no puedo evitar que en mi cabeza se agolpen los recuerdos de las primeras veces con Noel.

CAPÍTULO 4:
NUESTRA PRIMERA VEZ

LUCAS



Llegaba el momento del atardecer. Sin embargo, el paseo marítimo estaba abarrotado de gente, pero no vi al chico guapo del día anterior. Poco a poco, el sol descendió sobre el horizonte hasta tan solo ver la infinidad del mar y un cielo anaranjado que ya se tiñó de violeta. Cabizbajo, porque llevaba desde la tarde anterior imaginándome cómo sería ese momento con Noel, solo alcancé a sentarme en el mismo banco.

—Pfff, creo que me monté una película que solo yo quería ver —pensé a la vez que cogía el móvil del bolsillo. Vi que eran las 21:16 p.m. Decidí que lo mejor era ponerme en pie e irme a casa.

Justo cuando me había alejado tan solo un par de metros, alguien subió por las escaleras que daban a la playa y me dijo:

—¿Ya te vas? —Esa voz grave me hacía poner toda mi atención en los labios de quien la emitía.

—La verdad es que sí. Ya se puso el sol y mañana toca trabajar de nuevo. —No paré de sonreír mientras pronunciaba una palabra tras

otra.

—¡Jo! Es una pena. ¿No te gustaría quedarte un rato más? Se ve que eres el típico chico responsable, pero quédate solo hasta que salgan las estrellas. Te prometo que merece la pena perder un poco de sueño por verlas esta noche —me dijo con voz de buenazo y poniendo ojitos, como si fuera un niño pequeño emocionado por el plan que acababa de proponer.

—¡Vaya! Qué pasión. No recuerdo que hoy haya ninguna lluvia de estrellas, luna llena u otro fenómeno, pero si lo dices con tanta emoción, quizás debería quedarme un rato y verlo con mis propios ojos —acepté su invitación con una enorme sonrisa en la cara. Él, con un sutil movimiento de cabeza, me indicó que bajáramos a la playa y yo, por puro instinto, lo seguí.

Comenzamos a descender las escaleras de piedra que nos llevaban del paseo marítimo a la playa. Noté, cuando llegué a la arena, como mis pies comenzaron a hundirse y recordé lo incómodo que era caminar con los tenis por la arena, por lo que decidí parar y quitármelos. Cuando Noel vio lo que estaba haciendo, me imitó y se descalzó. Dejamos los tenis con nuestras cosas apoyadas en la arena, en un lugar que no perdimos de vista, aunque nos estábamos moviendo.

—¿Qué te parece si paseamos por la orilla hasta que salgan las estrellas? —me preguntó mientras me guiñaba el ojo y sonreía de forma tierna. Cuantos más minutos pasaba con él, más veía la ilusión y energía que tenía. Parecía un niño en el cuerpo de un adulto.

—Sí, por mí genial. El agua va a estar helada, pero me va a venir bien, que tengo calor —dije de forma pícara, sin saber muy bien la intención que tenía ese chico conmigo. Sonrió y se dirigió corriendo a la orilla.

«¡Muy bien, Lucas! Esa es la manera de espantar a alguien. Soy experto en que las personas huyan corriendo», me dije a mí mismo con un tono de humor, riéndome de la situación. Corrí detrás de él y, cuando conseguí acercarme, vi cómo con su mano derecha tocaba el mar y me salpicaba entero.

—¡Uf! Estás acabado, Noel —le amenacé mientras, con las dos manos, empujé el agua como si fueran remos.

Conseguí mojarle la camiseta entera. Comenzó a quejarse del frío, por lo que se la quitó y la lanzó hasta la orilla, dejando al descubierto un cuerpo perfectamente bronceado por el sol y marcado por numerosas sesiones de ejercicio. Al verlo, hice lo mismo: lancé mi camiseta a la orilla, pero con la mala suerte de que la mitad cayó al agua.

—Creo que no voy a ser el que más mojado se vaya para casa —dijo entre carcajadas.

Cogí la camiseta para que no se mojara más y la dejé en la orilla. Noel vino detrás y se sentó. El pantalón vaquero azul que llevaba remangado tenía la parte de abajo totalmente mojada, y a él le caían gotas de agua por el pelo y por el pecho.

—Mira qué preciosidad. Y el cielo está mágico esta noche. Te dije que merecería la pena —comentó mientras miraba al mismo tiempo al cielo y a mí. Me quedé embobado viendo esos hermosos ojos que tenía, pero la curiosidad de cómo estaba el cielo me pudo, así que lo admiré. Era un espectáculo increíble.

—No suelo decirlo, pero tienes razón: merece la pena acostarse tarde por esto —afirmé, mientras apoyaba mi mano en su hombro y me sentaba a su lado—. Las estrellas tienen un brillo especial esta noche; además, parece que hay más de las habituales. Algo que es bastante raro, teniendo en cuenta toda la contaminación lumínica que hay en la ciudad.

—Siempre hay las mismas, pero hay que saber verlas. Todo es cuestión de perspectivas. A veces ellas no querrán mostrarse; otras, somos nosotros los que no sabemos verlas. Pero alguien como tú estoy seguro de que sabe cómo disfrutarlas —pronunció cada palabra mirándome fijamente a los ojos, con su mano encima de la mía. En ese momento, me mordí el labio; deseé besarlo, pero algo dentro de mí me decía que no lo hiciera. Hice caso a mi instinto y nos quedamos viendo las estrellas uno al lado del otro, sin decir nada.

Al cabo de cinco minutos en silencio, miré el reloj y me di cuenta de que había pasado una hora desde que bajamos a la playa.

Habíamos paseado, nos habíamos mojado, acercado, mirado a los ojos y compartido una magnífica visión del cielo estrellado. Sin embargo, quería saber más de él, así que me lancé y le pregunté:

—Noel, ¿de dónde eres? ¿Cuántos años tienes? ¿Estudias o trabajas? ¿Cuál es tu color favorito? ¿Cuál es tu animal preferido? —Una ráfaga de preguntas salió de mi boca como si fuera una metralleta. Confieso que la curiosidad de conocerlo me pudo, pero, una vez lo solté, me morí de vergüenza—. Perdón, quizás son muchas preguntas a la vez. Me he emocionado. Lo siento.

—Nunca te disculpes por emocionarte. No estás haciendo nada malo, solo preguntando. La curiosidad es una gran virtud, y la confianza que desprendes hacia mí, y seguramente hacia los demás, es un don —dijo con media sonrisa mientras me colocaba un mechón de pelo en su sitio—. En cuanto a tus preguntas, me presentaré de forma completa como si estuviéramos en el colegio. Me llamo Noel, tengo veintiocho años y soy abogado en una empresa multinacional que me ha destinado aquí para abrir una nueva sucursal y hacer todo el papeleo y la gestión fiscal. Mi color favorito es el naranja, como el de la puesta de sol que vimos ayer. Y mi animal es el ciervo, principalmente porque nací un 4 de enero y es mi signo en el horóscopo celta. Este animal, para los antiguos celtas, era noble, de ideales firmes, paciente y con una perseverancia inquebrantable. Todo a lo que yo aspiro.

No pude evitar sorprenderme con la explicación tan detallada que hizo. Su tono de voz, bajo y grave, que resultaba magnético, hacía que solo pudiera pensar en que quería que siguiera hablando.

—Te toca, Lucas. Contesta esas mismas preguntas, por favor —pidió mientras su foco de visión se fijaba en el horizonte del mar que teníamos delante.

—Yo soy Lucas, tengo veinticinco años y soy de aquí. Empecé hace poco a trabajar en una editorial cerca de esta playa. Mi sueño es vivir entre historias, no solo leerlas, entenderlas y vincularlas a mí, sino que también me gustaría crearlas y vivirlas. Así que se podría decir que ser lector y escritor es uno de mis sueños. Mi color preferido es el blanco porque es el resultado de la mezcla de todos los colores. Y mi animal es el pingüino, aunque no hay ninguna

razón especial por la que sea mi favorito —comenté nervioso, mirando hacia las estrellas sin perderme ningún posible movimiento en el cielo. En ese momento de silencio, mientras él estaba procesando la información, se me ocurrió preguntar:

—¿Qué animal sería en el horóscopo celta alguien como yo, si nací el 14 de agosto?

—Mmmm… te pega mucho, la verdad. Eres el salmón, una persona con gran capacidad de introspección, con un gran mundo interior, pero muy bien conectado con el mundo real y con una gran intuición. Es verdad que también pecan de solitarios y difíciles de seguir; quizás esto no se adecúe mucho a ti, pero al final todo es genérico y es una forma de interconectarnos entre nosotros y con la naturaleza. —Se rio con una ligera carcajada que no llegué a identificar si era irónica o no.

—No me gusta. O sea, tú eres el majestuoso ciervo, el señor de los bosques, elegante y perfecto. Y a mí me toca ser un salmón. Creo que prefiero el horóscopo de siempre —me reí mientras lo empujaba de forma amigable—. Creo que vas a tener que mejorar esto, porque me voy a mi casa pensando que me ves como un pez.

—No te equivoques, te veo por lo que eres. Yo tan solo he contestado a tu pregunta. Quizás mañana tengas que hacer otra distinta —confesó levantándose del sitio con cuidado y poniéndose la camiseta—. Me lo he pasado como hacía mucho tiempo que no me lo pasaba, Lucas. Espero verte en el próximo atardecer.

Me cogió de ambas manos y me ayudó a levantarme. Cogí la camiseta y me la puse; seguía mojada y me resultaba incómodo tenerla puesta. Fuimos hasta donde estaban las zapatillas, nos las pusimos y empezamos a subir las escaleras.

—Repito: tenías razón, merecía la pena quedarme y ver las estrellas. Además, conocerte ha sido un placer. —Al acabar de decir la última palabra, lo abracé. Y le repetí lo que él me acababa de decir—: Nos vemos en el próximo atardecer.

Yo comencé a andar en dirección a mi casa y él en dirección contraria. Pero al recorrer tan solo un par de metros, miré hacia atrás para poder echarle un último vistazo y vi que él me estaba mirando también. Le sonreí. Me devolvió la sonrisa y me guiñó el ojo

izquierdo. Seguí camino a casa, pero me confesé a mí mismo que me volvía enamorado de ese aparente desconocido.

CAPÍTULO 5:
ADVERTENCIA



—No puedes volver al mundo de los humanos por un tiempo o nos descubrirán a todos. Conoces perfectamente las normas. No me hagas encerrarte —dice una mujer con un aura amenazadora. Su naturaleza está a medio camino entre el «aquí estoy» de Meryl Streep y el «poderío» de Viola Davis. Simplemente luce poderosa e imponente. Con su cabello totalmente plateado y su fisionomía de guerrera amazona podría hacer temblar a cualquiera. Despierta admiración y terror a partes iguales.

Un hombre más joven, de casi su misma estatura, comienza a moverse hacia ella llegando a ponerse justo enfrente.

—No te confundas, Morrigan. Tú serás más poderosa, pero sin mí el mundo perderá la luz de la vida y el sol podría abrasar la mismísima Tierra o abandonarnos y dejarnos helar como un iceberg en medio del espacio. No volveré a caer en tus trampas. Tengo voz y voto en qué hacer con el mundo humano. No son solo tus juguetes. —El joven alza la voz sin temor a las posibles represalias.

Morrigan da un paso hacia atrás y se aleja de la orilla de la playa en la que se encuentran discutiendo. Hace un movimiento simple con la mano y abre un pequeño vórtice del que saca un pequeño papiro.

—Muy valiente por tu parte, pequeño Lugh, pero no sabes lo que sé yo. Si sigues por el camino del amor, el mundo humano llegará a su fin —sentencia Morrigan con gran firmeza, acercándose lentamente a Lugh.

Con su mano derecha le acaricia la cara y le susurra:

—El amor, siempre, en todas sus manifestaciones, es la auténtica destrucción. En este caso, será la destrucción de los amantes y del mundo. Quizás prefieras jugar con otro humano en otro lugar distinto.

Lugh le coge la mano y le dice:

—Morrigan, ¿por qué tanto desdén hacia el amor? ¿Por qué tanta fijación con lo que hago con ese humano? Nunca habías intercedido en mis asuntos, y mucho menos en los amoríos de otros dioses —dice Lugh con la voz cargada de incredulidad.

—Querido…, no soy la mala del cuento que te estás montando con ese pequeño humano. Tan solo conozco el porvenir de las cosas. No soy la diosa de la muerte y la profecía por nada. Será mejor que veas esto. —Esta vez, no acerca su mano a la cara del joven, sino que le muestra el papiro.

—En este papiro está la profecía que se me reveló en mi última premonición. Presta atención, no lo repetiré más que una vez y creo, honestamente, que entenderás por qué te pido lo que te pido.

Cuando el cielo tiemble bajo un sol que no pertenece al día, y el amor despierte más allá del velo, dos portadores sellarán su destino entre la luz y la herida:
uno forjado de fuego antiguo, y otro de carne soñadora.
Del dios dorado, caído por elección, nacerá la última aurora. Y del humano que ama sin condición, el vínculo que une lo imposible.
No es la oscuridad lo que romperá el Orden, sino la mentira vestida de necesidad. De ese engaño nacerá la

ruptura,
y los mundos, humano y mágico, colisionarán sin frontera.

Lugh, al oír la profecía, traga saliva y solo alcanza a pronunciar:

—Sabes tan bien como yo que...

—No vayas por ahí. Mis profecías se han cumplido siempre de una manera u otra. Cuando se habla de la destrucción es totalmente posible, siempre que sigamos recorriendo el camino que estamos marcando.

—Entiendo que la primera estrofa se refiere a mí y a Lucas. La segunda, hace referencia a mi caída, lo que podemos interpretar que es mi muerte. Y, por la tercera, déjame adivinar: crees que Lucas me mentirá y será el que propicie la caída de las fronteras entre ambos mundos y, por tanto, la destrucción de todo —hace una pausa para pensar en lo siguiente que va a decir—. Vienes aquí para evitarla. Por eso el encierro y la prohibición de cruzar el velo. Pero ¿cómo sabes que esto no será lo que nos lleve a ese final? —pregunta Lugh, pensativo y dubitativo, temiendo que Morrigan pueda enfadarse.

—Sencillo. El camino que estábamos recorriendo era la vida que te habías montado con el crío. Por lo que, si lo cambiamos, podemos cambiar el destino al que nos estás abocando a todos.

—Morrigan, no estoy de acuerdo. Este no puede ser el único camino. Debe haber otra manera. Necesito verlo. Necesito despedirme —dice Lugh con los ojos brillosos. La impotencia y frustración que le genera la situación se apoderan de él.

—Lugh, cuando crucé el velo, que sabes que solo lo hago en ocasiones contadas, te permití dejar una nota. No deberías despedirte. Conoces a los humanos mejor que yo, te pedirá que te quedes y tú, ¿qué harás? Te lo digo yo: te llenarás de esperanza y dirás que encontrarás la manera de resolverlo todo. Y nos llevarás a la destrucción —explica Morrigan, pero esta vez con un aire más cercano y comprensivo—. No puedo retenerte. Sabemos, tanto tú como yo que, en una confrontación entre los dos, yo te derrotaría sin lugar a duda. Pero eso no quita que yo acabe herida y agotada,

tardando siglos en recuperarme. Haz lo que quieras… por ahora. Uniré a todos los dioses y debatiremos sobre la crisis que estamos por vivir. A la sentencia del Consejo no podrás resistirte. Aprovecha este tiempo, aunque mi recomendación es que te quedes aquí.

Cuando Morrigan pronuncia la última palabra, se transforma en cuervo y se va volando hacia el horizonte.

Lugh, sin poder rebatir nada de lo dicho por Morrigan, se deja caer al suelo y, con rabia y frustración, da un golpe en la arena. Esta, al golpe, se cristaliza y se agrieta, dejando a la vista un agujero que parece una baldosa hundida. Lugh alza la vista y se da cuenta de que está atardeciendo. Se levanta, se sacude la arena y comienza a andar hacia el mar. Caminando sobre el agua, atraviesa una neblina del color del atardecer y aparece en la orilla de la playa que tan bien conoce, aquella en la que tantas veces ha estado con el chico de la sonrisa bonita.

Desde allí, mira hacia el banco donde siempre se sentaba aquel chico y puede ver que se encuentra él observando el final del atardecer. Lugh sonríe, da un paso hacia adelante, levanta la mano con intención de saludar, pero en el último momento decide dar un par de pasos hacia atrás y volver a la otra parte del velo.

Rehace todo el camino hasta la orilla donde minutos antes estuvo hablando con Morrigan. Se sienta en la arena y, mirando al cielo que comienza a teñirse con la oscuridad de la noche, recuerda la primera vez que vio a Lucas, pero no Lucas a él.

CAPÍTULO 6:
NUEVO COMIENZO

NOEL



El cielo se teñía de naranja en aquella hermosa ciudad portuaria. Hacía tan solo un día que había llegado allí. No podía quedarme más en Dublín, ya que todos mis amigos, vecinos y compañeros de trabajo comenzaban a hacer preguntas acerca de mi aspecto. Tras hacer una pequeña investigación, me di cuenta de que hacía siglos que no iba a tierras gallegas; quizás era un buen momento para volver, asentarme y reconectar con un terreno tan mágico como aquel. Brigid, la única capaz de entender el proceso de nómada al que estoy sujeto por la eternidad, reafirmó mi idea y le pareció bien que regresara a esta tierra, lugar de meigas y *mouras*.

Sentía morriña cada vez que pensaba en lo que dejé en Dublín. El proceso de abandono que vivía cada dos décadas era doloroso y, las últimas veces, resultó repetitivo. Estaba agotado de hacerme un hogar en el mundo y tener que ver cómo se desvanecía, como si nunca hubiera existido. Es irónico que mi simple existencia sea mucho más efímera que la de cualquier otro.

Allí estaba, sentado en la arena de una playa a la orilla del océano Atlántico, viendo el precioso crepúsculo de los días de verano, que comenzaban a volverse cada vez más cortos. De manera inconsciente, cogí un puñado de arena y comencé a soltarla. La caída de los granos me atrapó en un trance relajante. Repetí el proceso varias veces, hasta que oí algo que venía de detrás de mí.

—Ey, Mara. ¿Qué tal? Yo he sobrevivido a mi primer día. El lugar es de ensueño. Mi mesa es pequeña con un ordenador, pero estoy rodeado de libros, estanterías y de carteles con los títulos que han sido top ventas. La verdad es que estoy como un niño que va a Disneylandia: emocionado, incrédulo y excitado. —Oí decir a un chico moreno, un poco más alto que yo, y con una sonrisa bonita—. Te confieso que no he podido evitar imaginar alguna de mis historias como protagonista de los carteles que estaban preparando para varias presentaciones que tenemos a final de mes. ¿Te puedes imaginar cómo sería ese momento? Porque yo sí, y sería mágico… Creo que ya estoy volviendo a delirar y viviendo en el mundo de los sueños. Tía, soy un caso perdido, vivo en un castillo entre nubes; debería tener cuidado, cualquier día aterrizo de un hostión en el suelo. —Oí cómo comenzó a reírse a carcajadas. Se había hecho gracia a sí mismo y no le daba vergüenza.

Me di cuenta de que, todo ese tiempo, mientras él había estado hablando, yo había estado mirándolo, pendiente de lo que decía y hacía. Siendo honesto, era un chico atractivo, muy mono. Tenía rasgos muy comunes. Aparte de ser un poco más alto que yo, tenía unos ojos soñadores y brillantes como estrellas, el pelo marrón peinado en forma de tupé, que le daba un aire más adulto, y una sonrisa que, al mostrarla, me contagiaba alegría.

Lo miré fijamente; él todavía no se había dado cuenta de que lo estaba mirando, y dije en voz baja:

—No sé quién eres o qué haces en este mundo, pero quiero saberlo todo de ti.

Vi cómo colgó el teléfono. Miró durante un minuto al horizonte, que estaba pintando pequeñas estrellas en el cielo. Después, procedió a seguir su camino en dirección contraria a la mía.

—No te preocupes, te volveré a ver, sonrisa bonita —dije mientras sonreía y lo veía alejarse.



Al día siguiente, me senté en la orilla, justo en el mismo lugar que el día anterior. Vi cómo, en el cielo, el sol estaba haciendo el cambio de guardia y la luna comenzaba a tomar el testigo. Pasaban los minutos y no había ni rastro del chico. Seguí pendiente por si en algún momento aparecía o pasaba. Pero al cabo de un rato desistí y me quedé ensimismado mirando las estrellas.

Empecé a pensar en cómo le iría a Brigid. No poder hablar con ella siempre que quisiera era una jodienda, pero las normas eran las normas. A veces nos las saltábamos, pero no cuando llevaba tan solo tres días aquí. También pensé en cómo estarían los chicos de la oficina. Teníamos el caso de Tolkien entre manos, uno de los más importantes de nuestra carrera, un difunto productor de música que dejó a su hijo a cargo de la empresa, pero los accionistas se negaban a que fuera él quien la dirigiera por su tipo de vida, como dirían ellos: «Un *viva la vida* que solo malversará con los fondos y nos llevará a la bancarrota a todos». Nosotros defendíamos a ese *viva la vida*. Lo tenían difícil, para ser sinceros y, aun así, los dejé tirados, pero sabía con seguridad que nunca iba a ser un buen momento para irme.

También me seguían preocupando mis compañeros de piso, esperaba que encontraran un relevo pronto; no quería que tuvieran que abandonarlo por haberme ido, aunque dejé tres meses más pagados para que tuvieran margen de tiempo para encontrar a alguien.

Pero había dos personas en concreto en las que me entristecía pensar: Olivia y Sasha. ¿Qué habría sido de ellas? No creía que se hubieran tomado bien mi despedida por medio de una carta. Yo, en su lugar, removería cielo y tierra si alguien desaparece de esa manera, y lo peor es que ya lo había hecho. Pero bueno, tenían mejor capacidad de adaptación y aceptación que yo.

Suspiré y me di cuenta de que esta última vida había sido frenética y agobiante. No había disfrutado prácticamente; me había dedicado a trabajar y a cumplir los objetivos que me había propuesto en los años de facultad. Sin embargo, no me había enamorado, no había viajado, no había conectado casi con nadie, excepto con Olivia y Sasha, que habían estado conmigo incondicionalmente. Había estado bien para desconectar de los problemas del mundo. Entendí que yo no podía hacer nada, aunque me había responsabilizado de ello durante mucho tiempo.

Esta nueva vida no sabía cuánto iba a durar. La anterior no llegó a los veinte años, que solía ser la media; me quedé en catorce años y medio. Algo rompió el soliloquio que estaba teniendo en mi cabeza: una estrella fugaz recorrió una gran distancia del cielo, dejando su estela perfectamente visible. En ese momento, pedí un deseo con todas mis fuerzas:

—Para esta nueva vida quiero vivir algo épico, sentir algo totalmente nuevo e irrepetible, que no sea para nada parecido a mis vidas anteriores; quiero que la felicidad me persiga a mí, no al revés.



Ya habían pasado tres días desde que llegué; era domingo, pero desde primera hora había estado revisando todo lo que tenía de trabajo para ponerme al día. ¡Puf! Me acerqué a la orilla y miré al horizonte, pero ese día no había atardecer. Un banco de niebla ocultaba la nitidez del sol, pero podía intuir, entre la bruma, cómo el brillo se escondía lentamente en la infinidad del horizonte y en la densidad de la niebla. El sol se había escondido por completo y decidí sentarme en la arena, un poco fría y húmeda, pero su tacto siempre era reconfortante para mí. Mi cabeza no paraba de funcionar y empecé a hacer una lista de cosas para hacer en mi primer día. Por suerte, ese día lo dedique a familiarizarme con todo lo que había leído y con toda la gente con la que había hablado. Esperaba que nada me pillara de nuevas ni por sorpresa. ¡Odio las sorpresas!

Deseaba que mis compañeros y compañeras fueran agradables y útiles. No quería tener que ser autoritario con nadie, y mucho menos empezar siendo el jefe malo, pero a veces los humanos son como ovejas: hay que guiarlos y cuando uno se sale del rebaño, hay que devolverlo a su sitio de una forma u otra.

Me repugna pensar de esta manera, pero sé que en el fondo es cierto. Hay una parte importante de la humanidad que es corrupta, aprovechada y mala; lo he visto en innumerables ocasiones y me ha hecho dudar del valor del ser humano. Por esto mismo, entendí que allá donde brilla de forma intensa la luz, la sombra será aún más grande. He aprendido con mis múltiples vidas sobre el potencial ilimitado de las personas y preferí formar parte de su mundo, en lugar de ser juez, jurado y verdugo de sus actos.

—Sí que me pongo intenso cuando paso tiempo conmigo mismo. Es mejor no pensar más; no me lleva a ningún lado. Prefiero ir mañana abierto a un sinfín de posibilidades en esta nueva oficina —afirmé para mí, mientras me ponía en pie. Miré hacia el mismo lugar donde vi al chico de la sonrisa bonita y me dije que ese día tampoco lo iba a ver.

Decidí volver a casa, pero al subir por las escaleras, me detuve un momento y miré hacia el lugar donde estaba sentado. Era el tercer día consecutivo que iba a aquella playa. Tal vez estaba yendo por los motivos equivocados, como encontrarme a ese chico. Pero eso no quitaba que esa orilla fuera el lugar perfecto para poner en orden mis ideas, mis pensamientos y mis emociones. Era un sitio tranquilo, desde donde podía ver mi momento preferido del día, el atardecer. Además, podía atravesar el velo cuando quisiera. Era el lugar ideal.



Comenzó la semana: era lunes, las nueve de la noche. Estaba a punto de atardecer y se podía ver el sol en su plenitud; nada tapaba ni ocultaba tan majestuosa escena. Vi cómo poco a poco el sol se escondía y el cielo cambiaba lentamente de color. Era mi cuarto atardecer en esa playa y no había habido ninguno igual; ese, sin

duda, había sido el más bonito. El crepúsculo estuvo tan marcado por colores anaranjados y amarillos que, por un momento, parecía que el cielo estaba ardiendo. Fue una auténtica preciosidad.

Cuando dejé de mirar el cielo, comencé a hacer un barrido visual por toda la playa. Vi que había un grupo de adolescentes jugando a las cartas, una pareja jugando con su perro y un señor a punto de meterse en el agua. Sin embargo, cuando subí la mirada a la zona del paseo…

—¡Está ahí! —El chico de la sonrisa bonita estaba sentado, inmerso en sus pensamientos. Parecía como si para él no existiera nada ni nadie en ese momento.

Estaba tan ensimismado que podría pasar por delante y no se daría cuenta. Por fin lo volvía a ver.

Fui hasta la orilla, subí las escaleras y, antes de acercarme a él, me detuve nervioso.

«Llego allí y, ¿qué le digo? Esto tenía que haberlo pensado antes», pensé mientras instintivamente me sentaba en el banco contiguo al suyo.

No sabía qué hacer, por lo que volví a ver el cielo, que ya estaba casi teñido de oscuridad.

Eran las nueve y cuarto de la noche y estaba allí parado sin saber qué hacer desde hacía un minuto, pidiéndole a las estrellas inspiración para comenzar una conversación que no sabía a dónde me podía llevar.

—¡No! —me grité a mí mismo. El chico se estaba levantando, lo podía ver por el rabillo del ojo. Me di cuenta de que se quedó de pie mirando en la dirección en la que me encontraba sentado.

—«Vaya, si me está mirando. No sé si lo está haciendo a propósito, pero si no quería que me diera cuenta, muy discreto no es», pensé mientras me reía para mis adentros. Le devolví la mirada, pero le sume una de mis mejores sonrisas, una que mezclaba simpatía y picardía.

«¡Qué mono! Se acaba de sonrojar». Me envalentoné al ver que lo había puesto nervioso, me levanté del banco con decisión y, paso a paso, acorté la distancia que nos separaba. Estando a tan solo dos pasos de él, le dije lo primero que me vino a la cabeza:

—¡Hola! Soy Noel. Menudo espectáculo de atardecer, ¿verdad? —Acerqué mi mano a su mano para presentarme y algo dentro de mí se encendió. Sentí que mis ojos y mi corazón ardían como hacía un momento lo había hecho el cielo.

CAPÍTULO 7:
NO PUEDE SER REAL

LUCAS



Abro un poco el ojo derecho y veo que no hay un ápice de luz entrando por la ventana. Solo puedo desear que sea casi la hora de despertarme, porque no soy capaz de pasarme otra noche en vela.

—Juro que, si son las cuatro de la mañana de nuevo, me cojo una baja y me quedo en la cama hecho una bolita de tristeza, utilizando las bolsas que tengo debajo de los ojos para enrollarme —amenazo en voz alta mientras saco el brazo de debajo de las sábanas, lo extiendo hasta el despertador, lo pulso y suspiro aliviado.

Son las 6:45 de la mañana. Hoy he dormido bien; solo me he despertado quince minutos antes de que suene el despertador. Así puedo sobrevivir un día más en la jungla que es mi trabajo… más bien, mi vida. Me levanto y hago la cama con cuidado. Me fijo en que me ha quedado un lado mejor que el otro, pero paso de dejarlo perfecto. Prefiero tener un minuto más en la ducha que dejar la cama bien.

Cojo una camiseta negra y un jersey crema del armario. De la cómoda saco unos calzoncillos y unos calcetines oscuros. Me falta el pantalón, pero dudo si escoger uno vaquero con un lavado oscuro o uno negro. Me decanto por el color negro y voy rápido al baño.

Tras lavarme los dientes, me meto en la ducha. Por un momento, no sé si decantarme por agua fría o caliente. Finalmente, decido dejar la fría para cuando termine de entrenar. De modo que abro el grifo y noto cómo mi cuerpo va calentándose, mientras lavo mi pelo con champú olor a lavanda, mi favorito, y me enjabono con un gel de aloe vera.

Una vez he terminado, me quedo bajo la ducha unos minutos más, pero, de repente, un recuerdo se introduce en mi cabeza: Noel abriéndome la mampara de la ducha y diciéndome: «Artista, deja de dar la nota y hazme hueco que quiero lavarme y frotar ese cuerpazo que tienes».

Entonces, vuelvo al momento presente y me doy cuenta de que me encuentro solo y nadie va a abrirme la mampara ni va a empezar una guerra de besos y sexo. Cierro el grifo de forma violenta. No me ha hecho nada, pero ha sido cruel que mi cabeza me traicione de esa manera en un momento de tranquilidad como este. Con el pelo un poco mojado, me anudo la toalla a la cintura y me acerco al espejo para empezar a peinarme.

Paso la mano por delante para quitar el exceso de vaho y me asusto al ver que no soy yo el que se ve en el reflejo. Atónito, me froto con las dos manos los ojos y solo llego a pronunciar:

—Noel… ¿eres tú?

Ahí, delante de mí, bueno, más bien en el reflejo del espejo, me parece ver a mi novio.

—Noel. Noel. Noel. Por favor. ¡Necesito verte! —comienzo a gritar desesperadamente, golpeándolo con las manos. Veo cómo su cara comienza a desencajarse; no da crédito a lo que está pasando. Está sorprendido. Veo cómo no es capaz de entenderme o, más bien, parece como si no me oyera.

Pronuncio articulando de forma exagerada para que pueda leerme los labios:

—Necesito verte.

Él mueve la cabeza, formando una negación clara. Empieza a mover los labios y puedo entender cómo dice:

—Ten cuidado.

De golpe, vuelvo en mí. Estoy delante del espejo. El vaho ha desaparecido por completo y, delante, está mi reflejo, completamente nítido.

No entiendo qué ha pasado. ¿Me estoy volviendo loco o es real? Lo he sentido muy real, pero no puede ser. El espejo estaba lleno de vaho y es imposible, en todos los significados de la palabra. No puedo estar cayendo en un bucle de locura e inverosimilitudes así.

La alarma interrumpe mis pensamientos y veo que mi teléfono me está avisando de que son las siete y media. O salgo de casa ya o llego justo al trabajo que solo me queda media hora para empezar mi jornada. Me visto y salgo de casa de un portazo.

Hago todo el camino casi corriendo y me doy cuenta de que hoy no tengo café para empezar el día. Con suerte, podré ir a la máquina en algún rato que tenga libre.



Aún no hace ni tres horas que estoy en el trabajo y ya estoy agotado. Mando este *e-mail* a la autora con la que estoy trabajando y me voy a por un café. Esto ya es por prescripción médica, café o desmayo por abstinencia.

Acabo de redactarlo y me despido con un abrazo debido al trato cercano y familiar que tengo con la autora. Ahora sí que me he ganado el café. Me levanto de mi sitio y me acerco hasta Izan, el compañero que se sienta justo enfrente de mí.

—Café, por favor. Lo necesito ya —le pido, juntando las dos manos con las palmas extendidas y bajando la cabeza—. Vente conmigo, que me hace falta una charla entretenida antes de ponerme con la novela de Germán. Invito yo.

—Claro que sí. Te acompaño, que yo también necesito salir de delante de la pantalla. No puedo leer más, no consigo enfocar la vista en un punto, y mucho menos ver si hay alguna errata en el

texto —dice mientras sonríe y se separa del ordenador. Se levanta y apaga la pantalla, dejando encendido el PC.

Vamos hasta el ascensor. En el trayecto, avisamos a nuestra jefa de que vamos a por un café y que si quiere que le traigamos uno. Niega con la cabeza y nos comenta:

—Tardad más de cinco minutos, que os quiero frescos para estos días. Dudo que podáis repetirlo con todo lo que tenemos esta semana.

—¡Yuju! —suelto irónicamente con una sonrisa. Izan solo asiente y pone los ojos en blanco. Ella se ríe y, de forma amigable, nos hace un gesto con la mano para que nos vayamos.

Nos subimos al ascensor y pulsamos la planta baja. Bajamos los cuatro pisos en silencio, y salimos.

—Vamos a la cafetería del final de la calle, que se ve el mar, y nos lo tomamos rápido en el banco que hay allí.

—Por mí genial, lo que prefieras. Espero que no haya cola —le confirmo y salimos por la puerta uno a la par del otro.

Llegamos hasta la cafetería y pedimos dos cafés con leche templada para llevar. Nos los da una chica muy agradable, le deseamos un buen día y salimos del local. Nos sentamos en el banco que hay justo enfrente del establecimiento.

—¿Cómo va todo el tema de Noel? —pregunta Izan sin mirarme directamente.

Trago saliva y solo alcanzo a pensar: «No hemos estado aquí ni un minuto y ya ha hecho la pregunta». La horrible pregunta y la inexistente respuesta que tengo para darle.

—Igual, no ha cambiado nada de nada —respondo alicaído, pero no quiero que la conversación se vuelva una situación donde Izan me diga que todo va a salir bien y yo asienta de todas las maneras posibles. Así que cambio de tema—. Oye, me gustaría comentarte varias ideas que tengo para una novela. No sé qué te parecerá, pero sé sincero sobre lo que piensas. No busco tanto un comentario acerca de si son ideas vendibles, sino que prefiero que me des posibilidades a la hora de saber por dónde seguir o cómo hacer para que el protagonista actúe y acepte todo.

—O sea, quieres que te ayude a hacer más real la respuesta y la forma de actuar del protagonista, ¿es eso? —pregunta, confundido por mi explicación.

—Exacto. Eso es. Es que al protagonista de la historia le están ocurriendo sucesos extraños y no sabe cómo aceptarlos. No sé si llevarlo por la locura o por la aceptación de los sucesos sobrenaturales —le respondo a su pregunta y, aparte, le cuento a grandes rasgos lo que me ha ocurrido estos días, como si del protagonista de una novela se tratase.

—Mmm… interesante. La verdad es que tienes el conflicto de la trama bien montado, así que es complicado determinar si el protagonista debería seguir un camino hacia la locura o aceptar los sucesos. Pero claro, no sé si quieres que el libro trate algo sobrenatural, dándole cabida poco a poco a seres y actos mágicos, o si es tan solo una novela con tintes psicológicos, donde el protagonista cae en la locura por un hecho traumático —dice pensativo. Al acabar de pronunciar la última palabra, da un último sorbo a su café. De golpe, abre los ojos, me mira y dice entusiasmado—: ¿Por qué no dejas que la historia se escriba sola? Me parece que lo que estás escribiendo tiene alma propia, seguro que, si te sientas y sigues escribiendo, acabará por buscar su propio camino y te sorprenderás de ver hasta dónde te lleva.

—Quizás tengas razón —digo de forma dubitativa. No me convence mucho eso que me ha dicho, porque significa seguir esperando a que la vida siga pasando y a que sigan ocurriendo cosas raras. Sin olvidar el hecho del abandono.

Acabo el café y lo tiro en la papelera de al lado del banco. Miro directamente a los ojos a Izan y le digo:

—Muchas gracias, siempre me escuchas y me aconsejas. Eres el mejor compañero de oficina del mundo.

—No me agradezcas nada. Estamos aquí para apoyarnos. Tú te pasaste todo el año pasado apoyándome con el tema de Aitor, la boda y el trabajo. ¡Qué menos que hacerlo yo ahora! —Se acerca a mí y me abraza muy fuerte contra sí.

—Sigue con esa historia. Quiero editar y ver un libro tuyo en nuestras estanterías. Y sé que no debe ser fácil por lo que estás

pasando, pero no te pierdas en ti mismo. Escribe para no enloquecer y calmar tus pensamientos —me susurra mientras me abraza. De primeras, me sorprende el abrazo; no suele ser algo que hagamos, pero después me dejo llevar y lo encuentro reconfortante. Estoy agradecido por la gente que hay en mi trabajo, pero Izan es más que eso, es mi amigo.

—Gracias por todo, de verdad. Eres un apoyo enorme para mí. Me haces los días más amenos y sé que puedo contar contigo tanto para el día a día como para cumplir sueños —le confieso, dedicándole una sonrisa y despeinándolo con mi mano derecha, algo que odia.

—Pfff, no te voy a decir nada porque no quiero romper el momento, como haces tú —dice con tono bufón, mirando la hora—. Vamos ya a la oficina, que hace un poco más de media hora que nos fuimos, y la jefa nos va a repudiar de la editorial si no volvemos.

Ambos caminamos a paso ligero hasta la oficina para seguir con nuestros quehaceres.

Ya he hecho todo lo que tenía programado para hoy. He trabajado, he comido y he entrenado algo más de una hora. Estoy totalmente libre, pero no tengo mucho más que hacer. Al salir del entrenamiento, he decidido venir hasta el banco de siempre a ver el atardecer.

Es agotador, día tras día, gestionar la rutina y las emociones. Ya de normal es difícil, pero con esta situación parece insostenible. Miro al cielo. Hoy no puedo ver cómo el sol desaparece y mucho menos las estrellas; hay un banco de nubes tapando todo. No sé para qué he venido. Sin embargo, entre mis quejas, recuerdo algo que me ha dicho Izan por la mañana: «Escribe para no enloquecer y calmar tus pensamientos».

Saco el móvil del bolsillo y comienzo a teclear:

«Un día, de la noche a la mañana, la vida cambió; ya nada volvió a ser lo mismo. Todo era como un sueño: irreal, incierto e inevitable. No sabía cómo, pero mi vida se acababa de convertir en una gincana de misterio, abandono, olvido y cosas surrealistas».

CAPÍTULO 8:
ES REAL, ESTÁ PASANDO

LUCAS



Llegué al paseo marítimo y vi que, el que ya consideraba mi banco, estaba libre, esperando a que me sentase. Pero antes de hacerlo, decidí asomarme por la barandilla de piedra para ver si estaba sentado en la orilla.

Miré y en mi cara se dibujó una sonrisa imposible de ocultar. Ahí estaba, en el mismo sitio que el día anterior habíamos hablado y estado juntos. Él no me vio, por lo que decidí bajar por las escaleras hasta la playa. Fui despacio, no quería que se diera cuenta. Llegué a la arena y me descalcé, avanzando cuidadosamente hasta estar justo detrás de él.

—Prometo que el atardecer de hoy va a ser espectacular —dijo sin girarse hacia mí. No sabía cómo lo había hecho, pero me pilló antes de que pudiera sorprenderlo. Me quedé dudando si saludarlo con un abrazo, dos besos o tan solo sentarme. Opté por la última opción y me coloqué a su derecha.

—Quería sorprenderte, pero ya veo que o soy muy torpe, o tú estás muy atento. Por cierto, hola —le dije, apoyando mi mano en su hombro izquierdo en señal de confianza. Eso fue lo máximo que me atreví a hacer.

—Estoy seguro de que tú eres muy torpe, así que vamos a decir que un poco de las dos cosas —dijo entre carcajadas. Yo no pude hacer otra cosa que reírme y pensar lo guapo que estaba cuando se reía.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó, pero sin quitar el ojo del cielo que comenzaba a teñirse de tonalidades violetas y doradas.

—Un día muy tranquilo en el trabajo, no hay nada reseñable. Todavía estamos buscando manuscritos y hablando con autores noveles. Luego entrené y la verdad es que llevaba todo el día pensando en este momento. ¿Y tú?

—Normal, hoy va a haber un atardecer diferente, digno de ver. Yo bien, haciéndome al trabajo y corriendo un poco, que desde que llegué no sé dónde ir a entrenar. Fíjate, fíjate que ya está atardeciendo —cortó la conversación de golpe y nos quedamos inmersos en el cielo; el color violeta estaba devorando a gran velocidad al color dorado que emitía el sol.

El sol se escondió bajo el horizonte y dejó a su paso un cielo oscurecido, convirtiendo el violeta en negro. Pero las estrellas, como si de faros se tratase, comenzaron a brillar.

—¡Mágico! —susurré, intentando que no se me oyera.

—Totalmente de acuerdo con esa afirmación. Todo es mágico: la luz, el mar, la tierra, el cielo e incluso tú —dijo pasando la mirada del cielo a mi cara, la cual empezó a tornarse en un rojo llamativo que no pude disimular. Él se percató—. Te he puesto nervioso, perdona. No era mi intención incomodarte o avergonzarte. Solo quería decirte algo bonito.

—No te preocupes, me he puesto así porque me ha gustado. No me lo esperaba —dije rápidamente, no quería que pensara que me había molestado.

—Entonces, ¿crees en la magia? —preguntó mirando fijamente a las estrellas.

No entendí muy bien a qué venía la pregunta o si tenía alguna intención, por lo que me tomé un momento para pensar y confesé:

—Soy una persona que lo racionaliza todo mucho, pero que quiere creer en muchas cosas, incluso en lo que no ve. Así que, desde una perspectiva científica, diría que no; desde una perspectiva humana, digo que sí. La vida es más divertida y bonita cuando crees en algo que no ves ni sientes, pero que quieres percibir de esa manera.

—Interesante. Para mí, todo es magia. Lo que ves, lo que sientes, incluso nuestras palabras son magia. Todo lo sentimos, todo nos afecta y nos aporta algo, por ello lo que nos rodea, lo que somos y lo que hacemos es magia. Por lo menos, yo creo en ello y es así para mí —me explicó de forma seria, pero acabó esbozando una sonrisa de medio lado. A medida que hablaba, agarró un puñado de arena y lo dejó caer despacio sobre el mismo lugar del que lo cogía, una y otra vez.

Me quedé serio pensando en todo lo que estaba diciendo. Me parecía una manera de ver el mundo positiva y alegre, donde todo es especial, hasta la acción más básica como decir «hola». Un simple «hola» era magia y tenía razón; si no, ¿por qué me latía más rápido el corazón cuando lo escuchaba pronunciado por sus labios? Y me dije a mí mismo: «Noel, eres especial».

No fui consciente de cuánto tiempo me quedé inmerso en mis pensamientos, pero Noel seguía allí sentado, sin esperar nada. Se le veía cómodo, parecía estar disfrutando del silencio. Aun así, quería romperlo, por muy agradable que fuera, porque quería aprovechar ese tiempo para conocerlo.

—¿De dónde has salido? Es que ayer no me contestaste a esta pregunta —pregunté con mucha curiosidad, mirándolo fijamente con una sonrisa de oreja a oreja.

—Soy de aquí, pero me fui unos cuantos años a estudiar y trabajar a Dublín. Y estuve en otros muchos países. En resumen, he vivido en muchos sitios, pero hace tiempo que no me encuentro en ninguno, así que sé de dónde he salido, pero no dónde me quiero quedar —respondió de forma muy correcta y seria. Percibí melancolía en sus palabras.

—Vaya, así que eres como un nómada. Tu vida tiene que ser como una aventura, pero también bastante difícil dejar atrás lugares que has considerado tu hogar y a tu gente —añadí con cierta duda y cuidado por la delicadeza que conllevaba el tema.

—Sí, pero a veces no queda otra más que avanzar hacia adelante. En muchas ocasiones, desearía asentarme en algún sitio, pero no puedo. Ya acepté que no es posible para mí. —Al decir la última palabra, se levantó. Me dio la mano para que yo también lo hiciera.

Al cogérmela, me empujó hacia él y me apretó muy fuerte contra su cuerpo. Rápidamente, metió una mano en mi bolsillo, me quitó el móvil lanzándolo hacia donde dejé mis zapatos y, todavía pegado a él sin que me diera tiempo a decir nada, me abrazó con los dos brazos y nos tiró a ambos al agua.

Al sumergirnos, comenzó a jugar. Me soltó, para luego volverme a agarrar. Salí un momento, cogí aire y me volví a sumergir. Lo acerqué a mí con el brazo derecho y pegué mi frente contra la suya. Nos quedamos a un escaso centímetro el uno del otro. Nos miramos bajo el agua y, como si el tiempo se detuviera, sentí algo totalmente nuevo.

Salimos a la superficie. Nos pusimos de pie, el agua nos cubría hasta el cuello. Y, sin decir ni una palabra, como si fuéramos dos imanes que se sentían atraídos, nos acercamos. Pegó su frente a la mía, agarrando con su mano derecha mi cabeza. Se quedó mirándome fijamente y, en un gesto de complicidad, moví la cabeza y lo besé. El beso perfecto.

Mientras nos besábamos, me fue inevitable sonreír y vi cómo él también lo hacía.

—Lo estaba deseando —confesé cuando se separó.

—Yo también.

Y me volvió a besar.

Después de ese beso, más apasionado que el primero, con un poco de lengua incluido, lo miré y le dije:

—Estás loco, ¿no se te ocurrió que podrías besarme en la orilla sin habernos mojado por completo?

—Quería hacer algo digno de recordar. Un beso de película, de esos que recordemos toda la vida. Quizás buscaba probar mi teoría

de la magia y hacer un beso mágico —se rio de forma burlona mientras salíamos del agua todavía cogidos de la mano.

Me separé y tomé conciencia de lo empapado que estaba. Noel se acercó a la mochila que tenía al lado de donde estaba sentado y sacó una toalla y una sudadera.

—No tenía previsto que nos mojáramos tanto, lo prometo. Toma, sécate con esto y ponte mi sudadera —dijo como si fuera un niño pidiendo disculpas.

—No te preocupes. Estoy empapado, pero ha merecido la pena. —Me acerqué y volví a besarlo—. Sécate tú y cámbiate.

—No. La idea fue mía, así que las consecuencias más grandes son para mí —sentenció, envolviéndome en la toalla. Mientras me quitaba la camiseta y me colocaba su sudadera, vi cómo no me quitaba ojo.

—Muchas gracias, pero ahora te voy a tener que volver a ver para devolvértela.

—Eso iba a pasar aunque no tuvieras mi sudadera puesta. —Me dio la mano y nos dispusimos a coger nuestras cosas para luego subir las escaleras.

—¿Sabes?, no tenemos por qué vernos solo en esta playa. De hecho, te quiero dar mi número de teléfono para que podamos quedar y vernos.

—Genial, nos vemos pronto. Buenas noches, sonrisa bonita —se despidió dándome un beso corto y suave en los labios, y se fue en dirección contraria a la mía.

Di el primer paso hacia mi casa cuando me sonó el teléfono. Lo saqué del bolsillo y vi que me acababa de llegar una notificación. La abrí y la leí:

«Te dije que iba a ser un atardecer espectacular, y el beso también ha estado bien ;).».

CAPÍTULO 9:
TEMORES

NOEL



Estoy cómodo en una superficie blanda y reconfortante, pero algo no me permite descansar bien. Es como si no fuera la cama de siempre. Me giro hacia el lado derecho y, con el brazo opuesto, palpo la parte que se encuentra vacía. Me agito porque no encuentro lo que estoy buscando.

—¿Dónde está este chico? —me digo en voz alta.

En ese momento, abro de golpe los ojos y me reclino bruscamente en la cama. Me froto un poco los ojos, me llevo la mano izquierda a la cara y me la dejo apoyada.

No puedo más. ¿En qué momento mi vida se ha convertido en una película de agente secreto, donde no puedo ver a nadie y tengo que evitar salir de estas cuatro paredes? ¿Y para qué? Si solo hay una mierda de profecía que dice que puedo acabar con el mundo si sigo con mi novio. Pues ya ves. ¡Qué más da! Hemos evitado tres cataclismos mágicos anteriores y puesto fin a millares de guerras humanas. Es verdad que fueron las iniciadas por dioses que

susurraban, más bien, manipulaban humanos en su propio beneficio para reinar en un territorio mayor. Cuanto mayor es nuestro reino, mayor es nuestro poder. Eso era antes; ahora, en esta época, donde la fe se basa en uno mismo y en Internet, nuestra esencia mágica es mucho menor. Para hacer algo significativo, como cambiar el destino de una ciudad o mantener a raya los desastres naturales, tendríamos que juntarnos una decena de nosotros. Por eso, pactamos no entrometernos en nada que fuera humano o siguiera los designios de la naturaleza. Solo tomaremos cartas en los asuntos provocados por deidades, entre los que se encuentran romper mi vida por completo.

Me recuesto en el borde de la cama. Miro a mi alrededor y solo veo una habitación sencilla: un armario de madera antigua y una cama con un cabezal a juego. Todo está vacío, sin un espejo, sin una silla, a excepción de un pequeño lienzo y una paleta con una docena de colores que utilicé anoche para pintar un cuadro de nuestro sitio favorito. Pintar es la única afición que me ayuda a conciliar el sueño, y eso fue lo que hice hasta bien entrada la madrugada.

Me levanto sin hacer la cama. Me acerco al lienzo y solo puedo negar con la cabeza. Lucas no lo va a ver, y no recibiré ese refuerzo suyo al que me había acostumbrado cada vez que terminaba una nueva obra. Miro el cuadro con una mezcla de lástima y resignación. Entonces, con un leve movimiento de mano, imbuida en una luz cálida que recuerda al atardecer, lo incinero.

Salgo de la habitación y recorro un pasillo estrecho que se bifurca en dos direcciones. Tomo la puerta de la derecha y entro al baño en el que hay una bañera con ducha, un espejo algo más pequeño de lo que me gustaría y un juego de toallas.

Me acerco al grifo y lo abro hacia el color rojo que indica agua caliente dejándola correr.

Me digo a mí mismo que va a ser una ducha rápida y me comienzo a desvestir. Me quito la camiseta de tirantes; los calcetines y el bóxer tirándolos en el mismo sitio.

Como estoy delante del espejo, comienzo a mirarme con detenimiento: mi cara refleja cansancio; además, me ha empezado a

crecer la barba de forma descuidada y me ha comenzado a salir pelo en todas las partes del cuerpo.

«Qué bien me vendría una maquinilla de afeitar ahora mismo», pienso.

Salgo de mi ensimismamiento y me meto en la ducha dejando que el agua me destense los músculos.

Pero la verdad es que no quiero relajarme, no quiero olvidar mi situación por un momento. Si me doy ese capricho… no podré tomar una decisión y quizás no quiera volver a salir de la ducha o de la cama más, así que cojo la toalla del juego doblado que hay en una repisa y comienzo a secarme la cabeza siguiendo hacia abajo. Al acabar, me la anudo en la cintura y voy hasta el espejo.

Me quedo mirándolo, pero no al reflejo que hay en él. Por un segundo, se me pasa una idea por la cabeza, pero me niego a traerla a la realidad. Me lavo los dientes y me dirijo de nuevo a la habitación. Allí cojo ropa limpia. Me pongo los calzoncillos primero y luego los calcetines. Me doy cuenta de que necesito desodorante y vuelvo al baño a ver si hay.

Me encuentro el espejo empañado.

—No deberías de estar empañado. Cuando salí del baño, estabas en perfecto estado —le hablo como si me fuera a contestar. El vaho que hay difumina mi figura. Voy a quitarlo con la mano, pero, al acercarme, siento cómo está imbuido de magia.

—¿Qué tenemos aquí? Magia perceptiva —susurro. Activo la magia del espejo con mi mano derecha, que está iluminada con una especie de luz dorada, y el encantamiento que hay en el vaho. Este es absorbido por el espejo y se convierte en una especie de ventana que muestra la silueta de un chico joven, moreno y alto. Pero lo que más me llama la atención es su bonita sonrisa.

—Lucas —digo impresionado. En mi cabeza resuena una pregunta: ¿cómo es posible?

No alcanzo a decir nada, solo puedo mirar cómo se prepara, pero algo no va bien. Siento como si me estuviera mirando a mí directamente. La cara de Lucas cambia a sorpresa y, muy rápidamente, a desesperación. Está inquieto y comienza a gritar mi nombre repetidas veces y lo que interpreto como: «Necesito verte».

No sé qué estoy diciendo con mi cuerpo o mi cara, pero, en un momento de lucidez, conecto con la realidad que estoy viviendo y articulo de forma exagerada, para que Lucas pueda entenderme con total claridad, dos palabras: «Ten cuidado».

Rompo el hechizo que vincula ambos espejos, como una ventana que une dos imágenes en tiempo real en un espacio donde el sonido no existe. Confuso, me siento en la taza del cuarto de baño. Necesito un minuto para asimilar todo lo que acaba de pasar.

Empiezo a sentirme mal.

Un contacto así con el mundo mágico puede llevar a un humano a la locura. Sé que Lucas es fuerte mentalmente, pero hasta el más pequeño roce con el mundo mágico podría llevar a una persona a manifestar brotes de esquizofrenia y disociaciones entre la realidad y su subconsciente, ya que puede romper la barrera cerebral que protege el cerebro humano de los sueños. Se despierta una gran preocupación dentro de mí por lo que acaba de pasar. Sin embargo, hay algo que me preocupa mucho más: acabo de advertir a Lucas de que tenga cuidado y, al hacerlo, acabo de comprender por qué mi primer instinto fue precisamente avisarlo.

Si el problema es que Lucas y yo no podemos estar juntos, y Morrigan ya me ha dejado claro que no quiere enfrentarse directamente a mí, entonces está claro que buscará otra forma de separarlo de mí, una más definitiva.

Sin embargo, sé que no será mediante su muerte: los dioses no podemos matar humanos así como así. Necesitamos la aprobación del Consejo para algo como esto. Por eso me amenazó con que la próxima vez nos veríamos allí. Está claro que busca el juicio, y, posiblemente, la ejecución de Lucas.

No tengo ninguna duda: Morrigan sabe que la manera más rápida de alterar una profecía es eliminando a uno de sus eslabones. Y si ese es el caso… no puedo permitirlo.

Pero no sé aún qué puedo hacer.

Me levanto de la taza del váter y corro hacia la habitación. Me visto a toda prisa. Luego, levanto la mano derecha, ahora envuelta en una energía cálida que recuerda a la luz del sol, y la apunto hacia

la puerta del armario formando un portal ante mí. La abro y, sin pensarlo más, cruzo al otro lado.



Ando unos cinco minutos, dando un paso tras otro, y llego a un bosque lleno de secuoyas en el que hay un claro con un sauce llorón enorme en el centro que me trae muchos recuerdos. Al adentrarme entre las ramas del sauce, estas comienzan a brillar, como si sus hojas fueran luciérnagas. Me siento en una enorme roca que hay en medio de las ramas. Cruzo las piernas y comienzo a controlar la respiración.

—Inspira. Espira. Inspira. Espira —repito diez veces y calmo mi mente. Busco un recuerdo bonito al que agarrarme antes de hacer lo que voy a hacer.

Comienzo a emitir un gran resplandor que emana de mi cuerpo y mi cabeza viaja a un lugar como el de hace dos años.

CAPÍTULO 10:
Y YO A TI

NOEL



—Venga, Lucas, baja del coche que quiero enseñarte uno de mis lugares favoritos —dije, apresurado por la emoción de estar en ese lugar después de tantos años.

Lucas abrió la puerta del coche y me miró fijamente.

—¿Sabes que el bosque no se va a mover de donde está? Pero yo, si no contesto este mensaje, puedo tener a mi madre aquí con los GEOS por no hablar con ella en una semana. Dame un minuto, le mando un audio y bajo —dijo sonriendo y resoplando mientras enviaba el mensaje.

Mientras Lucas mandaba el audio, abrí el maletero y bajé las mochilas. Comprobé que llevaba la comida y el agua para el paseo por el bosque que íbamos a dar. Me coloqué la mía en la espalda y me senté a esperar en un banco que había al lado del coche. Me quedé embobado mirando un punto fijo en el horizonte, cubierto por las copas de los árboles que parecían extenderse hasta el infinito.

Conociendo a Lucas, le iba a encantar el lugar al que le quería llevar. Esperaba que le sirviera de inspiración y también para poder relajarse. El pobre llevaba dos semanas sin tener tiempo para nada más que trabajar y entrenar. Se frustraba porque quería hacer otras cosas, pero aquella iba a ser la escapada que necesitaba para relativizar. Lástima no poder contarle de verdad adónde íbamos. Me hubiese encantado que supiera el auténtico valor que tenía aquel sitio para mí, pero esa historia no era para todos y mucho menos para él.

De repente, salí del trance en el que estaba inmerso debido al golpe que hizo la puerta al cerrarse. Vi a Lucas de pie delante de mí, con esos pantalones verdes de chándal y la sudadera que iba a juego. Estaba seguro de que se iba a mimetizar con el entorno. Me levanté del banco, me acerqué a él, le di la mochila y un beso en los labios. Al separarme, le susurré:

—Empieza la aventura, pequeño explorador.

Después de pasear por un camino asfaltado, pudimos entrar al bosque. Sentía cada pisada mucho más blanda y resbaladiza. Había un aroma totalmente natural, fresco —una mezcla de clorofila y humedad— y adictivo. El verde de las hojas, de la hierba, incluso del musgo se potenciaba gracias a los restos de la lluvia de la noche anterior. Todavía se podían apreciar los resquicios del agua en cada hoja, y la hierba brillaba de forma especial por el reflejo de la luz en las gotas que quedaron pegadas en ella. Además, al estar en otoño, parte del suelo estaba recubierto por las hojas caídas en tonalidades anaranjadas, lo que formaba una mezcla de verdes y marrones que mostraba el ciclo otoñal de los árboles.

—Menuda preciosidad de escena. El bosque con un verde más intenso de lo normal y con unos tonos madera mucho más oscuros por la humedad en la superficie de cada tronco, tocón y corteza del paisaje —le dije a Lucas, mientras percibía en él la admiración por la hermosura del paisaje.

—¡Es impresionante! Mágico y misterioso a la vez. Los bosques pueden resultar lugares preciosos y llenos de magia. Aunque tengo que admitir que su inmensidad me transmite misterio y peligro —

contestó Lucas en tono entusiasta, sin parar de andar y mirando de un lado para otro a un ritmo frenético.

—«¿Mágico?». Al final vas a empezar a creer lo que te dije aquel día, de que todo lo que nos rodea y lo que somos es magia —le sugerí de forma burlona, pero con una pizca de verdad. Me hubiera encantado abrirle los ojos al mundo, pero no podía. Mi único consuelo era hablar de esa manera como quien hablaba de una película o un libro. Un toque fantasioso por allí, unas pinceladas de magia por allá, como si de uno de los libros de *Percy Jackson* se tratase. Sin poder mostrar mi verdadero yo. Pero aprendí a conformarme con estas conversaciones profundas que maquillaba como curiosidades que creía que conocía.

—Si te soy sincero, desde que llegaste a mi vida, estoy más abierto a que el mundo me muestre su magia. Fue una bonita casualidad conocerte, pero lo más bonito es compartir tiempo contigo —admitió con una sinceridad admirable y con una seguridad en sí mismo y en sus sentimientos que me enternecían.

—Eres un romántico embaucador. No sé si besarte o vomitar arcoíris —bromeé para quitarle un poco de intensidad a la conversación. Sabía muy bien lo que sentía; en ese sentido, Lucas era una persona transparente, con la capacidad de tratar cualquier tema. Su sinceridad, aunque en muchas ocasiones suave y acolchada para no herir, era lo que lo convertía en esa persona genuinamente inocente. Si hubiera sido capaz de hacer eso con sus preocupaciones o inseguridades, le hubiera ido mejor, pero no quería sentirse un lastre o que el resto tuviera que cuidarlo. A lo que se refería a él mismo, siempre iba en segundo lugar. Quizás era su mejor y peor cualidad. Tenía claro que quería seguir conociéndolo y disfrutando con él, a pesar de que nunca pudiera conocerme plenamente.

—Ya sabes que lo mío es la ficción y la edulcoración de las palabras para que sean más bonitas. No te fíes de mí, que te robaré el corazón. Soy un rompecorazones, ya lo sabes. El malote de las películas románticas. En resumen, un *bad boy* —dijo irónicamente, no pudiéndose aguantar la risa con cada palabra que salía de su boca.

Yo lo miré fijamente; solo pude reírme y decirle:

—¡Qué tonto eres!

Seguimos paseando. Lucas comenzó a quejarse de que quería descansar, pero le dije que ya quedaba poco. En todo ese tiempo, fui delante guiando porque iba con una dirección fija. Di un paso y sentí cómo algo rebotó en una de mis botas. Miré hacia abajo y vi que un cordón se me había desatado. Me paré a atarlo y retomé la marcha. Sin embargo, me di cuenta de que Lucas no se había parado y no lo veía por ningún lado.

—¡Lucas, quieto donde estés! —le grité, pensando que no podía estar lejos; no le había dado tiempo a alejarse tanto como para no oírme. Volví a gritar:

—¡Quieto! Que te vas a perder y no quiero jugar a Marco Polo para encontrarte.

Seguí recto, porque si se hubiera salido del camino, hubiera oído las hojas moverse. Me encontré casi corriendo a ver si lo encontraba de una vez, pero no lo vi. Me estaba preocupando.

«¿Dónde está?», me dije.

La voz me temblaba. Me sacudí de un lado para otro con nerviosismo. No podía dejar que se apoderara de mí esa agitación. Me paré en seco, cerré los ojos y respiré profundamente, intercalando la inspiración y espiración para calmar mi cabeza. Una vez calmado, abrí los ojos, que me brillaban con una luz dorada, y busqué su esencia por todo el bosque. Me costaba percibirla, pero lo notaba cerca de mí. Fui corriendo hacia donde estaba.

Me llevó dos minutos ver su figura desde lejos. Me acerqué hasta él y le dije:

—Joder, Lucas, ¿por qué te alejaste? No ves que puedes perderte y entonces la liamos. Estuve a nada de llamar al 112, suerte que eres torpe y pude seguir tus pisadas —mentí, porque era más verosímil esa historia que decirle que lo percibí por medio de mis poderes divinos.

—Lo siento, estaba inmerso en mis pensamientos, no me di cuenta de que te habías parado y seguí andando porque vi que había un camino muy marcado por pisadas e imaginé que ese sería el que íbamos a seguir. Y cuando me di cuenta, pensé que mejor seguirlo y

encontrarnos en una zona más abierta, sin tantos árboles. Lo siento, no quería preocuparte —asintió cabizbajo por la preocupación que había causado.

Lo abracé y le susurré:

—Ve con más cuidado la próxima vez, pero no te preocupes, siempre que te pierdas te encontraré.

Nos separamos el uno del otro. Miré al suelo y seguí el camino que dijo Lucas, pero solo vi pisadas que, por el tipo de calzado, eran de él; no había de nadie más.

—Noel, mira que hay ahí delante. Parece un claro; podríamos descansar aquí —dijo con una sonrisa de oreja a oreja; se notaba que ya estaba cansado.

—Si te soy sincero, aquí era a donde quería traerte. Vamos a acercarnos y verás el lugar que quería enseñarte. Vas a entender por qué quería que vinieras —le confesé, cogiéndole la mano y entrando en un espacio algo más abierto y amplio que incitaba a relajarse. Le señalé que teníamos que pasar por unas ramas que no se veía de dónde venían, pero llegaban hasta el suelo, doblándose en él—. Tenemos que pasar por estas ramas —le indiqué. Separándolas con cuidado, vimos en el centro un tronco grande y fuerte del que nacían.

—Un sauce llorón —consiguió decir Lucas, con una cara de admiración e impresión digna de ver.

Le señalé que nos sentáramos en una gran roca que había justo al pie del árbol. Nos sentamos y, en silencio, admiramos lo maravilloso de estar al cobijo de aquel árbol. Las ramas brillaban por el reflejo de la luz en las hojas todavía mojadas. Además, el viento movía continuamente las ramas, y la luz que entraba por los recovecos estaba en continuo movimiento, jugando con la posición de los reflejos.

—Vale, de acuerdo. Este se acaba de convertir en mi nuevo lugar favorito —sentenció Lucas, sonriendo como si fuera un niño el día de su cumpleaños.

—Te dije que merecía la pena venir. Es uno de mis lugares favoritos en el mundo. Y necesitaba compartirlo contigo, una de mis personas favoritas —le dije con total sinceridad.

Él solía hacer comentarios de este tipo y yo, normalmente, no le correspondía. Se merecía que fuera sincero con él. Sabía que abrirme con él me podía hacer vulnerable y poner en riesgo mi secreto, lo cual lo pondría en peligro, pero se merecía sinceridad a todo lo que tenía que ver con él.

—Lucas, quería decirte que estoy muy contento. Soy feliz viviendo experiencias, charlando contigo horas, enseñándote lugares y compartiendo el tiempo juntos. Hacía muchos años que no estaba así con nadie; de hecho, no me acuerdo de cuándo fue la última vez que me sentí así. Eres una persona muy especial, con una cantidad de sentimientos y pensamientos arrolladores que envuelven a todos los que te rodean. Conocerte me está ayudando a ser más yo, me siento auténtico. Quería que supieras que tenerte en mi vida ha sido una casualidad maravillosa y quiero que se convierta en mi destino, porque quiero vivir, sentir, estar y ser a tu lado —me sinceré de forma genuina, desnudando mi corazón y compartiendo mis sentimientos con él. Nunca fue tan fácil el amor como lo era con él.

Lucas se quedó callado durante lo que fue para mí una eternidad. Pero vi cómo sus ojos comenzaron a brillar con más intensidad hasta llenarse de lágrimas; se estaban acumulando en sus ojos, pero no llegaron a caer. Le acerqué la mano a la cara y le acaricié la mejilla.

—¡Noel! Has sido la casualidad más bonita que he tenido el placer de conocer. En este poco tiempo, he podido sentir un amor inmenso y puedo afirmar sin miedo que quiero compartir mi tiempo y mi vida contigo. Lo que siento por ti me hace ser mejor. Contigo puedo ser yo. Haces de lo cotidiano algo especial, digno de recordar y revivir cada vez que lo necesito. Yo también quiero estar contigo y, si lo que estás haciendo es pedirme salir, mi respuesta es sí —hizo una pausa, me besó de forma lenta y se separó, dejando su frente apoyada en la mía. Luego alcanzó a susurrar dos tiernas palabras:

—Te quiero.

Miré fijamente a esos dos ojazos marrones que brillaban con intensidad. Cogí su cara con las dos manos, sonreí de oreja a oreja y le susurré:

—Y yo a ti. —Lo besé percatándome de que mi corazón podía estallar en cualquier momento por todo lo que estaba sintiendo.

CAPÍTULO 11:
SÍGUEME

LUCAS



«A las 17:00 en Obelisco. Hoy toca café y paseo. Nos vemos, tú, yo y Diana en un par de horas ;)».

—Olé. Hoy tengo plan. Voy a quedar con Diana y Mara para tomar un café y pasar la tarde —le digo a Izan, que se encuentra justo a mi lado leyendo el correo de una autora que nos ha aceptado como editorial para producir su segunda novela.

—Todo son buenas noticias. Hemos conseguido que nos acepte como su editorial de confianza para su segunda novela, y tú, por fin, vas a hacer algo más que no sea trabajar, entrenar, escribir y pensar en Noel —dice con un tono burlón que enmarca su preocupación. Lleva días preocupándose constantemente; de hecho, me ofreció cenar con él y su marido, pero la verdad es que no quiero ver muestras de cariño ni parejas, porque me lleva a pensar en lo mismo. Quizás sea egoísta, pero necesito quitarme la preocupación de Noel de la cabeza porque no me deja vivir.

—Voy a contarle a la jefa la gran noticia —menciono mientras me levanto de la silla y dejo ese tema de conversación para otro momento.

Izan asiente con la cabeza y me sonríe de forma cómplice; sabe la razón por la que he cortado la conversación con una excusa.

Recorro el pasillo hasta el despacho de la jefa y llamo antes de entrar. La veo que está al teléfono, por lo que tan solo le sonrío y le digo:

—La tenemos.



Ella sonríe de manera satisfactoria. Le digo adiós con la mano y cierro la puerta. Vuelvo a mi mesa de trabajo para seguir con la jornada.

Acabo de llegar al punto de encuentro, el Obelisco. Está plagado de gente. Entre las personas que aún están de vacaciones, y los cruceros que hacen parada en esta ciudad, se hace difícil encontrar a Diana y a Mara por algún sitio. Cojo el móvil del bolsillo y les escribo:

«Estoy justo a la derecha del Obelisco, voy con una camiseta beige y un pantalón marrón. Os espero aquí».

Al momento de mandar el mensaje, Mara contesta que se va a retrasar cinco minutos. Diana tarda un minuto en contestar, en el que me dice que ya está aquí buscándome. Levanto la mirada y la localizo mirando para todos los lados posibles. Empiezo a mover la mano de un lado a otro para que me vea. Cuando lo hace, me lanza una sonrisa de oreja a oreja; se nota que se alegra de verme.

—Hola, *bebesote,* ¿cómo estás? —me pregunta mientras me da un abrazo muy fuerte, que le correspondo de la misma manera. Ella siempre tan cariñosa y preocupada. La conozco bien, mi problema le está rondando por la cabeza continuamente, y eso se traduce en preocupación constante, por eso todos los días tengo un mensaje suyo.

—Ahora que estás aquí, mucho mejor. Tenía ganas de veros. Aunque Mara y la puntualidad son algo incompatible, creo que lo está dejando para la siguiente vida —digo con tono irónico, porque es algo muy de Mara; ya no se lo tenemos en cuenta porque es una batalla perdida.

Agarro a Diana y le indico que nos sentemos en el banco que acaba de quedar libre.

Mientras esperamos a Mara, le cuento a Diana sobre el trabajo y lo contento que estoy por la autora que hemos fidelizado. Ella me habla sobre su trabajo; le sigue yendo bien en la tienda, y ahora va a tener horario de mañana, por lo que va a poder estar un poco más tranquila. De repente, veo a lo lejos a una chica que viene andando con calma, pero soplando y escribiendo en el móvil. Es Mara, sin lugar a

duda; solo ella puede venir tan *pachorrenta* y, a la vez, estresada.

—Perdón, perdón, perdón. Iba a llegar en hora, pero empecé a prepararme y cuando me di cuenta ya tenía que salir de casa, pero no me cerraba el portal. Lo siento —se disculpa. Diana y yo la miramos, y ambos levantamos los hombros en señal de que da igual. Diana se lanza a abrazarla y le da dos besos. Luego hago lo mismo, y ella me dice—: Espero que tengas mucho que contarnos.

—Primero necesito un café. ¿Os parece si lo cogemos para llevar y paseamos por la calle Real y luego por el Parrote? Así aprovechamos que hace buen día —les propongo. Ambas asienten casi a la vez y vamos a la cafetería más cercana.

Con los cafés calientes ya en la mano, nos ponemos a pasear por la calle Real. Pasamos por delante de varias tiendas. Hacemos una parada para que Mara se compre unas botas que había visto por la app y que solo quedaban ahí. Luego, paramos en una chocolatería en la que Diana necesita comprar unos bombones artesanos para regalar a su suegra por su cumpleaños. Y, ya que yo no tengo que hacer recados, me detengo en una librería con un letrero negro y verde que hay en esta misma calle. Quería entrar a mirar y disfrutar de la sensación tan agradable que me da ver libros expuestos y gente hojeándolos.

Mientras miro los libros, uno me llama especialmente la atención: una novela gráfica con tonalidades negras, lilas y azules que se titula *Todas las personas que fui*. Mi próxima adquisición, seguro. Sigo recorriendo toda la librería y, antes de salir, vuelvo a la mesa donde la novela está expuesta y la compro.

Una vez salimos de la librería, nos dirigimos al Parrote para dedicarnos exclusivamente a hablar y pasear, ya que nos hemos enredado comprando más de la cuenta.

El sol sigue brillando y calentando, como es normal en un día de verano, aunque en unos días comience el otoño. Vamos por el asfalto, viendo los barcos atracados en el puerto. Mientras acabo de dar el último trago al café, Mara dice:

—¿Se sabe algo nuevo del desaparecido?

Por mi cabeza pasa la idea de contar el momento en el espejo, pero lo que me faltaba era que piensen que estoy enloqueciendo. Así que niego con la cabeza y digo:

—Nada de nada, pero cada vez creo y siento que tiene una razón de peso para hacerlo.

—Entiendo. Tú conoces tu relación y alguna explicación habrá, pero te la tiene que dar. Por mucho que te quiera, no puede desaparecer y ya está. Ni que fuera agente secreto y hayan descubierto su tapadera

—dice Mara, intentando respetar lo que acabo de decir, pero dejando claro que tampoco son las formas.

—Como trama de una novela, me parece repetitiva y muy vista. Espero que haya giros que hagan el argumento más entretenido que la premisa que acabas de dar. Sin embargo, no veo a Noel como James Bond, siempre me ha recordado más a Aslan, el león de *Las Crónicas de Narnia.* —A medida que hablo, empiezo a reírme. Pero es totalmente en serio: si este chico fuera un personaje de algún libro o película, sería Aslan; siempre tan tranquilo, seguro, cercano, místico, sabio y actuando siempre a la perfección en todo lo que hace. Ambas están riéndose de la idea de Noel como león sabio.

—No puedo contigo. Menuda comparación acabas de hacer. Eres tremendo. Pero te veo mejor. Sé que te estás agarrando a un clavo ardiendo, pero yo no sé cómo actuaría siendo tú, posiblemente

también me aferraría a esa idea —admite Diana, sabiendo que reafirmarme en esta idea puede ser peligroso, porque la hostia puede ser mayor. Sin embargo, ella siempre es sincera conmigo y, aunque vea que darme alas puede ser un problema, quiere que esté bien y que siga el camino que decido seguir yo, sin ningún tipo de influencia.

—Totalmente de acuerdo con Diana. Puede ser el gran golpe de tu vida, pero si necesitas aferrarte a esa idea, hazlo —añade Mara con sinceridad y cariño—. Ahora mismo tienes un gran hueco en blanco que necesitas rellenar y eso solo puede hacerlo Noel. Si, cuando aparezca, te da una explicación que sientas válida, será genial. Pero si sientes que no es suficiente, no pasa nada. Tienes todo el derecho para pensártelo, para dejarlo o para seguir. Eres libre de hacer lo que quieras, solo tienes que saber que siempre nos tendrás para apoyarte, para ayudarte a abrir los ojos o para recogerte cuando caigas. Siempre estaremos ahí para ti. Te queremos, Lucas.

Me paro en seco y les sonrío de oreja a oreja.

—Eh… sois unas intensas. Chicas, os quiero mucho. Gracias por hacerme sentir cuidado, protegido y respaldado. Sois las mejores —digo mientras cojo a Diana con el brazo derecho y a Mara con el izquierdo para acercarlas a mí y fundirnos en un abrazo a tres.

Después de ese momento, nos sentamos en un banco y nos pasamos las siguientes dos horas hablando de todo tipo de cosas. Mara habla del trabajo y de lo estresada que está; Diana nos cuenta que están esperando a que les den las llaves de la casa que se acaban de comprar; y yo les cuento acerca del libro que he empezado a escribir.

Está empezando a ponerse el sol. Nos despedimos y cada uno sigue un camino diferente. Quiero llegar a casa para cenar, meterme en la cama y leer mi libro nuevo.

Cuando estoy en el parque de al lado de mi casa, me fijo en que hay una persona en el columpio. Al principio, me pasa desapercibida, pero luego veo que me mira y sonríe. De golpe, paro en seco y me doy cuenta de que esa mirada y esa sonrisa las conozco a la perfección. Aunque esté algo lejos, puedo decir con total seguridad que es él, Noel. Nos miramos y el tiempo parece detenerse. Me

quedo totalmente quieto, sin saber cómo actuar. Él se levanta del columpio y me hace un gesto con la cabeza que parece decir: sígueme.

CAPÍTULO 12:
¿QUÉ HACER CUANDO NO SABES QUÉ HACER?

NOEL



—Venga, tengo que salir ya de este hotel. Voy a ir a trabajar. Después de tantos días, Lucas no me buscará allí y Morrigan dijo que el problema de acabar con el mundo era por nuestra relación. No dijo nada del trabajo —procuro convencerme a mí mismo para tener un poco de normalidad en mi vida. Un dios pidiendo normalidad, no hay dos conceptos más antagónicos.

Salgo por la puerta. Bajo las escaleras del hotel; no quiero encontrarme con nadie. Abro la puerta de entrada y salida y procuro pisar la calle con el pie derecho, ya suficiente mala suerte he tenido. Justo delante hay una cafetería antigua y preciosa. Me detengo un momento para coger un café solo para llevar e ir tranquilamente hasta la oficina.

No me lleva más de veinte minutos llegar hasta mi lugar de trabajo. Subo en el ascensor y doy gracias por no haber coincidido con nadie.

Cuando salgo, mis compañeros me están esperando cuales *paparazzi*.

—¡Hombre, jefe, ¿dónde has estado?! Te echamos de menos por aquí —dice Lía, dándome un cordial abrazo.

Lía es una chica muy amable y amigable. Es del mismo año que Lucas. Tiene el pelo corto y de color blanco. Es la persona de la oficina con la que tengo más confianza. Sé que es por su personalidad madura y perceptiva; nunca se le escapa nada de nadie. Esa capacidad de observación y de leer a la gente es muy impropia a su edad. Siempre le digo que es un alma sabia en el cuerpo de una chavala.

—¡Benditos los ojos que te ven! Pensé que me iba a tocar ser el jefe —comenta un hombre más bajo que yo, que está recorriendo el pasillo para saludarme con otro corto abrazo.

Es Xavier, un tiburón de las finanzas, o eso dice. Tiene treinta y cinco años. Todo el pelo que le falta en la cabeza lo tiene en una barba perfecta que le perfila y le hace atractivo. Sin embargo, es el compañero cargante que todo humano tiene en su oficina. No es mal tío, pero hay que ponerle límites.

—Tranquilo, Xavi, no serías tú mi sustituto. Tengo avisados a los de arriba que, si me voy, Lía es la siguiente en la cadena de mando —digo con total sinceridad, pero con un tono burlón. Miro a Lía y le guiño un ojo en señal de complicidad, pero no sin antes decirle—: Que esto no te sirva a ti para deshacerte de mí.

Después de un recibimiento como este, les pido que me den tiempo para ponerme al día. Además, los aviso de que en el descanso bajaré yo a por los cafés y el picoteo, hoy invito yo.



Llega la mitad de la mañana y hacemos el descanso. Bajo a la cafetería que tenemos justo debajo de la oficina y cojo ocho cafés y varios cruasanes. Subo con todo y lo dejo en la sala de reuniones. Luego le pido a Lía y Xavi que vengan a mi despacho; quiero plantearles una situación, y quizás sus distintas perspectivas me

puedan ser de ayuda. Ambos entran y se sientan en las sillas delante del escritorio; yo me quedo de pie.

—Os llamaba, en primer lugar, para tomarnos el café juntos. También para disculparme por mi desaparición; tuve problemas familiares ineludibles e inesperados. Siento no haber avisado —me disculpo con total sinceridad, pero pensando que esta explicación se la merece alguien mucho más.

—No te preocupes. Espero que esos problemas se hayan solucionado y estéis todos bien —dice Lía, haciendo amago de acercarse, pero no acaba de hacerlo. Xavier, por su parte, hace un gesto con la cabeza que me da a entender que no hay por qué disculparse.

—Y, por otra parte, ya que estamos con el café y sois las personas más diferentes que conozco el uno del otro, voy a plantearos una pregunta que me hizo una familiar para entretenerse estos días. ¿Os parece? Así hacemos más ameno el café —les ofrezco para entretenerlos y, a su vez, poder ver otras perspectivas. Ambos asienten con la cabeza—. Si os dijeran que mañana se puede acabar el mundo que conocemos, que solo un 10% de la población sobreviviría y que sería vuestra culpa por estar con la persona que más queréis... Tú, Lía, destruirías el mundo por estar con tu perro Ralph. Y tú, Xavier, acabarías con casi toda la población por seguir viendo a tu padre. Pero llega un «ángel» y os ofrece detener dicha catástrofe si os separáis para siempre de vuestro ser querido. ¿Qué haríais? —les pregunto con total seriedad.

—Me separaría de Ralph y de quien hiciera falta. Al final, si el mundo sigue en pie, Ralph puede seguir feliz con otra familia que lo cuide y lo mime como se merece. Sin embargo, si por estar con él condeno al mundo, también condenaría a Ralph —sentencia Lía sin un ápice de duda.

—Creo que haría lo mismo que dice Lía, pero no obviaría que, aunque sigan viviendo, siempre habría un vacío tanto en nuestros seres queridos como en nosotros, lo que podría suponer que en algún momento cometamos un error, nos dejemos llevar y queramos vernos. Entonces, el trato se revocaría. Por lo que pondría una condición en el trato con el «ángel»: una despedida antes de

separarnos —comenta Xavi, dejándonos a Lía y a mí planchados. No nos esperábamos una respuesta tan racional y emocional. ¿Será cierto que los humanos están desarrollando inteligencia emocional y no solo es postureo en las redes sociales?

—Entiendo, habéis dado una respuesta interesante entre los dos. Sin embargo, ahora voy a complicarlo. La población mundial se vería reducida al 10% por vuestra culpa y por vuestro querer, y os dan la opción de separaros para salvar al mundo, pero el «ángel» determina que, por seguridad, tu ser querido será sentenciado a muerte. ¿Aceptaríais el trato o no? Una vida por la de miles de millones —les complico la situación. Me he tenido que inventar que la población se vería mermada porque Morrigan tampoco ha sido muy concreta sobre qué significa exactamente «destrucción del mundo».

Ambos se quedan pensando al menos un minuto, y Xavi es el primero en hablar:

—Creo que, en este caso, no se me ocurre por dónde salir. Me resignaría y aceptaría. La razón principal de aceptar es que, conociendo a mi padre, no sería capaz de vivir sabiendo que él es culpable de tanta muerte. Por lo tanto, preferiría morir a vivir en un mundo así.

—Pues yo creo que tomaría otra opción. Si ambos somos los responsables de dicha catástrofe, me quitaría a mí del medio. Con esto, sería suficiente para que el mundo y, en este caso, Ralph, sigan sanos y salvos —Lía habla sin ningún tipo de alteración en la voz, como si

fuera algo obvio y fácil de hacer, como si separarse de un ser amado no doliese. A veces es demasiado pragmática.

—Interesante. Por una parte, la resignación que sufres al saber que es lo mejor para la otra persona; y, por otra, el sacrificio —digo pensativo, viendo que otras alternativas son posibles.

—Oye, es muy entretenido, pero voy a recibir una llamada y es mejor que volvamos al trabajo. Así que voy a ir a mi mesa. Gracias por el café, Noel —agradece Xavi, saliendo por la puerta de mi despacho.

Lía hace lo mismo que él, pero justo cuando va a cerrar la puerta me dice:

—Estaba pensando, si la condena es de dos, ¿por qué no tomamos entre los dos la decisión? Me encantan los acertijos en los que todas las soluciones son válidas, pero que dependen del prisma con el que los mires.

—Muy sabia esa respuesta por tu parte. Nunca defraudas —le digo con una mirada de admiración. Lía sale por la puerta y yo vuelvo al trabajo, pero con la cabeza llena de nuevas posibilidades.



Acabo la jornada y salgo de camino al hotel. No he parado de darle vueltas a la cabeza desde que hablé con Xavier y Lía. Pero me resuena mucho en la cabeza la idea de Xavier: «Mi padre no podría vivir en un mundo sabiendo que es el responsable de algo así». Esto, sumado a lo último que dijo Lía, me lleva a pensar que debería introducir a Lucas en la ecuación. Pero ¿cómo hacer eso sin hacerlo partícipe en los asuntos de los dioses? No se me ocurre cómo conseguirlo.

Sigo andando, pero soy consciente de que no estoy dirigiéndome al hotel. He decidido que ya es hora de que vuelva a mi casa. Llego al parque que conozco muy bien. Miro hacia el columpio y lo tengo claro: me voy a quedar aquí a esperarlo. Quiero verlo. Verlo hoy no destruirá el mundo. Me siento en el columpio y me pongo a pensar en qué haré cuando aparezca.

Al cabo de un par de minutos, ahí está, mirando con cara de incrédulo desde lejos, el chico de la sonrisa bonita.

El tiempo se detiene por completo; no sé qué hacer ni qué decir. Sin embargo, me levanto del columpio, decido que no quiero hablar aquí, sé el lugar perfecto para nosotros. Le miro fijamente y, cuando veo que él vuelve en sí, le indico con la cabeza que me siga.

CAPÍTULO 13:
¿VIENES CONMIGO?

LUCAS



Empiezo a seguirlo, calle por calle. No sé muy bien a dónde va, pero cada vez estamos más lejos de nuestra casa. Veo cómo sigue delante de mí, mirando hacia atrás de vez en cuando para ver si sigo ahí. Parece que me está llevando a algún sitio en concreto. Pero ¿qué es lo que se le está pasando por la cabeza para que desaparezca y aparezca de pronto y, en lugar de ponerse a hablar, me haga seguirlo? No entiendo nada, esta situación cada vez es más rara.

Hago un repaso de estas semanas con él desaparecido para ver por dónde empiezo cuando se pare y hablemos. Se me agolpan los pensamientos y las emociones. Respiro profundamente porque no quiero desbordarme y ponerme a llorar antes de poder hablar con él. Ya habrá tiempo para hacerlo después. Aun así, entre tanto pensamiento, solo tengo una cosa clara: no sé qué decir cuando paremos. Me da miedo el momento de parar, estar uno frente al otro y afrontar todo lo que tengo que oír.

Salimos de pronto a una plaza grande donde puedo ver al lado derecho dos buses urbanos recogiendo gente. En los bancos del centro, hay dos grupos de adolescentes hablando y riéndose de algo. Y en el lateral izquierdo, una terraza plagada de gente tomando algo. Noel se adentra al centro de la plaza y veo que sigue en línea recta, quiere tomar la salida del fondo, la que solo nos lleva a un sitio en concreto.

«Un pie, luego otro. Un pie, luego otro», me repito una y otra vez para no olvidar cómo se anda.

Estamos a punto de salir de la plaza, lo que nos lleva irrefrenablemente al lugar donde Noel quiere hablar. No lo ha dicho, pero lo que hay al final es un cruce que nos lleva directamente a la playa donde nos conocimos. Está claro que allí es donde quiere hablar y espero que revele todo secreto que tenga de su desaparición.

Noel

Estamos llegando a la playa y aún no tengo claro cómo empezar la conversación con Lucas. Pensé que, en este rato andando y con él detrás, iba a poder preparar algo para soltarle en el momento de la verdad, pero sigo como al principio: nada. Ni una sola palabra.

Soy detestable. Me planto aquí delante de él, después de haber desaparecido sin darle una mísera explicación, ¿y qué espero que haga él? ¿Entenderme, darme un beso y que parezca que no ha ocurrido nada? Eso no va a pasar. Lucas necesita una explicación; seguro que bastante mal lo ha y lo está pasando. Y, en lugar de dejarlo tranquilo, después de varias semanas él solo gestionando la situación que le dejé, me planto aquí. Si es que soy egoísta.

No puedo hacer nada más que agachar las orejas y esperar el rapapolvo que me espera. Cruzo el paso de cebra, veo por el rabillo del ojo cómo Lucas me sigue y voy directo a las escaleras de la playa.

«Primero un pie, luego el otro», pienso para evitar tropezarme y caerme por los nervios.

Noto cómo mis pies se hunden en la arena y me cuesta cada vez más andar, pero no me detengo hasta llegar a la orilla. El sol ya se ha puesto y el cielo comienza a teñirse de un violeta que en escasos minutos dará paso al negro de la noche y, con suerte, a las estrellas. Allí mismo, veo cómo Lucas acaba de bajar las escaleras y se acerca a mí. Me siento en la orilla y, con un gesto simple de mi mano derecha en el suelo, le indico que se siente a mi lado.

—Te mereces una explicación. —Es lo único que alcanzo a decir. Trago saliva y hago una pausa muy larga que me hace perder todavía más los nervios—. Sé… que no… tengo perdón, pero… —me atrevo a decir con voz entrecortada.

—¿En serio? ¿Ahora apareces así, como si nada? —me interrumpe Lucas con una mezcla de rabia contenida y tristeza. Me mira con los ojos vidriosos y la respiración entrecortada—. ¿Sabes todo lo que he pasado? ¿Lo que me hiciste pensar?

Siento que me va a golpear, o que va a dar media vuelta y largarse. Me lo merezco. Pero, en lugar de eso, da un paso hacia mí y se detiene en seco.

—Noel… ¿qué esperas que haga? —Su voz se quiebra justo antes del silencio—. ¿Por qué me dejaste?

No sé qué responder. Mi cuerpo se paraliza. Quiero hablar, explicarme, pero el nudo en la garganta apenas me deja respirar.

Lucas vacila. Me mira de arriba abajo, como si buscara algo que le dé una razón. Y entonces, da ese paso que me rompe por dentro…, y me abraza.

Su cuerpo tiembla. Me susurra, con voz rota:

—Las explicaciones pueden esperar. Solo… no te vuelvas a ir.

No puedo creerlo. Estaba preparado para que me gritara, me insultara, incluso para que me odiara. Pero no para esto. Este abrazo me desarma por completo. Nunca dudé de que me quería, pero esto es demasiado.

Seguimos abrazados. Su cabeza descansa en mi hombro. No puedo verle el rostro, pero siento su dolor. Sé que este abrazo es su forma de contener todo lo que aún no puede decir. Lo ha dejado todo en pausa solo para poder estar conmigo.

Y eso me destroza.

La culpa me quema por dentro, subiendo como un incendio desde el estómago hasta los ojos. No puedo evitarlo: las lágrimas comienzan a brotar. Sollozo, contenido al principio, luego más profundo.

Lucas se separa, alarmado, pero antes de que diga nada, me adelanto.

—Lo siento —logro decir entre suspiros entrecortados—. Nunca quise esto para ti. Lo juro. Siempre quise verte bien, feliz… Nunca imaginé que todo se torcería de esta manera. Lo siento tanto, Lucas.

Él me mira, con ese gesto serio que tiene cuando intenta ser fuerte por los dos.

—Noel… ahora no. No tenemos que arreglarlo todo hoy. Sé que hay mucho que decir, y lo dirás, eso desde luego, pero ahora… solo abrázame. Cojamos aire. El resto… vendrá.

Sus palabras me atraviesan. Lucas, con su templanza, con ese corazón que nunca deja de sorprenderme, vuelve a recordarme por qué lo amo tanto.

Lo miro y reconozco esos ojos donde tanto me gusta perderme. Me acerco, apenas unos centímetros, y le susurro:

—Te quiero ayer, hoy, mañana y siempre.

Lucas me sostiene la mirada por un instante. Sus labios no emiten sonido, pero puedo leerlos con claridad: «Y yo a ti». Y me vuelve a abrazar, esta vez ejerciendo más presión que antes.

Permanecemos así por lo que parece una eternidad.

Cuando finalmente me separo, sin un ápice de duda, le digo:

—Si el mundo se acabara mañana, quiero estar contigo. Quiero que seas lo último que vea, porque mirarte me recuerda que esta vida, a pesar de todo, vale la pena vivirla. Aunque sea por última vez.

Lucas

Noel ha pronunciado esas palabras en alto. «Si el mundo se acabara mañana, quiero estar contigo». No es la primera vez que lo escucho decir algo así. En mi cabeza, como un eco dulce pero

lejano, resuena una frase del pasado: «Esta vida habrá valido la pena».

La primera vez que dijo algo parecido fue durante nuestro primer viaje juntos. Estábamos en mitad de una carretera secundaria, rodeados de campos verdes y cielo gris, y él me miró como si no existiera nada más. Desde entonces, supe que amar a Noel era amar con todo, sin condiciones. Y ahora, después de todo lo que ha pasado, lo vuelve a decir.

Muchos soñamos con un amor así, pero en los amores modernos no solemos ser lo primero en la vida del otro ni lo que les hace respirar. Pero con él siempre ha sido distinto. Y eso es lo que me desarma.

Estoy aquí, con él, después de haber pasado por uno de los vacíos más duros de mi vida. He estado mal, fatal. Me dolía el cuerpo de echarlo de menos. Pero ahora, sentado a su lado, respirando el mismo aire, siento por primera vez en mucho tiempo que todo podría volver a estar bien. Que tal vez esto ha sido solo un mal sueño del que desperté en el instante en que lo volví a ver. Aunque en el fondo estoy aterrado. Por eso, no quiero afrontar todavía esa conversación. Egoísta. Infantil. Cobarde. Sí, pero quiero y necesito esto, al menos hoy.

—Lucas, ¿quieres que vayamos a casa? —pregunta Noel con cautela.

No le voy a atacar. No voy a reprocharle nada. Nunca ha sido nuestro lenguaje del amor. Yo sé que me debe una explicación, y sé que la tendré. Pero ahora… ahora quiero darnos algo más valioso: aire. Un poco de espacio para que nuestra historia respire, aunque no sepamos hacia dónde iremos, si será juntos o separados. Hoy será juntos, mañana ya veremos.

—Claro. Vamos a casa —le digo con una sonrisa suave, y antes de que pueda decir nada más, me acerco y le robo un beso. Uno pequeño. Uno de esos que dicen «aquí estoy», sin necesidad de promesas.

Nos levantamos de la orilla. Le tiendo la mano, como tantas veces lo he hecho antes, y él la toma sin pensarlo. Al hacerlo, algo en mí se alinea. Algo pequeño, pero poderoso: esperanza.

Y mientras caminamos, le miro de reojo y digo, con una sonrisa algo traviesa:

—Oye… ¿te acuerdas del viaje a Escocia?

CAPÍTULO 14:
PRIMER VIAJE

LUCAS



Era la primera vez que viajaba con Noel. Había pedido vacaciones para acompañarlo a Escocia. Mi jefa no me puso ningún impedimento, pero mi cabeza estaba todo el rato recordando lo que debía estar haciendo en ese momento. Era una semana difícil para la editorial; íbamos a hacer la presentación de la segunda novela de una autora, y estábamos a la caza de un autor autóctono de nuestra ciudad que acababa de publicar un libro precioso sobre su experiencia personal en el amor, lleno de relatos conectados entre sí. Me hubiera gustado conocerlo y poder llevarlo yo, pero esta vez sería Izan quien se encargara de ello.

El motivo de aquel viaje era por trabajo. Noel tenía que resolver varios asuntos de la empresa que tenía sede en Escocia y, como sabía lo mucho que me atraía la idea de conocer Edimburgo, se le ocurrió la maravillosa idea de ir juntos y aprovechar el desplazamiento y alojamiento pagado por la empresa. De esta

forma, solo tuvimos que pagar un billete de avión y compartimos un pequeño apartamento en el centro de Edimburgo.

Lo teníamos todo planeado al milímetro. Él iría a trabajar los tres primeros días y yo a conocer la ciudad por mi cuenta. Luego tendríamos cinco días para nosotros solos, de los cuales Noel me aseguró que habría grandes sorpresas. No sé qué podía ser, pero esperaba que tuviera que ver con algún sitio bonito o ver estrellas.

—*Excuse me* —dijo un señor con el que casi me tropecé por ir perdido en mis pensamientos. Pidió disculpas agachando la cabeza. No podía ser que fuera el primer día y ya fuese por ahí chocando con la gente. Seguí mi camino velozmente, intentando no chocar con nadie ni hacer contacto visual, porque no sabría ni qué decir ni cómo contestar si me hablaban.

¡Qué triste! Acababa de salir del apartamento y solo pensaba en no hablar con nadie. Mi inglés era horrible... O me quitaba ese miedo de encima o me daba que esas tres mañanas paseando solo las iba a pasar realmente mal. Sin olvidar que, al estar pensando en eso, me olvidaba de disfrutar de la ciudad como me gustaría.

Me cogí un café cerca del apartamento, me senté en un banco y saqué el móvil para repasar el itinerario. «¡Qué suerte que Noel conoce la ciudad como la palma de su mano y me recomendó un montón de sitios!», pensé mientras recordaba cómo en el vuelo, Noel me había ayudado a programar las tres mañanas que iba a estar solo.

El primer día en Edimburgo recorrería *Royal Mile* y visitaría tres librerías con encanto que estaban por la zona, mientras me tomaba un café y disfrutaba del urbanismo de la ciudad. Aprovecharía para descubrir algún que otro lugar que no tuviera programado en mi itinerario. Por la tarde, Noel me confesó que haríamos un *tour* para presentarme la ciudad y los lugares más emblemáticos, como primera toma de contacto, para que no me volviera loco cada vez que veía algo nuevo.

El segundo día, iría al Museo Nacional de Escocia, para el cual compré la entrada por la web en el aeropuerto antes de subirnos al avión. Además, justo al lado había un sitio con un *brunch* espectacular que Brigid le recomendó a Noel. Por la tarde,

sorprendería a Noel con un *tour* en bicicleta por toda la ciudad. Leí en un blog que era una experiencia muy divertida y que, si hacía buen tiempo, se podía apreciar la hermosura de todas las zonas naturales que tenía la ciudad.

El último día, iría al Real Jardín Botánico a desayunar sentado en la hierba y me pasaría la mañana leyendo o escribiendo, según cómo me sintiera de inspirado. Por la tarde, Noel ya sería libre del trabajo y daríamos un paseo por el río *Water of Leith*. Lo que Noel no sabía era que yo ya estaba al tanto. Era una sorpresa que él tenía preparada, pero no se dio cuenta de que me entregó toda la documentación y su *planning* del viaje para que los guardase, ya que él iba a estar de arriba para abajo por el trabajo. Vi aquella actividad y decidí no mirar más entre los papeles. Quería disfrutar de todas las sorpresas que tuviera preparadas para los dos.

Tres días después

Íbamos en el coche, camino a un destino desconocido porque Noel quería darme una sorpresa. Habíamos recogido las maletas, ya que pasaríamos dos noches en algún lugar, y me había subido sin preguntar demasiado. De fondo sonaba *All Too Well* (Taylor's Version) de Taylor Swift, una de las canciones favoritas de Noel. En ese momento estaba viviendo la canción como si estuviera en un concierto en el Coliseum. Solo podía mirarlo y sonreír. Con lo serio que suele ser, era increíble ver lo animado que se ponía cuando sonaba una canción que le gustaba o cuando hacíamos algo divertido juntos. La verdad es que tenía la suerte de que se pusiera de ese humor casi siempre que estábamos juntos; su seriedad la dejaba para el trabajo o para cuando era necesario, pero a mí me regalaba sus mejores momentos.

Cogí el móvil y le saqué una foto mientras cantaba. Eran pequeños momentos que quería atesorar. Miré las fotos de esos días en mi galería y sonreí; pude hacer todo lo que tenía planeado. Además, pude escribir en el Real Jardín Botánico, donde empecé a darle forma a una idea que tenía. Esperaba que saliera algo de ahí. Siempre solía empezar y abandonar después de unos meses, sin

llegar a acabarla. También compré dos libros en dos librerías muy bonitas y pequeñas que tenían una sección de obras en español. Uno de los libreros era de Cantabria; hacía quince años que se había mudado a Escocia, y me estuvo contando algunos de los secretos y encantos de la ciudad.

Sinceramente, no tenía ni idea de inglés y no pude aprovechar al máximo las mañanas solo, pero las disfruté y estaba feliz de haber salido del apartamento. Ahora, mi parte favorita de aquellos días fue, sin lugar a duda, el paseo por el *Water of Leith*. Fue precioso: las luces de las estrellas envolvían la naturaleza en un manto mágico, como un paisaje de cuento. Aunque el *tour* en bicicleta también fue divertido y nos lo pasamos muy bien, incluso cuando pinché una rueda al final del recorrido.

—*It was rare, I was there, I remember it all too well* —seguía cantando Noel mientras conducía, pero delante de nosotros empezaba a aparecer un gran lago.

—Parece que ya estamos llegando. Te presento una de las sorpresas de estos días. ¿Ves aquella cabaña al fondo? Es nuestro alojamiento —dijo Noel con una sonrisa, mientras colocaba su mano en mi pierna.

—Jo, es perfecta. Me encanta la sorpresa. Muchas gracias. Te quiero mucho —comenté ilusionado, sin poder ocultar mi entusiasmo por lo inesperado del lugar.

Bajamos del coche, cogimos las maletas y empezamos a preparar todo para pasar allí los próximos dos días.

Fuimos a por leña. Colocamos la comida que habíamos comprado en el supermercado de la ciudad, hicimos la cama con las sábanas que nos habían dejado los dueños, y mientras Noel preparaba la cena, encendí la chimenea y ambienté la casa para la velada romántica que teníamos planeada.

La noche tomó el relevo al día y, después de ver el atardecer en el porche, entramos en la cabaña, nos pusimos a cenar y, al terminar, cogimos un par de mantas y nos acomodamos para disfrutar del calor y el baile de las llamas en la chimenea.

—Estoy disfrutando mucho este viaje. Creo que nunca había hecho tantas cosas ni vivido tantas experiencias diferentes. Ha merecido la

pena venir —confesé con una sonrisa y una mirada prácticamente infantil.

—Me alegro mucho de que lo estés pasando tan bien, pero recuerda que esto no ha hecho más que empezar. Nos queda aún la mitad del viaje y todo ese tiempo completo, sin trabajo ni nada que se interponga entre nosotros y Escocia —dijo Noel, acercándose a mí y dándome un beso en los labios. Cuando nos separamos, me quedé ensimismado viendo el chisporroteo de las llamas.

—Es increíble lo hipnótico que puede ser el fuego. Es tan bello como peligroso. Tiene algo único… nos da calor, nos acompaña, nos cuida…, pero también puede destruir. El agua es parte de la vida, sí, pero el fuego… el fuego puede quitarla o devolverla, porque purifica. Y ese renacer es único. Increíble. Y, como a ti te gusta decir, mágico —le dije, sin mirarlo, con la vista fija en las llamas, donde el reflejo bailaba en mis ojos.

Noel, embobado, no precisamente en las llamas, sino en mis palabras, se acercó al fuego, echó un tronco más para avivarlo y comenzó a decir:

—Los cuatro elementos forman parte de nuestra existencia, pero hay un matiz importante: ninguno de ellos puede crearla. Solo aquello que ya existe puede dar origen a lo nuevo. Fuego, agua, tierra y aire acompañan, nutren, sostienen, pero no crean. Es como esa paradoja eterna: no hay vida sin muerte, ni comienzo sin final, ni luz sin sombra. Todo está unido, todo es inseparable. Los elementos son expresiones de la naturaleza y, por tanto, también de lo que somos. Pueden impulsar nuestro proceso vital o destruirlo, si no aprendemos a cultivarlos con equilibrio.

—Eres impresionante. Me encanta hablar contigo y filosofar. Siempre aprendo. Tienes una mente muy atractiva y no sé cómo lo consigues, pero siempre consigues follarme la mente con tus argumentos. ¡Qué a gusto me quedo después de oírte! —admití de una forma un poco basta, pero totalmente cierta.

Hubo un pequeño silencio entre los dos, y Noel se empezó a reír.

—Eres un bestia —se interrumpió a sí mismo, porque no podía parar de reírse, y cuando consiguió parar, me volvió a mirar, se acercó a mí y susurró—: Te quiero por cómo eres, por quién eres, en

todas tus formas y facetas. Tú me haces saborear esta vida, y por ti merece la pena vivirla.

Me sorprendió esa última frase, me emocioné, y lo besé apasionadamente. Ese beso continuó hasta llevarnos a la habitación, desvestirnos y amarnos de forma física, como tantas veces habíamos disfrutado y como seguía siendo nuestro disfrute carnal favorito.

Noel

Llevábamos cinco días en Edimburgo. Estaba deseando ver a Brigid, presentarle a Lucas y que viera este magnífico lugar. Era una maravilla a muchos niveles, pero en lo que se refería a la naturaleza era un espectáculo. Brigid y Cernunnos tenían mucho que ver con esto; siempre fue un territorio muy importante para ambos dioses, por lo que lo habían estado cuidando desde hacía milenios y Brigid había decidido pasar muchas de sus vidas «humanas» aquí o, al menos, las que le habían permitido.

Los tres primeros días tuve que trabajar; suerte que surgió este cliente para tener la excusa perfecta para venir. Aunque supuso más trabajo del que pensaba, tres mañanas en las que el pobre Lucas tuvo que estar solo. Las tardes eran para nosotros y eso me permitió enseñarle toda la ciudad. Luego, pasamos dos días mágicos en una cabaña frente a un lago, los dos solos. Conseguí que el plan saliera todo lo bien que quería. Fue muy especial y no había mejor confirmación de eso que la carita de ilusión que puso. Y los planes y sorpresas no terminaban ahí; aún nos quedaban los últimos días para seguir disfrutando. La sorpresa más grande de todas era que la conociese. Brigid había conocido a otras de mis parejas antes, pero siempre eran creyentes y profesaban una fe ciega en nuestras creencias celtas (y yo solía ser su dios favorito); y los que no eran creyentes, eran porque no les hacía falta creer, ya que formaban parte del mundo mágico. Eran seres sobrenaturales como sátiros o hadas. Era la primera vez que le iba a presentar a un humano común y ateo, totalmente alejado de la magia. Sin embargo, él era

el ser más increíble y hechizante que había tenido el placer de conocer en todos mis milenios de vida.

No me iba a adelantar todavía con todo eso, porque hasta el día siguiente no podríamos ver a Brigid, que estaba bastante ocupada trabajando en el hospital como doctora especialista en pediatría.

Ese día tocaba ser un inmersivo, como si fuéramos ciudadanos autóctonos de la ciudad. Iba a llevar a Lucas a la zona comercial y a la parte más histórica, donde aprovecharía para contarle la influencia que tuvieron las creencias en este territorio.

Comenzamos cogiendo un café y recorriendo las calles, una a una, viendo todo a nuestro alrededor. Lucas demostraba el conocimiento que había adquirido de la ciudad en tan solo tres días. Me llevaba por las callejuelas para enseñarme una pequeña librería, propiedad de un señor cántabro, donde compró un libro hacía un par de días. Estuvimos hablando con el señor y nos recomendó un restaurante local que nos serviría para comer luego. Pero primero, íbamos a ir al castillo de Edimburgo. Era el lugar perfecto para pasear y que Lucas se empapara de la cultura de Escocia.

Llegamos al castillo, saqué el móvil y le enseñé al señor de la puerta las entradas que había comprado con anterioridad. Paseamos entre esas frías piedras, llenas de miles de recuerdos ocasionados por el paso del tiempo. La antigüedad de ese lugar me llevó a tiempos más fáciles y tranquilos, donde solo era adorado y venerado por lo que soy, sin tener que hacer nada más. Sin embargo, eran tiempos en los que era vanidoso, orgulloso, prepotente y sabelotodo. No conocía la empatía ni la piedad. Como yo, casi todos los dioses nos sentíamos por encima del bien y del mal, algo que aprendimos de muy malas formas cuando el ser humano comenzó a desligarse de las deidades y del mundo mágico, relegándonos a todos a simples leyendas y mitos.

—¿En qué estás pensando? —me interrumpió Lucas, devolviéndome completamente a la realidad.

—En lo maravilloso que resulta este lugar. Siento cientos de años de historia en la piedra de estos muros. En el aire, puedo percibir secretos que se guardan en silencio. En la luz que entra, puedo apreciar las vidas que han sido honradas y cuidadas por el amparo

del sol que llega a esta zona. Es un lugar mágico. Mágico de verdad —finalicé diciendo, algo de lo que pude llegar a arrepentirme. Lucas se quedó extrañado mirando todo lo que le rodeaba.

—Quizás tengas razón, pero ¿no has dicho siempre que todo es magia? A lo mejor estás abusando un poco de la palabra. Pero entiendo lo que dices. Este castillo es el resultado de millones de vidas a lo largo del tiempo, no solo por su construcción, sino por aquella persona que ha venido a este lugar. El patrimonio puede ser, realmente, lo único del mundo que nos une de una manera física con nuestro pasado, presente y futuro, convirtiéndose en el único nexo entre las personas a lo largo del tiempo —comentó sin mostrar ningún ápice de duda; se creía de verdad lo que decía y eso me gustaba.

—A veces se me olvida lo listo que llegas a ser y lo perceptivo e intuitivo que eres para muchas cosas. Nos lees a todos y a todo como libros abiertos. Estoy totalmente de acuerdo contigo en lo que dices, menos en que abuso de la palabra *mágico* —hice una pausa para remarcar que no abusaba de esa palabra; como un ser mágico, nunca es suficiente. Después de unos segundos, me dispuse a continuar con lo que iba a decir:

—Este lugar fue, durante siglos, fortaleza y refugio para los seres humanos, especialmente para los descendientes de los celtas. Eligieron asentarse aquí por la riqueza natural del entorno, un lugar donde podían prosperar y vivir en armonía con la tierra. Con el paso del tiempo, esas primeras generaciones dieron origen a nuevas, y gran parte de lo que veneraban se perdió entre el contacto con otras civilizaciones y la ruptura de las tradiciones. Sin embargo, su fe, aunque transformada, nunca desapareció del todo. Persistió, de alguna forma, en la memoria del lugar. Se asentaron aquí hace más de 6000 años, y aunque este castillo data del siglo XI, todavía guarda ecos de aquellas creencias antiguas, recuerdos sagrados y la esencia de quienes caminaron estas tierras mucho antes de que las piedras fueran colocadas. Estas personas creían en deidades como Brigid, diosa de la curación, la fertilidad y la forja; Cernunnos, señor de la naturaleza, lo salvaje y la abundancia; Morrigan, la diosa de la muerte y la destrucción; y Lugh, dios del sol y de las artes, entre

otras muchas deidades celtas. —Cuando dije el último dios, tragué saliva y dejé que el tiempo se apoderase del silencio. Sé que podía ser peligroso que hablase de aquello con Lucas, pero quería que al menos conociera o le sonara este nombre.

—Interesante. La verdad no sé nada acerca de la cultura celta, más allá del Samhain, el *leprechaun*, los druidas y algunos seres mitológicos como los *mouros*. Y, menos el Samhain, los demás los conozco por series, películas o libros. Debería saber más, cuando Galicia es tierra celta. Me lo voy a poner como materia pendiente —asintió y se puso deberes a sí mismo, sonriendo por lo que acababa de decidir.

—Espero que sea así, pero conociéndote, algo surgirá que te parezca más interesante y se te olvidará. Aun así, cuando quieras saber algo o te apetezca leer sobre ello, solo dímelo —le contesté, sabiendo perfectamente que cuando llegáramos de vuelta a casa no iba a investigar. Lucas era una persona que siempre quería aprender y saber de muchas cosas, y en su lista continuamente entraban cosas nuevas con distintas prioridades. Es de la clase de persona que nunca podrá aprender todo lo que quiere, aunque viva mil vidas. Eso me gustaba mucho de él, su sed insaciable de conocimiento.

—Vamos a continuar viendo el castillo —le dije, ofreciéndole mi mano. Él la agarró sin dudar y continuamos la visita.

Después de la visita, fuimos a comer al local que nos recomendó el señor de la librería. Pasamos una tarde paseando por la ciudad, charlando, bromeando y burlándonos el uno del otro. Hasta que llegó la noche y pudimos descansar y dormir juntos, esperando con ansias el día siguiente.

Al día siguiente

Y llegó el día. Estábamos de camino a encontrarnos con Brigid. Íbamos con un poco de prisa porque quedamos a las doce y eran las doce y cuarto. Lucas ya se estaba desesperando un poco porque odiaba llegar tarde, pero tenía que hacer una parada en esa

pastelería; necesitaba desayunar y esos pasteles tenían una pinta increíble.

—No puedo creer que quedemos con tu amiga y lleguemos tarde. Siempre te digo lo mismo: no se puede jugar con el tiempo de la gente —me regañó Lucas, algo que le encantaba recordarme. Soy tardón, pero hay tiempo de sobra para todo; si no, que se lo digan a la eternidad, esa nunca llega tarde.

—Jolines, Brigid tiene tiempo de sobra y entenderá que es por una razón justificada —dije, abriendo la puerta de la cafetería en la que quedamos.

—Brigid no tiene tanto tiempo como tú crees. Te está dedicando su día libre; lo que menos necesita Brigid es que venga el señorito a gestionarle su tiempo de ocio, que es bastante finito —dijo una voz justo detrás de mí. Me giré y, sorprendido, dije:

—Pero tú eres una sinvergüenza. Ya me imaginaba que iba a pasar. Acabas de llegar. Se podría decir que has llegado más tarde que nosotros —contesté entre risas, abrazando a Brigid.

—Ya me conoces, siempre me entretengo con todo y no soy consciente de la hora hasta el último momento. Te he echado de menos —dijo, abrazándome con mucha fuerza.

Brigid era una chica alta, llegaba al metro setenta y cinco, tenía una melena rubia con unos tirabuzones perfectos. Su cara era redonda y llena de pecas; sus ojos azules hipnotizarían a cualquiera. Lo más característico de ella era su sonrisa afable. Su sola presencia transmitía confianza y tranquilidad. Sin duda alguna, era la mejor de todos nosotros.

—Veo que este es el chico de la sonrisa bonita del que tanto me has hablado. Aparte de la sonrisa, es muy guapo. Y, solo por la conversación que os he oído, no porque os estuviera espiando, sino porque habláis muy alto, se ve que eres muy atento. Pensar en el tiempo de los demás no es un factor que Noel o yo tengamos en consideración —comentó Brigid, acercándose a Lucas y dándole un pequeño abrazo que le devolvió encantado.

—Encantado, Brigid. Tenía muchas ganas de conocerte. Noel habla mucho de ti. Tenía ganas de conocer a su mejor amiga. Espero que me cuentes muchos trapos sucios que pueda utilizar en su contra —

dijo Lucas, mirándome con cara juguetona. Solo podía pensar que todo lo que se dijera podía ser usado para cualquier conversación futura.

Nos sentamos a la mesa y, tras un par de horas contándole todo sobre nuestro viaje, el trabajo y la nueva casa. Brigid, con esa curiosidad tan característica de ella, le pidió a Lucas que le contara con pelos y señales cómo nos habíamos conocido. Quería comprobar si la historia coincidía con la mía. La conversación se alargó sin que nos diéramos cuenta, y se nos hizo la hora de comer. Brigid nos invitó a su casa.



—Pasad, por favor. Tenía planeado esto ya con antelación, así que limpié y cociné antes. Debo confesar que por eso llegué un poco tarde, pero os vais a chupar los dedos —admitió. La verdad era que Lucas y yo nos sorprendimos de que nos hubiera preparado la comida. Antes de comer, nos estuvo enseñando la casa, que era preciosa, de tonalidades verdes y marrones, muy naturalista, llena de plantas. Cuando acabó de enseñárnosla, pusimos la mesa en el salón, nos sentamos y empezamos a comer.

Cuando estábamos con el café, Lucas se quedó mirando a un punto y dijo:

—Ese cuadro de ahí me resulta familiar. ¿Qué ejemplifica?

—¿Te resulta familiar? —Brigid me miró muy confusa. Solo negué con la cabeza y ella entendió perfectamente que Lucas no sabía nada. Así que decidió contestar a su pregunta de la manera más oportuna que creyó:

—Es la orilla del río *Water of Leith*. Los seres que salen en la pintura son las deidades celtas: Lugh, dios del sol, y Brigid, diosa y señora del fuego. De hecho, me pusieron mi nombre por esta diosa, lo que hace que me interese mucho en todas estas creencias. Sin olvidar que esta pintura la hizo aquí tu enamorado, que él sí que es un dios en todo lo que tiene que ver con el arte —dijo, guiñándome

un ojo, aprovechando el momento para dejar una pincelada de nuestra historia real.

—Me encanta la vena artística de Noel. En casa tenemos un retrato precioso nuestro hecho por él, pero esta obra es impresionante. Tiene un grado de detalle que parece una foto o que lo hubieras visto en vivo y en directo. ¡Es precioso! Por cierto, sois unos frikis de la mitología celta; no había conocido a nadie que le gustase tanto hasta este viaje. Y ahora que hablas de Brigid, la diosa, creo que Noel me había dicho que era la diosa de la curación, la fertilidad y algo más. No recuerdo nada del fuego —contestó Lucas, admirando la obra, pero con un tono muy plano, como si en su cabeza estuviera intentando entender algo que no le encajara.

—¡Ah! Así que Noel dice que es diosa de la curación, la fertilidad, y ese algo más será la forja —hizo una pausa y me echó una mirada de muy pocos amigos.

—Lo siento, pero es por lo que más se conoce, y al final quería que entendiera un poco mejor todo lo que tiene que ver con la cultura celta —me disculpé diciendo eso verbalmente, pero mandándole otro mensaje con la mirada de que tenía que ser fácil para él.

—Bueno…, lo dejaré pasar por esta vez, pero, Lucas, tienes que saber que Brigid era la diosa y señora del fuego. De hecho, piensa que hay fuego en la curación, en la fertilidad y en la forja. Se cauterizan heridas, el fuego permite que la semilla germine en campos inertes y la forja se alimenta de este para crear material nuevo. El fuego es necesario, y para esta diosa era su elemento. Y, como dato curioso, su estación favorita era la primavera; suponía el culmen de su poder. Además, se la representaba como un cisne blanco y era motivo de inspiración para toda persona que pudiera verla.

—Impresionante. Se acaba de convertir en mi diosa favorita. Con un poco de suerte, podré verla y acabar por fin con alguna de mis historias —dijo Lucas, mirando ojiplático a Brigid. Denotaba gran interés por la historia de la diosa celta; hubiera flipado al saber que Brigid tan solo estaba hablando de ella misma.

—Tranquilo, Lucas. La inspiración siempre ha sido evasiva para cualquier ser mágico o humano. Te puedo asegurar de que tus historias solo tienen que madurar un poco y verás cómo salen solas. Estoy segura de que algún día escribirás una gran historia. Podría hasta pronosticarlo y grabarlo en piedra para poder decir luego: «Te lo dije» —aseguró Brigid sin ápice de duda, mientras le ponía su mano en la espalda a Lucas. Este sonrió, miró hacia mí y entendí perfectamente lo que me decía con la mirada: «Brigid es increíble».

Siguió transcurriendo la tarde, entre risas, charlas y fotos que sacó Brigid de alguna de las visitas que nos hicimos las últimas décadas. Hizo muy buena selección de fotos, porque todas parecían más o menos actuales. Eso ayudó a que Lucas pudiera conocer un poco de mi pasado, algo edulcorado, pero en cierta manera, real.

CAPÍTULO 15:
NO HA PASADO NADA

NOEL



Lucas mete la llave en la puerta y la abre. Me indica con la cabeza que pase. Entro con un poco de miedo e incertidumbre; no sé cómo no me ata al radiador y comienza a torturarme hasta que le cuente cada uno de mis secretos, pero él es así: siempre iremos todos por delante de él. Es muy injusto que sea el que sufra y, a la vez, tenga que cuidarme para que esté bien.

Me desplazo por el pasillo hasta llegar al salón, veo que dejó la ventana abierta y me acerco a ella.

—Hoy la noche está espectacularmente estrellada. Ven, acércate. Tienes que verla —le comento y extiendo mi mano con la esperanza de que acepte de nuevo mi contacto. Hace justo lo que esperaba: se acerca a mí, coge mi mano y me acaricia el pelo mientras vemos las estrellas.

—Es una noche de ensueño. No podría haber imaginado que el día acabaría así —susurra, mirándome a los ojos. Me acerco a él y le

doy un beso en la cabeza. Luego cojo la mano con la que me estaba acariciando y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Te amo —le digo mirádolo a los ojos.

Él mueve los labios repitiendo las dos palabras que acabo de decir.

Después de un par de minutos mirando por la ventana, uno junto al otro, oigo un pequeño rugido que viene de su estómago.

—Creo que alguien tiene hambre. Si te parece bien, voy a hacer la cena —digo mientras me paseo hasta la cocina. Al llegar a ella, abro la nevera y veo que solo hay leche, queso y yogures.

—Me parece que mejor pedimos comida —comienzo a reír.

—Soy un desastre —admite Lucas, medio sonriendo, aunque su voz sigue tensa. Luego, mirándome serio, añade—: Pero creo que hay cosas peores.

Me congelo. No esperaba que me lanzará una pulla. Pensé que estábamos bromeando. Y está bien. Sin duda, me lo merezco.

Trago saliva.

—Lucas... sé que mereces respuestas. Y las tendrás. No voy a escapar más —apenas logro alzar la voz, pero cada palabra que digo es completamente sincera.

Él respira hondo, como si le costara contenerse, pero su expresión cambia de repente y fuerza una sonrisa. Aun así, veo cómo la tristeza está presente en sus preciosos ojos marrones. Son como un espejo: cuando está feliz, su iris brilla con intensidad; pero cuando la pena lo invade, es como si toda esa luz fuera absorbida por una oscuridad inmensa... una oscuridad que da miedo.

—Me fui... porque no me quedaba otra opción. Tenía que desaparecer. No había más alternativas —empiezo a justificarme. Me acerco a él, hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura, intentando hablarle no solo a él, sino también a su corazón.

Continuo, con voz temblorosa:

—Jamás me habría ido de tu lado. No quiero perderte, de ninguna manera. Tienes que saber que…

—¡Para! —interrumpe mi confesión, cortándome en seco.

Ni siquiera sabía exactamente qué iba a decirle. No sé hasta dónde estoy dispuesto a contar, pero tampoco me da la opción.

Bajo la mirada hasta sus puños, apretados con tanta fuerza que los nudillos han perdido el color. La ansiedad lo está consumiendo, luchando por no explotar. Lucas siempre ha sido experto en reprimir lo que siente, en proteger a los demás a costa de sí mismo. Y ahora... soy yo quien lo está dañando.

No puedo contener las lágrimas de pura frustración al ver que la persona a la que más quiero está luchando contra sí mismo solo para hacerme más fácil una situación que yo mismo provoqué.

—Lucas... por favor, déjame seguir —le ruego, por primera vez en mucho tiempo, suplicando de verdad.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunta, con una calma tan fría que me paraliza.

Una simple pregunta pasivo-agresiva. Y aun así, logra desarmarme.

El silencio es mi única respuesta.

—No. Esta es mi decisión. Tú tomaste la tuya cuando te fuiste. Ahora me toca a mí decidir cuándo quiero oírte. Y hoy no va a ser el día. Hoy quiero fingir que todo está bien. Necesito fingir que todo está bien. Respétalo, por favor. Estoy agotado —dice mientras relaja poco a poco las manos.

Al cerrar el puño con fuerza, noto cómo la piel se le abre ligeramente, dejando al descubierto una pequeña gota de sangre. Él también se da cuenta y se dirige a la cocina en silencio para coger una servilleta. Nuestras miradas se cruzan fugazmente, pero ninguno dice nada sobre ello.

Desvío los ojos hacia el sofá, aceptando en silencio que no tengo derecho a intentar cambiar su decisión.

Así que, con una suave sonrisa, me vuelvo hacia él y le pregunto:

—¿Qué te apetece cenar?

—Me hablaron de unas hamburguesas muy ricas de un sitio que abrió hace poco. ¿Te parece bien cenar hamburguesas?

—Ufff… es que comí hamburguesa hoy, no sé si cenar otra es buena idea —digo, esperando una respuesta que sé perfectamente cuál va a ser.

—¡Te odio! ¿Por qué me pides elegir? Odio que me hagas elegir y luego vetes comidas. No puedo contigo. —Alza la voz, mientras se tira en el sofá y se pone un cojín delante de la cara.

—Es broma, tonto. Buscaba justo este efecto. Me encanta cuando pierdes los papeles. Te pones tan gracioso cuando las cosas no van como tú quieres, o cuando te cambian los planes… —Me río mientras le saco el cojín de la cara y me coloco encima de él con las piernas abiertas para no hacerle daño.

No dice nada. Me mira. Esta vez sin máscaras, sin escudos, sin esconderse detrás de esa coraza que siempre ha llevado tan bien. La tensión sigue ahí, flotando entre los dos, pero ya no aprieta igual. Es como si, por un momento, decidiera bajar la guardia.

—Perdona… —respondo en voz baja—. Si en algún momento quieres que me vaya, solo dímelo.

Lucas niega con la cabeza, muy despacio. Casi ni se nota. Pero lo hace. Sus ojos se clavan en los míos y lo que encuentro en ellos ya no es solo dolor. Hay algo más. Hay nostalgia. Hay ganas de quedarse. Hay miedo, sí, pero también un hilo, fino y tembloroso, de esperanza.

Alarga la mano y me la ofrece. Dudo un segundo, luego la tomo. Está cálida. Apretamos con fuerza, como si eso pudiera suturar un poco las grietas.

—Eres idiota —dice, medio sonriendo, con la voz un poco más suave—. Pero también eres mi idiota. Y no sé cómo vivir sin ti.

No sé qué responder. Me acerco un poco más, sin invadir, solo acompañando. Apoyo mi frente en la suya. Cerramos los ojos y respiramos al mismo ritmo. Y entonces, cuando ya no queda más distancia entre nosotros que la de un suspiro, nuestros labios se rozan. El beso llega lento, medido, como una tregua frágil. No hay pasión desbordada, solo un silencio cargado de emociones que no encuentran palabras.

Pasamos un buen rato besándonos y rozándonos, pero ninguno de los dos es capaz de dar un paso más e ir a mayores. Cuando esta vez me ruge el estómago, Lucas se separa y dice:

—Esta cena está muy bien, pero creo que tenemos que pedir ya la comida si queremos callar a nuestras barrigas.

Saco mi móvil del bolsillo, selecciono la aplicación de reparto y, después de diez minutos mirando todas las opciones del menú, hacemos el pedido.

—Vale, por fin. Nuestra comida está en camino —digo aliviado. No era consciente del hambre que tenía. Los nervios por volver a ver a Lucas y lo que podría suponer esto me habían cerrado el estómago, pero parece como si se hubiera abierto en mí un agujero negro que lo engulle todo.

—¡Qué hambre tengo! Hace tiempo que no tenía tanta. Creo que tenerte aquí me ha abierto el apetito. Bueno… y me ha relajado, si te soy sincero, soñaba con esto —admite Lucas, sin pudor y sin temor a nada. Siempre ha sido él el sincero de la relación, además de las razones obvias, pero también el que habla de sus sentimientos con total transparencia. Lástima que no los exteriorice tan bien como los verbaliza.

—Siendo honestos, me pasa lo mismo. Lucas, te prometo que voy a ser totalmente sincero contigo. No quiero volver a hacerte daño nunca más. Te lo prometo —me sincero con el chico que durante dos años me ha traído completamente loco.

El silencio se hace entre nosotros.

Veo cómo la vena de su cuello se le marca y cómo todo su cuerpo se tensa, rígido. Niega con la cabeza, como si discutiera consigo mismo, hasta que, finalmente, alcanza a decir:

—¿Quieres que pongamos una película? Estrenaron una hace dos semanas que sé que te va a gustar —dice, forzando una sonrisa.

Estira el brazo derecho, coge el mando y abre la plataforma de *streaming* en la televisión. Pone la película sin esperar respuesta por mi parte.

Yo solo atino a colocar un cojín en mi pecho, ofreciéndoselo para que se apoye y podamos verla juntos.

Después de dos horas de película, mientras cenábamos y nos reíamos con los comentarios que hacíamos sobre la trama y el protagonista, Lucas apaga la tele y dice:

—Tengo que preguntártelo, porque no quiero dar nada por hecho, pero... ¿quieres dormir aquí esta noche? —titubea a cada palabra, dejando ver lo nervioso que está.

—¡Claro que sí! —respondo con rotundidad.

Lucas sonríe, se levanta del sofá y camina hacia la habitación, comprobando de vez en cuando que sigo ahí.

Me quedo unos segundos más contemplando cada rincón de nuestra pequeña casa, la que tanto ha significado para nosotros y en la que hemos creado tantos recuerdos.

CAPÍTULO 16:
BAJO EL MISMO TECHO

NOEL



Después de dos meses buscando minuciosamente por páginas, aplicaciones y en alguna inmobiliaria, conseguimos encontrar algo que se adaptaba a nuestras necesidades y nuestra economía. Fue bastante difícil, sobre todo en ese momento, donde los pisos estaban encarecidos y vivir en algún barrio un poco céntrico resultaba una tarea imposible. Desde el primer día, nos dimos cuenta de que vivir por el centro, o en sus cercanías era algo aspiracional, pero no real. Por lo que comenzamos a mirar zonas urbanas que nos pudieran quedar cerca del trabajo, aunque fueran treinta minutos andando o con parada de bus. Después de tener las zonas marcadas, tocó acotar precios, lo cual supuso subir un poco el presupuesto previsto si queríamos algo para nosotros solos. Y, por último, determinar si queríamos un apartamento de una habitación o varias.

Acabamos decidiendo que mejor un piso pequeño con una habitación, porque no sabíamos qué nos podía deparar la vida y

preferíamos algo confortable, acogedor y bonito que fuera fácil de limpiar, hasta que de verdad supiéramos con certeza si nos íbamos a desarrollar en A Coruña o, quizás, irnos a otro lugar. Sin embargo, Lucas nació y creció aquí, no era de extrañar que no quisiera moverse de esa ciudad. Pero siempre tenía abierta la posibilidad de vivir algún tiempo en otros lugares, y si fuera por trabajo o algún proyecto, no le importaba irse a una gran ciudad. Siempre decía lo mismo, pero no creía que se hiciese al cambio; le costaba mucho cambiar rutinas, como para cambiar toda su vida. Creo que se le podría estropear el cerebro.

—Tierra llamando a Noel, regrese. —Oí una voz detrás de mí. Lucas me empujó un poco con su hombro, mientras cargaba una caja que ponía «libros».

—Perdona, me quedé pillado pensando en que, si nos fuéramos de esta ciudad, se te rompería la cabeza y no tengo el tique para devolverte, entonces no entras en garantía —me burlé de él, con una sonrisa pícara, mientras apoyaba una caja entre la pared y mi abdomen para poder sacar del bolsillo las llaves de nuestro piso.

—¡JA, JA, JA! Qué gracioso eres. ¿No serás tú el próximo participante del Club de la Comedia? Anda, abre ya que me va a caer la caja —comentó sarcásticamente y fingió una mueca de dolor para que me diera prisa, pero ambos sabíamos que esa caja no pesaba lo suficiente como para quejarse.

—Voy a abrir la puerta y esta será la primera vez que entremos en NUESTRA casa. Así que graba este momento en tu mente, porque es nuestro primer hogar juntos. Es especial. —A partir de mis palabras, creé una emoción expectante que sabía, con total seguridad, que a Lucas le iba a encantar oírme decir eso.

—¡Oh! Me encanta cuando te pones romántico. A veces se me olvida que puedes ser un ser humano totalmente normal. Estoy emocionado por empezar esta nueva aventura contigo. En el proceso de encontrar el piso, hemos discutido, hablado, mediado y hecho las paces. Ha sido un calvario, pero tengo muchas ganas de vivir juntos y tener a mi mejor amigo todos los días al llegar a casa. Voy a poder reírme y quejarme todos los días. ¡Vas a flipar! —admitió con emoción en cada una de sus palabras.

Abrí la puerta, entré y dejé la caja en medio del pasillo. Me giré hacia él y con los ojos muy abiertos le dije:

—Creo que nos hemos precipitado, puedes volverte con tus padres y me quedo yo aquí. Total, aún nos estamos conociendo, no hay por qué tener prisa. —Y lo miré en silencio.

—Te odio mucho. Noel, no cuela. Me vas a tener que aguantar, te guste o no. De hecho, te encanta, sino no estarías aquí. No hay vuelta atrás posible, vas a tenerme 365 días al año y 366 cuando sea bisiesto —dijo con una sonrisa enorme en la cara, mientras se acercaba a mí para hacerme cosquillas, algo que odiaba con todo mi ser.

—¡Para! ¡No me hagas cosquillas! Está prohibido en esta casa hacer cosquillas. —Le agarré las manos, pero sabía que me había ganado a pulso aquel castigo después de meterme con él. Consiguió zafarse de mi agarre y me hizo cosquillas. Estaba claro: la única forma que tenía de salvarme era abrazándolo. Un poco de amor lo derretiría y dejaría su castigo. Por eso, le volví a agarrar las manos y lo abracé fuerte contra mí.

Después de unos instantes le susurré:

—Vamos a seguir, que tenemos mucho que subir y colocar. Luego, te doy mimos.

En cuanto subí la última caja, observé que Lucas estaba ocupado colocando en la habitación su ropa en el armario. Aproveché para hacer algo que me daría una gran tranquilidad y seguridad.

Me acerqué a la puerta de la casa y la cerré con cuidado. Dentro, liberé una gran cantidad de energía mágica y la concentré en la palma de mi mano izquierda. Con movimientos precisos, dibujé antiguas runas en la puerta y en las ventanas. En la ventana de la cocina, inscribí la runa de la felicidad y la prosperidad; en una ventana del salón, la runa de la fuerza y la energía; en la otra, la runa del poder; y en la puerta, la runa de la protección.

Estas cuatro runas creaban cuatro pilares de poder que sostenían el hechizo de protección que acababa de lanzar sobre la casa. A partir de ese momento, ningún ser de naturaleza mágica podría entrar en nuestro hogar, a menos que Lucas o yo le concediéramos

permiso para cruzar el umbral. Este hechizo no afectaría a Lucas ni a ningún ser humano ni a mí, siempre y cuando estuviera dentro de la casa al momento de lanzarlo.

Era la forma que tenía de protegernos de seres indeseados o, en términos más directos, de cualquiera de mis familiares. No quería que ningún dios o diosa se pasase por mi casa o atentara contra Lucas. Él tenía que estar protegido, y mientras no conociese el mundo tal y como era en realidad, quería darle un lugar seguro donde pudiera estar tranquilo, sano y salvo.

—Listo. Acabé —suspiré aliviado, porque lo importante ya estaba hecho.

—¿Que acabaste? Si hay un montón de cajas por abrir y colocar. No seas vago y manos a la obra con esto —dijo Lucas colocándome una caja que ponía «ropa Noel» delante de mí.

—¡Sí, mi capitán! Me pongo manos a la obra ahora —le respondí, poniéndome firme y haciendo el saludo militar, sonriéndole de forma burlona.

Después de una tarde entera colocando ropa, libros, utensilios de cocina y artilugios que ni sabía que tenía, dimos por finalizada la jornada y decidimos dejar las cuatro últimas cajas para la mañana del día siguiente. Lucas pidió comida por una aplicación de reparto. Cuando llegó, preparamos la mesa del salón y nos sentamos en el sofá para cenar.

—¿Quieres que ponga algo en la tele? —me preguntó.

—Sí, pero primero quiero que cenemos disfrutando de todo esto. Casi hemos acabado la mudanza, ya tenemos todo lo importante colocado y el piso está a nuestro gusto. Quiero que disfrutemos de esta gran decisión y de todo nuestro esfuerzo. Además, quiero darte un regalo por esta nueva etapa que empezamos y por tu nuevo trabajo. Has dejado atrás el contrato de formación y ahora ya eres todo un editor. Me alegro tanto por ti, Lucas. Eres increíble —le dije con ojos llenos de admiración, consciente del esfuerzo que ponía cada día para alcanzar sus metas. Le acerqué un paquete envuelto con un papel con constelaciones y añadí—: no es gran cosa, pero espero que te guste. Es algo para que empieces a dar forma a tu auténtico sueño.

Lucas comenzó a desenvolver el regalo y sacó un cuaderno de un color verde bosque, con una cubierta similar a la piel y una goma que mantenía cerrado el cuaderno. Le quitó la goma, lo abrió, y descubrió que cada hoja tenía una pauta para escribir. Empezó a observar el cuaderno con detenimiento y fue a la primera hoja. Allí estaba escrito:

> «Eres una persona maravillosa que tiene un potencial enorme por explotar, y quiero acompañarte y ayudarte a que consigas construir cada uno de tus sueños. Por eso, te regalo este cuaderno, porque quiero ser el que te entregue el medio donde vas a plasmar las ideas de tu primer libro. Este será el lugar donde tus ideas, sueños e imaginación podrán plasmarse y hacerse tangibles. Deseo el día en que pueda leerte. Estoy seguro de que tu sueño será tan bonito como nuestro momento favorito: el crepúsculo del atardecer. Sí, lo tengo muy claro: tu libro será tan mágico como el sueño que tendría un atardecer».
>
> Te ama, tu mayor fan, Noel

—¡Muchas gracias! Yo también te amo —me susurró con los ojos vidriosos. Se acercó a mí y se dejó caer en mi pecho para quedarnos en el sofá abrazados. Mientras estaba apoyado, dijo:

—Pase lo que pase, te prometo que estaremos juntos.

—Sigue luchando y nunca dudes, yo siempre estaré ahí para ti —le dije mientras me acercaba a sus labios y lo besaba.

CAPÍTULO 17:
NO AGUANTO MÁS

NOEL



—Lucas, ¿a dónde vas? —pregunto a gritos, al mismo tiempo que veo cómo huye despavorido de una sombra oscura que perfila un cuerpo grande, pero no puedo determinar nada más de ella.

De repente, la imagen cambia y veo cómo la niebla que oculta el mundo mágico comienza a teñirse de negro y a consumirlo todo; la Tierra detiene su rotación, provocando la suspensión del Sol y un ruido metálico como de una puerta mal engrasada llega a mis oídos.

Otro cambio de visión: puedo observar un Consejo Divino, compuesto por los grandes dioses sin excepción; de hecho, veo cómo Brigid niega con la cabeza, detrás de ella está Cernunnos vociferando, y en el centro de todos puedo ver cómo Dagda dicta sentencia.

Todo se desvanece; me siento débil y estoy temblando. No veo mis manos, no siento ninguna parte de mi cuerpo, todo está completamente oscuro. Intento concentrarme para sentir alguna posible ruta de esca- pe. Sé que estoy en un sueño, pero estoy

atrapado en él y no tengo el control de nada de lo que está ocurriendo.

De golpe, el escenario vuelve a cambiar y tengo a Morrigan justo enfrente de mí. Ella, con un semblante impasible, declara:

—Te lo advertí, tu futuro y su vida van a desaparecer. Todo lo que ocurra a partir de ahora será tu culpa. Lástima que no me hayas hecho caso. Atente a las consecuencias.

—¡Morrigan, no! Podemos resolverlo —suplico, sabiendo lo que eso significa.

Sin embargo, abro los ojos de par en par y me levanto de la cama agitado. Miro hacia todos lados y veo por la ventana que todavía es noche cerrada.

He tenido una terrible pesadilla, pero tardo un segundo en convencerme de que no ha sido solo eso. Ha sido Morrigan provocándomela con varios fogonazos de imágenes que nunca han ocurrido.

No es buena señal haber visto todo esto en mi sueño, pero Morrigan tiene habilidades únicas. Como diosa de la muerte, tiene acceso a los hilos del destino y eso le permite profetizar sobre el futuro, pero debe interpretarlo. Ella siempre ha presumido de que nunca se equivoca; sin embargo, nunca ha predicho la muerte de un dios o el fin del mundo, son hechos que deberían trascender sus capacidades por la envergadura que conllevan. No creo que pueda ser así de fácil.

No obstante, ella no puede ver el futuro con tal nitidez, solo puede interpretar las profecías que llegan a ella o vislumbrar pequeños fogonazos de lo que va a pasar. Esto, en cambio, es mucho más, he podido ver e incluso oír. O Morrigan nos ha estado ocultando el alcance de sus poderes, o ha creado una pesadilla con lo que cree saber.

Sin miedo a equivocarme, la ha creado para asustarme, es una elaboración de lo que cree interpretar. Ninguna de las imágenes tiene por qué ser real, pero lo cierto y verdad es que Morrigan me advirtió de algo y ya debe saber que estoy con Lucas, por lo que, sin lugar a duda, nos ha sentenciado a ambos.

Morrigan es una diosa totalmente imparcial que no se mete en asuntos de nadie. Representa el equilibrio, por eso, cuando determina que la balanza se está decantando, hace lo que haga falta para equilibrarla. Por regla general, siempre amenaza o negocia para conseguir lo que quiere, especialmente cuando atañe a otro dios. Entre los dioses, todos la temen porque conocen sus capacidades mágicas y de combate, además de su habilidad para acceder al futuro, lo que la convierte en una rival imposible de neutralizar o atrapar. No obstante, ella tampoco tiene la capacidad de eliminar a un dios; puede detenerlo o capturarlo. En una batalla mano a mano, no creo que ninguno de los dos perdiéramos, pero acabaríamos con parte del mundo mágico, lo que afectaría al mundo humano y, claro está, supondría la muerte de Lucas y la guerra entre los dioses, porque así de volátiles somos: cuando dos luchan, el resto escoge bando.

Oigo cómo Lucas ronca. Eso me despierta del trance en el que me tenían atrapados mis pensamientos. Le pongo la mano encima del pecho y siento cómo respira. Sigo el ritmo de su respiración y empiezo a calmarme. Sentirlo cerca, verlo sano y salvo, durmiendo plácidamente, me da la calma que necesito para pensar con claridad.

Está claro que no puedo permitir la destrucción del mundo y tampoco la muerte de Lucas. No sé cómo evitar la profecía de Morrigan, pero haré lo que haga falta. Quizás deba pedirle ayuda a Brigid e incluso a Cernunnos. Ellos sabrán qué hacer, o tal vez Morrigan lo haya compartido con otro dios y ellos puedan investigar. Aunque todo esto pueda darme información y una oportunidad para que todo vaya bien, no se me ocurre un camino donde Lucas esté a salvo con la situación en la que nos encontramos. Podría llevarlo a otro país, lanzarle un hechizo de ocultamiento, dejarle un duende que oculte su olor característico y utilizar su sombra para crear un doppelgänger. Pero sé que Lucas no se iría por su propio pie si no sabe el porqué. Si lo supiera, no me dejaría hacer este plan porque tendría miedo a lo que me pudiese pasar a mí, por lo que todo lo que tenga que ver con ocultarlo queda descartado.

Todo me lleva a la misma disyuntiva: sin Lucas a mi lado, la batalla está perdida antes de empezarla; y con él a mi lado, tengo un punto débil de gran tamaño. De las dos formas, Lucas está muerto. Por lo tanto, como ya dijo Morrigan que su vida y mi futuro van a desaparecer, que sea juntos y dando batalla. Eso es lo que querríamos cualquiera de los dos.

Decidido. No puedo hacer esto solo. Lucas tiene que saberlo, no queda otra. Si no se lo cuento, tendré que volver a desaparecer y eso podría hundirlo y confundirlo todavía más. Además, después de pasar la noche con él, he firmado su sentencia de muerte; ahora, posiblemente, el mundo mágico vaya tras él, por lo que tiene que estar avisado. Eso me permitirá protegerlo, sin olvidar que se merece la verdad: lleva engañado más de dos años y necesitamos que lo sepa por su bien, por el mío y el de todos. Así que mañana se lo tengo que contar, no sé cómo lo haré, pero no puedo dejarlo pasar más. Es hora de la verdad.

Me acuesto en la cama, me giro hacia Lucas y lo abrazo haciendo la cucharita. Cierro los ojos e intento dormir, aunque mi cabeza sigue pensando en la mejor forma de contar todo lo que tengo que contar.

CAPÍTULO 18:
¿ERES TÚ?

LUCAS



Un rayo de sol entra por la ventana, dándome directamente en la cara, lo que hace que instintivamente me gire, chocando con un cuerpo grande a mi lado. Alzo el brazo y comienzo a palpar cuidadosamente. Abro con cuidado los ojos y ahí está, justo a mi lado, como tantas otras veces ha estado. Sin embargo, creo que ya lo había olvidado.

Veo cómo ronca y su pecho sube y baja de forma agitada. Me da la sensación de que, aunque esté durmiendo, no está descansando. Quizá sea por haber desaparecido o por la conversación pendiente que tenemos. Soy un estúpido —y quizás nadie lo entienda—, pero quiero, necesito, disfrutar de esta burbuja de amor y tranquilidad un poco más. Sí, necesito la verdad como el aire que respiro, pero aún quiero seguir conteniendo la respiración en el fondo de este mar de incertidumbre, solo un poco más, antes de salir a la superficie. Sé que este autoengaño está a

punto de terminar, porque la verdad llegará hoy, sí o sí. Lo confrontaré.

Pero ahora solo quiero disfrutar de este momento en el que me siento querido.

Me irgo sobre la cama y, con mucho cuidado, me levanto. Estoy casi desnudo; solo tengo unos calzoncillos. Será mejor aprovechar este momento e ir directamente a la ducha. Llego al baño, abro el grifo en posición para que salga agua caliente y, mientras espero, me quito los calzoncillos y preparo una toalla limpia. El agua empieza a calentarse y me meto. Empiezo a sentir cómo me resbala por cada rincón de mi ser, cuando me giro y oigo:

—¿Te importa que nos duchemos juntos?

Ahí está, delante de mí, completamente desnudo. Lo miro de arriba abajo y, la segunda vez que lo examino, me detengo bajo su cintura. No aguanto más, lo empujo hacia mí y lo comienzo a besar. Allí, en la ducha, el uno frente al otro, desnudos. Nos queremos y amamos dejándonos llevar por las ganas que ayer luchábamos por frenar.

Una vez acabamos, nos duchamos de verdad y salimos. Mientras nos secamos, una idea pasa por mi cabeza: como su explicación no me valga, lo cual es lo más probable, me voy a sentir una mierda por esto.

—No quiero que te rayes por lo que acaba de pasar, Lucas. De hoy no pasa que te enteres de toda la verdad, te lo prometo. En serio, no te preocupes ni te machaques —comenta, como si fuera capaz de leer mis pensamientos y quisiera que me quedara tranquilo, sabiendo que hoy va a decirme qué ha pasado.

Asiento con la cabeza a lo que me ha dicho y cojo el cepillo de dientes para comenzar a lavarlos. Él se acerca a mí, apoya su cabeza en mi hombro y me dice:

—He echado de menos estos momentos contigo. Te he echado de menos a ti.

—Yo también —alcanzo a decir, aguantándome las ganas de llorar y gritarle por estas semanas. Retengo mis emociones, cojo la mano que me queda libre y comienzo a acariciarle el pelo.

Salimos del baño totalmente aseados y desnudos, vamos hasta la habitación y comenzamos a ponernos la ropa interior. Cuando tengo puesto el calzoncillo, comienzo a hacer la cama. Al verme, Noel me echa una mano y se encarga de la otra parte. Mientras remetemos las sábanas, sin mirarme, suelta al aire:

—Estuve pensando, ¿qué te parece si vamos de excursión al bosque del sauce llorón al que fuimos hace casi dos años?



Preparamos dos bocadillos, un par de botellas de agua, lo guardamos en una mochila que cargo yo y salimos de casa. Cogemos el coche y Noel me hace un gesto con la mano que me da a entender que quiere conducir él. No tengo problema, prefiero ser copiloto. Así podré escoger la música; seré bueno, le pondré alguna canción de Taylor Swift, pero hoy le toca escuchar Morat.

Después de una hora de conducción, Noel aparca a la derecha de la calzada. No es un lugar de aparcamiento como tal, pero hay más coches aparcados y entendemos que se puede dejar ahí. Me bajo y cojo la mochila del maletero.

—¿Te acuerdas del camino? —pregunta Noel, cerrando el coche tras de sí. Se acerca a mí, me coloca un mechón que tenía en la frente, me sonríe y me indica con la cabeza que lo siga.

—No me hace falta acordarme; para algo te tengo a ti, brújula humana —le contesto de forma burlona, buscando empezar a jugar el uno con el otro. Me mira desde delante y hace como si no oyera nada. Andamos por un buen rato, dejamos atrás el camino asfaltado y entramos en el bosque. Este está tal y como lo recordaba: con un olor intenso, la humedad que cala hasta los huesos, y colores marrones y verdes que lo tiñen todo. Las hojas cubren prácticamente todo el suelo, y eso dificulta nuestro caminar. De hecho, ya me he resbalado dos veces en lo que llevamos de caminata. Empiezo a mirar al fondo del bosque, pero es imposible ver dónde acaba y dónde empieza.

—Un pie, luego el otro —digo en voz alta, mientras miro cómo camina Noel. Lleva todo este tiempo en silencio, y no me encuentro cómodo en él. Esto me hace pensar que tiene en mente algo, y está claro que está pensando en cómo contarme su desaparición. No sé qué excusa puede tener para eso, pero todo lo que me cuente sé que me va a sonar raro y posiblemente no me lo crea. Tampoco sé cómo voy a reaccionar a lo que me diga.

Viendo lo de anoche, no puedo confiar en que sea capaz de marcar límites ni de dejar claro lo que siento. Aunque debería tener en cuenta que me dijo que me lo iba a explicar todo y que podré entender lo que ha pasado, muy razonable tiene que ser para que lo que hizo esté justificado. Aun así, no sé qué pasará hasta que ocurra. Ahora mismo estoy haciendo lo mismo que él: me acabo de dispersar en mis pensamientos y no estoy en la caminata. Somos dos personas caminando juntos, pero nuestras mentes no están donde tienen que estar. «Debería volver y romper el silencio», pienso largo y tendido, mientras recorremos una gran parte del camino que teníamos programado.

—Creo que estamos cerca, ¿verdad? —pregunto con cierto nerviosismo en la voz.

—De hecho, hemos llegado a donde quería llegar —contesta, girándose hacia mí.

—Pero aquí no estaba el sauce llorón. —Pongo cara de incertidumbre.

—Lo sé, pero este es el lugar donde te adelantaste a mí y me dejaste preocupado. Tuve que seguirte y llegamos al sauce llorón.

Un accidente que trajo consigo un bonito descubrimiento para ti. Llegaste al árbol sin mi ayuda y esta vez vas a hacer lo mismo —confiesa de forma juguetona. De hecho, su cara está más relajada, es como un niño que quiere que jueguen con él.

—Eh… eso fue suerte. Sabes lo desorientado que soy; si voy solo, me pierdo seguro —digo sin reírme, prefiriendo no jugar a este juego. Sin embargo, sé que cuando Noel quiere hacer algo, hace y dice todo lo posible hasta convencerme. Negarme es una batalla perdida.

Sonríe de forma malévola y dice:

—Cierra los ojos.

Le hago caso, sin rechistar.

—Espero que estés preparado. Te voy a dar un par de vueltas y me voy a adelantar. Espero que me pilles antes de llegar al sauce llorón o, al menos, llegues allí —dice, mientras me hace girar.

Cuando me doy cuenta de que no hay presión en mi brazo, paro. Me giro sobre mí mismo, me tomo un minuto para centrar la vista en un árbol y siento que estoy solo en medio del bosque.

—Es imposible que no te vea; no ha pasado ni un minuto. Tienes que estar escondido detrás de un árbol —propago a los cuatro vientos, mirando detrás de cada árbol cercano—. Te has ido. No quiero jugar; siendo honesto, lo que menos me apetece después de semanas separados es que te vuelvas a ir. —Me quedo mirando cómo se despega lentamente una gota de la rama del árbol que tengo enfrente y cae sobre un charco de agua en el suelo.

Después de un par de minutos haciéndome el dramático y teniendo claro que Noel me las va a pagar, me pongo a andar. Sigo el camino de la mejor forma que sé, en línea recta, y malo será que no llegue. Dejo atrás varias rocas con musgo amontonadas de forma natural y un árbol partido en dos. Solo han pasado ocho minutos desde que me separé de Noel y creo que ya estoy perdido. Me detengo y comienzo a mirar a todos los lados. No sé si volver atrás será lo idóneo. Al volver a mirar de frente, veo un pequeño brillo.

Algo me dice que, si hay más luz allí, es porque no hay muchos árboles. Además, todo esto me resulta familiar, pero no me recuerda al día que vine con Noel. Es como aquella vez en el parque de Santa Margarita… Seguro que Noel está más adelante.

Acelero un poco y veo cómo dejo atrás los árboles; ante mí se abre un pequeño claro. Me fijo en cuatro manchas marrones que hay al fondo. Enfoco mejor la vista y veo cuatro hermosos y majestuosos ciervos. Me acerco lentamente a ellos y algo me llama la atención de uno de ellos. Es como si brillase. Me acerco del todo a él, pero retrocede un par de metros. Me desplazo más despacio y,

con movimientos más lentos y cuidadosos, acerco mi mano a su cara y, sin haber llegado a tocarlo, le susurro:

—No tengas miedo.

Veo cómo el ciervo acerca su cara a mi mano y se deja acariciar. Cuando lo toco, siento un chispazo que se extiende a todo mi cuerpo. El ciervo se aparta y se adentra en el bosque.

Lo veo alejarse y solo llego a pronunciar una palabra:

—Noel.

CAPÍTULO 19:
ESTE SOY YO

LUCAS



Sin dudar ni un instante, entro en el bosque para seguir al ciervo. Al tocarlo, he notado algo que me ha resultado familiar: era cálido y me ha mirado con una determinación y confianza que solo he visto en una persona antes. Esa mirada es muy característica de Noel. Siempre me ha despertado un sentimiento reconfortante e inspirador; cuando me mira, siento que puedo hacer cualquier cosa. Esa seguridad me ha acompañado durante dos años y me ha aportado fuerza siempre que lo he necesitado cuando me iba a rendir con algo o cuando las cosas no salían como esperaba. Siempre ha sido ese último empujón para lograrlo. No tengo duda de que el ciervo tiene la misma mirada.

Pero lo más extraño ha sido ese chispazo, justo en el momento en que he podido acariciarlo. Al tocarlo, he sentido que todo mi cuerpo se estremecía, como la primera vez que besé a Noel. Es imposible que esto esté pasando, pero sé lo que he sentido. Quizás todo lo que me ha pasado en este tiempo me ha llevado a pensar y ver

cosas que no son llevándome a la obsesión con Noel y, quién sabe, tal vez desembocando en episodios de esquizofrenia. Eso puede pasar. O no.

—¿Dónde estás? Ven, ciervo bonito. No te voy a hacer daño. Tengo comida para ti, sea lo que sea que comáis —digo con una voz alta, pero evitando ser escandaloso para no asustarlo.

Sigo llamándolo con cuidado mientras camino y llego a aquel árbol que tantas veces he recordado y en tantos relatos o novelas fallidas he usado, ya que nunca nada había despertado tantas emociones en mí. Noel siempre ha dicho que la magia nos rodea, pero este sitio es auténticamente mágico: mi lugar de ensueño, el sauce llorón.

Me acerco al árbol despacio para disfrutar del ambiente y de los pensamientos y recuerdos que despierta en mí. Sin embargo, a medida que me acerco, veo con mayor claridad una figura justo encima de la roca que hay al pie del árbol.

—Hola, ciervo bonito. No huyas, por favor. Necesito que te vea mi novio. Quedé con él aquí. Espera y te daré comida rica —digo, acercando mi mano con cautela, en señal amistosa.

Me acerco poco a poco. Estoy a apenas un centímetro cuando el animal apoya su cabeza en mi palma. Siento el calor de su frente, el tacto suave del pelaje, y algo más…, no sabría decir qué es, pero me resulta familiar.

El viento comienza a girar a mi alrededor. Me rodea como una corriente viva. Una luz cegadora estalla de golpe, obligándome a cerrar los ojos. El zumbido en mis oídos es ensordecedor.

Cuando la luz se desvanece, mis pupilas tardan en adaptarse. Veo manchas blancas y negras. Todo está borroso. Parpadeo varias veces hasta que, poco a poco, la figura se revela frente a mí.

Noel.

Está de pie justo donde antes estaba el ciervo. Mi mano aún reposa en su mejilla. Me sonríe con timidez y yo no me muevo. No respiro. Mi cuerpo no responde. El aire se me queda atascado en los pulmones mientras intento entender qué demonios acabo de ver. Mis piernas tiemblan y tengo que dar un paso hacia atrás para no caerme. Siento un vértigo irracional, como si el suelo hubiese desaparecido bajo mis pies. Algo dentro de mí se precipita de forma

acelerada, como si fuera a impactar contra el suelo y convertirme en puré.

Doy otro paso hacia atrás y, sin poder evitarlo, recuerdo cómo respirar, pero no cómo hacerlo de forma controlada. Poco a poco, la hiperventilación da paso a grandes mareos. Pierdo el equilibrio y caigo, esta vez de forma literal, al suelo. Pero justo antes de impactar con la dureza de las piedras y ramas, Noel me agarra. Está cargando con todo mi peso utilizando tan solo una mano.

Abro la boca para decir algo, pero solo sale un jadeo. De nuevo, me pone de pie con suavidad frente a él.

Mi corazón late tan rápido que me retumba en los oídos. ¿Qué está pasando? ¿Estoy soñando? ¿Delirando? ¿Qué sentido tiene que el ciervo al que acariciaba hace un momento ahora sea Noel?

No puede ser. Y, sin embargo, lo es.

Miro sus ojos. Son los mismos que he amado. Pero esto... esto es demasiado. Siento que mi cabeza va a explotar en cualquier momento.

—¡No! —grito, lanzando una súplica al universo. Las palabras se han escapado de mi boca, no sé cómo, pero han salido. Me llevo la mano a la boca, como si quisiera retener dentro todo lo que no puedo expresar, pero empiezan a salir—. No puede ser real…

Un nudo me aprieta la garganta. Intento tragar saliva y de mala manera lo consigo, pero siento una presión casi hiriente en el proceso. Me duele el pecho. Mi mente lucha por encontrar una lógica.

¿Alucinación? ¿Locura? ¿Magia? Al final, he caído en la locura. Un episodio esquizofrénico, había leído sobre ellos, pero no pensé que me pudiese pasar a mí.

Estoy paralizado, atrapado entre el miedo y el asombro. Siento que, si me muevo o digo algo, será lo último que haga.

Y entonces, me doy cuenta de que Noel sigue mirándome. Mueve los ojos frenéticamente de arriba abajo, escaneándome, como si supiera que algo en mí no está bien. Puedo percibir en él que está esperando algo más de mí. Pero, si espera que sea yo quien rompa

este abismo entre los dos, va listo. ¿Para qué engañarnos? Necesito saber qué cojones pasa aquí.

Tomo aire con esfuerzo y, casi en un susurro, logro articular:

—¿Qué está pasando?

Ojalá poder fingir la sorpresa, pero estoy genuinamente asombrado, ya no es que quiera una explicación. La necesito.

—Tengo mucho que explicarte, y creo que ya es hora de sincerarme contigo —responde Noel con tono cauteloso.

Se separa de mí lentamente. Mira hacia el sauce llorón, alarga una mano y roza una de sus ramas. Entonces, su palma empieza a iluminarse. Las ramas del árbol, antes secas, se llenan de hojas verdes, vibrantes, mientras el aire se impregna de un olor fresco. Al abrir mis fosas nasales percibo el aroma de la clorofila.

—¿Crees en la naturaleza? —pregunta.

—Eh… sí —respondo, tragando saliva. El olor me calma. Mis músculos tensos empiezan a relajarse. Sin embargo, la vena de la frente se tensa un poco, porque, como estas preguntas no me lleven a algo coherente, le voy a meter la naturaleza por el c…

—¿Crees en el sol?

Las hojas comienzan a brillar con una calidez dorada. El sauce parece latir con luz viva.

—Sí —digo, aún hipnotizado, sintiendo cómo el escepticismo de hace un momento desaparece completamente.

—¿Crees en las estrellas?

Todo alrededor se oscurece. Noel mueve su otra mano en círculos, y las hojas que antes brillaban se desprenden del árbol y flotan a nuestro alrededor, como pequeñas estrellas jugando sobre nuestras cabezas.

—S- sí —respondo, apenas capaz de hablar. La belleza de lo que veo me sobrecoge. No puedo evitar pensar si todo esto es real, pero no veo ni creo que pueda haber truco para esto. Solo tengo claro una cosa: si esto es real, entonces todo mi mundo acaba de cambiar para siempre.

—¿Crees en la vida? —pregunta con benevolencia.

Las luces giran a su alrededor. Noel junta sus manos y, al abrirlas, aparece un pequeño gorrión del que puedo escuchar los gorjeos.

—Sí —respondo en un suspiro.

El gorrión vuela hacia mí. Extiendo el dedo y se posa suavemente.

Lo siento respirar. Está vivo. Lo está.

Estoy a punto de hablar, pero Noel se adelanta:

—Yo soy todas ellas a la vez. Soy la conciencia de la energía misma. No somos como vosotros, los humanos. Somos un todo. Nuestra conciencia no está limitada por el raciocinio humano. Escapa de las leyes naturales y científicas por las que os regís —dice, con una voz firme, serena y algo lejana.

Lo miro. Ya no es Noel del todo. Hay algo más en él.

—Pero ¿qué eres? —pregunto, sin rodeos. Algo me dice que la respuesta va a doler.

Y con un semblante benevolente, a la par de majestuoso, comienza a decir:

—He recibido muchos nombres. Pero aquí, en estas tierras celtas, me conocen como Lugh, dios del sol y de la victoria. Aunque para ti... siempre seré Noel.

CAPÍTULO 20:
LUGH, DIOS DEL SOL

NOEL



El aceite saltó de la sartén con fiereza, pero me armé con la tapa y, a modo de escudo, me cubrí. Me acerqué poco a poco para poder girar las hamburguesas y que se hicieran por el otro lado. Vi cómo el color rojizo de la carne se tornaba grisáceo. Las dejé al fuego dos minutos y saqué la de Lucas rápidamente, porque le gusta poco hecha. A la mía le quedaban un par de minutos más, porque a mí me gusta la carne muy hecha, como suela de zapato. Dejé las dos hamburguesas en dos panes diferentes, cada uno con queso, lechuga y una rodaja de tomate. Puse ambas tapas de pan y las di por hechas.

—Lucas, deja el libro y ven que la comida está hecha —grité desde la cocina, sabiendo que me tenía que haber oído, aunque estaba en la habitación. Cogí ambos platos y los llevé al salón, era mejor comer allí, pues era tarde de domingo, sinónimo de no hacer nada y pasarla descansando y viendo algo.

—Perdona, me distraje con este libro que estoy leyendo. Está increíble, te lo recomiendo —se disculpó. Apoyó el libro en la esquina de la mesa y se sentó en el sofá con cuidado.

—¿De qué va? —pregunté acercándome la hamburguesa a la boca. Mi prioridad era comerme lo que tenía justo delante. Lucas soltó la hamburguesa que estaba a punto de morder y se giró para mirarme atentamente. Yo ya sé lo que iba a pasar: me daría una charla detallada del libro y se olvidaría de comer.

—Pues es un libro sobre mitología griega. Cuenta distintos mitos como el oráculo de Delfos, el laberinto del minotauro, la maldición de Medusa, el destierro de Circe y un largo etcétera. La mitología griega es la mejor; me encanta. Tiene unos dioses interesantes, llenos de dualidades horribles y maravillosas, seres mitológicos poderosos y con una apariencia espectacular. Además, las historias que se recogen son dignas no solo de leer, sino de ver en películas o en juegos. Es normal que sea la fuente de inspiración de tantos productos de entretenimiento. Son un pozo sin fondo de historias, tanto de reimaginación de estas como para crear nuevas a partir de lo ya tratado. Simplemente, me encanta. Aunque la mitología egipcia tiene un halo místico muy atrayente, y la mitología nórdica me llama la atención por la fuerza y fortaleza que muestra, la griega es mi favorita; no puedo evitarlo —dijo de forma atropellada, justificándose a sí mismo el porqué de su favoritismo, aunque nadie le hubiera preguntado. Era un encanto cuando se ponía en ese plan, porque se emocionaba y disfrutaba de lo que contaba y pensaba, aunque el resto no supiera de qué hablaba. Era uno de los aspectos de Lucas que más me gustaba y más me desesperaba, porque a veces me costaba seguirle el ritmo, pero me encantaba verlo emocionado por cosas tan simples.

Me quedé callado y miré hacia su hamburguesa. Yo ya había acabado y él ni siquiera le había dado un mordisco. Le hice un gesto con la cabeza; él se dio cuenta a qué me refería y la cogió para darle el primer mordisco. Le hice un gesto de pausa hasta que terminara de comérsela.

Cuando dio el último bocado, le dije:

—La mitología griega está muy bien, aunque si le quitas todas las relaciones amorosas y traiciones, se queda en nada. La mitología egipcia y la nórdica son dignas de leer y estudiar, pero me molesta que no hayas mencionado nuestra historia y cultura. Tiene tela que un gallego como tú ni siquiera mencione, ni conozca, al menos, las leyendas y dioses más comunes de la mitología celta. No lo digo solo porque haya vivido en dos lugares con fuerte presencia celta, como Galicia o Irlanda. Pero sí, tienes que aprender un poco más sobre ello —comenté sin pelos en la lengua. Pero tenía una intención muy clara: quería que Lucas aprendiera más sobre mi historia, aunque él no lo supiera. Y, en el fondo, también quería que fuera su mitología favorita.

—Tienes razón. Ya en el viaje a Edimburgo te dije que iba a aprender acerca de esta mitología y no lo he hecho. Tú sabes mucho sobre ella; cuéntame tu mito favorito —dijo mientras se tumbaba en el sofá, apoyando su cabeza en mi regazo. Le acaricié el pelo con cuidado y suavidad, y le dije:

—Encantado de contarte la historia sobre Lugh, el dios del sol.

Lugh, o Lug, dependiendo de la región en la que te encuentres, es hijo de Ethniu, hija de Balor, uno de los antiguos dioses fomorés, los cuales representaban la muerte, la oscuridad, lo oculto y la noche. Se les asociaba con todo mal del mundo. Cuentan las leyendas que este dios tenía un ojo en la frente y otro en la parte trasera del cráneo. Este segundo ojo tenía el poder de arrebatar cualquier tipo de vida, por lo que solía mantenerlo cerrado. Reinaba a base de terror y amenazas. Sin embargo, una poderosa druida predijo el fin de este dios a manos de su nieto, por lo que mandó encerrar a su hija Ethniu en la Torre del Mar, en la isla de Tory, alejándola del mundo y de las personas a las que podría entregar su amor.

Los intentos del dios por separar a su hija del amor resultaron en vano, ya que el dios sanador Cian, de los dioses Tuatha Dé *Danann, hijos de la diosa Dana, representantes de los elementos y enemigos acérrimos de los fomorés, llegó a la torre. Al encontrarse con la bella Ethniu, no pudo evitar enamorarse, siendo correspondido. Con el tiempo, nacieron tres hijos. Pero no todo podía ser felicidad para*

esta pareja que cargaba con la rivalidad de sus familias, a lo Romeo y Julieta, y, como en esa historia, la tragedia se manifestó. Balor se enteró del alumbramiento y decidió acabar con la vida de sus nietos, arrojándolos al mar para que se ahogaran. No obstante, uno de los pequeños consiguió sobrevivir. Lugh.

Para mantenerlo en secreto y seguro, Lugh fue acogido durante un tiempo por los dioses Tuatha Dé *Danann. Con ellos no solo se crio, sino que también aprendió muchas habilidades y actitudes, marcando su comienzo como maestro de las artes y oficios, además de convertirse en un hábil guerrero y hechicero.*

Cuando llegó a su adultez, se armó de valor para cumplir el destino que le habían asignado antes de nacer. Finalmente, mató a Balor y trajo consigo tiempos de paz, instaurándose como uno de los dioses más poderosos, ya que descendía de dos de los linajes de dioses más poderosos que habían pisado la Tierra.

A partir de ese momento, se conoció a Lugh como un dios bondadoso, simpático y agradable. Se le solía representar con una gran lanza que portaba inmensos poderes. Esta era capaz de irradiar un poderoso fuego que debilitaba a las tropas más formidables o derretía incluso los materiales más duros.

Con todo ello, fue conocido como el dios del sol, por su poder de fuego, asociado a la dualidad sol-tierra, y se le llamaba «el brillante». Debido a su gran poder y sus habilidades de combate, se le concebía como el dios de la guerra, título compartido con otros dioses, según las tribus que contaran el mito. Y, siendo maestro de las artes y los oficios, era tal su capacidad que se convirtió en la deidad de estas.

Ah… no me puedo olvidar de mencionar que también era el dueño del arcoíris y de la Vía Láctea, que se conocía con el nombre de la cadena de Lugh. Quizás este último dato sea una pequeña exageración del mito, pero me parece divertido y, quién sabe, puede que sea verdad. Ahora el arcoíris se mueve a su antojo, o eso dicen.

Después de más de un cuarto de hora contándole, de forma muy resumida, la vida de Lugh —o sea, la mía, aunque él no lo supiera—, creía que había logrado generar en él un sentimiento de pesadez y

aburrimiento. Seguro que se esperaba una batalla épica contra Balor, y al final lo maté con una honda. Quizás debería haberle dicho que lo aprisioné con el arcoíris, dejándolo totalmente paralizado antes de darle el golpe de gracia, pero no quería entrar en detalles, más que nada porque, si investigaba un poco, podría encontrar ese dato y le parecería raro. No quería que sospechase nada.

—¿Qué te ha parecido el mito de Lugh? —pregunté tragando saliva. No pude evitar fijarme en cada movimiento de su cara.

Lucas se levantó de mi regazo y se sentó en la otra esquina del sofá. Me miró fijamente y soltó:

—Tío, ¿cómo no hay una película o una serie animada de esto? Me parece que esta historia lo tiene todo: un amor prohibido, un villano horrible y terrorífico… Ese ojo en el cráneo que mata todo, y ese protagonista carismático y todopoderoso que tiene un poder innato, pero que es entrenado por la familia de dioses del padre para cumplir con su destino, es literalmente el camino del héroe de cualquier película. Me ha encantado, solo pondría una pega: me da un poco de lástima Lugh.

Me quedé sorprendido con el comentario que acababa de hacer.

—¿Por qué sientes lástima por él? —Enarqué una ceja.

—A pesar de ser poderosísimo, carismático y bondadoso, en resumen, un héroe, la vida le marcó un camino antes de nacer, que condicionó cada uno de los pasos que dio. Todo lo llevaba hasta ese punto: la muerte de Balor y el regirse como un dios. Sin embargo, lo que él quisiera era secundario o tendría que ser desechado, porque todo estaría enfocado en lograr su objetivo. Por muy poderoso que fuese, no era libre; estaba sujeto a un destino que no escogió. Sé que era para traer tiempos de paz, pero no me quiero imaginar el vacío que tuvo que sentir una vez cumplió su misión. Por no hablar de la confusión y el sentimiento de pérdida a los que tuvo que enfrentarse una vez siguió con su vida —comentó con pena en la voz y una mirada que no conseguí descifrar, como si hubiera sentido eso alguna vez.

Me mantuve callado por varios minutos mientras Lucas cogió el teléfono. Necesitaba unos minutos para mí, porque lo que acababa de describir era justo lo que había sentido durante siglos. Llevaba

una eternidad sintiendo que mi camino en este mundo ya se había acabado, que no tenía nada más que aportar. Me había costado horrores aprender a vivir; por eso decidí hacerlo como un humano, ya que me parecía más fácil y sencillo, dejando de lado mis asuntos de dios. La sensibilidad de Lucas no tenía límites, podía captar sentimientos tan profundos con un pequeño resumen de la vida de un dios que ni siquiera conocía.

De repente, Lucas comenzó a reírse, sacándome de mis pensamientos.

—No me habías dicho que la leyenda también cuenta que Lugh se transformó en el *leprechaun,* creando la leyenda de un ser al final del arcoíris que espera al afortunado con una olla repleta de oro. La verdad es que se me acaba de caer un poco el héroe todopoderoso de la historia que me acabas de contar. —Se volvió a reír.

Me tiré encima de él para quitarle el móvil y demostrarle que no podía creerse todo lo que leía en internet, aunque fuese un bulo muy extendido.

CAPÍTULO 21:
LA VERDAD

NOEL



Tengo a Lucas aquí delante, ojiplático. No sé qué está pasando por su cabeza; puede ser que se la haya roto, o que se enfade por mentirle, o qué sé yo. Es casi imposible de comprender, mucho más para un humano, pero ahí está delante de mí, pensando y procesando todo lo que ha visto, oído y sentido. Lucas pestañea de nuevo; ha pasado tan solo un minuto pero ha parecido una eternidad.

Y entonces, rompe el silencio:

—Entonces… ¿Eres el dios celta del sol que, según la leyenda, se convirtió en un *leprechaun*? —pregunta con la voz ronca por la contención.

Hace una pausa, y con una sonrisa nerviosa, añade:

—¿Dónde está tu caldero de oro?

Se ríe, pero es una risa rara. Casi un reflejo de defensa, más que de humor real. Lo conozco bien: está al borde. Siempre que utiliza el humor significa que necesita evadirse de lo que está ocurriendo.

Puede ser su forma de distraernos a todos, pero esta vez no. Tiene que afrontarlo. Alargo el brazo hacia sus hombros y noto cómo se tensan al tocarlo. Niego con la cabeza. Sus ojos reflejan la luz que aún nos rodea, proyectada por las hojas resplandecientes que hechicé hace unos minutos. Me sumerjo en esa mirada llena de incertidumbre y confusión. Entiendo que solo puedo hacer una cosa por su bien.

Le sonrío.

—Mira… —Noto cómo el caos en su cabeza se apodera de él—. No entiendo nada. Nada. Pero también sé que esto es lo único que da sentido a muchas de las cosas raras que pasaban entre nosotros. Las veces que parecía que sabías más de lo que decías; las cosas imposibles que dabas por naturales; esa sensación constante de que ocultabas algo. Siempre intuí que había algo en tu vida que no encajaba, o, más bien, algo que estaba incompleto.

Hace un gesto vago con las manos, buscando aire. Su respiración sigue siendo irregular, pero es más pausada que antes.

—No, no pensé que fueras un dios, no te flipes. —Se ríe otra vez —. Me encanta todo lo que tiene que ver con la fantasía… pero en libros y películas. Fuera de eso, soy un escéptico. Se me podría llamar un creyente de sillón: todo lo que está plasmado en los libros me sirve, pero no soy lo que llamarían un investigador de campo. Esto me queda grande.

Inspira.

Espira.

Y vuelve a hacerlo.

Con todo el poder que tengo, solo puedo observar cómo intenta gestionar y ordenar toda esta información. Me parte el alma verlo así, pero no puedo interferir en su psique. Podría empeorarlo aún más. Necesita asimilarlo por sí mismo.

—Esto es una locura. Una jodida locura. Hace un rato pensé que estaba teniendo un episodio psicótico. Pero decidí seguir adelante, ignorarlo, porque si me detenía… me rompía.

Sus ojos se clavan en los míos.

Y una punzada de culpa me atraviesa el pecho.

—Y claro, después de verte convertirte en un ciervo y hacer aparecer un pajarito de la nada… fingir que esto no está pasando sería simplemente estúpido. Ya no puedo negar lo que he visto, lo que he sentido. Porque lo he sentido, ¿sabes?

Traga saliva. Se lleva una mano a la nuca. El gesto de siempre cuando está intentando no venirse abajo.

—Contéstame a una cosa —respira profundamente—, siempre que te has puesto intenso o me has hablado de la magia, ¿no se te pasaba por la cabeza contármelo?

Abro completamente los ojos. No entiendo esta pregunta. Está claro que sí quería contárselo todo. ¿Cómo puede pensar que no deseaba hacerlo?

—¡Claro! Siempre he querido que me conocieras de verdad, que vieras cómo soy realmente. Nunca quise ocultarte nada. Y siempre quise que amaras todo de mí. No solo a Noel…, también quería que conocieras a Lugh, mi auténtico yo —dije, dejando escapar una pequeña lágrima. Por fin estaba diciendo en voz alta lo que llevaba dos años guardando.

Querer a alguien que solo ama una parte de ti es aterrador, porque existe la posibilidad de que, si llega a conocerte por completo, deje de quererte. Sin embargo, quizás le estoy pidiendo demasiado a un simple humano.

Lucas acerca su mano a mi cara y me seca la lágrima. Su expresión ha cambiado por completo, se ha ablandado y luce una suave sonrisa fingida. Aunque él piensa que puede engañarme, noto cuando no está mostrando sus auténticas emociones. No obstante, algo en él ha cambiado, lo siento más receptivo, menos a la defensiva.

—Durante estos dos años me lo has ido contando todo. Poco a poco, en fragmentos disfrazados de cuentos, de anécdotas. ¿Verdad?

Solo puedo asentir, lentamente.

—Y yo ni me enteré... —continúa—. Siempre has querido contármelo. Solo que no podías hacerlo directamente.

Hace una pausa. Baja la mirada y respira hondo.

—Que entienda que no podías contármelo no significa que no me doliera. No borra la confusión ni el caos mental que tengo ahora mismo. Verás el dolor de cabeza que me va a entrar en cuanto mi cuerpo asimile todo esto.

Me mira. Ya no hay risa ni rabia, solo una calma frágil e inestable.

—Con todo esto, te pido algo. No… me lo debes: necesito que me lo cuentes todo. Despacio. Sin secretos. Porque tengo muchas preguntas. Y no voy a poder aguantar demasiado sin respuestas.

Me sigue sorprendiendo la capacidad que tiene este chico para todo. Solo está pidiendo lo mínimo que una persona puede darle a otra: honestidad y sinceridad.

—Claro. Lo que necesites. Te mereces respuestas. Y quiero poder ser yo contigo, con mis luces y mis sombras. Quizá ahora haya más sombras que luces, pero seré yo completamente contigo. Te lo juro por el lugar en el que estamos. Y el juramento de un dios es inquebrantable —susurro, y un hilo de luz anaranjada sale de mi pecho y se une al suyo.

Su cara es un poema. Veo la emoción reflejada en sus ojos; su boca se ensancha en una sonrisa enorme. Está maravillado.

Cuando el hilo se apaga, percibo que va a empezar a preguntar, así que me adelanto:

—El hilo que acabas de ver es la representación de mi juramento. Es la prueba mágica y natural de mi promesa hacia ti. A partir de este momento, no podré mentirte ni ocultarte nada.

Sus ojos, ahora vidriosos, no llegan a soltar lágrimas, pero su enorme sonrisa refleja la ilusión por esta nueva promesa. Confía en lo que acabo de decir. Quizá porque la magia ya está actuando y, dentro de él, puede sentir cuándo mis palabras son sinceras y cuándo no.

Me envuelve entre sus brazos y siento el calor que desprende su cuerpo: cálido, entrañable, reconfortante.

Sin embargo, dura poco. Se separa rápido. Conozco perfectamente la expresión que está poniendo y me preparo, con cierto temor, para la retahíla de preguntas que sé que viene.

—Antes de nada, tengo que decir que eres un ciervo monísimo. Ahora voy a lo importante: ¿qué más cosas puedes hacer? ¿Cuántos dioses sois? ¿Hay más seres mágicos? ¿Puedo hacer magia? Eso sería increíble, me encantaría, ¿puedo? Por cierto, ¿por qué trabajas si eres un dios? Siempre hemos hablado de la abolición del trabajo, pero tú lo haces porque quieres, ¿qué te ocurre? ¿Eres masoquista? Ah… ¿cuántos años tienes? Seguro que muchos. Soy un gerontófilo y tú un pedófilo. Dios mío, esta relación está construida por dos dementes.

Lucas siendo Lucas. Un soñador empedernido, inocente, emocional e infantil.

Suelta cada pregunta y comentario sin haberlos pensado al menos dos veces, y me quedo sorprendido porque no ha hecho ninguna de las preguntas que me había preparado.

No sé si quiero matarlo o besarlo. Mejor opto por lo segundo. Me río y le digo:

—¿Somos dos dementes? Sí, no hay más que vernos y oírnos, pero no nos aburrimos. ¡JA JA JA! De verdad, Lucas, te quiero muchísimo. Pensé que te estallaría la cabeza. Suele ser lo que ocurre a los humanos cuando se revela el secreto del mundo mágico, soléis enloquecer.

Quizás ayudó que poco a poco te he ido dejando un camino hacia la verdad y eso pudo amortiguar el golpe en tu cabeza. O que tu psique es más fuerte de lo normal. Hay humanos que tienen una habilidad perceptiva mayor que la del resto, que les permiten percibir, asimilar e incluso canalizar los elementos mágicos, como las médiums con los espíritus.

Veo cómo su cara empieza a torcerse extrañado.

—¿Que puedo enloquecer? Eso es imposible, ya no estoy muy bien como para estar peor —comenta, acompañado de una risa. Es la confirmación de que este chico nunca ha estado bien de la cabeza, pero bueno, eso fue una de las cosas que me enamoró de él: su capacidad de percibir y sentir la vida de una forma tan diferente.

—Tienes razón, no estás muy sano de la cabeza; no me debería haber preocupado por eso —le cojo la mano y le digo—: eres

especial, Lucas. Siempre lo he sabido, desde que te vi en la playa. Por eso decidí volver día tras día a esa orilla para ver si tenía la suerte de verte allí de nuevo y tener una nueva oportunidad para hablarte.

—¿Cómo? Pero si me hablaste el día que coincidimos viendo el atardecer —pregunta, confuso. Ahora sí que veo que no entiende nada.

—En mi primer día en esta nueva vida que formé como Noel, aquí en Coruña, decidí que necesitaba pasear y coger un poco de aire. Entonces, la orilla de la playa me pareció el lugar perfecto, por lo que me senté allí a despejar la mente. De pronto, te oí hablar alto detrás de mí y me quedé embelesado, no solo por tu belleza, sino por cómo hablabas, por cómo sonreías y por el aura que rodeaba todo tu ser. Tenía que conocerte, pero cuando volví a mí mismo, te estabas yendo y no me dio tiempo a actuar. Por eso, decidí ir día tras día al mismo sitio hasta que aparecieras. Y, varios días después, apareciste —confieso con timidez, ya que esto no se lo había contado a nadie nunca y también me daba reparo que pudiera pensar que lo acosé.

—No sabía que habías hecho eso. No me lo esperaba. No me salen las palabras, me gustaría bromear para salir de esta llamándote acosador, pero es que me ha parecido algo hermoso. Solo puedo darte las gracias porque, si no hubieras hecho eso, me hubiera perdido estos dos años de vivencias, experiencias y amor que tanto me han sumado. Gracias, de verdad. Te amo. —Con esa última palabra, me besa dulcemente.

Finalizo el beso y me separo lentamente de él. Le cojo la mano y le digo:

—Vamos a casa, que tengo mucho que contarte. Hay una cosa muy importante que debo explicarte y prefiero que sea en la tranquilidad y protección de nuestra casa.

Empezamos a rehacer el camino de vuelta al coche. Al salir de la protección del sauce llorón, noto una presencia que nos observa. Es una energía pequeña, débil, poco amenazadora; de hecho, no despierta mi instinto de supervivencia. Por lo que decido no avisar a Lucas y evitar asustarlo, que bastante ha tenido ya por hoy. Mientras

caminamos, tras nosotros, levanto una densa niebla que nos permite desaparecer ante nuestro espectador no deseado, un pequeño cuervo.

CAPÍTULO 22:
ESTAMOS EN PELIGRO

LUCAS



Hemos llegado a casa. Estoy agotado y con un dolor de cabeza descomunal. No solo ha pasado lo del bosque, sino que, en el camino de vuelta a casa, Noel ha aprovechado para contarme acerca de Morrigan, la diosa de la muerte; un título muy prometedor y amigable, y su extraña obsesión por separarnos. Nunca hubiera pensado que sería tan importante como para que una diosa quisiera romper la única relación sana y bonita que he tenido. Nunca podré volver a pensar que la vida está en mi contra, porque ahora mismo tengo a la muerte en contra de verdad.

—¿Quieres algo de cenar? —me pregunta Noel, a lo que lo miro extrañado. No sé cómo él puede tener hambre. Le niego con la cabeza.

—Bueno, pediré dos *pokes* por si acaso. Sé que cuando me veas comer, querrás un poco. —Se ríe y me toca la mano derecha en señal de tranquilidad. Está intentando que me relaje, pero una cosa es que me haya desvelado que es un dios y que existe el mundo

mágico, y otra muy distinta es que me cuente que hay una diosa muy antigua que quiere mi muerte solo porque haya tenido unos sueños premonitorios en su castillo.

—Noel, ¿qué has pensado? —me atrevo a preguntarle, algo que había evitado en el coche. Necesitaba poder mirarlo directamente a los ojos cuando me contestara a esta pregunta, por eso no me atreví a hacerla antes.

—Sinceramente, cuando me vino con esta historia, pensé en dejarte para que no corrieras peligro, pero no era capaz de dejar de pensar en ti. Luego te vi en el espejo de mi baño y no pude evitar venir. Durante días sabía que iba a acabar volviéndote a ver, pero no sabía cómo evitar que tu vida o el mundo corrieran peligro, por lo que pensé y pensé. No llegué a ninguna conclusión, así que creí que juntos, y con la capacidad que tienes para imaginar y salirte con la tuya, podríamos buscar una manera. Sin olvidar que podría recurrir a Brigid o incluso hablar con Cernunnos. Pero después de pasar la noche de ayer contigo, tuve sueños muy vívidos, que puedo afirmar con seguridad que son visiones del futuro, y tuve un mensaje de Morrigan asegurando que he firmado tu sentencia de muerte. —Al decir la última palabra, se deja caer y se lleva las manos a la cara, está intentando ocultar las lágrimas.

Me acerco a él, me arrodillo y le separo con cuidado las manos de la cara. Mi cara está a escasos centímetros de la suya, miro fijamente a esos preciosos ojos verdes que tiene y le digo:

—Tú no has firmado nada. Que ella quiera matarme es culpa y responsabilidad suya. Faltaría más que te culpes tú, cuando eres otra víctima de los enredos y tejemanejes de esta señora. Así que llora a gusto y, cuando acabes, necesito que te repongas, que tenemos que cenar y pensar qué hacer con todo lo que nos está pasando.

Noel me abraza y rompe a llorar.

Después de un rato, llega la cena. Preparamos la mesa y comemos juntos.

Mientras comemos, tenemos de fondo un capítulo de *Los Simpson*. No me he enterado de nada, salvo de una frase que ha captado por completo mi atención: «Con una ensalada no conquistas nada». Ha sido el único momento con el que he conectado un poco. Mi cabeza no deja de dar vueltas. Ahora entiendo por qué Noel estaba tan preocupado: la mismísima diosa de la muerte me quiere muerto.

Recojo el envase del *poke*, casi intacto, porque esto de que me persiga una diosa loca de atar le quita a uno el apetito.

Me acerco a mi escritorio, agarro una libreta y un lápiz. Me coloco frente al televisor, lo apago, y luego, mirando fijamente a Noel, decido coger el toro por los cuernos.

—Vamos a pensar un plan juntos. En primer lugar, sabemos que Morrigan va a convocar al Consejo de los dioses para pedir mi muerte. Esto me lleva a preguntarme, siendo la diosa de la muerte, ¿por qué no me mata ella misma? —Espero que la respuesta de Noel no sea ninguna de las que se me están pasando por la cabeza.

—Morrigan sabe que no puede matarme por los efectos que traería consigo mi muerte. Sería un desequilibrio natural, debido a un vacío en el orden que sería ocupado por el caos. Por lo tanto, quiere acabar contigo y, dado que los dioses hicimos un pacto en el que no podemos segar vidas humanas —o seremos castigados con la mortalidad, lo cual sería el mayor castigo para ella—, quiere aprovechar una cláusula que creamos para sortear esto. Entre todos los dioses que formamos el Consejo, decidimos que para arrebatar una vida debemos juntarnos como Consejo, debatir y votar. En resumen, hacer un juicio popular. Si la mayoría está dispuesta a acabar con la vida humana que estamos juzgando, esta será ejecutada y ningún dios será castigado por ello —responde a mi pregunta, dándome esperanzas, ya que por sí misma no podrá hacerme nada. Si hay un juicio, podríamos defendernos y salir ilesos.

—Entonces ella no puede hacerme nada, lo cual nos da ventaja. Además, si hay juicio, podríamos hacer una estrategia para salir victoriosos, incluso protegidos, ya que ella mostrará las ganas de verme muerto —digo esperanzado.

—No es tan fácil. Podría mandar alguna de sus secuaces a matarte o engañar a los demás dioses; al fin y al cabo, ella ha profetizado que nuestra relación pondrá fin al mundo tal y como lo conocemos. Aun así, tenemos que agarrarnos a que no ha llegado ninguna citación del Consejo, lo cual es buena señal. Sin esta citación, estamos a salvo, al menos por un tiempo. Por lo que tenemos que aprovecharlo para ver qué se nos ocurre y qué podemos hacer. No tiene por qué ser hoy, ya has tenido suficiente por un día. —Entiendo que quiere finalizar esta conversación. No quiere que me obsesione ni me sobreesfuerce; en tan solo 24 horas ha vuelto a mi vida, nos hemos reconciliado, hemos ido de excursión y me ha desvelado todos y cada uno de sus secretos, por no olvidar que mi vida pende de un hilo divino. El problema es que mi cabeza ya no va a poder parar, soy una diana andante.

—Vale, pero ¿qué vamos a hacer mañana? Es lunes, ¿voy a trabajar como si nada? —pregunto, dejando que él lleve las riendas.

—Por ahora, vamos a seguir haciendo vida normal, actuaremos normal, iremos a trabajar y a entrenar, lo que solemos hacer. Luego volveremos a casa y aquí prepararemos un plan —dice tranquilamente, mientras veo cómo sus manos se iluminan cerca de mí y con un halo de luz me envuelve completamente.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto asombrado por el juego de luces que hace.

—Un hechizo de vigilancia. Cualquier ser mágico o humano con malas intenciones hará que te alertes, y además me permitirá sentir si estás en problemas, ver lo que estás viendo. Así, si estás en peligro, tardaré tan solo un segundo en aparecer donde estés para ayudarte y protegerte. Es casi infalible.

—«¿Casi?» —repito inmediatamente, no me da mucha seguridad ese casi que ha mencionado.

—Mi magia es poderosa, pero hay formas de anularla, incluso la de un dios. La magia puede ser inestable y caprichosa; si la persona que la anula percibe el vacío o la condición que aquella exige, puede

revocarla. No te preocupes. Con esto estarás bien. Por ahora, Morrigan no se expondrá a tanto.

Miro con total incredulidad. Aún no me hago a la idea de que la magia exista y más este tipo que solo podía imaginarme al leer libros fantásticos como: *Percy Jackson,* de Rick Riordan, *Memorias de Idhún,* de Laura Gallego y *Cazadores de Sombras,* de Cassandra Clare.

—Es increíble. ¿Estás seguro de que no puedo hacer magia? ¿O no puedes enseñarme algún hechizo? —pregunto, deseando que la respuesta sea sí; quizás, de esta manera, me sentiría que puedo hacer algo de verdad.

Noel niega con la cabeza y dice:

—Lo siento, pero la magia lo forma todo, pero su uso no está permitido a simples mortales. No te machaques con lo que puedes o no puedes hacer. Te conté todo porque sé que juntos podremos con ello. Confiemos en nosotros.

Asiento a lo que acaba de decir y sonrío. Le hago una seña para ir a la habitación a dormir porque estoy cansado. Ando por el pasillo, pero me agarra del brazo y me impide avanzar más. Le miro extrañado.

—Hay una cosa de la que necesito hablar antes de irnos a dormir, es algo que quería haberte dicho ya ayer. Quiero explicarte el porqué me fui de esa manera, dejándote una nota aquella noche. Necesito que oigas qué fue lo que pasó —dice con tristeza en la voz.

CAPÍTULO 23:
LO HAGO POR TI, PERDÓNAME

NOEL



Salí por la puerta y vi que casi era de noche. Llevaba todo el día trabajando. Se notaba que los días cada vez eran más cortos; ya no me apetecía hacer nada, prefería ir a casa y descansar. Seguro que Lucas ya estaba allí; lo podía molestar un poco y luego ver alguna película en alguna de las plataformas. Fui dirección a casa. De pronto, recordé que Lucas me dijo que lo avisara al salir porque esa noche íbamos a cenar *pizza* casera. Así que cogí el móvil, entré en el chat de Lucas y le escribí que estaba de camino. Sin embargo, antes de darle a enviar, levanté la cabeza del móvil y observé una figura imponente delante de mí.

—Morrigan, ¿qué haces aquí?

Me hizo un sutil gesto con la cabeza para indicarme que la siguiera. Su cara estaba como siempre: seria, impasible y dominante. Sin decir nada, sabía que me estaba dando una orden.

Caminamos hasta la playa, bajamos las escaleras, yo siempre dos pasos detrás de ella. Al llegar a la orilla, traspasamos la niebla y

entramos al mundo mágico. Aquello solo podía significar que quería privacidad, lo cual no me daba buena espina.

—Sé que has estado jugando a las casitas con tu mascota humana. Os he estado observando un tiempo y, de verdad, entendería que fuese tu siervo para las tareas cotidianas, o tu esclavo sexual porque tiene su encanto, pero que lo trates como a tu igual me parece repulsivo. Ya sabes que estoy en contra de la relación interespecies; encamarse con subespecies no trae nada bueno. Y la vuestra supone todo lo malo que hay en ambos mundos —dijo Morrigan, sin esconder su asco y aversión hacia la relación que tenía con Lucas.

Morrigan no era solo la diosa de la muerte, sino también la soberana de las batallas, el destino y la destrucción. En las antiguas leyendas, se decía que podía tomar la forma de un cuervo negro que volaba sobre los campos de guerra, presagiando la derrota o bendiciendo la victoria. Su propia naturaleza resultaba controversial: tanto guiaba hacia el final como hacia el inicio. Se movía siempre por lo que creía que era un propósito mayor, siendo este su justificación para la crueldad que la acompañaba. La he visto provocar guerras, manipular profecías y destruir a quienes amenazan el orden. No hay rastro de misericordia en ella, solo convicción férrea. Para Morrigan, la muerte no era el final, sino la herramienta para mantener el equilibrio de todo. ¿Y qué rompía más el equilibrio que lo que ella consideraba una relación interespecies?

—¿Has venido aquí para decirme que no apruebas mi relación? Creo que no te he pedido nunca tu opinión sobre con quién me acuesto y con quién no. Así que haznos un favor a ti y a mí y suelta lo que has venido a contar —le pedí, esperando que acortara todo ese discurso de odio que sabía que podría alargarse eternamente si se lo permitía.

—No suelo perder el tiempo con lo que considero vulgar, Lugh —respondió con frialdad, su semblante seguía impasible, siempre me había resultado imposible leerla. Todo en ella resultaba enigmático —. Pero cuando la vulgaridad amenaza el equilibrio, debo intervenir. Es como extirpar un tumor, cuanto antes mejor. Tu apego emocional

ha debilitado tu juicio. Y un dios sin juicio es una bomba sucia en un mundo que lucho por mantener limpio.

—¿Apego emocional? ¿Eso es lo que ves?

—Veo exactamente lo que es. Amor. Compromiso. Debilidad. Tú lo llamas ternura. Yo lo llamo error estructural. Te has permitido sentir como si fueras uno de ellos. Te has contaminado. Y cuando un dios se contamina, las consecuencias son peores que cualquier guerra.

Me callé. No porque le diera la razón, sino porque sabía que discutir con Morrigan era como echar aceite al fuego: siempre quemaba.

—Y antes de que hables de libertad —añadió, girando apenas su rostro hacia mí sin mirarme del todo—, recuerda que cada libertad tiene su precio. Yo solo vengo a recordarte cuál es el tuyo.

La miré con una mezcla de rabia y desesperación.

—Dime, Morrigan, ¿hay algo que no calcules? ¿Algún gesto que no conviertas en pieza de ajedrez?

—Solo los gestos sin sentido, como el tuyo —respondió sin titubear —. El afecto es la mayor debilidad de las deidades. Tú lo has olvidado, yo no.

»Nunca me has soportado, a pesar de que siempre he mirado por tu bienestar y el de los demás dioses. Solo cumplo con mis ideales y el cuidado del orden natural. No te va a gustar saber para que he venido, pero si quieres que sea directa, lo seré: vengo para que dejes al humano y te alejes de él —soltó tranquilamente, como si al decir eso fuera a hacerlo. Su tranquilidad me asustaba.

—¿Por qué haría eso? —pregunté expectante.

—Porque tu relación supone la destrucción del mundo. Más bien, si sigues con ese humano, tú morirás y con tu muerte el orden se convertirá en caos, y con ello, ambos mundos colisionarán, causando grandes pérdidas —hizo una pausa, me miró y leyó en mi cara que no la creía. Por eso continuó—: Solo te diré que lo he profetizado, pero hablaremos de esto una vez te alejes del humano.

—Morrigan, no. No voy a alejarme de él. Y menos por solo oírte decir que profetizaste algo. Sabes que las profecías pueden interpretarse de muchas formas y no tengo por qué fiarme solo de

tu palabra. Me voy, no me vuelvas a molestar, si no quieres que tengamos un problema —la amenacé sin un ápice de duda, aunque no contaba con las mejores cartas en una batalla contra ella.

—Ni se te ocurra darme la espalda. Mira. —Con un golpe de mano imbuida en aura de color negra, tornó el reflejo del agua en una imagen nítida de Lucas. Este no estaba en casa, sino en el supermercado comprando harina y hablando con una mujer. Morrigan se rio y dijo—. ¿La reconoces? Hace siglos que no ha salido de su cabaña, pero me debe una. Es Carman, la hechicera de magia negra celta. Ahora mismo tiene un hechizo de camuflaje que la hace pasar por una humana más, pero una palabra mía y ejecutará a tu humano. No me pongas a prueba; sabes que no soy conocida por mi paciencia.

No podía ser, esa bruja tenía a Lucas y no podía hacer nada. Aunque pudiera vencer a Morrigan, que lo dudaba, no sería capaz de hacerlo antes de que le diera la orden a Carman. Tragué saliva y, con un tono que mostraba calma, le pregunté:

—¿Por qué haces esto? Es imposible que muera por estar con un humano.

—Cuando desaparezcas de su vida, te daré los detalles y podrás entender que esto es lo que se debe hacer —asintió con firmeza, mostrando su convicción.

Tan solo pude asentir, mostrándole mi conformidad. No sabía cómo, pero desaparecería de la vida de Lucas si con eso conseguía que siguiera con vida.

—Lo haré, pero tengo que despedirme —le pedí.

—No, lo siento, pero no puedo darte la oportunidad de reunirte con él. Podrías echarte atrás y esto es lo que debe ocurrir. —Negó lentamente con la cabeza y me miró fijamente a los ojos.

—Al menos un minuto. Puedes estar presente para que no pueda escapar o hacer algo. Te juro que solo me despediré —supliqué a la imponente diosa que tenía delante, sabiendo que, si había una posibilidad de convencerla, era mostrándole su superioridad y cómo la piedad afirmaba la dominancia que tenía sobre mí.

—Lo siento, Lugh, no vas a poder verlo —dijo con pena, pero no se quedaba ahí. Continuó diciendo—: Pero te permito que le dejes una nota.

Invoqué un pósit, como los que tenía Lucas en su habitación, y un bolígrafo. Escribí la primera frase que pensé y sentí; no era la más bonita ni la frase perfecta, pero no sabía cómo escribir algo que pudiera ayudar a Lucas a afrontar la pérdida. Solo quería que no pensara que me había pasado algo y que, al menos, tuviera un último «te quiero».

—Toma —le entregué la nota a Morrigan—. Retira a Carman, quiero ver a Lucas sano y salvo.

—Le haré llegar la nota al humano y, por descontado, Carman se está retirando. Solo mira la imagen. —Cumplió con su promesa y vi cómo Carman se iba y Lucas se dirigía al mostrador.

—Antes de que te vayas, ¿por qué no lo has matado ya? Podrías haberlo hecho teniendo a Carman para hacer el trabajo sucio —pregunté, porque era lo único que no me encajaba. Me sorprendió verla tan diplomática y negociadora.

—Si lo hubiera matado ya, sé que vendrías por mí y, con el aliciente de haberlo perdido todo, el mundo podría verse afectado por nuestra lucha. No quería ensuciarme las manos de esa manera y jugarme el tipo. Sé que tengo más posibilidades de ganarte en batalla, pero tendría que estar en letargo por siglos y no puedo dejar al mundo tanto tiempo sin supervisión —explicó con cuidado. Sabía tan bien como yo que el miedo que sentía por ella era recíproco. Tampoco quería comprobar quién era más poderoso.

—Morrigan, no me hagas cumplir con esa lucha, porque tú estás pensando que, si luchamos, me puedes vencer y tenerme cautivo durante siglos. Pero entre tú y yo habría una pequeña diferencia: yo pelearía a muerte, tú querrías que ambos siguiéramos con vida por el orden natural —la amenacé, sabiendo que eso podía ir en mi contra. No acabaría con su vida, aunque pudiera; la muerte es necesaria en ambos mundos, pero la torturaría hasta que ella buscase su propia muerte.

Morrigan sonrió y se despidió sacudiendo su mano derecha. Se giró, se transformó en cuervo y salió volando hacia el horizonte.

Exhausto y derrotado, dejé caer todo mi cuerpo en la arena y con melancolía clavé mis ojos en el reflejo de Lucas que aún se observaba en el mar.



De madrugada, hechicé el espejo del baño en el que estaba para ver nuestra casa. En el horno de la cocina había una nota que decía: «Por si tienes hambre». No pude evitar sonreír al verla. Después, deslicé la visión por la casa hasta llegar al espejo del baño y, aliviado, confirmé que Morrigan había cumplido con su parte del trato: había un pósit pegado al cristal. Antes de cancelar el hechizo, con duda y miedo por mi propia reacción, eché un vistazo a la habitación. Solo pude apenarme por lo que había perdido. Rompí el hechizo del espejo para que Morrigan no lo detectara y me sequé una lágrima, con la última imagen de Lucas durmiendo aún fresca en mi memoria.

CAPÍTULO 24:
LA NUEVA NORMALIDAD

LUCAS



Han pasado cinco días desde que Noel me contó toda la verdad. Los días han transcurrido con total normalidad. Me siento intranquilo, aunque Noel me haya dicho que ha utilizado un hechizo de protección y alarma para que cualquier presencia sobrenatural que se acerque a mí pueda percibirlo como un peligro y lo avise a él.

Llevo dos horas en el trabajo y tecleo palabra tras palabra cuando viene a mi mente el susto de hace dos días. Estábamos volviendo a casa cuando sentí que alguien nos estaba siguiendo. Avisé a Noel de eso, nos escondimos en la siguiente calle y vimos pasar, de pronto, a un perro. Respiré aliviado y Noel me dijo que tenía que estar tranquilo, que mientras estemos juntos no nos va a pasar nada.

Después de unas cuantas horas, acabo de trabajar y decido no ir a entrenar; prefiero tomarme un café e ir a casa. Cuando llego a la cafetería, pido mi café con leche y, mientras espero, la chica que tengo delante se gira y me dice:

—Lucas, ¿eres tú?

Me sorprendo porque no la conozco. Me fijo en ella con detalle y veo que es una chica pelirroja, con aire dulce y tranquilizador, con unos ojos azules oscuros en los que leo tristeza y desconsuelo. Su cara está llena de pequitas que la hacen todavía más guapa. Su sonrisa despierta en mí una cierta simpatía. Sin embargo, su expresión está bañada en una misteriosa preocupación.

—Sí, ¿te conozco? —pregunto con curiosidad y una cierta cautela. No estoy acostumbrado a que nadie me aborde en una cafetería y mucho menos sepan mi nombre.

—No me conoces, pero yo sé bien quién eres. Tranquilo, no te voy a hacer nada. Es un placer. Te invito al café, ya me devolverás el favor —se despide, colocando su mano encima de la mía, de manera amistosa o, al menos, es lo que interpreto, ya que el hechizo de Noel no me ha despertado ninguna sensación de peligro.

No sé muy bien qué ha pasado, pero en el contacto piel con piel he notado un tacto gélido; estaba realmente fría, como si no tuviera vida. Se aleja lentamente, su largo cabello pelirrojo se desplaza como un péndulo de derecha a izquierda resultando hipnótico. Todo en ella causa este efecto en mí. Y solo puedo preguntarme: ¿quién eres?

Después de un par de minutos, me dan el café, ya pagado por esa misteriosa chica y me voy a casa.

Abro la cerradura, dejo las llaves encima del recibidor, cojo el portátil de la mesa y me echo en el sofá. Me pongo a escribir para plasmar y volcar todo el ruido que tengo en mi cabeza y, con suerte, calmar mis pensamientos. Entre las palabras que escribo busco alguna solución a la situación en la que estamos metidos, pero no consigo que se me ocurra nada.

Después de dos horas delante del ordenador y con ocho páginas de algo que no sé muy bien qué es, cojo el móvil y recibo un mensaje de Noel: «Voy de camino a casa».

Le voy a contestar, pero suena el timbre de la puerta. Suspiro por la pereza que me genera tener que ir a abrir. Miro por la mirilla y veo que quien timbra es Mara.

—Hola, ¿qué haces aquí? —digo un poco agitado. No quiero que ninguna de mis amigas esté cerca por si pasa algo; de hecho, estos

días he estado hablando con ellas por mensaje, dejándoles claro que estoy ocupadísimo.

—Es que estaba preocupada, quería saber si estabas bien con todo lo del trabajo y lo de Noel. Tienes buen aspecto, ¿vamos a tomar algo y hablamos? Por fa —dice sonriendo con dulzura.

Asiento, pero un cosquilleo me recorre todo el cuerpo; es una sensación como la que sientes al asomarte por la ventana de un décimo piso, una especie de vértigo. Esto debe de ser lo que siente Spiderman con su sentido arácnido.

Examino de arriba abajo a la Mara que tengo delante, pero no observo nada diferente, solo esta sensación que recorre todo mi cuerpo.

—Se nota que están bajando las temperaturas. Espera dentro, cojo la chaqueta y bajamos a tomar algo —digo de forma convincente. Algo no marcha bien y no voy a quedarme en el umbral de la puerta para enterarme. Si es mala, los hechizos que le puso Noel a la casa la eliminarán o, al menos, eso fue lo que me explicó.

—Tranquilo, coge la chaqueta. Espero aquí, que si entro seguro que nos apalancamos y no salimos. Y venía a sacarte de casa. —Vuelve a sonreír. Sospechoso. Quiero mucho a Mara, pero no es de esas personas que sonríen tanto.

La miro y cojo el teléfono, entro en la conversación con Noel y, mientras le devuelvo la sonrisa a Mara, le escribo: «Ataque sobrenatural en casa». Guardo el teléfono y digo:

—Bueno, me encantaría tomar algo contigo, pero no me gusta que me engañen, así que, si sabes contar, no cuentes conmigo.

Al decir la última palabra, empiezo a cerrar la puerta. La impostora se lanza a ella e intenta echar la mano para impedir que la cierre, pero del umbral de esta sale una flama de fuego que le calcina la mano.

—¡Hijo de…! —grita aporreando la puerta.

Me pregunto dónde está Noel, ya debería estar aquí, dijo que podía estar a mi lado en cuestión de un segundo. Abro mi conversación con él y veo que en mi mensaje solo hay un tic, lo que significa que no le ha llegado. No puede ser. Aun así, al estar tan cerca de ella, tiene que haber sentido el peligro.

—Te estás preguntando por qué tu novio no ha llegado todavía. Sencillo: antes de subir hice un hechizo para aislar el edificio. Nada entra, nada sale. Ni un mensaje, ni la vigilancia mágica que te puso, y olvídate de que haga una entrada triunfal utilizando la magia, porque tampoco. Así que Lugh no sabe que estoy aquí y no se puede teletransportar; va a tener que entrar de forma rudimentaria, pero cuando lo consiga, será tarde. —Se ríe victoriosa, sabiendo que me ha dejado aislado. Pero creo que no contaba con que el umbral de la puerta me protegería, así que puedo contar con la magia de la casa mientras pienso en algo.

—No te queda otra que hablar conmigo mientras rompo el hechizo de protección de esta puerta. Porque sí, puedo desarmar cualquiera de ellos; por algo soy conocida como la bruja celta de la magia negra, Carman. ¿Te suena mi leyenda? —dice con tranquilidad, mientras noto cómo la puerta está siendo forzada. Miro por la mirilla y veo un círculo mágico con unas especies de runas que Carman está moviendo con cuidado, como si de la apertura de una caja fuerte se tratase.

Decido seguirle el juego y hablar con ella:

—Tú y yo ya nos conocimos hace unas semanas; amenazaste mi vida porque te lo pidió Morrigan, si no me equivoco. Siento decirte que esta vez tampoco podrás matarme, porque sabes que, si lo haces, Lugh convertirá tu vida en un infierno —digo, esperanzado de que sea suficiente para asustarla. Me sorprendo a mí mismo por haber pronunciado el nombre de Lugh en lugar de Noel.

—No estoy aquí para matarte, eso ya lo harán los dioses. Hoy estoy aquí para entregarte en mano la citación del Consejo y llevarte ante Morrigan, quien te custodiará hasta el juicio. Así que, ¿por qué no me lo pones fácil y sales? —Mientras habla, solo puedo pensar en por qué no podían mandar esa maldita citación por correo ordinario, prefería tratar con un trabajador o trabajadora de Correos—. Por cierto, ¿cómo te diste cuenta de que no era tu amiga? —pregunta sin ningún tipo de prisa ni miedo. Ni corta ni perezosa sigue forzando la cerradura mágica.

—Gracias, pero no hay nadie en casa para recibir la citación, y mucho menos para ir contigo. Y en cuanto a por qué no me

convenciste de que eras Mara: primero, por la sonrisa fingida que intentabas poner; y segundo, por el olor que te envuelve, como si de pronto estuviera en un bosque. Todo huele a clorofila y madera, lo cual me pareció curioso y poco común en Mara. Sumado a que no viene sin avisar y que estoy en constante peligro, fue como sumar uno más uno —argumento, guardándome para mí la habilidad de percibir el peligro que me ha dado Noel. Empujo el mueble del recibidor frente a la puerta para poder poner algún obstáculo más entre la bruja y yo.

—Eres observador y listo, aunque seas mortal. Se me olvida que no sois idiotas. Aun así, ya está roto el hechizo. Con permiso, entro —dice y comienza a mover el picaporte. Como no es capaz de mover la puerta, hace un pequeño movimiento de mano, imbuida en una luz marrón roble, y el mueble se encoge. Corro hacia el salón y empiezo a mirar qué puedo utilizar como arma. Cojo la escoba eléctrica como si fuera una espada y la dirijo a ella.

Carman entra al salón, se queda quieta delante de mí y al verme empieza a proferir una carcajada muy grave. Me lanza una carta que cojo al vuelo con la mano izquierda.

—Por favor, déjala a la vista para que la lea el dios del Sol. Y luego vente conmigo, sin pelear. No quiero hacerte daño, si no, Lugh me lo hará a mí después —me pide mientras recupera la compostura. Sus manos vuelven a teñirse de un tono marrón, y lo entiendo perfectamente: es una amenaza.

—Tranquila, Carman, ya veo la carta por mí mismo. Y eso de que Lugh te hará daño después, mejor te lo hará ahora. Lucas no se va a ir a ningún lado —dice Noel, que se encuentra justo detrás de Carman.

Percibo cómo su semblante cambia por completo, refleja auténtico pavor. Se gira lentamente y dice:

—Esto era una posibilidad, sabía que si venía podía no salir, pero tenía que ayudar a Morrigan, le debía una muy grande y, bueno, me interesa que el mundo siga como hasta ahora. Lugh, eres un necio por no creerla. Espero que mueras.

Son las últimas palabras de la bruja. Ella dirige toda la energía acumulada en sus manos hacia Noel. Él, con un simple movimiento

de mano, refleja la magia de Carman hacia ella misma, y esta se transforma en un pequeño bonsái.

Noel corre hacia mí y me abraza.

—¿Estás bien? —pregunta, mirando cada parte de mí por si hay alguna herida que deba curar.

Muevo la cabeza de arriba abajo en señal de afirmación. Miro preocupado al bonsái y a la carta que tengo en mis manos.

—La citación que habías mencionado. Esto ya es real y no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 25:
CITACIÓN

NOEL



—¿Estás preparado? —le pregunto a Lucas, señalando la carta.

—Creo que no lo voy a estar nunca, así que ábrela ya —contesta con resignación,

Abro el sobre y saco de su interior un trozo de papel que lleva escrito:

> **D. Lucas Pardo Campos:**
>
> Se le cita en una semana, a partir de la apertura de esta carta, en el reino de Avalon. Se le ruega que llegue unos días antes para evitar malentendidos. También se le recuerda que tiene derecho a una defensa, por lo que debe seleccionar a un dios como representante en el juicio del Consejo.
>
> No olvide que todo lo que ocurra hasta ese día puede ser usado ante el Consejo, por lo que le recomendamos que no haga ninguna locura ni intente huir.

Atentamente, Dagda, líder
del Consejo.

—Me esperaba algo más, viniendo del Consejo de dioses. Es, cómo decirlo… decepcionante. Ni una sola amenaza si intento escapar, ni una llama saliendo del sobre, o que este mismo se incinerase una vez lo leyéramos. No sé, algo más —dice con bastante sarcasmo. No está bien, y es normal; no siempre tienes detrás de ti a los más grandes dioses decidiendo sobre tu vida.

—Lucas, no estás bien, lo sé, pero no puedes rendirte, no tires la toalla todavía —le pido, abrazándolo fuerte contra mí.

—Lo sé, Noel, lo sé. Pero me preocupa que esto pueda salir mal y que todo se acabe aquí. Me acaba de atacar una bruja antigua que tenemos en el salón convertida en un bonsái que, por cierto, no la dejes ahí. —Coge un vaso de agua y la riega un poco—. Me da miedo que acabemos como ella. Sé que puedo acabar muerto, pero la posibilidad de que acabemos encerrados o convertidos en cualquier cosa me aterra. Sin embargo, saber que yo sería el causante de que te pase algo a ti y, por ende, a ambos mundos, me horroriza. Con eso no podría lidiar. Prefiero rendirme a luchar y llegar a ese resultado.

—Como diría Shakespeare: «El miedo es el precursor del valor». No temas, podemos salir airosos de esto; es tan solo una posibilidad de cientos de miles. No hay por qué fiarse de la profecía de Morrigan, y más aún cuando nadie más ha profetizado nada. Hay que seguir luchando. Si nos rendimos, perderás tu libertad. Y eso, amigo mío, es lo más valioso que tenemos, mortales e inmortales —digo, esperanzado de que mis palabras sirvan de algo. Pobre, cree que está dándome problemas, pero he sido yo quien lo metió en todo esto. Los problemas vienen por mi culpa; él no ha hecho nada, no debe sentirse culpable, pero que lo llegue a entender es muy difícil.

—Me gusta cuando citas grandes figuras de la historia. Ahora me dirás que lo conociste o que tú mismo le dijiste esa frase —comenta mordazmente, pero detrás de ese comentario irónico percibo el terror que siente.

—La verdad es que esta frase es de él, pero la de «Ser o no ser, he ahí la cuestión» es mía; él solo la transcribió —confieso muy serio, viendo cómo su cara se llena de incredulidad y cómo está a pocos segundos de bombardearme a preguntas. Seguirle el juego suele ser una distracción perfecta para su cabeza y para mi corazón que también se siente agitado por el porvenir.

Sigue ojiplático, quiere que le cuente más sobre esto, pero no puedo mantener la mentira y me río a carcajadas.

—¡Imbécil! —Se ríe y me pega con el cojín que tiene a su derecha —. Sabía que no podía ser una frase tuya; tú eres mucho más heroico. Tu frase sería más como: «Vencer o perder, he ahí la cuestión, pero si un verdadero héroe has de ser, la victoria es lo único que te ha de aguardar».

—Me conoces a la perfección. Esa sería la frase perfecta para mí, así que aplícala. —Le agarro la mano y le prometo—: Todo irá bien. Y para ello, no podemos hacerlo solos; necesitamos ayuda. Voy a hablar con Brigid y con Cernunnos. Necesitaremos su apoyo en el juicio, y ellos forman parte del Consejo. No podrán ir en nuestro beneficio, pero sí conocer nuestra versión, no solo la de Morrigan, antes de que se reúna el Consejo.

—Es una buena idea. Si los tenemos predispuestos, podremos hacer un discurso que haga que se decanten por nosotros y que ellos mismos convenzan al resto. —Los ojos de Lucas se han iluminado con esta idea. Siente que puede funcionar, y —para qué engañarnos— yo también creo que puede funcionar. Son dioses muy justos y no se dejarán engañar por nadie, ni mostrarán apoyo si ven que el mundo puede estar en peligro. Pero no se cerrarán en banda si saben nuestra versión previamente.

—Pero tengo que pedirte una cosa. Si voy a hablar con ellos antes del juicio, necesito que te quedes en casa, sano y salvo. No puedes salir durante los días que yo no esté y no puedes acompañarme, ya que tú eres el sujeto del juicio, lo que supondrá un conflicto de intereses si intentas hablar con los miembros de este. Solo puedes hablar con el dios que te represente, y ambos sabemos que ese voy a ser yo. Así que debes quedarte aquí. —Su mandíbula se tensa de

una manera poco natural, su cara se constriñe y sus ojos gritan miedo por estar solo. Es la viva imagen de la ansiedad.

—Vale. —Es lo único que llega a decir. Se gira, se sacude la cara y sonríe. Ahí está de nuevo, su máscara de represión perfecta—. No te preocupes, me quedaré en casa, hablaré con el trabajo para que me dejen teletrabajar y adelantaré mi novela. Pero me llamarás varias veces al día, eso es obligatorio.

—No te preocupes, te llamaré cada hora si hace falta. No vas a quedar desprotegido. En primer lugar, reharé los hechizos de protección de la casa; y, en segundo lugar, toma. —Le doy una pequeña semilla y le explico—. Esta semilla debes tenerla cerca todo el tiempo. Si estás en peligro, mójala y saldrá un golem para protegerte. La energía del nacimiento es suficiente para que la note en cualquier parte del mundo, por lo que podré aparecer rápido. Esta liberación de energía no es tan fácil de manipular. Pero ten cuidado con que no se moje, si no estás en peligro; con tan solo una gota, la semilla brotará.

—¡Qué emocionante! Un golem solo para mí, ¿hará lo que yo le pida? —me pregunta con gran ilusión en los ojos.

—Te protegerá y ya está. Es un espíritu protector de la naturaleza. Se vincula a quien lo despierta, pero es un ser vivo con alma y con derecho a la vida. Están en estado de semilla porque son poderosos, y, para equilibrar la balanza entre estos seres y el resto, la naturaleza los hizo temporales y efímeros. Su vida, una vez germinan, es de 48 horas, y luego vuelven a ese estado durante cuatro lunas llenas. Así que cuídala, y el alma que hay dentro te cuidará a ti —le explico con detalle para que entienda el cuidado que hay que tener con la semilla y con el alma que porta.

—Entiendo. Cuidaré de él. Gracias por confiarme algo así —me agradece, sin dejar de admirar la semilla que sujeta con ambas manos.

—Vámonos a dormir. Hoy ha sido un día lleno de emociones y mañana partiré a primera hora a Edimburgo, necesitamos descansar —digo, agarrándole la mano y llevándolo hasta la cama. Lo tumbo en la cama, lo beso suavemente y nos queremos hasta que nos dormimos.

Me despierto a la mañana siguiente, me preparo y, cuando Lucas ya está en el salón a punto de teletrabajar, lo beso y le digo:

—Nos vemos en dos días. Te quiero.

—Te quiero —responde instintivamente.

Con un movimiento de mano, imbuida en una energía dorada con tonalidades naranjas como la del sol, abro la puerta de nuestra casa, revelando un portal que me llevará directamente a Edimburgo. Miro a Lucas una vez más y le sonrío. Él me devuelve la sonrisa y me guiña un ojo. Doy un paso y atravieso el portal.

CAPÍTULO 26:
PINTA MAL

LUCAS



Han pasado los dos días que habíamos acordado Noel y yo para que hablase con Cernunnos y Brigid. No aguanto más encerrado en casa. Voy a pedir que me deje ir al menos a trabajar hoy. En estos días no he hecho más que estar delante del ordenador: primero para trabajar, luego para escribir y, al final de cada día, para ver series. Me he vuelto a ver la serie animada de *X-Men* de los noventa y no puedo más; necesito salir y respirar un poco. Cojo el teléfono, busco el contacto de Noel y le doy a llamar. Al cabo de tres pitidos, me coge el teléfono.

—Hola, ¿cómo estás, sonrisa bonita? —pregunta con cierta tranquilidad.

—Me encantaría decirte que bien, pero necesito salir de casa ya y respirar un poco. ¿Hoy puedo ir a trabajar? Prometo tener cuidado de casa al trabajo y viceversa —suplico como si fuera un niño pequeño pidiendo ir al parque.

—Es peligroso, Lucas, pero hoy voy a volver a casa, así que no debería de haber ningún problema si vas directo al trabajo. Si vas a ir, ve en bus o por calles transitadas. Si vas rodeado de gente, nadie sobrenatural se atreverá a acercarse, así que muévete en grupos grandes. Así deberías de estar bien —aprueba Noel, cogiéndome por sorpresa, porque no contaba con que fuera tan fácil que me diera el visto bueno para salir.

—¡Genial! Me voy a preparar para ir a trabajar. Has dicho que hoy vienes a casa, estoy deseando verte. Te echo de menos. Voy a la ducha corriendo. Te quiero. —Cuelgo apresuradamente, porque tengo que apurarme si quiero llegar al trabajo. Quizás lo he hecho demasiado rápido, pero no pasa nada; cada poco tiempo me está llamando, así que seguro que hablamos en el descanso para el café.



Llego al trabajo a mi hora, me siento y organizo mi jornada laboral. Al rato, viene Izan a mi mesa, charlamos sobre la escritora que va a publicar su segundo libro con nosotros y aprovecha para confirmarme el lugar donde vamos a hacer la presentación.

Se interrumpe a sí mismo y, de forma totalmente repentina, me pregunta:

—¿Todo bien con Noel? Entre que teletrabajaste y que la semana pasada estabas con cara de preocupación constante, siento que algo no va del todo bien. ¿Necesitas hablar?

En mi cabeza grito: «Si la diosa de la muerte no es suficiente para tenerme asustado y preocupado, dime tú qué lo es». Sin embargo, dejo esa idea en mi cabeza. Sonrío con dulzura y tranquilidad y, poniendo el foco en la pregunta sobre Noel, le digo la verdad:

—Con Noel estoy muy bien. Aquel nefasto episodio ocurrió por problemas familiares que no podría haberme ni imaginado, y bastante ha tenido con eso. Tiene mucho que compensarme por haberse ido de esa manera, pero ahora mismo entiendo que tiene mucho que gestionar y yo quiero estar ahí para ayudarlo. Lo quiero mucho y sé, sin ápice de duda, que él a mí también.

—Me alegro mucho por ti y me alegro más por él. No puede dejar pasar a alguien como tú, sería estúpido si lo hiciera. Si necesitas en algún momento algo, sabes que tienes aquí a un amigo para decirte lo mucho que vales. Si te preocupa cualquier otra cosa, recuerda que hay muy pocas que se le resistan a Lucas Pardo. —No puedo evitar percibir entre sus palabras una mezcla de lástima e incredulidad. Izan me conoce bien, ni por asomo se ha creído la historia que le he contado. Así que seguro que piensa que soy el típico novio con dependencia emocional que volvería con su pareja una y otra vez, aceptando cualquier excusa que me dé. Si soy sincero, me viene bien que crea esto ahora mismo.

Me da unas pequeñas palmaditas en la espalda en señal de amistad para saber que está ahí siempre que lo necesite y se vuelve a su sitio. Me sorprende ver que saca de su mochila una taza de café que pone

«Esa historia es mía» y regresa a mi mesa con ella.

—Toma, un detalle para que tu día sea un poco mejor.

Con una gran sonrisa que casi me toca las orejas, me levanto y lo abrazo.

—Mi salvador, esto era lo que de verdad necesitaba: una taza nueva para el café. Te quiero lo que no está escrito, amigo.

Volvemos al trabajo, no sin antes llenar mi nueva taza con ese brebaje mágico que me infunde la energía necesaria para afrontar cada jornada laboral. Abro el correo electrónico, pero mientras redacto un mensaje, noto algo extraño en la taza. En el reflejo del café aparece el rostro de una mujer que me intimida al instante. Me sobresalto, remuevo el líquido con la cucharilla y la imagen se desvanece. Me levanto de la silla y salgo corriendo hacia el baño. Meto la cabeza bajo el grifo. El agua helada resbala por mi cara y siento cómo mi corazón empieza a calmarse poco a poco. Al secarme, veo en el reflejo del espejo, donde debería estar mi imagen, la de la misma señora del café. Me quedo embobado mirándola e intento tocarla, pero cuando acerco mi mano, ella grita:

—¡No lo hagas!

—¿Quién eres? ¿Y por qué me molestas en el trabajo? —le susurro con un tono de exasperación.

—¡Silencio! No estás en posición de hablar, mucho menos de pedir. Soy Morrigan, diosa de la muerte, y no he venido a complacerte, sino a anunciar lo inevitable. Hoy, a las seis, estarás en Avalon. No importa si quieres. No importa si no lo entiendes. Solo importa que obedezcas. Y créeme, Lucas, si estoy aquí de esta manera y no desatando la guerra… es por cortesía. Una que no durará mucho.

— Ah, Morrigan, claro… Cómo no iba a reconocer a la deidad que ha aparecido en el café de mi oficina. Todo muy discreto. Un honor, en serio. Pero vas a tener que disculparme, tengo un Excel que completar y una jefa que se cree un dios menor, así que… lo de Avalon lo dejamos para otro día, ¿sí? Además, no creo que a mi pareja le haga mucha gracia que me vaya con una mujer que sale de las tazas y amenaza con estilo.

—Déjate de estupideces. Ya bastante dolor de cabeza me da Lugh como para que su mascota se sienta en posición de tomarme el pelo. Hoy vas a venir conmigo, te guste o no. Si no… —Se abre la puerta y entra Izan en el baño, provocando que Morrigan desaparezca.

—¿Pasa algo? Es que te oía hablar solo y no sabía si estabas pidiendo papel. Ya sabemos cómo son en esta empresa con el papel higiénico, no sería la primera vez que tenemos que coger clínex —pregunta, pero solo puedo forzar una pequeña sonrisa.

—Nada, tranquilo, Izan. Estaba mandando un audio a Diana. —Intento salirme por la tangente. Me voy del baño y me siento de nuevo en mi escritorio. Se me hiela la sangre. Siento que todo a mi alrededor da vueltas. Me agarro al trozo de madera que llamo mesa y lucho por enfocar la vista. Allí, delante de mí, en la pantalla, leo: «A las 18:00 en tu casa. Ven solo».



Al acabar de trabajar, salgo corriendo para casa. No quiero que nadie me pare para invitarme a tomar algo o lo que sea que se les ocurra. Lo mejor es ir para casa y esperar a esta señora. Es arriesgado, pero allí tengo ventaja y quizás sea una oportunidad

para convencerla. Si no lo consigo, al menos tengo la semilla para hacerle daño. Mejor eso que llamar a Noel y que empiecen una pelea de la que ninguno de los dos va a salir bien parado. ¡Qué mala idea! Me voy a meter en un lío seguro. Aun así, correré el riesgo; total, no me matará. Si no, se volverá mortal, y eso para ella sería peor que la muerte.

Son las 18:04. Recorro mi corto pasillo, una y otra vez, mientras me muerdo el dedo índice. Mierda, de tanto roer, me he hecho una herida. Mi corazón está totalmente desbocado y no consigo relajarme de ninguna manera posible. No le quito el ojo de encima a la puerta, pero nada, ni un triste sonido que me indique que ya está aquí. Me da más miedo no saber cuándo aparecerá que el hecho de que vaya a venir a mi casa.

De pronto oigo un golpeteo en la ventana del salón. Ahí está, la persona que vi en mi café está volando tras mi ventana. No puedo moverme; verla me ha paralizado. Impone mucho más de lo que me imaginaba. Su mirada, sus ojos negros como una noche densa en la que no puedes ver nada, me empuja a salir corriendo y dejar todo esto de los dioses atrás, pero, aunque mi cabeza me grita que huya, mi corazón me obliga a quedarme. El cuello lo tengo totalmente rígido, creo que con un pequeño giro podría romperse. Cada uno de mis músculos se ha contraído. Creo que no me equivoco diciendo que esto ya no es mi «instinto arácnido», esto es instinto de supervivencia. Mi cuerpo está reconociendo todas las señales de peligro.

Reconozco que el vacío de su mirada es infinito y sus facciones largas y puntiagudas la hacen más amenazadora, pero lo que de verdad me asombra es su cuerpo de guerrera, puedo intuir lo curtida que debe estar en la batalla. No tengo nada que hacer contra ella. Debería haber avisado a Noel. Para sorpresa de nadie, seguro que gestiona esto mejor que yo.

—Ahora sí que puedo presentarme como es debido. Encantada, soy Morrigan en todo mi esplendor, la diosa de la guerra y la muerte. Es un placer poder ocuparme de ti, sabiendo que eso supondrá el bienestar de ambos mundos. Por cierto, ¿me vas a invitar a pasar o tengo que esperar a que salgas? No creo que seas capaz de volar,

así que es mejor que pase yo —insinúa, haciendo un gesto como si fuera a abrir la ventana ella misma, pero eso no debería de poder ser posible.

»¿Te sorprende mi presencia? Deberías saber que siempre observo desde las sombras, como el cuervo que soy. No hay rincón donde puedas ocultarte de mí. Hasta ahora, por la escasa estima que le tenía a Lugh, os di tiempo, más bien a él, para hacer lo que se debía hacer. ¡Qué decepción de dios del sol! Prometía tanto... Una lástima.

Me mantengo quieto, sin saber qué hacer o decir, y tras un par de minutos bloqueado, Morrigan dice con un tono amigable:

—Vengo a por ti, querido. Quiero llevarte conmigo a Avalon. Ya se te entregó la citación, así que vengo a hacerla efectiva. Acompáñame.

—No quiero —me niego con cierta inseguridad. Todavía paralizado por su presencia.

—Eres un egoísta. Lugh y el mundo morirán por ti y a ti te da igual —dice con calma y con un tono juicioso. Estas palabras se cuelan en mi cabeza y no puedo parar de oírlas, una y otra vez. No le falta razón en lo que dice—. ¿Crees que tus sentimientos importan más que el equilibrio de los mundos? He visto imperios caer por menos. No permitiré que tu capricho destruya lo que he mantenido durante milenios.

Morrigan posa su mano en el cristal y este refleja la visión donde la playa de mi ciudad comienza a cubrirse por una niebla oscura. Veo cómo hay mucha gente alrededor y una mujer grita:

—¡Culpable!

En la siguiente imagen, veo cómo Lugh se convierte en pequeñas moléculas de luz y desaparece por completo. Al ver esto, sale de mí un pequeño grito ahogado. Agacho la cabeza y no quiero aceptar lo que acabo de ver.

No sé si creerla.

¿Debería ir con ella y acabar ya con esto? ¿O hacerle caso a Noel y entender que esto tan solo es una posibilidad?

Noel dijo que el destino no es estático, o eso había podido comprobar en su vida. Por lo que, mientras luchemos contra esto,

podemos cambiar la visión de Morrigan o, al menos, que no ocurra como nos cuenta. Al fin y al cabo, cuando él tuvo esas pesadillas que le provocó Morrigan, me contó que las creó ella a partir de la interpretación de su profecía. Claro que, para ella, una diosa arrogante y egocéntrica, pueden ser un dogma, pero no tienen por qué ser fiables.

—Vale, Morrigan, voy contigo —digo abriendo la ventana y, cuando estoy a punto de salir, le lanzo un globo de agua a la cara.

La diosa se enfurece hasta tal punto que su cara se ruboriza de un rojo muy llamativo, pero justo cuando se acerca lo suficiente a mí, alarga su mano, rozándola con la mía, y la ventana la repele con una llama de fuego.

Algo en su cara empieza a crecer. Son raíces. Poco a poco, las raíces comienzan a cubrir a la diosa de la muerte, hasta que queda una especie de crisálida enorme volando en el cielo.

—Ingenioso, pero inútil. ¿Crees que un simple hechizo puede detenerme? He sobrevivido a traiciones y guerras, esto no es más que una molestia pasajera.

En cuestión de un minuto, de la crisálida sale una especie de caballo con Morrigan montada encima. Puedo ver cómo la diosa está retenida por la crin de este que me mira, hace una reverencia y se va en dirección al agua. Corro al sofá, cojo el teléfono y llamo corriendo a Noel. Antes de que pueda cogerlo, aparece detrás de mí, saliendo del reflejo de la ventana.

—Noel, acabo de usar la semilla y salió un caballo que se llevó a Morrigan —le digo, abrazándolo con fuerza. No consigo dejar de temblar.

—Era un Kelpie, un ser mitológico que acababa con la vida de sus víctimas ahogándolas en el mar. Bastante tenebroso para mi gusto. Pero ya estás bien, vámonos de aquí que Morrigan no tardará en deshacerse de ese problema —pronuncia cada palabra con calma para intentar relajarme, pero no creo que me pase el susto durante un par de días o años.

Noel, con un pequeño golpe al aire con su mano izquierda, abre un portal. Extiende su otra mano y me hace un pequeño gesto para que la agarre. Se la doy y saltamos dentro del portal.

Al cruzar el umbral, veo una habitación hecha con enormes ladrillos; parece una estancia antigua.

—Ha sido muy fácil —se ríe, mientras cambia su apariencia en cuestión de un segundo, lo envuelve totalmente una luz negra. Al disiparse, veo que justo enfrente ya no se halla Noel, sino Morrigan.

—No eres tan listo como crees. En la crisálida había un gólem, pero lo modifiqué con un pequeño hechizo de metamorfosis. Este tipo de hechizos son muy prácticos: puedo cambiar la forma y la naturaleza de un ser a punto de nacer. Al pequeño Lugh le encantan los gólems, pero yo prefiero a los kelpies. Se podría decir que son más eficaces. —A medida que habla, abre otro portal del que sale ese ser que se asemeja a un caballo.

»Te preguntarás cómo pude entrar en tu casa. Fue fácil. Me vino muy bien que abrieras la ventana porque pude coger tus huellas. Todo antes de que las llamas me atacaran. Con tus huellas pude confundir el hechizo, adopté la apariencia de Lugh para engañarte —se ríe victoriosa, mientras yo solo puedo agachar la cabeza. Y entiendo que ya había perdido antes de empezar. —Gracias, Lucas, sin tu temeridad y estupidez no hubiera podido atraparte tan rápido. Esta será tu habitación hasta el juicio. Si tienes hambre, pídeselo a las hadas, son muy hospitalarias —suelta una pequeña carcajada, y justo antes de girarse para marcharse, añade con voz firme y helada—: No es la primera vez que un mortal se enfrenta a mí y pierde. Te vendrá bien conocer lo qué le pasó a Cúchulainn. Era un mortal, como tú, estúpido y temerario. También pensó que podía desafiarme, y su destino fue sellado por su arrogancia. Te recomendaría que aprendieras de su error.

Hace una pausa. Dentro de mí algo arde con gran fuerza, es rabia.

La muy… está disfrutando con esto y se va a recrear contándome esta historia.

—¿Sabes lo que hizo? Me rechazó —dice con un asombro muy impostado que ni ella misma se cree—. Yo, la diosa de la guerra, le ofrecí mi ayuda en combate, mi bendición. Pero él prefirió su orgullo de héroe. Me humilló. Se burló de mí.

No dice ni una palabra más alta que otra. No necesita gritar. Sin embargo, solo puedo recrearme imaginando lo que tuvo que

significar algo así para alguien tan narcisista como ella.

—Así que lo derribé. No de una vez… no. Fui paciente. Lo fui debilitando. Lo herí como cuervo, como loba, como serpiente. Cuerpo, mente y alma. Lo dejé caer en manos de su destino. Un destino que selló cuando rechazó la bendición de los dioses.

Se inclina hacia mí, tan cerca que un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Helándome completamente. No se trata de un gesto brusco, sino de algo calculado, con un objetivo: intimidarme. Simplemente para mostrar quién es la que tiene el poder.

—¿Y sabes lo más hermoso de todo? —susurra—. Murió de pie. Atado a una roca. Porque incluso muerto, su cuerpo no quería caer. Pero yo estuve allí, revoloteando sobre él, saboreando su derrota. Porque nadie rechaza a Morrigan sin pagar el precio.

Su mirada se clava en la mía. En sus ojos, negros como la noche más cerrada, no percibo orgullo, solo control y una amenaza muy clara: lo que le hizo a Cúchulainn puede repetirse conmigo.

—Ahora, si me permites, me voy —se despide con un suave gesto y sale por la única puerta que hay en la habitación.

Y, allí en esa estancia desconocida, totalmente solo. Me digo a mí mismo:

—Eres un estúpido. Creíste que podías ser más listo que el resto y escapar, pero ¿a dónde te ha llevado? Al cautiverio que tanto evitabas. Imbécil. —Aprieto los puños con tanta fuerza que un líquido viscoso y rojo comienza a salir de ellos, solo así consigo contener las lágrimas de frustración que golpean con fuerza mis ojos.

CAPÍTULO 27:
LA REINA DE AVALON, MORGANA

NOEL



Abro la puerta de casa, entro y veo que la ventana está abierta. No percibo a Lucas cerca. Examino todos los rincones por si acaso, pero no está. Con un pequeño movimiento de mano, veo zonas iluminadas con una pequeña luz tenue que marcan el rastro que deja la magia. Si hubiera habido un enfrentamiento mágico en casa, tendría que haberlo percibido, y más si Lucas usó la semilla. Me masajeo la sien con cuidado para pensar con claridad, pero no llego a ninguna conclusión. Alzo las dos manos al aire, envuelvo todo el lugar con una niebla espesa y me concentro en ella. Comienzan a dibujarse imágenes etéreas, pero nítidas, de lo que ha ocurrido allí, mostrando una recreación perfecta de lo sucedido. En las imágenes veo cómo Morrigan se lleva a Lucas por el portal con mi apariencia.

—¡Embustera! —grito enfadado.

No puedo hacer otra cosa que apretar los dientes y maldecir a la diosa de la muerte. Me acerco a la puerta de casa y con mi mano

derecha iluminada sigo la estructura del marco para hacer un perfecto rectángulo y abrir el picaporte.

Entro por el portal, pero algo no va bien. En lugar de llegar a la localización a la que llevó Morrigan a Lucas, acabo en la plaza principal de un reino que conozco bastante bien: Avalon.

—¡No puede ser! Debe haber un hechizo de bloqueo que me aleja de donde está Lucas. —Intento abrir de nuevo un portal a la estancia donde llevó Morrigan a Lucas, pero sin suerte.

Miro de un lado a otro. Veo casas con aspecto medieval, de colores tierra y azules, con acabados de un material similar al oro. Todo tiene un paisaje de cuento, lleno de vegetación exuberante. En mitad de la plaza hay una fuente con una estatua de dos hadas volando que intentan tocarse, pero no pueden. Me acerco y paso la mano por la superficie del agua para reflejar en ella una visión a tiempo real de Lucas. Conozco perfectamente la estancia en la que está: es el castillo de Morgana, la reina de las hadas y Avalon. Los toques turquesa de las paredes y el cuadro que se ve al fondo de un mago meditando en un árbol fueron pintados por la mismísima reina.

Tengo que hablar con ella, pero algo en mí teme su reacción, mi vieja amiga y amante. Sé que, por mucho que le pida ayuda y ella quiera dármela, no le queda otra que cumplir con los designios del Consejo. Y cómo olvidar que hace un par de siglos que no nos vemos, la última vez fue cuando rompimos.

Mientras estoy sentado en la fuente, no puedo dejar de mirar al cielo. Ya había olvidado lo hermoso que es todo desde aquí. Hace siglos que el Consejo determinó a Avalon como la cuna del mundo mágico, donde la magia es más poderosa y todo ser mágico puede pedir asilo del mundo humano.

Morgana es su reina, un ser feérico casi todopoderoso. Podría ser considerada una diosa, pero nunca aceptó repudiar a su mitad humana, por lo que ni ella aceptaría convertirse en diosa, ni los dioses aceptarían que una humana ascendiera a la divinidad. Su vida es mortal, pero mucho más larga que la del resto de seres humanos por su mitad hada. Tiene más de un milenio y todavía es joven. Pero

si no desecha su parte humana, jamás alcanzará el estatus de diosa en el Orden.

Muchos de los nuestros tuvieron que eliminar, o más bien desprenderse, de su humanidad para alcanzar la divinidad; a otros les fue dado por herencia, y yo soy un caso especial. Con la experiencia y sabiduría que tengo ahora, creo que entiendo por qué Morgana no quiere liberarse de su humanidad. Y hace bien. Si quizás se me hubiera dado esa posibilidad a mí… ¿A quién quiero engañar? Ni me la hubiera planteado.

Le debo una disculpa no solo por la ruptura, también por las veces que la intenté convencer de que aceptase la divinidad. Siempre puse el foco en eso y no en que era y es una reina sabia, recta, amable y protectora con los seres mágicos y humanos. Prefiere que ambos mundos sigan separados, lo cual podría hacer que, en este juicio, se decante por la idea de Morrigan.

—Un placer verte, amigo mío —dice una voz detrás de mí que me devuelve a la realidad. Sonrío y, sin poder evitarlo, como si fuera un acto reflejo, abrazo con gran entusiasmo a la persona que tengo justo delante de mí. Llevo un buen rato pensando en ella y, como si la hubiera invocado, está aquí.

—Te he echado de menos durante estos dos siglos. Estás espectacular, Morgana. Y tienes a Avalon muy bien cuidado, sabía que serías la reina perfecta para este lugar —la adulo de forma natural y sincera, no digo ninguna mentira. Sigue siendo una mujer hermosa y Avalon no había estado tan espectacular ni cuando tan solo era tierra de dioses.

—Gracias, Lugh. Fuiste una pieza importante para lograr reinar. Por eso, siempre te estaré agradecida porque, siendo sincera, sé que me hubiera llevado más tiempo, pero lo hubiera logrado igual. Tú solo facilitaste las cosas, pero mi reinado era inevitable —se ríe con descaro, pero sus palabras no pueden ser más acertadas. Nunca he visto a alguien con tanta determinación como ella. Nada se le resiste.

—¡Totalmente inevitable! Déjame que añada que eras justo lo que necesitaba este lugar. Tu sueño hecho realidad y sobrepasando las expectativas de cualquier ser del mundo mágico —reafirmo su idea.

Me quedo callado por un momento, pero continúo con una pequeña inseguridad en la voz—. Sé que sabes por qué estoy aquí.

—Lugh, te he echado de menos. Cuando lo dejamos, sabía que necesitaba alejarme de ti y tú lo hiciste por mí. Al final, no en todos los siglos te deja un dios porque se siente perdido, sin un objetivo o una profecía que lo guíe. Sé que encontraste lo que buscabas; más bien, encontraste la manera más adecuada de vivir y, en ese proceso, también conociste el amor. Me alegro mucho por ti y por él —dice Morgana, como siempre, siendo un ejemplo de todo lo bueno que hay en el mundo, no solo por su comprensión, sino también por regalarme su perdón.

—La verdad, no sé si lo he encontrado, pero estoy mejor. Sé lo que quiero y a quién quiero. Estar en el mundo humano me ha hecho vivir unas cuantas vidas pseudo-mortales y me ha permitido entender que no tenemos que hacer grandes hazañas o dejar un gran legado, sino vivir como queramos y, al final, irnos de este mundo satisfechos con lo hecho. Sin embargo, me niego a pensar que este final está cerca. Quiero vivir más y quiero que Lucas viva su vida de forma plena y larga —digo, volviéndome a sentar al borde de la fuente e indicando a Morgana que me acompañe.

—Veo que tu corazón late por ese humano. Me alegro de que lo hayas abierto y hayas puesto en su sitio tus pensamientos. Es una lástima que haya ocurrido cuando el Consejo quiere ejecutar a tu amado y tu vida corre peligro. Debo advertirte, Lugh, que, entre tu vida y su vida, ninguno de nosotros tiene dudas: tú vas primero. Entre el equilibrio natural y vosotros, tampoco tenemos ningún tipo de duda. Deseo de verdad que tengáis una buena defensa y sepáis demostrar que el mundo no cambiará si el humano… perdón, si Lucas vive — aclara, por si tuviera algún tipo de duda al respecto. Por mucho tiempo que pase, la conozco perfectamente. Sé lo fuerte y buena que es, pero su moral siempre va primero, por eso es perfecta para reinar aquí.

—Estoy seguro de que no es una condena para el mundo. Morrigan se equivoca. Si no, ¿por qué es la única en profetizar eso? Nadie más lo ha visto o percibido, y sabemos cómo es Morrigan con la unión entre humanos y dioses. Ella siempre ha considerado a los

humanos una subespecie, como si fueran virus en el mundo —al mencionar a Morrigan, el rostro de Morgana refleja la desaprobación y el rechazo que siente por la diosa de la muerte.

—No me lo recuerdes. Me ha repudiado siempre. Cuando estábamos juntos, se encargó de hacerme entender que nunca sería suficiente para ti, y cuando me convertí en reina, remarcó su desacuerdo de que reinase alguien tan poco cualificada. Dijo que llevaría a Avalon a la destrucción, un millar de veces, y Avalon nunca ha estado mejor. Es una utopía donde la cohabitación de seres mágicos es posible. Sin embargo, consiga lo que consiga, para ella siempre seré una simple mestiza, una aberración de la naturaleza. —Morgana mira todo lo que hay a su alrededor y sonríe orgullosa. Ha hecho una labor encomiable con este reino, y gracias a ella miles de seres tienen dónde vivir y ser ellos mismos.

—De verdad espero que sepáis lo que os aguarda. Ya sabes que no podré ayudaros en el Consejo; no tengo voto, solo voz. Pero sí que os ayudaré al estar aquí. La habitación de Lucas no es una celda, no puede abandonar Avalon, pero sí puede recibir visitas y será tratado como mi invitado de honor. Dispondréis de zonas y lugares para que podáis preparar su defensa, sin interrupciones ni espías. Además, iré ahora a conocerlo. No quiero que sienta que Avalon es un lugar hostil, ni que todas somos como esa arpía de Morrigan. —Saber que Morgana va a ir a ver a Lucas, me tranquiliza un poco, porque sé que ella lo cuidará y seguramente servirá para calmarlo.

–Muchas gracias, Morgana. Siempre me has sacado las castañas del fuego. Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí. Eres una gran amiga; te quiero —digo, mirando esos hermosos ojos rubí tan característicos.

Morgana sonríe, se inclina, acercando su cara a la mía, y me besa suavemente en la mejilla. Se levanta, me acaricia suavemente el pelo y asiente a mis palabras antes de irse en dirección a su castillo.

CAPÍTULO 28:
HISTORIA ANTIGUA

LUCAS



No solo soy prisionero en una habitación sacada del medievo, sino que no soy capaz de salir de mi cabeza. Es como si la culpa y la ansiedad me estuvieran reteniendo y bloqueando cualquier intento de pensar en algo más.

De pronto, la puerta se abre y una entrada inesperada me arranca de golpe del ensimismamiento. Es una chica joven, más o menos de mi edad. Lleva un vestido rojo escarlata que parece incómodo al andar, pero a ella no parece afectarle; sus pasos son seguros, gráciles. Camina como si el suelo no fuera un obstáculo. Su cabello se mueve con decisión a cada paso, en ondas firmes, como si supiera exactamente dónde y cómo caer. Diría, sin miedo a equivocarme, que su color es caoba auténtico, y sus tirabuzones dibujan espirales casi perfectas. Sus facciones son suaves, redondas, con una nariz pequeña y labios finos.

Debe rozar el metro setenta. Se detiene justo frente a mí y, sin decir nada, extiende la mano.

—Hola, soy Morgana, semihada y reina de Avalon, el reino en el que te hallas ahora mismo —dice con una sonrisa amable.

—¿El mismo Avalon de las leyendas del Rey Arturo? —pregunto con curiosidad. Algo en ella me resulta agradable e imponente. Con un pequeño movimiento de cabeza, veo que la pregunta le desagrada.

—Sí, ese Avalon. Sin embargo, creo que la leyenda no debería ser solo la del Rey Arturo. Los humanos siempre contáis las historias como queréis. Siendo honesta, Arturo no fue rey. Si hubiera vivido más tiempo, podría haberlo sido, pero no forjó él solo su leyenda —responde con melancolía en los ojos. Carraspea un poco y se sienta en un sillón de terciopelo que hay delante del ventanal. Me mira directamente a los ojos y me pregunta—: Sé que no me conoces y no venía aquí a esto, pero ¿te gustaría saber un poco más acerca de Avalon y esa leyenda del Rey Arturo que mencionas?

Asiento con suavidad y ella sonríe. Siento cómo su cara se relaja e incluso se emociona por poder hablar de ello. Comienza a relatar:

Hace más de un milenio nació la leyenda de Avalon. Este reino llevaba eones cuidado y protegido por los dioses. Era un lugar solo para seres divinos que estaban por encima del bien y del mal. A estos grandes seres se les encargó el cuidado y amparo del equilibrio entre ambos mundos. El tener poder le supuso a cada uno de ellos el compromiso o condena del cuidado de cada uno de los seres vivos y del propio Orden. La naturaleza es sabia: si seres así existían, debían estar limitados de alguna forma, y la más idónea para ello fue instaurarles el deber de salvaguardar el equilibrio. Así, ni el mundo mágico ni el mundo humano podrían ser objeto de conquista o destrucción por algún dios. Sin embargo, todos sabemos que para cada regla hay excepciones.

Los dioses levantaron Avalon, pero estos mismos lo perdieron. A medida que se mataban unos a otros, nuevos dioses se erguían. Seres mágicos, mestizos o descendientes de dioses fueron creciendo, entrenando y cumpliendo con sus misiones; haciendo méritos para proclamarse dioses. Algunos eran elegidos por el propio Orden, otros se profetizaban antes de nacer, y otros se hacían a sí

mismos. Cuando un dios caía, otro se levantaba. Avalon perduraba, pero poco a poco este lugar dejó de ser un lugar para dioses y se convirtió en la ciudadela más grande del mundo mágico, pensada para que cada ser pudiera venir aquí, asentarse y vivir su vida alejado de los peligros del mundo humano y protegido de las criaturas mágicas que buscaban una dominancia y creían en la ley del más fuerte.

Este cambio no fue de la noche a la mañana. Ocurrió cuando un poderoso druida, un carismático caballero y una semihada muy ingeniosa se levantaron contra la tiranía del Consejo de dioses. Estos tres héroes vivieron grandes aventuras, recorriendo pueblos por distintos países, surcando mares, escalando montañas y luchando contra cientos de criaturas malignas. Todo para encontrar la tierra prometida: Avalon. Tras finalizar su travesía y llegar a este reino, se encontraron con que dicho lugar estaba destinado tan solo para seres divinos; quien no fuera uno de ellos solo podía estar de paso. Por lo que, cuando los dioses los recibieron, nuestros tres héroes proclamaron la necesidad de protección de los seres mágicos y determinaron que Avalon era el único lugar que podría cumplir con dicha necesidad. Esta premisa no hizo más que causar sorpresa e indignación a las deidades. No entendían cómo podían estar pidiendo que cedieran de una forma tan altruista sus tierras. Sin embargo, una pequeña parte de los dioses, entre ellos Lugh, entendieron lo que debían hacer y consiguieron convencer a los demás dioses de que dieran una oportunidad a los tres recién llegados. Esa oportunidad no era gratuita; pues deberían exiliar a la mayoría de los seres malignos a otro plano de la realidad.

Así comenzó la prueba del Inframundo. Durante varias décadas, los tres héroes, ayudados por varios de los dioses que votaron a favor de su propuesta, recorrieron gran parte del mundo, exiliando a cada ser mágico que hiciera el mal a otro plano de la realidad, un submundo cerrado por dos puertas que mantiene separados a los mayores destructores y asesinos del mundo humano y mágico.

Una vez lograron cumplir su misión, volvieron a Avalon, y a los dioses no les quedó otra que ceder su reino al deseo de los tres héroes, aunque en ese momento solo quedasen dos: el druida, con

una pena y una oscuridad que le consumía el corazón, lo cual le hacía el trabajo de gobernar una tarea imposible; y un hada medio humana, que seguía creyendo en el sueño de sus dos amigos y que se sentía en el deber de proteger a cada ser mágico que no tuviese un lugar al que considerar hogar.

Y ese fue el momento en el que me regí como reina. Un momento triste porque acababa de perder a mi hermano Arturo, el que siempre me quiso y cuidó aun cuando mi padre renegó de mí por mi naturaleza. Posteriormente, perdí la guía de mi maestro, Merlín, al cual tuve que cuidar en sus últimos años y ver cómo se deterioraban su cabeza y su espíritu, hasta no reconocer a aquel hombre que tanto me había enseñado.

Mi corazón cargaba con la culpa de haber visto cómo mi hermano se sacrificaba para cerrar las Puertas del Inframundo, y cómo no estuve a la altura cuando mi maestro tuvo que lanzar el hechizo para sellarlas definitivamente, absorbiendo él los últimos resquicios de oscuridad que quedaron tras el conjuro. Por suerte, conté con la compañía del dios del sol, que fue mi ancla para gobernar y sobreponerme a todos esos sentimientos que me desbordaban. Siempre le agradeceré que no me dejara sola en la ardua tarea de abrir las fronteras de Avalon y reinar, al menos, durante los primeros tiempos del reinado.

Morgana acaba de relatar cómo Avalon se convirtió en lo que es hoy en día y ha contado lo que parece el episodio más oscuro de su vida. He sentido cómo en varios momentos de la historia se emocionaba, pero rápidamente endurecía su semblante. Está acostumbrada a tener que esconder sus debilidades, pero es como si pudiera leerla con facilidad, lo que parece mutuo.

—Lucas, sé que es difícil la situación en la que estás, pero quiero que sepas que no quiero la muerte de nadie, y mucho menos la de alguien tan querido por Lugh. No te conozco, pero, por favor, si necesitas algo, pídemelo —dice levantándose del sillón y dirigiéndose a la puerta.

—Morgana, espera. Me gustaría que te quedases un poco más; aún no he podido decir nada sobre lo que me acabas de contar —le

pido casi suplicando. Seguramente sea la persona más agradable de este castillo y teniendo en cuenta que estoy en un lugar desconocido, necesito compañía. Sin olvidar que no quiero estar solo en un sitio donde Morrigan pueda estar cerca.



Pasamos la tarde hablando. Le cuento toda mi vida, que no se acerca ni de lejos a lo interesante que es la suya. Ella me habla de su papel como reina y de lo duro que fue descubrir su lado feérico cuando apenas era una niña, obligada a huir de casa sin entender qué le ocurría. Me confiesa que Arturo nunca la dejó sola. Me habla también de cómo conocieron a Merlín, y cómo él decidió formarla en la hechicería. Cuando habla de él, se emociona; algo en sus palabras me hace sentir que entre ellos existe una especie de relación paternofilial.

—Merlín fue el druida más poderoso que hubo en la faz de la Tierra, capaz de rivalizar con los dioses. Era un mortal mucho más longevo que el resto, vivió más de un milenio, pero no pudo alargar más su vida. En sus últimos momentos, se retiró a un precioso bosque y allí yace su esencia; a veces veo el reflejo de ese lugar cuando necesito consejo o guía. Fue una de las mejores personas que ambos mundos, y yo, tuvimos la suerte de conocer —confiesa, haciéndose una coleta que le acomoda su precioso pelo por encima de sus hombros.

—Morgana, gracias por este tiempo que hemos compartido. Me has hecho sentir seguro en este lugar. Desde la primera palabra que dijiste al entrar, sentí una pequeña conexión contigo y no me he equivocado. No eres para nada como la persona que describen las leyendas —acabo de pronunciar la última palabra y veo cómo Morgana se tensa un poco. Me acerco con cuidado para tocar su hombro y, en un gesto de complicidad, me agarra la mano.

—En vuestro mundo, una mujer poderosa da miedo, aunque sí que hice alguna que otra cosa reprobable, pero siempre para mantener la paz y la armonía entre el mundo humano y mágico. De

hecho, me da lástima que tengas que ser juzgado. Espero que salgas indultado. De verdad, Lucas, tienes muy buen corazón, eso puede percibirse con tan solo mirarte. Ojalá estés a salvo y puedas ver a Lugh pronto. Aunque en eso puedo ayudar, pero no será hoy. Es tarde, si necesitas algo, las hadas te lo darán. Descansa.

Morgana me besa la frente y, con una extraña melancolía en sus ojos, se va por la puerta. No me da tiempo a poder decir nada, tan solo sonrío mostrando gratitud por el tiempo y las conversaciones compartidas, y por algo mucho más importante: el hecho de saber que no todo el mundo en este reino me quiere muerto.

Me acerco al ventanal que hay en esta especie de alcoba medieval en la que me encuentro y me quedo mirando las estrellas. Estoy agradecido, pero también enfadado. No creo que tenga que pasar por esto; será egoísta, pero no he hecho nada malo, tan solo amar. La propia reina lo ha entendido. ¿Por qué tengo que ser juzgado? No quiero morir, ni que me separen de Noel. ¿Por qué todo tiene que ser así? De repente, un fogonazo veloz surca el cielo y llama mi atención. Me doy cuenta de que ha sido una estrella fugaz y solo puedo desear que todo esto acabe bien.

CAPÍTULO 29: ENCUENTROS EN LA TERCERA FASE

LUCAS



Cierro los ojos y, al abrirlos, estoy en la orilla de una playa que no reconozco. Aquí todo está oscuro. El mar tiene una especie de color negro que parece que, si lo miras durante mucho rato, te puede engullir. La inmensidad de la oscuridad que envuelve el cielo me hace sentir claustrofobia. No sé si hay millones de kilómetros entre este y yo, o tan solo un par de centímetros. Agarro un puñado de arena, cuyo color es una mezcla de granos grises, morados y negros que me generan un pequeño rechazo, y la suelto de golpe. Este lugar no puede ser real; nunca he visto una noche tan cerrada ni un sitio tan aterrador. Es casi como si fuera una pesadilla.

—¡Eso es! ¡Es una pesadilla! —me digo a mí mismo, dándome un pequeño pellizco en la cara que siento perfectamente, lo cual no debería ocurrir. Giro alrededor de mí, buscando algo que me permita entender más dónde estoy, o si puedo irme por un camino que al menos me aleje del mar.

—No tengas miedo. Sé que no es el mejor lugar del mundo, pero necesitaba hablar contigo. —Me tenso completamente al oír esas palabras que provienen justo de detrás de mí. Doy un gran paso hacia adelante para coger distancia de la voz y me giro.

Ahí está, esa melena pelirroja. Todavía no he podido olvidarme de esa chica. Me dejó completamente intrigado: ¿cómo podía saber mi nombre y por qué me invitaría a un café? Y, para mi desgracia, era la opción más obvia: debe de ser un ser mágico. Por eso sabía quién era, y al tocarla me dio esa sensación tan gélida.

—No me andaré con rodeos, ¿quién eres? —pregunto sin un ápice de duda. Creo que, después de haber estado ante la bruja Carman y ante la diosa de la muerte, esta chica no me intimida tanto. De hecho, se la ve tan dulce que parece inofensiva. Si no fuera porque estoy en esta especie de playa maldita, no tendría miedo.

Sonríe tímida y se coloca el mechón que le cae delante de la cara.

Me mira fijamente y, sin ningún tipo de rodeo, dice:

—Hueles a muerte.

—Ya, dime algo que no sepa —le digo extrañado y confuso. Creo que, con todo lo que llevo pasando estos días, que la muerte esté cerca no es ninguna sorpresa. No será por todas las veces que lo ha dicho Morrigan. Y continúo diciendo con gran ironía—: Creo que deberías hablar con una señora muy agradable, no sé si la conoces, se llama Morrigan. Os vais a llevar bien, porque ella también dice que huelo así.

—Lo siento si te ha molestado que te lo haya dicho sin tacto, pero es que es lo único que percibo en ti. Y sí, sé quién es Morrigan. Ya he tenido que tratar con ella, y no se lo deseo a nadie. Sus aires de superioridad son insoportables. No es la única que profetiza o percibe la muerte; hay más seres mágicos vinculados a la herramienta más pura del Orden.

Ante lo que acaba de decir solo puedo poner una mueca de sorpresa.

—¿Hay más seres mágicos que perciban la muerte? ¿Alguno puede alterar los designios divinos? En serio, ¿lo único que percibes de mí es eso? —pregunto, curioso y temeroso de sus respuestas. No sé si

me preocupa más que solo emane muerte o que nadie pueda cambiar mi destino.

—Lo siento, Lucas, pero nadie tiene la capacidad de intervenir ante la muerte. Te sigue. No puedo decir si es la tuya o la de quienes te rodean, pero te ronda con gran fuerza. El Orden la usa como un medio para el equilibrio, y toda muerte es un punto fijo, inmutable e irreversible. No conozco ningún caso que haya escapado a ella, incluso la inmortalidad no es eterna —se disculpa y explica, pero yo ya he entrado en trance, pensando que todo lo que estamos haciendo Noel y yo nos va a llevar al mismo resultado que queremos evitar: a la muerte de alguno de los dos. En el mejor de los casos, la mía; y en el peor, la suya; y, por tanto, el declive del mundo. Siento cómo el corazón se me acelera y me entran unas náuseas irrefrenables. No consigo coger aire y noto cómo mi visión se empieza a nublar.

—Lucas, siéntate. Inspira y espira. Te está dando un ataque de ansiedad. —Me ayuda a sentarme en la arena, me tumba con las piernas en alto y me da instrucciones para controlar la respiración.

Al cabo de un rato, sigo muy agitado, pero soy capaz de respirar sin que alguien me recuerde cómo hacerlo.

—¡Muchas gracias! No pensé que me fuera a dar un ataque de ansiedad con uno de los seres mágicos que vienen a por mí para destruirme o torturarme —le digo incorporándome.

—Lucas, no he venido a eso. Quería conocerte y hablar contigo. Morrigan ha tenido una profecía sobre ti y quería saber si era cierta. Cuando nos vimos en la cafetería, quería confirmar lo que se rumoreaba. Por eso busqué el contacto físico contigo, para poder percibirte. Y sí, pude confirmar que emanas muerte, pero no tengo claro de qué manera. Si fueras a ser el detonante del fin del mundo, no solo rezumarías muerte, también habría destrucción, desesperación o, posiblemente, nada. Y no es el caso, por lo que no estoy muy de acuerdo con la profecía de Morrigan. Sé que son infalibles, pero tiene que haber una mala interpretación o algo, porque no puedes ser tú el ejecutor. La teoría que coge más fuerza para mí es que tú eres el detonante, pero no el ejecutor —suelta con tranquilidad y calma, como si no estuviera elucubrando acerca de mi

muerte y un posible fin del mundo. Pero tiene razón, hay algo que no encaja en todo esto, y ninguno de nosotros sabe qué es.

—Quizás tengas razón. ¿Por qué no hablas con Morrigan? A lo mejor, entre las dos, podéis predecir mejor todo esto y salvarnos a todos —le propongo sin mucha esperanza. Sé que si estamos en este lugar es porque quería hablar conmigo, no se plantea tratar con nadie más.

—Repito: lo siento. No se me permite participar en asuntos de los dioses, y menos en el reino en el que estás. De mi especie, solo quedo yo y podría ser desterrada si les llevo la contraria a los dioses. Quería hablar contigo para que supieras lo que percibí ese día en la cafetería y que eso te pueda servir de algo con el Consejo, pero hasta aquí llega mi participación en todo este asunto. No tengo gran información, pero creo que ahora necesitabas una esperanza a la que agarrarte. —Esboza una pequeña media sonrisa que, aunque intenta fingir optimismo, me deja entrever la verdad: cree que no hay posibilidad para mí.

—Gracias, ahora sé que yo no mataré a nadie y, por tanto, no destruiré el mundo. No es muy esperanzador pensar en que voy a morir y, si no soy yo, seguramente sea alguien que quiero. Pero que creas en la posibilidad de que Morrigan está equivocada en su visión me hace sentir mejor. —Decido seguirle el juego del optimismo; al final, me ha dado una pequeña oportunidad.

—Te dejaré ir, imagino que no estás muy cómodo en este lugar —dice con una muestra de pena, sabiendo que me tiene que devolver al castillo.

—Espera. Soy un maleducado, ¿cómo te llamas? Y has dicho que solo quedas tú de tu especie, ¿qué eres? —pregunto con gran curiosidad, sintiéndome mal por no haber tenido el decoro de preguntarle el nombre antes. Justo cuando va a empezar a hablar, la interrumpo—.¿Dónde estamos?

Su cara se estira en una gran sonrisa, y dice:

—Estamos en un mundo onírico. Para que me entiendas, es un sueño. Me llamo Cristal y soy una Banshee.

En el mismo momento en que pronuncia la última palabra, brota de su boca un gran grito que me nubla la vista. Agitado, me incorporo violentamente y abro los ojos de nuevo. Miro a mi alrededor y veo las mismas paredes de bloques de la habitación en la que me encerró Morrigan. Me llevo la mano a la cabeza y noto cómo de mi frente brotan gotas de sudor.

«Cristal, me has dado la pesadilla más real de mi vida», pienso.

CAPÍTULO 30:
QUIZÁS ES HORA DE QUE ACEPTEMOS LA PROFECÍA

LUCAS



—Buenos días, ¿cómo está mi prisionero favorito? —pregunta Morgana con una sonrisa burlona.

No me había imaginado, con su actitud de reina y su seguridad apabullante, que fuera una persona bromista y cercana. Sé que con la charla que tuvimos nos hemos acercado más, pero este nivel de confianza es justo lo que necesito en este momento. Siento lo mismo que cuando conocí a Noel o Brigid: me siento seguro.

—Buenos días a ti también, malvada reina. ¿Cuál será la tortura de hoy? ¿Me atará a un carro de caballos por cada una de mis extremidades y les pedirá que tiren hasta desmembrarme? ¿O, quizás, hará que la diosa de la muerte recite uno de sus discursos soporíferos sobre por qué humanos y dioses deben guardar distancias? No, mejor, me atará a un poste en medio de la ciudadela y me expondrá como el terrible villano que soy —continúo con la broma que empezó, con burla y sarcasmo. Consigo despertar

una preciosa risa en Morgana, que resuena de forma divertida por toda la estancia, y no puedo evitar unirme a ella.

Me levanto de la cama con rapidez, pero, al apoyar los dos pies en el suelo, me mareo y me desplomo de nuevo en ella. Me recompongo rápidamente y veo la expresión de preocupación en el rostro de la reina.

—Morgana, si una banshee se cuela en tu sueño o te manda a uno, ¿puede haber efectos secundarios?

—¿Me estás diciendo que has hablado con una banshee en el mundo onírico? Lucas, los humanos no tenéis energía suficiente para soportar algo así. Podría habértela agotado, dejándote en un estado de coma durante los próximos siete días, como una especie de hibernación para recuperarte del todo —responde, acercándose a mí con las manos iluminadas por un hermoso color escarlata. Toca mi frente y me noto mejor; sigo cansado, pero el mareo ha desaparecido.

—Pues si ya te ha asustado esto, mejor no te digo lo que me contó —susurro con cierto escepticismo. La reina me transmite confianza y seguridad, pero sé que, si le cuento todo, podría decantarse por el bando de Morrigan, y eso sería terrible.

La cara de Morgana cambia completamente, y su semblante refleja una gran seriedad. Está claro que hablar con una banshee es una muy mala señal. No conozco mucho sobre las banshee, más allá de lo que vi en *Teen Wolf*, pero mencionar algo así en este contexto podría ser una falta de respeto hacia la cultura de Morgana y Lugh. Me incorporo con cuidado y escojo con atención las palabras que quiero utilizar a partir de ahora para contarle lo que me dijo Cristal, pero antes de poder decir nada, la puerta se abre.

Noel entra nervioso y apurado. Cierra la puerta y se lanza directamente hacia mí. Me levanto rápidamente y me arrojo a sus brazos, fundiéndonos en un abrazo. En medio de este, siento cómo comienzo a desvanecerme y me caigo encima de él.

—Lucas, ¿qué te ocurre?

Aunque no estoy del todo consciente puedo sentir cómo me coge en volandas, como si no pesara nada, y me deja sobre la cama.

Empieza a examinarme. Su cara muestra gran preocupación. Quiero decirle que no pasa nada, pero no me salen las palabras.

—Ha estado en el mundo onírico con la banshee Cristal. Ha tenido que invocarlo para hablar con él, y seguramente lo ha drenado casi por completo. Necesita descansar —le cuenta Morgana, pero la oigo como si estuviera lejos de aquí, aunque la esté viendo justo al lado de Noel. Al oírla, Noel asiente y su cara se tensa. Veo cómo su mano se ilumina con ese color anaranjado, como si fuera el brillo del sol, y de repente me pesan tanto los ojos que no consigo mantenerlos abiertos.

Siento como si mi cabeza se apagase.



Abro los ojos y me levanto sobresaltado. Lo primero que veo es a Noel y Morgana cerca del ventanal hablando amigablemente; no distingo lo que dicen, como si lo hicieran en otro idioma. Intento hablar, pero en un primer momento no lo consigo, por lo que carraspeo un poco.

—Vaya, mira quién se digna a despertarse por fin. Si te apuras, aún ves con nosotros el atardecer —dice Noel, acercándose a mí y dándome la mano para levantarme y acercarme al ventanal.

—¿El atardecer? Llevo todo el día durmiendo… Espera, me desperté y me desmayé, ¿no? —Los recuerdos de los últimos momentos antes de desmayarme empiezan a agolparse en mi cabeza. Ya sé cuál va a ser la respuesta.

—No te desmayaste, más bien te hice dos encantamientos. Uno de sueño y otro de aceleración. Para nosotros han sido doce horas, pero para ti ha sido un sueño reparador de siete días. Necesitaba que te recuperases del todo para que podamos hablar. Por cierto, me alegra verte, estaba muy preocupado. —Me besa y me coge por sorpresa, haciéndome tropezar hacia atrás, pero él, como siempre, me sujeta.

Un momento después del beso, recupero la compostura y le doy las gracias por los hechizos. Ambos me miran con total expectación; entiendo que quieren que les cuente sobre Cristal.

El semblante de Morgana es serio; en cambio, el de Noel no ha cambiado, sigue con una sonrisa. Desde el momento en que me ha visto no ha dejado de sonreír. Es algo que me relaja, pero a la vez me preocupa que sea la forma de tranquilizarme. Me aventuro a preguntar:

—Es malo que Cristal me haya contactado, ¿verdad?

—Si soy sincera, creo que sí. Es otro ser mágico profetizando tu muerte, lo cual puede respaldar las visiones de Morrigan. No puede aguardarnos nada bueno en los próximos días.

—Yo no creo que sea una confirmación de la profecía, ni mucho menos —añade Noel—. Las banshees detectan la muerte y está claro que esta nos va a visitar pronto, pero no tiene que ver con la profecía de Morrigan. De hecho, puede ser que esté impregnada en Lucas por culpa de la diana que te ha puesto Morrigan. Debemos evitar que la muerte que te rodea no sea la tuya, Lucas.

Morgana y yo nos miramos y entendemos que Noel está empeñado en protegerme cueste lo que cueste, lo cual no puedo permitir.

Le hago un pequeño gesto a Morgana y me entiende a la perfección. La reina se levanta y se va de la habitación con un pequeño gesto de disculpa por el acto de irse en medio de una conversación.

Me acerco a Noel y poso mi mano derecha sobre la suya. Lo miro directamente a esos preciosos ojos verdes y consigo que salgan las primeras palabras:

—Quiero vivir, pero no a costa del mundo, de tu vida o de la de cualquier otro dios. Si en estos días la mía va a estar en juego, quiero protegerla; pero si hay que escoger, no tengo ningún ápice de duda. Te pido que tú tampoco lo tengas, no quiero que mi vida acabe con el mundo y no quiero que tú seas el responsable de destruirlo tal y como lo conocemos, ya sea por salvarme o por sacrificarte. Sé que es muy brusco, pero ambos sabemos que mi existencia no vale lo mismo que la tuya.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero evito que ninguna se derrame. Necesito mantener mis sentimientos controlados e incluso

reprimidos, porque si no quizás quiera huir.

Noel está muy callado mirándome. No sé qué se le estará pasando por la cabeza, pero este silencio no puede ser eterno. Se acerca lentamente a mí y dice:

—Nunca más vuelvas a decir algo así.

Me abraza y el silencio nos atrapa durante toda la noche.

Al despertar, siento cómo su brazo está encima de mí, rodeándome. Me muevo con cuidado para no despertarlo, pero veo cómo me está mirando. Le sonrío con dulzura y lo beso en los labios. Me separo con suavidad y con mi brazo lo rodeo; ambos necesitamos este cuidado y este mimo.

—Lugh, os esperamos en el comedor dentro de quince minutos —dice una voz que no llego a reconocer del todo.

Nos miramos y ambos bufamos al mismo tiempo.

Nos preparamos rápido y, justo cuando Noel abre la puerta para salir, dudo. El miedo me paraliza, no quiero encontrarme con Morrigan. Noel me agarra la mano y, con un gesto de cabeza, entiendo que él estará conmigo en todo momento. Nos movemos por el gran castillo de Avalon, recorremos largos pasillos y bajamos un par de pisos hasta llegar al comedor. Allí, sentados en una gran mesa, veo a Morgana presidiéndola. A su lado, una cabellera rubia que, al fijarme bien, veo que pertenece a Brigid, la cual nos está sonriendo. Y justo enfrente de ella, un señor de mediana edad con el pelo plateado y una barba descuidada de varios días. Al acercarme un poco más, me sorprendo enormemente.

—Pero tú eres el librero de Edimburgo.

Noel y él se ríen. El hombre se levanta de la silla y, acercando su mano a la mía, dice:

—Perdona, cuando entraste por mi librería, tardé un poco en reconocerte y luego pensé que era mejor seguir con la coartada de un cántabro por Edimburgo. Soy Cernunnos, dios de la naturaleza. ¡Encantado! Por favor, sentaos y discutamos cuál puede ser vuestra defensa para el juicio del Consejo.

CAPÍTULO 31: JUNTOS SOMOS MÁS FUERTES

NOEL



—Edimburgo otra vez. En esta ocasión, no estoy aquí por placer.

Recorrí las calles empedradas y las sombras alargadas de los edificios góticos que tan familiares me resultaban, pero esa vez no había lugar para el turismo. Caminé rápido, zigzagueando por callejones estrechos mientras miraba frenéticamente de un lado a otro; tenía que evitar que cualquier ser mágico me detectara y comunicara a Morrigan mis intenciones de hablar con Brigid y Cernunnos. Necesitaba hablar con ellos, quizás juntos encontraríamos una solución para el juicio del Consejo contra Lucas. Ninguno podría posicionarse, pero posiblemente tuvieran alguna idea que nos pudiera ayudar o, al menos, sentir el amparo de mis amigos.

Seguí moviéndome por la ciudad. Tenía un aire melancólico, como si los propios adoquines y farolas susurraran al viento, como si la ciudad misma fuera consciente del peligro que se cernía sobre nosotros. De pronto, noté un leve cosquilleo en el pecho. Introduje

la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saqué un pequeño amuleto de obsidiana. Con un simple gesto, lo iluminé con mi energía y una runa se activó, proyectando en el aire letras doradas que flotaron unos segundos antes de desvanecerse: «Te espero en diez minutos en la cafetería de la última vez». El mensaje llevaba la firma inconfundible de Brigid. «Por fin», me dije a mí mismo.

Ese era un método solo nuestro. Nadie podía detectar nuestro contacto ni seguir el rastro que dejaba. La luz que proyectaban las runas en la obsidiana duraba apenas un instante: una vez se desvanecía, desaparecía por completo, sin dejar huella. Era mucho más seguro que una llamada o un mensaje de teléfono, y más efímero que un hechizo de conexión telepática, cuyo vínculo dejaba una marca intensa y persistente en las psiques conectadas.

Respiré hondo, sintiendo una mezcla de alivio y ansiedad, y me dirigí hacia la cafetería.

Llegué a un pequeño café en una esquina apartada. La luz tenue y el murmullo suave de conversaciones le ofrecieron un respiro al caos de mi mente. Localicé a Brigid en una mesa al fondo; su expresión mostraba preocupación, pero su mera compañía me tranquilizaba. Me acerqué y me senté frente a ella.

—Noel, ¿qué está pasando? —preguntó sin rodeos con sus ojos azules fijos en los míos.

—Brigid, te tuvo que llegar la citación para la reunión del Consejo… Lucas está en peligro, y no puedo permitir que decidan sobre su vida. Necesito tu ayuda. Sé que no puedes posicionarte y que, entre los mundos o Lucas, decidirás por los mundos, pero necesito que me escuches, por favor —dije con gran templanza y seguridad. Sin embargo, por muchas vueltas que le había dado, no sabía qué decirle a continuación.

Ella asintió lentamente, procesando mis palabras.

—El Consejo no tiene derecho a decidir sobre la vida de Lucas. No obstante, tenéis que buscar la manera de demostrar que ni el mundo mágico ni el mundo humano están en peligro. Lucas no es capaz de hacer nada por sí solo para acabar con ellos, y menos aún es capaz de matarte a ti. Te quiere, no lo haría, y, honestamente, no tiene las habilidades para ello. Por no decir que pocos seres

sobrenaturales podrían rivalizar con tu poder. Tiene que ser alguien o algo más —finalizó diciendo algo que había sido obvio para mí desde el principio. Si Morrigan profetizó mi muerte y eso era cierto, tenía que haber alguien detrás de eso.

Observé atento los gestos de Brigid y entendí que estaba esperando a que le dijera algo, pero no sabía el qué. No recordaba la última vez que estuve tan perdido y confuso. Solo alcancé a decir:

—Creo que voy a pedir un café con leche y una *carrot cake*.

Me miró ojiplática y comenzó a reírse con una suave y dulce carcajada. Al verla, no pude evitar unirme a ella.

Al cabo de un rato, nos trajeron el café y las tartas. Nos las comimos y, cuando llevábamos un rato disfrutando del momento y de la compañía, no pude evitar pedirle a Brigid, a pesar de saber que no debía hacerlo, si podía acompañarme a hablar con Cernunnos.

—Si queremos que Lucas no acabe convirtiéndose en polvo o, en el mejor de los casos, encerrado en una torre por el resto de su vida, necesitaremos estar los tres juntos de nuevo. Estoy segura de que Cernunnos lo entenderá —dijo, agarrándome la mano. La calidez de su tacto era asombrosa, ardía como el fuego y reconfortaba.

—Entonces, tengo que confesarte una cosa que quizás no sabes. —Puse una mueca traviesa, aunque lo que estaba por decirle podía molestarle—: Cernunnos lleva un tiempo viviendo en esta ciudad regentando una pequeña librería.

Brigid entornó los ojos y asintió. Parecía que iba a decir algo sobre eso, pero decidió guardárselo para ella. Se levantó con cuidado de la mesa, abonó la cuenta y me dijo que fuéramos a la pequeña librería del centro.

Me levanté y la seguí sin rechistar.

Salimos juntos del café y nos dirigimos hacia la parte más antigua de la ciudad, donde las leyendas decían que los dioses y espíritus todavía vagaban. De hecho, la magia circulaba libremente por cada una de las calles y recovecos de aquella pintoresca ciudad.

Después de una corta caminata, llegamos a un pequeño claro rodeado de árboles, y enfrente había una pequeña librería con una

característica puerta antigua y una vidriera de cuento que ponía: *The Cosmo of Tales*. Abrimos la puerta y allí, en el mostrador, ojeando *La historia interminable* de Michael Ende, estaba Cernunnos, con un aspecto algo descuidado. Hacía tiempo, Cernunnos era un hombre recto y elegante, el típico caballero inglés, pero desde hacía más de un siglo decidió separarse de los dioses y su presencia era mucho más relajada. Su piel bronceada, combinada con el platino de su pelo y bigote, siempre lo hizo un hombre atractivo, especialmente para Brigid, pero eso era cosa del pasado.

—Lugh, Brigid, ¿a qué debo el honor? —saludó con una voz profunda, desde dentro de la tienda. Nos hizo un pequeño gesto con la mano sin dejar de mirar el libro.

—Tengo que pedirte un favor, ¿tienes un momento para hablar? —pregunté.

Cernunnos cerró de golpe el libro, asintió y se acercó a nosotros tras girar el cartel de *Welcome*, indicando que la tienda estaba cerrada. Nos invitó a pasar a la trastienda, donde tenía una especie de saloncito con té recién hecho que sirvió con cuidado, como siempre hacía, sin prisa, con delicadeza. Había algo en sus gestos, en su forma de llenar las tazas, que me devolvía a otro tiempo, a uno que todos procuramos olvidar. Los tres siempre habíamos sido grandes amigos, pero hubo un tiempo donde casi nos perdimos.

Las revueltas de Avalon todavía vivían en nuestros recuerdos. Llevábamos siglos sin mencionarlo pero, como nuestra sombra, estaba ahí. Siempre que nos juntábamos, notábamos una presencia que, con el paso del tiempo, se hacía cada vez más ligera; flotaba en el silencio entre sorbos de té y miradas esquivas. Todos estuvimos presentes, de un modo u otro, cuando las líneas se borraron, cuando las antiguas leyes ya no bastaban y los dioses menores y otros seres mágicos exigieron su lugar.

Fue Cernunnos quien levantó la voz, quien convocó a los olvidados y prendió la mecha.

Avalon ardió despacio. Primero los símbolos, luego los pactos. Hubo grietas que partieron la tierra y otras que partieron corazones. Algunos aún no se habían curado. No fue una guerra, pero tampoco

fue solo una protesta. Fue un estremecimiento del mundo mágico, uno que lo cambió todo para siempre.

Y aunque lo enfrentamos, Brigid y yo supimos, antes y ahora, que no lo hizo por ambición. Con el tiempo lo entendimos: él no quería destruir Avalon, quería salvarlo. Salvarnos. Romper el letargo en el que estábamos hundidos, en el que las deidades mayores tomábamos decisiones por todos, sin escuchar a nadie más allá. En esos tiempos, aún no se había conformado un Consejo. Fue a partir de ese momento cuando lo establecimos para poder dirigir de forma democrática, aunque man- tuvimos el liderazgo los más «fuertes». A día de hoy, soy consciente de lo paternalistas que fuimos… y seguimos siendo.

Ese tiempo nos cambió a todos. Ver a antiguos aliados como enemigos. Ver a Avalon casi colapsar. Tuvimos que elegir entre la lealtad a las antiguas jerarquías o al futuro incierto. Brigid y yo tuvimos que tomar cartas sobre el asunto y enfrentar a Cernunnos. Finalmente, fue ella quien vislumbró el camino que debíamos seguir. Y, aunque nadie salía ganando completamente con ello, tampoco nadie perdió, y millones de vidas se pudieron salvar, evitando lo que podría haber sido la Primera Gran Guerra del mundo mágico.

Gracias al intelecto y a la empatía de Brigid, y a la conciencia de Cernunnos, se creó el Tratado, donde se salvaguardaba el equilibrio por encima de todo y los derechos de todos los seres mágicos por igual.

Cernunnos siempre había convivido con sus demonios por las vidas que se perdieron ese tiempo. En lugar de sumergirse en la oscuridad, se convirtió, si cabe, en un dios más justo, bondadoso y protector. Un líder para muchos.

Brigid dejó la taza con delicadeza, ese movimiento me bastó para volver al momento presente.

—Imagino que te llegó la citación del Consejo para el juicio de Lucas, ¿no? —se dirigió al dios rompiendo el silencio sin sutilezas.

Cernunnos asintió suavemente. Cruzamos brevemente miradas y percibí en la suya lástima. Podía comprender lo que sentía por Lucas y lo que suponía todo aquello para mí.

Carraspeé un poco antes de ponerme a hablar, comprendí que si tenía la citación estaba al día con todo el asunto del juicio, aun así les comencé a contar a ambos mis miedos y mis sospechas de que la profecía de Morrigan no podía ser correcta. Cernunnos escuchó en silencio, con una expresión que se mantuvo inmutable. Dejé pasar un par de minutos para que procesara toda la información, y miré a Brigid; se veía más cómoda de lo que esperaba.

—No podemos permitir que el Consejo decida sobre la vida de Lucas. Ellos no tienen ese derecho —respondió Cernunnos finalmente—. Chicos, los dioses hemos conquistado y dominado ambos mundos. Por suerte, y para mantener un equilibrio, tuvimos que separarnos del mundo humano. Gracias a que nos dejaron de venerar, pudieron crecer y progresar, pero los dioses siempre nos hemos creído con el poder y la potestad para hacer lo que quisiéramos con ellos cuando nos plazca. Eso no puede ser. Por mucha profecía de Morrigan, Lucas no ha hecho nada y es inocente. No se juzga ni se procesa a nadie sin haber hecho nada; hace falta un delito, y no lo hay. Por tanto, el Consejo no tiene ninguna carta que tomar sobre el asunto —sentenció sin ningún ápice de duda.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, amigo, pero se va a llevar a cabo y no sé qué hacer. —Solo fui capaz de bajar la cabeza.

—Ambos sabéis que soy un revolucionario empedernido y mi historia lo corrobora. Luché por los derechos de los seres mágicos ante los dioses, ahora lucho por los derechos de los humanos, formo parte de una facción de seres divinos y no divinos que creemos que no debemos interferir en el orden natural del mundo. Tenemos claro que no somos quienes para decidir el destino de los mortales. Esta facción está compuesta por: dioses menores, semidioses, hadas, wendigos, entre otros. Les preguntaré. No son expertos en el Consejo, pero son buenos estrategas. Volved aquí mañana a la misma hora y quizás tenga alguna idea de cómo podemos actuar.

Nos despedimos, con un abrazo breve pero acogedor, de Cernunnos. En ese instante, comprendí que nunca tendría palabras suficientes para agradecerles, a él y a Brigid, toda su ayuda y compañía.

Brigid me acogió en su casa y no se separó de mí en ningún momento. Evitamos todo lo referente al juicio. En su lugar, me contó lo que había hecho en esta última vida: lo mucho que había amado, pero también perdido.

Después de contárnoslo todo, compartimos una cena sencilla. Apenas probé bocado, pero ella tampoco insistió, sabía perfectamente que mi mente se evadía, inconscientemente, a un único pensamiento: Lucas.

Me ofreció una habitación junto al jardín, desde cuya ventana podía verse el delicado baile de unas cuantas luciérnagas revoloteando en torno al farolillo que colgaba de un viejo y hermoso olivo. Me senté en la cama, aún vestido, y me quedé un rato observando la noche sin pensar en nada, o pensando en todo. Cuando volví en mí, me cambié y me metí en la cama.

Aquella noche dormí poco, pero al menos no estuve solo.



Al día siguiente, volvimos a la pequeña librería de nuestro amigo. Nos recibió y nos volvió a pedir que pasáramos al pequeño salón al fondo de la trastienda. Esa vez, toda la estancia olía a café recién hecho.

—Entonces, ¿qué sugieres? —preguntó Brigid directamente. Cernunnos nos miró, sus ojos brillaban con cierta esperanza.

—Iremos por las buenas, con la palabra. Tenemos que hacer entender al Consejo que nuestra divinidad no nos da autoridad sobre la vida y la muerte de los mortales. Les recordaremos que la obtuvimos mediante hazañas o por herencia, y que incluso nosotros podemos acabar con el mundo. No podemos acabar con vidas por atentar contra un dios si varios de los allí presentes hemos matado a uno antes.

Asentí, recordando las palabras de Dagda: «Lugh, tu caso es excepcional; aunque eres hijo de dioses, te convertiste en uno tras una hazaña, lo que te mantiene en la apariencia de un joven de veintitantos años». Me explicó que, al ser descendiente de tercera

generación, no era un dios puro, sino un semidiós. Por lo que, al matar a mi abuelo, mi divinidad se ligó a la hazaña, manteniéndome eternamente joven.

—Debemos hacerles entender que no podemos juzgar a Lucas como si fuéramos meros mortales con poder absoluto. Nuestra responsabilidad es más grande y compleja —continuó Cernunnos.

—Me parece muy bien, pero ¿crees de verdad que con la palabra podremos convencerlos? —preguntó Brigid con total incredulidad.

—Honestamente, mis amigos creen que un enfrentamiento directo solo puede acabar en autodestrucción y llevando a Lucas a la muerte. Por lo que creo que lo mejor que podemos hacer es, antes del Consejo, que Brigid y yo hablemos con cada dios convocado para convencerlos, recordarles de dónde partimos y despertar empatía por un pobre humano que tiene toda su vida por delante. Entre eso, y que tú te encargarás de orquestar con Lucas una defensa plausible que respalde el discurso que introduciremos entre los dioses, intentaremos hacer que entren en razón. Y, si pasa lo peor, no te preocupes, no dejaré que le hagan nada a Lucas, confía en mí —explicó con un tono calmado y sosegado.

—Gracias, de verdad, Cernunnos. No sé si tu plan funcionará, pero es más de lo que tenía. Además, poder contar con ambos me reconforta. Espero que no tengamos que recurrir a la fuerza.

La cara de Brigid mostró preocupación y desagrado ante la idea de tener que usar la fuerza, pero apoyé mi mano sobre la suya y le negué con la cabeza para que entendiera que ella no tenía que participar, ella agarró la mía y me sonrió, afirmando su camaradería.

Los tres teníamos claro que la misión no sería fácil, pero no estábamos solos y contábamos los unos con los otros. El juicio del Consejo no era más que un juicio, lo cual era mi especialidad. Ahora, veía con esperanza lo que estaba por venir, porque con Cernunnos y Brigid a mi lado convenceríamos al Consejo y mostraríamos la inocencia de Lucas. Nos quedamos un rato más discutiendo estrategias y afinando detalles. Luego, nos despedimos de Cernunnos, agradeciéndole su apoyo. Mientras caminábamos de regreso a la ciudad, me sentía optimista, aunque la lucha estaba lejos de terminar. Sabía que estábamos un paso más

cerca de asegurar un futuro donde el Consejo no tuviera la última palabra sobre la vida de Lucas.

El sol se ocultó tras el horizonte, tiñendo el cielo de Edimburgo con un crepúsculo dorado. A mi lado, Brigid me miraba con una mezcla de esperanza y temor. Nos esperaba una ardua batalla, pero por primera vez en días me sentía esperanzado. No estaba solo en esto, y juntos lucharíamos por el destino que creíamos justo.

CAPÍTULO 32:
TU AUTÉNTICA NATURALEZA

NOEL



Estoy perdido en mis pensamientos. No puedo quitarme de la cabeza ese encuentro que ha tenido Lucas en el mundo onírico. Puede significar algo más, no tiene por qué estar relacionado con la profecía de Morrigan. Me resulta extraño que una banshee haya podido conectar con él solo para decirle que la muerte lo sigue. Es evidente que Cristal lo había tocado previamente y quería hacerle llegar un mensaje, pero las banshees no suelen ser tan directas; normalmente son un galimatías para todos, menos para ellas mismas.

Intento repasar palabra por palabra lo que Lucas recuerda de aquella conversación, pero solo consigo que me asalten más preguntas que respuestas. Esta conexión entre Lucas y la banshee es inusual, y puede ser un punto clave en todo lo que está ocurriendo.

Miro a Lucas, que está sentado a mi lado izquierdo en un sillón de terciopelo. Su expresión muestra confusión y preocupación; las

palabras de la banshee lo han dejado destrozado. Siento cómo su esperanza se desgasta con cada revelación. Me preocupa que sienta que el único camino sea su muerte. No puede ser una opción para nadie. Pero claro, aún no ha sido capaz de procesar todo lo que ha ido descubriendo estas semanas, como para que ahora seres sobrenaturales puedan entrar en su mente o invocarlo en el mundo de los sueños a su antojo. Cualquiera en su lugar estaría igual.

—Lucas —le agarro la mano para intentar calmarlo—, hay un lugar que quiero que conozcas. Es un sitio milenario y puede que nos ayude a entender todo mucho mejor. Vamos a ir a meditar al Bosque Feérico de Avalon.

Levanta la mirada, sus ojos están llenos de curiosidad. A pesar de que todo esto lo confunde, la magia le atrae de una forma totalmente magnética

—Vale, pero ¿por qué allí, Noel? Salir ahora del castillo no puede ser seguro —comenta con sensatez, algo inusual en él.

—El Bosque Feérico es conocido como el Bosque del Inicio o del Despertar. Grandes dioses obtuvieron su poder entrenando y meditando allí. Los druidas y las hadas canalizaban una gran cantidad de magia en ese lugar. Quizás podríamos obtener respuestas del Gran Árbol Ancestral, un ser cuya edad es la misma que la de la propia Tierra. Puede que, meditando a sus pies, podamos vislumbrar alguna respuesta a todas las preguntas que tenemos —explico, levantándome del sillón y caminando hacia la puerta. Me detengo, lo miro y Lucas asiente lentamente, procesando mis palabras.

—Si crees que es lo correcto, confiaré en ti. Te acompaño.

Al oírlo, una oleada de alivio y determinación me recorre el cuerpo entero. Su confianza en mí es un faro en la oscuridad de nuestra incertidumbre. Sin perder más tiempo, nos dirigimos hacia el Bosque Feérico de Avalon.

A medida que nos adentramos en su interior, la atmósfera cambia. El aire se vuelve más denso y cargado de una energía antigua y poderosa. Las flores brillan con una luz etérea, y los árboles susurran secretos olvidados por el tiempo. La niebla que separa ambos mundos se hace todavía más tangible y pesada, moviéndose como si tuviera vida propia. Seguimos andando, paso tras paso; me fijo en Lucas, que mira a todas partes con la boca abierta, pero no se atreve a hacer ningún tipo de pregunta o comentario. Solo admira lo fantástico y extraordinario que es el bosque.

Llegamos al claro central, un lugar sagrado donde la magia se siente más intensa. Me siento en el suelo cubierto de musgo y le hago un gesto a Lucas para que me acompañe, y le cierro los ojos con una suave caricia. Estamos rodeados por el canto suave de los pájaros y el murmullo del viento entre las hojas.

Ahora cierro yo los ojos y comienzo a meditar, sintiendo la energía del sol reunirse a mi alrededor. Lentamente, un haz de luz dorada me envuelve, llenándome de una calidez reconfortante. La luz se extiende hacia Lucas, abrazándolo en un resplandor brillante. Siento cómo nuestros espíritus se elevan; cuando nos detenemos, ambos abrimos los ojos por mera intuición. Tenemos delante de nosotros al Gran Árbol Ancestral, majestuoso e imponente. Estamos entre sus ramas, que brillan de forma intensa; en lugar de hojas, tiene pequeños orbes como soles que hacen más intenso su brillo. Esos orbes son las esencias de los seres mágicos que han cuidado y protegido este reino. El Gran Árbol Ancestral es la deidad primigenia que ha amparado todo Avalon desde que la vida comenzó en el mundo. Irradia sabiduría y paz, y su mera existencia representa el recuerdo que deja la vida.

De repente, me siento lleno de determinación, y un poder brota de mí, desbordándome completamente. No puedo evitarlo y me transformo. Adopto mi forma de dios: mi piel brilla como oro fundido, mis ojos son orbes incandescentes, y mis cabellos parecen flamas danzantes. Me siento totalmente conectado al árbol sagrado, como si sus raíces y ramas me susurrasen verdades que creía ocultas.

Entonces, reparo en que no estoy solo; Lucas está justo a mi lado. Su cara refleja sorpresa y una pizca de admiración. Es la primera vez que me ve como realmente soy, en mi forma divina. Bajo la cabeza y susurro:

—Esta es mi auténtica forma, realmente este es mi auténtico ser: Lugh.

Puedo percibir cómo su corazón se ha acelerado y cómo traga saliva, me preocupa que esto pueda suponer un cambio en él. Los dioses, en esta forma, dejamos de ser humanos; de hecho, se nos percibe como algo mucho mayor, llegando a desestabilizar la psique humana.

—Eres como un ángel bañado por el sol. Eres perfecto —dice, acercando su mano a mi rostro, que, antes de tocarme, detiene por el calor que desprendo. Siente que, si me toca, podría abrasarse.

—Lucas, ten cuidado. Esta forma puede ser peligrosa para los humanos. No quiero hacerte daño —le advierto de una forma dulce, intentando proyectar toda la confianza que me queda en mis palabras.

—Sé que tú nunca me harías daño. Tendré cuidado. —Aleja su mano de mí y se gira para mirar al Gran Árbol Ancestral.

Sin previo aviso, una de las raíces del árbol se agita como si cobrase vida propia. Una chispa de energía salta directamente a Lucas, envolviéndolo en una luz cegadora. Mi cuerpo reacciona por instinto: me lanzo hacia él, intentando protegerlo, pero la energía no lo rechaza. No grita, no parece que le duela. El silencio nos envuelve completamente, contengo el aliento y el propio bosque se paraliza, las mariposas dejan de volar, el viento se detiene completamente, hasta las propias luces dejan de tintinear.

Entonces, lo veo. En medio del resplandor, su figura se eleva levemente del suelo. Su cara refleja calma, no percibo miedo y su cuerpo parece resonar con la misma energía que fluye desde el Árbol Ancestral. Una imagen se sobrepone a Lucas. Delante de mí, no está Lucas. Es Merlín.

No es un recuerdo, ni una visión. Es un eco claro, preciso, vivo. Merlín, tal y como fue, emergiendo de Lucas como si ambos compartieran una misma esencia.

Mi respiración se corta. El Gran Árbol nos está mostrando algo que no puede ser ignorado. No es solo un símbolo. Es una confirmación. Lucas no es un simple humano con sensibilidad mágica… es un heredero. Pero ¿cómo? Merlín murió sin descendencia, biológicamente hablando.

El resplandor comienza a cambiar de tonalidad. Del dorado suave pasa a un blanco intenso, que luego se convierte en verde esmeralda, como la savia viva del mundo. Lucas flota en el aire mientras runas antiguas se dibujan sobre su piel, brillando como fuego líquido; siento cómo la tierra ruge y el cielo grita. Realmente es un druida, los elementos naturales lo están reconociendo como tal.

De un segundo a otro, todo desaparece; como si la luz nunca hubiera estado allí; como si la propia naturaleza no hubiera hablado. Lucas cae suavemente en mis brazos, inconsciente.

No… no lo estoy quemando. No le afecta mi calor. Está en equilibrio con todo.

Lo apoyo contra mi pecho, y no sé si alegrarme o temer por él. Esto lo puede exonerar, pero también temo por la responsabilidad que cargará a partir de ahora.



Al cabo de un par de minutos, Lucas se despierta. Confuso. Desorientado. Sus ojos marrones se clavan en mí en busca de respuestas. Controlo mis emociones, mi poder, y vuelvo a adoptar la forma de Noel. Lo abrazo con fuerza, sintiendo su corazón latir contra el mío.

—No podía ser mejor la revelación —digo, con la emoción vibrando en mi voz mientras me separo lentamente de él. Finjo emoción, por ahora me centraré en la parte positiva—. Lucas, eres un druida.

—¿Un... qué? —pregunta, aún aturdido. Su voz es apenas un susurro, como si se lo dijera a sí mismo más que a mí. Él ha tenido que sentir todo lo que la naturaleza y el Gran Árbol Ancestral han revelado.

Sus ojos no pueden quedarse quietos. Miro cómo intenta entender lo que ha ocurrido, cómo lleva una mano temblorosa a su propio pecho, como si buscara algo dentro.

—Esto explica por qué pudiste activar el hechizo del espejo cuando me viste en el hotel o por qué Cristal pudo llevarte al mundo onírico —continúo, hablando rápido y resolviendo lo que hasta ahora no creía que fueran incógnitas en nuestra vida—. ¡Claro, era por eso! No enloqueciste cuando te conté toda la verdad del mundo mágico. Y yo que pensaba que fue por haberte ido preparando con leyendas, mitos o conversaciones profundas sobre la magia… Creí que te estaba haciendo más perceptivo a ese mundo, pero resulta que ya lo eras.

Lucas sigue perplejo.

—¿Cómo no lo había visto hasta ahora? Eres descendiente de druidas. Tu sangre porta magia primigenia, de la naturaleza, por eso eres una persona tan empática e intuitiva. Los druidas eran humanos bendecidos por los dioses, y tú, Lucas, eres descendiente de ellos. Por eso tus sueños son tan lúcidos y pueden mostrarte visiones de otros planos, como el onírico.

—¿Y por eso las visiones? Cuando estaba en Santa Margarita, no estaba soñando, no era mi imaginación… ¿Era real? Accedí al mundo mágico a través de la niebla. —Lucas frunce el ceño. El miedo comienza a apoderarse de su voz y de sus ojos.

Asiento. Lo dejo respirar, lo dejo tambalearse. Tiene derecho. Tiene que aceptar su propia identidad.

Carraspeo y aunque necesite procesarlo todo, le explico:

—Y por esta misma razón te encuentras tan obsesionado con el amanecer y el atardecer, ya que percibes cómo el velo entre los dos mundos se debilita en esos momentos y se fortalece después. Esa fluctuación de poder es tan notoria que no puede pasar desapercibida por tus sentidos, aunque no entiendas por qué te sientes tan atraído. Para ti, es como si cerraran o abrieran una puerta.

Lucas respira hondo. Lo veo tragar saliva. Aún tiene los ojos abiertos de par en par.

—No lo entiendo, si esta es mi… identidad, ¿por qué nunca se ha manifestado? ¿Por qué no lo sabía? ¿O mi familia? —Sus palabras se atropellan, como un alud emocional que lleva conteniendo desde hace rato—. Y lo más importante: ¿qué cambia esto?

Me acerco, tomo su rostro entre mis manos. El contacto piel con piel hace que sea más consciente del aquí y el ahora.

—No lo sé. No tengo respuestas para tus dudas —respondo con suavidad—. Si alguien lo hubiera sabido, habrías sido llevado a Avalon hace mucho tiempo, ya que hace siglos que los druidas se extinguieron o eso creíamos. Eres demasiado importante para ambos mundos.

Al decir esto, Lucas se tensa completamente. La responsabilidad se ha hecho un hueco en sus hombros y ahora tendrá que cargarla.

—No estás solo, Lucas. Estoy contigo. No tienes que cargar esto sin respuestas. Esto lo cambia todo, pero no tiene que significar que para mal. —Lucas, ojiplático, sonríe, pero no es su sonrisa natural. Es una fingida.

—Esto es lo que necesitábamos para salvarte, Lucas. No se atreverán a acabar contigo porque tu especie está extinta. Ahora sabemos que eres tan esencial para ambos mundos, y con esta verdad, podemos enfrentar lo que venga —concluyo, con alegría en mi voz y en mis ojos. Quiero que sienta que esto puede ser algo realmente bueno.

Él me mira en silencio, parece más sereno que antes.

—No sé si entiendo todo… pero algo en mí se siente diferente. Como si todo encajara, como si el caos en mi cabeza por fin se organizara. ¿Eso es normal?

Sonrío, con ternura.

—Sí, eso es la naturaleza. Es tu guía. Tu compañera.

Nos abrazamos, sabiendo que hemos encontrado una nueva esperanza. Salimos del Bosque Feérico directos al castillo de Avalon para hablar con Morgana, Brigid y Cernunnos.

CAPÍTULO 33:
EL ÚLTIMO DRUIDA

LUCAS



Es de noche. Ya hace horas que volvimos del Bosque Feérico. Noel ha decidido hablar con Brigid y Cernunnos, y ha dejado a Morgana como canguro. A esto he quedado relegado, a supervisión constante. Sé que es por mi bien, pero me siento un crío que tiene que dejar a los adultos actuar.

Impotente e inútil.

Me encuentro sentado frente a ella, el ambiente en la habitación no es del todo cómodo. Creo que a ambos se nos pasan mil cosas por la cabeza. Sin embargo, me quedo embobado viendo cómo la llama de la vela parpadea, proyectando sombras que bailan en la pared. Centrar mi atención en ese simple movimiento me ayuda a evadirme y pensar un poco más en todo lo ocurrido.

El árbol. La luz. Merlín. Sentí como si todo aquello estuviera dentro de mí. Todo fue tan rápido. Primero, el bosque parecía un sueño, tan mágico que el simple hecho de estar allí desbordaba a uno. Era como si todo mi cuerpo hubiera entrado en una dimensión donde

cada sentido se amplificaba: el olor de la tierra, el crujido del musgo, la energía que fluía en el propio aire… Y luego esa luz que me envolvió. El árbol me tocó, literalmente. Y al hacerlo, algo despertó. No entiendo muy bien el qué, pero me siento extraño, como si mi propio cuerpo no me perteneciera.

Y Noel sé que está esperanzado, pero me miró como si acabara de ver el universo formarse otra vez. Quizás, en otra ocasión, esa mirada hubiera despertado en mí amor, pero en lugar de sentirme amado, me siento inseguro.

¿Qué significa ser un druida? ¿Cómo puedo llevar toda la vida siendo algo que no sabía que era? Y más aún, si se trata de algo tan esencial para ambos mundos, ¿por qué nadie sabía nada?

Una parte de mí quiere volver al bosque, tocar el árbol otra vez, confirmar que no fue una alucinación; pero otra teme que esa verdad me cambie para siempre.

La llama de la vela se ha consumido casi por completo. Ese simple hecho me devuelve por completo a la realidad, y me doy cuenta de que Morgana me está mirando, expectante. Es tan perceptiva que sabe que tengo mil y una preguntas rondando en mi mente, y quizás ella sea la mejor persona para poder responderlas. Así que, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, me lanzo a preguntar:

—Morgana, necesito saber más sobre los druidas. Siento que hay mucho que no entiendo sobre lo qué está ocurriendo… mejor dicho, sobre lo que me está ocurriendo ¿Puedes contarme algo? —Mi voz tiembla ligeramente.

Ella me observa con una mezcla de ternura y melancolía. Creo que no me equivoco si digo que todo esto le está reabriendo viejas heridas.

Asiente lentamente y comienza a hablar; su voz suave y melodiosa envuelve toda la habitación.

—Los druidas eran los sabios de la naturaleza, guardianes del equilibrio y la armonía. Tenían un conocimiento profundo de la magia que fluye a través de todo lo que vive. La leyenda más famosa es la de Merlín, el más grande de todos los druidas. Merlín no solo era un consejero y mago, sino también un puente entre el mundo de los humanos y el mundo mágico. Y fue mi maestro, mi

padre, aunque no biológicamente hablando. Merlín me acogió cuando me echaron de mi aldea y mi padre me repudió siendo tan solo una niña. Él me educó, me cuidó, me instruyó en las artes mágicas, me regañó y me acompañó en mi mayor aventura; siempre fue todo lo que necesité para sentirme querida y guiada. —Se aclara la garganta y rápidamente, se seca una pequeña lágrima antes de que esta pueda rodar por su hermoso rostro. Me inclino hacia adelante, completamente absorto en sus palabras.

Morgana continúa; sus ojos brillan con el reflejo tenue de lo poco que queda de la llama de la vela.

—Merlín nació de una unión mágica. Se dice que su madre era una doncella pura y su padre un ser de gran poder, un demonio o un espíritu del bosque, según distintas versiones de la leyenda. Pero la verdad es que su padre era un ser humano corriente y su madre una bruja blanca, la curandera de su pequeño pueblo. El pequeño Merlín, con tan solo un año de vida, enfermó de una neumonía y murió. Su madre recurrió a Dana, la diosa celta de la vida. Con el permiso y el don de la diosa, la madre de Merlín transfirió su vida y la de su marido a su pequeño. Esto hizo vivir a Merlín de nuevo, pero a costa del sacrificio de sus padres y una gran carga: el cuidado y protección de la vida. Se convirtió en el Heraldo de la Vida y tendría que mantener a raya a cualquier ser que pudiera atentar contra el orden natural de esta y la muerte, convirtiéndose en el primer druida que pisó la Tierra, un ser humano imbuido del poder de la naturaleza.

Hace una pequeña pausa para beber té de su taza color escarlata. Mantengo la mirada puesta en ella; me tiene ensimismado cada una de las palabras que libera de esos labios.

—Desde muy joven, Merlín mostró habilidades extraordinarias. Podía comunicarse con los animales, predecir el futuro y manipular las fuerzas de la naturaleza. Su vida estuvo siempre entrelazada con la magia y el destino de las personas, y eso le pesaba enormemente en su corazón. Siempre cargó con el peso del mundo de forma figurada y literal. —Morgana, con un gesto de la mano, hace aparecer una pequeña esfera de luz que flota entre nosotros—. Merlín era conocido por su sabiduría, pero también entendía que la magia no es solo poder, es armonía y equilibrio. Cada hechizo que

lanzamos requiere que la balanza se mantenga. La magia siempre debe recibir lo que da. Por eso, a menudo la condición de un hechizo es la misma para hacerlo y para deshacerlo. Es un ciclo, una danza constante entre dar y recibir.

Se calla de golpe y miro fijamente la esfera de luz, fascinado y un poco aterrorizado, preguntándome cuál sería el precio de esa magia. Me doy cuenta de que los ojos de Morgana ya no reflejan la luz de la vela. La reina de Avalon ha consumido el fuego, el oxígeno y la cera para formar la esfera de luz. Creo que estoy entendiendo lo que me quiere explicar sobre la verdadera profundidad y complejidad de la magia.

—Merlín también sabía que la verdadera magia no reside en los grandes actos, sino en los pequeños gestos de armonía con el mundo natural. Los druidas vivían en comunión con la tierra, respetando y utilizando sus recursos sin explotarla. Su poder provenía de esta relación de respeto mutuo y equilibrio. La magia que fluía a través de ellos era pura y estaba en perfecta sincronía con la naturaleza, lo cual podía suponer una amenaza para el resto de las criaturas mágicas.

—Apaga la esfera de luz con un movimiento suave de su mano y me mira directamente a los ojos—. Recuerda, Lucas, que la magia es parte de ti. No la temas, pero respétala. Entiende su equilibrio y podrás dominarla. La clave está en comprender que todo lo que hacemos tiene una repercusión. Cada acción, cada hechizo, cada pensamiento tiene un peso en el gran tejido de la realidad. Los druidas lo sabían y vivían según esa filosofía. No eran solo magos; eran guardianes del equilibrio.

Con esto último nos quedamos en silencio, dejando que la profundidad de sus palabras cale en mi mente.

—Tú tienes ese poder, Lucas. Tienes la capacidad de mantener y restaurar ese equilibrio. Pero necesitas aprender, necesitas comprender la armonía de la magia y tu lugar dentro de ella, pero ten cuidado y no te pierdas a ti en el proceso —me lo dice casi susurrando, con una mano en mi hombro.

Nos despedimos. Mis pensamientos giran en torno a todo lo que he hablado con Morgana. Me meto en la cama, pero mi mente sigue

trabajando, tratando de encajar todas las piezas del rompecabezas. Finalmente, el cansancio hace mella en mí y me duermo.



De pronto, abro los ojos y me encuentro en un abismo oscuro. Me llama la atención el paisaje escarpado y sombrío que me rodea; debo tener cuidado por dónde piso. A mi alrededor todo es negrura, salvo una figura oscura que emerge de las sombras. La oscuridad que desprende parece absorber toda la luz a su alrededor. Su mirada se clava en mis ojos y creo que puedo percibir una pizca de sorpresa en esos rasgos faciales demoníacos casi imperceptibles por la oscuridad que los envuelve. Cuando fija completamente sus ojos amarillos en mí, en su cara se dibuja una sonrisa que hace que se me hiele la sangre y me paralice por el miedo. No soy capaz de articular ni una sola palabra, pero veo cómo comienza a abrir la boca.

—Vaya, no esperaba verte por aquí, pero las palabras de la banshee han despertado en ti el auténtico temor por la muerte. Ahora sientes de verdad que tu destino está sellado. Tu sangre tiene que correr por la piedra para que el mundo despierte. Por mucho que tu novio quiera evitarlo, sabes que el grito de una banshee no puede cambiarse, tu sentencia ha sido aceptada —dice con una calma gélida. Los incisivos se le clavan en el labio inferior, si no fuera por mi terror, podría decir que le resulta hasta excitante. Esto es demencial.

Hace una pausa, ladea la cabeza, y avanza un par de pasos hacia mí. El suelo tiembla con cada paso que da. Es como si la propia tierra que pisa la temiese.

—¿Sabes lo más hermoso del dolor, Lucas? —continúa, y su voz suena ahora más baja, más íntima, siento como si sus palabras me acariciasen la cara, pero aún hay algo de distancia entre ambos—. Que purga. Quema. Transforma. Destruye. Yo fui la primera en abrazarlo. Lo convertí en templo, en altar. Cada grito que oigo es un rezo. Cada muerte, una plegaria a mi gloria.

Hace un gesto con la mano, como si recogiera el aire, y a su alrededor comienzan a flotar imágenes distorsionadas, visiones de destrucción, ciudades colapsando, árboles ardiendo, y cuerpos que se desvanecen en polvo.

—¿Crees que esto es una amenaza? No, querido, esto es arte. Y tú eres el trazo final. Lo que me faltaba. Tu muerte no será en vano; es por un bien mayor. Gracias a ti, podré poner fin a mi condena. Así que, de verdad, gracias.

Su rostro se deforma en una mueca de gozo y arrogancia que me revuelve el estómago. Habla como si me conociera y supiera todo lo que he vivido últimamente. Quiero preguntarle, sobre todo lo que dice, pero no soy capaz de mover la boca, tan solo puedo mover los ojos. Tiene que estar haciéndome algo.

—Y no te preocupes por tus preguntas. Pronto las entenderás todas. No hay revelación sin pérdida. Lo sabrás. Lo vivirás —sentencia.

Sonríe malévolamente mientras sus palabras resuenan con más fuerza en mi cabeza: «Gracias por tu sacrificio». Siento cómo, involuntariamente, me alejo poco a poco de la sombra. Esta agita la mano en señal de despedida, y, en un último intento de obtener respuestas, consigo gritar:

—¿Qué eres?

Mi grito resuena en la oscuridad, desgarrando la propia realidad y me despierto de golpe, jadeando en la cama. Me llevo la mano a la cara. He tenido otro sueño que no es solo eso. Estoy cansado de ser el catalizador de seres mágicos. Me tapo la cabeza con las sábanas para ver si, con suerte, trato de ahogar el temor que me invade.

CAPÍTULO 34:
VÍSPERA

LUCAS



Después de un par de horas intentando recordar y anotar cada detalle del encuentro con ese ser de oscuridad —no sé ni cómo se llama, ni qué ser mágico es—, salgo de mi habitación en busca de Noel para contarle todo lo que ha pasado y poder hablar con alguien sobre ello. Pero no está en ningún lugar del castillo, solo encuentro a Brigid.

—Buenos días, ¿sabes dónde está Noel? —le pregunto, sobresaltado.

—Buenos días. Sí, pero primero dúchate y cámbiate de ropa. Me pidió que te llevará a un lugar que conocéis bien los dos.

La miro extrañado, pero no hago preguntas. Le indico que me siga para que me espere en mi habitación mientras me cambio. Me aseo, con la puerta medio abierta para que me pueda oír, y le cuento todo sobre el sueño, visión o encuentro que he tenido hace un rato.

—¿Era una figura oscura, con forma humanoide y ojos amarillos? ¿No tienes ningún detalle más que pueda ser de ayuda? —pregunta

la diosa, tocándose la cara en señal de concentración. No intenta esconder en ningún momento su nerviosismo.

—Que da mucho miedo y que no era capaz de moverme es lo único que te puedo decir—. Solo de pensarlo, me vuelvo a paralizar. No había visto hasta ahora algo que me resultase tan horripilante; era como ver el auténtico vacío del espacio, como si me engullera.

Brigid se queda en silencio, esperando a que termine, mientras está sentada. Una vez acabo, me pongo unos pantalones vaqueros y una camiseta verde básica y salimos de la habitación.

Me acompaña hasta la puerta del castillo. Para abrirla hace un simple movimiento con su mano, de la que emana una luz amarilla mucho más clara que la de Noel que envuelve todo el umbral. Al abrirlo, no está el reino de Avalon. Me hace una señal para que cruce. Le hago caso y, con un simple gesto de despedida, cierra la puerta tras de mí, desapareciendo esta del lugar y dejándome solo en medio de un claro.

Muevo la cabeza de derecha a izquierda, examinándolo todo y reconozco el lugar: es el mismo sitio en el que vi a Noel convertido en un majestuoso ciervo. Por mera intuición, rehago el mismo camino de aquel día. Me adentro en el bosque, hasta llegar al claro. Al final de este, puedo ver las ramas del sauce llorón que tanto ha significado para nosotros, y a sus pies está Noel sentado. Me acerco con cuidado, observando el hermoso brillo del sol colándose por las ramas del árbol; la hierba no ha crecido nada desde que estuvimos aquí, y el viento está mucho más agitado que en otras ocasiones.

Noel me hace un pequeño gesto con su mano para que me siente a su lado. Me dejo caer sobre la roca y aprecio un gesto de tristeza en su cara. No tengo dudas: sabe algo y no sabe cómo decírmelo. Así que cojo la delantera:

—Noel, veo que tienes algo que contarme, pero tienes que esperar. Lo siento. Hay algo más importante que debo contarte ahora. He tenido contacto con otro ser sobrenatural. No sé si me invocó o aparecí yo allí de forma involuntaria, pero estaba en medio de un abismo escarpado y había una sombra oscura como el vacío de la noche y unos ojos amarillos centelleantes. Dijo algo como: «Tu

sangre tiene que correr por la piedra para que el mundo despierte». También se sorprendió de que estuviera allí.

La cara de Noel muestra auténtico miedo, aunque parece estar pensando qué monstruo o ser le puede encajar en la descripción que le he dado.

—El Consejo de los dioses ha decidido que hoy será nuestro último día antes del juicio. Mañana se abrirá la corte y te juzgarán. Y con esto que me acabas de contar, no puedo evitar sentirme abrumado.

—Al acabar, su mirada queda clavada en el fondo del bosque.

Quedamos unos minutos en silencio, durante los cuales no le saco el ojo de encima Está totalmente perdido en sus pensamientos. Sus ojos, normalmente llenos de chispa y vida, ahora reflejan una profunda preocupación. Sé que él siente el mismo miedo que yo: ¿qué pasará si no conseguimos ganar el juicio?

—Noel, no puedo dejar de pensar en lo que podría suceder si no logramos convencer al Consejo. Tengo miedo de lo que nos pueda pasar, de lo que puedan decidir.

Por fin lo he conseguido decir en voz alta. Noel gira su mirada hacia mí, sus hermosos ojos llenos de emoción gritan: «Yo también». Me agarra la mano y, acercándose a mí, dice:

—Lucas, tengo miedo de que nos separen, de que nos arrebaten el futuro que hemos soñado juntos. Pero más que eso, tengo miedo de no poder protegerte, de no poder cumplir cada una de las promesas que te hice. —Siento cómo se me forma un nudo en la garganta al escuchar sus palabras.

—Pase lo que pase, quiero que sepas cuánto te amo. No importa lo que decida el Consejo, mi amor por ti no cambiará. Eres y siempre serás esa historia que repetiría, aunque supiera que nuestro final no fuese como nos gustaría, porque siempre valdrá la pena haber visto al menos un atardecer junto a ti que pasar mil lunas sin haber oído mi nombre de tus labios —digo, sintiendo cómo Noel aprieta mi mano con fuerza y veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas, pero evita, con todas sus fuerzas, que se derrame ninguna.

—Lucas, tú eres la razón por la que sigo luchando. Hemos pasado por tanto juntos, hemos construido una vida que quiero seguir viviendo, y hemos luchado tanto por nuestros sueños que quiero ver

cómo los cumplimos al lado el uno del otro. No importa lo que decidan los dioses, yo siempre estaré contigo, en este mundo o en cualquier otro. Tú y yo siempre seremos el sueño del crepúsculo, como nosotros buscamos verlo, él busca tenernos.

Ya no puede contenerlas más. Las lágrimas comienzan a rodar por sus mejillas. Y yo solo puedo mirarlo. Impotente. Inútil. Quiero decirle que todo estará bien y volveremos a casa juntos, pero no puedo mentirle. No puedo mentirme. No creo que esto vaya a salir bien.

—Recuerdo la primera vez que te vi —digo, cogiendo una bocanada de aire y espirando con fuerza. Mi voz tiembla ligeramente —. Nunca imaginé que ese momento cambiaría mi vida para siempre. Has sido mi luz en los días más oscuros, Noel. Has sido la más bonita casualidad que la vida me ha regalado.

Noel sonríe, su expresión se suaviza.

—Yo también lo recuerdo, Lucas. Fue como si el universo conspirase para juntarnos. Cada día contigo ha sido un regalo, y no quiero que eso cambie. Debemos ser fuertes, ahora más que nunca. No importa lo que los dioses decidan, siempre encontraré el camino de vuelta a ti. Te lo prometo.

Esa promesa es el detonante de mi valentía. Por fin siento que puedo despedirme o, al menos, hacer algo parecido, por si ocurre lo peor. Y, con gran fuerza, le digo:

—Prometamos algo, Noel. Prometamos que, sin importar el resultado del juicio, siempre atesoraremos y honraremos nuestro amor, por el futuro que queremos o que hubiéramos querido tener. Aunque ocurra lo peor, nos tendremos el uno al otro aquí. —Le apoyo mi mano en su corazón, que comienza a brillar con intensidad, y ambos nos sorprendemos y nos damos cuenta de que el brillo de mi mano es blanco como la luna y el de su corazón naranja como el sol.

Sus ojos y los míos se encuentran en medio de tanta luz y ambos sonreímos. Ambas luces casan a la perfección formando un brillo estelar precioso. Es una luz nacida de nuestro amor. Única. Especial. De leyenda.

Noel asiente y dice:

—Te prometo que jamás podrás salir de mi corazón, Lucas. Se lanza a abrazarme y le correspondo.

En el abrazo, nuestra luz nos envuelve completamente y siento cómo nuestras emociones fluyen libremente. Puedo sentir su corazón latir contra el mío, al mismo son y con la misma fuerza. Dos corazones con el mismo valor y con la misma determinación: la de proteger y salvar al otro. En este momento, acabo de entender que, sin importar lo que suceda, y aunque pensemos y sintamos de formas distintas, el amor es el hilo que nos une, y en esto, estamos juntos.

Y en nuestro sitio de siempre, a los pies del sauce llorón, el silencio se proclama ganador. Nos quedamos así, abrazados, compartiendo un momento que se siente eterno y nuestro.

Pero sin poder olvidar, aunque luchemos por hacerlo, que el juicio del Consejo de los dioses está a escasas horas de comenzar.

CAPÍTULO 35:
EL CONSEJO DE LOS DIOSES

LUCAS



Me despierto con el corazón acelerado. A pesar de llevar un par de horas durmiendo, siento que no he descansado nada. Con los ojos aún cerrados, oigo el susurro de un suave aleteo en la ventana de la habitación. Un hada, del tamaño similar al mío y con un intenso brillo que ilumina sus alas, está flotando fuera del castillo.

Me levanto de la cama, abro la ventana y veo su rostro por completo. Es un chico joven, tanto que no creo que pueda ser un guardia del castillo. Me fijo bien en su cara y veo una inmensa preocupación. Antes de que diga nada, sé que Morgana lo ha mandado para avisarme.

—Vístete, Lucas. Va a empezar tu juicio —dice con voz temblorosa, más propia del cambio en la voz por la edad que por la urgencia que tiene.

Me giro hacia la cómoda, con las manos temblorosas mientras cojo cada prenda de ropa y me la pongo. El hada entra por la ventana,

abre la puerta y sale al pasillo. Me hace un pequeño gesto para que lo siga.

Atravesamos pasillos oscuros y fríos que hasta ese momento no había visto o, al menos, no los recordaba tan tenebrosos. El hada se detiene y, con un pequeño gesto de su mano derecha, entiendo que tengo que seguir solo. Cruzo una gran entrada y me fijo en que estoy en una gran sala iluminada por grandes orbes que simulan soles. Sigo moviéndome hasta el centro de la sala, con tanta luz no soy consciente de todas las personas que me rodean. Poco a poco, mi vista comienza a adaptarse a ese nivel de luminosidad y veo que allí están reunidas nueve figuras imponentes.

Son los dioses celtas; sus figuras majestuosas hacen que mis músculos se contraigan y me quede rígido sin poder mover ninguna de las partes de mi cuerpo. A simple vista, puedo decir que todos han optado por mostrar su forma divina.

En el centro, dominando la sala con su presencia, está Dagda, el padre de todos. Su barba blanca cae en ondas suaves hasta su pecho y sus ojos, llenos de sabiduría y poder, parecen leer mi mente y mi alma. Viste una túnica de colores oscuros, adornada con símbolos antiguos que brillan con un resplandor dorado. En su mano derecha sostiene un bastón de roble blanco.

A su izquierda, Brigid, la diosa del fuego y la curación, me observa con ojos cálidos y llenos de cariño. Si no fuera por eso, no la reconocería, ya que su apariencia no es la que conozco. Ahora mismo luce un cabello envuelto en llamas, sus pecas son como pequeñas hojas otoñales que decoran su piel pálida y sus manos emanan una energía reconfortante.

Justo a la izquierda de ella está Cernunnos, el dios de la naturaleza y los animales. Tampoco soy capaz de reconocerlo, lo único familiar en él es la calma que emana. Su figura es mitad hombre, mitad oso. Lo más llamativo son sus garras y sus ojos, que son de un verde profundo, como el bosque.

Siguiendo en la misma dirección, está Lugh, el dios del sol y las artes. Con su porte noble y mirada serena, solo puedo describirlo como un ángel envuelto en la luz del sol. Podría decir que es el ser más hermoso que he visto nunca, pero no soy objetivo.

El contraste llega a ser cómico, ya que a su lado está Morrigan, la diosa de la guerra y la muerte, con una presencia oscura y amenazante, como ver al bien y al mal representados; el ángel y el demonio.

Morgana, la reina de Avalon, se mantiene cerca de Morrigan y enfrente de Dagda. Su sola presencia impone respeto. Hoy está especialmente deslumbrante: lleva un vestido escarlata, más corto y ligero que los que suele lucir, claramente diseñado para moverse con soltura si la situación se complica. No puedo imaginarme una situación donde esto se complique más y, aunque se diera, ella ha dejado claro que aceptará la decisión del Consejo. Solo cuenta con voz, no con voto.

Y a las tres últimas figuras no las conocía personalmente, pero Cernunnos me había hablado de ellas.

Airmed, la diosa del ciclo de la vida y la medicina, destaca por una melena de plantas y flores que cuelga hasta el suelo, como si su cabello fuera una prolongación viva del bosque. De todos los presentes, es la que más magia emana; un flujo constante de energía natural la recorre, como un río invisible que fluye desde la tierra hacia el cielo a través de su cuerpo. Según me contaron una vez, Airmed derramó tantas lágrimas por la muerte de su hermano, que de cada una surgieron hierbas con propiedades curativas. Desde entonces, guarda el conocimiento de todas las plantas sanadoras, y se dice que su sola presencia puede restaurar cuerpos y también almas. Es justo el tipo de diosa a la que creemos que podemos ganarnos con nuestra historia de amor.

Giro un poco más la mirada y veo a un hombre que, por las leyendas que conozco, parece un tritón. Su cuerpo es totalmente humano, pero tiene branquias visibles y varias aletas que sobresalen de sus brazos y piernas. No puede ser otro que Manannán mac Lir, el dios del mar. Su piel resplandece con un leve matiz azulado, y sus ojos poseen la profundidad del océano. Cernunnos me contó que Manannán no solo gobierna las aguas, sino que también protege los portales entre mundos. Su barca mágica puede cruzar dimensiones y es capaz de adoptar cualquier forma. Dicen de él que es reservado y escurridizo. No es candidato a que esté a mi

favor, será pragmático y eliminarme es más fácil. Puedo leer en su cara que esto es una pérdida de tiempo. Y, por último, cerrando el círculo, está Goibniu, el dios herrero.

Su complexión robusta encarna la fuerza y la destreza de los artesanos antiguos. Los músculos de sus brazos parecen cincelados por el fuego mismo, y su piel, curtida por el calor de la fragua, reluce con un tono bronceado. Lleva un mono de trabajo y un cinturón repleto de herramientas, entre las que destaca un martillo enorme con grabados que brillan con un leve resplandor anaranjado, como brasas aún vivas. Según me explicaron, Goibniu no solo forjaba armas perfectas, sino que también ofrecía un banquete sagrado cuyos platos podían curar cualquier herida. Se dice que cada golpe de su martillo mantiene el equilibrio entre la destrucción y la creación, entre la guerra y la restauración. Quizás sea la gran incógnita, creemos que puede estar en contra de mi ejecución por lo ecuánime que es. No obstante, si mi mera existencia desequilibra el mundo, puede aprobar la ejecución.

Una vez veo y repaso a cada dios de arriba abajo, oigo un carraspeo de voz. Sigo quieto, sin saber qué hacer o qué decir. Debo admitir que, aunque me hayan instruido para esto, no recuerdo nada de lo que me habían dicho Noel y Cernunnos.

De pronto, Dagda levanta la voz, resonando como un trueno por toda la sala:

—Hoy nos reunimos para juzgar a Lucas, un humano cuya existencia puede alterar el propio Orden. Este Consejo será presidido por mí, Dagda, padre de todos, para asegurar que la justicia y el equilibrio prevalezcan.

Un murmullo recorre la sala; se miran unos a otros, como para determinar quién debe hablar primero. Pero Morrigan se adelanta, su mirada oscura se clava en mí.

—Lucas debe morir —sentencia sin un ápice de duda—. Él es un peligro para nosotros, para todo lo que hemos construido. Su relación con Lugh es el catalizador de una profecía que podría llevar al fin del mundo humano y, aún más importante, del mundo mágico.

Cada una de sus palabras se clavan en mí, solo puedo sentir cómo el ambiente de la sala se endurece, como si la gravedad quisiera

aplastarme. Siento, en la mirada de todos los dioses, dudas, juicios y miedos. Puedo percibir todo esto en cada uno de los allí presentes, menos en uno. Miro hacia él y dentro de mí una llama de esperanza se mantiene viva.

Veo cómo Lugh, que hasta ese momento había permanecido en silencio, da un paso adelante.

—Lucas no es una amenaza —dictamina con valor—. Su corazón es puro. No busca destrucción, sino equilibrio. Ha sido un humano extraordinariamente ordinario, que solo ha perseguido la felicidad y ha querido compartir y regalarme parte de ella. Nunca me haría daño. No tengo dudas, le confiaría mi vida. La profecía de Morrigan es una interpretación errónea del futuro que vendrá.

Puedo ver cómo Morrigan chasquea la lengua con desdén.

—¿De verdad crees que es así de simple, Lugh? La profecía claramente indica que el mundo caerá en caos si mueres, y Lucas está en el centro de esa predicción. Su relación con Lugh es lo que desencadenará el desastre. Todo encaja demasiado bien. No eres tan ingenuo para creer que el amor evita las desgracias. De hecho, algo que nos ha enseñado la historia es que el amor atrae las desdichas y las tragedias a aquellos que lo portan y defienden.

Cernunnos interviene una vez Morrigan acaba su alegato. Su voz profunda parece resonar desde las profundidades de la tierra.

—No debemos apresurarnos a juzgarlo. Los druidas siempre han sido nuestros aliados, guardianes del equilibrio natural. Morrigan, tu interpretación puede estar equivocada. Matar a Lucas no traerá paz, solo más caos. Y el fin de la especie más bondadosa y pacífica que hemos tenido el placer de conocer.

Al mencionar «druida», toda la sala enmudece. Veo la cara de asombro de Manannán mac Lir, como si eso fuera imposible, pero me sorprende más el sollozo ahogado de Airmed. Ella misma me mira de arriba abajo y una lágrima recorre su cara. La deja caer al suelo y esta se transforma en un pequeño girasol. Se inclina a mirarla y le susurra algo que no alcanzo a oír. El girasol brilla con una luz verde pistacho que no había visto nunca y que resulta muy agradable para los sentidos. Cuando la luz se desvanece, el girasol está apuntando con su flor hacia mí.

—Es un druida —susurra con delicadeza—. Después de tantos siglos, ha sobrevivido uno.

Brigid asiente y añade:

—Debemos recordar que los druidas han logrado grandes cosas. Han mantenido el equilibrio, han protegido a nuestro mundo y al mundo humano. No podemos ignorar sus contribuciones ni el sacrificio que han hecho por nosotros. La relación entre Lucas y Lugh no debe ser vista como una amenaza, sino como una oportunidad para fortalecer los lazos entre nuestros mundos y la oportunidad perfecta para proteger y recuperar la especie.

Se genera un silencio tenso en la sala. Inhalo profundamente y suelto el aire desde el diafragma, consiguiendo calmarme. Me fijo en que todos están admirando mi naturaleza mágica, pero me satisface más ver la cara de Morrigan al darse cuenta de que la mayoría de los dioses están en desacuerdo con ella. Está apretando tanto los dientes que podría romperlos.

—No me gusta lo que voy a decir, pero Lucas debe morir. Hace siglos que perdimos a los druidas y eso fue un golpe muy duro para el mundo mágico, pero su esencia mágica confirma la profecía. Con la revelación de Lucas, todo cobra sentido. —Su cara refleja certeza, hasta hace un momento todo era confusión, pero algo en su cerebro divino ha conectado.

Trago saliva. No me gusta el rumbo que puede tomar este juicio.

—Os revelaré la profecía completa:

Cuando el cielo tiemble bajo un sol que no pertenece al día, y el amor despierte más allá del velo, dos portadores sellarán su destino entre la luz y la herida: uno forjado de fuego antiguo, y otro de carne soñadora.

Del dios dorado, caído por elección, nacerá la última aurora.

Y del humano que ama sin condición, el vínculo que une lo imposible.

No es la oscuridad lo que

romperá el Orden, sino la mentira vestida de necesidad.
De ese engaño nacerá la ruptura, y los mundos, humano y mágico, colisionarán sin frontera.
Uno abrirá las puertas con su vida. El otro extinguirá su llama, en la memoria, en la carne, en la propia tierra se grabará la pérdida.
No habrá regreso. Solo destrucción.

—Por si alguno no lo entiende lo explicaré. —Clava su mirada en mí. Tengo claro que ha sido cortés, porque más bien quería decir: «Humano tonto, te explicaré qué quiere decir esto»—. Habla de dos seres: Lucas y Lugh. El primero abrirá las puertas y el segundo morirá. Pero no solo él, ya que todo acabará en DESTRUCCIÓN.

Cuando escapa la última palabra de sus labios, la sala queda en un profundo silencio, y todos parecen intentar asimilar lo que Morrigan acaba de revelar.

Morgana, que hasta ese momento había estado callada y estudiando la situación, se adelanta y, con una voz serena pero firme, dice:

—Es cierto. Fue Merlín quien cerró las Puertas del Inframundo con Excalibur hace ya mucho tiempo, por lo que la sangre de un druida tiene el poder necesario para mantenerlas, asegurando que el Orden entre Vida y Muerte se mantenga.

Dagda, con una expresión de preocupación, asiente. No puedo interpretar nada de su semblante. Lo que está sucediendo en esa cabeza divina resulta un misterio para mí.

—La sangre de un druida es poderosa. Lucas, siendo posiblemente el último de su especie, podría sellar las Puertas del Inframundo y evitar que el caos se desate. Pero debemos considerar las implicaciones de este sacrificio.

Vuelvo a sentir cómo la gravedad me aplasta, cada vez más y más pesada. Agacho la cabeza y acepto mi destino. No entiendo cómo, por un momento, pude creer que saldría airoso de este juicio.

De pronto, Lugh, con una mirada intensa, recuerda algo.

—Hubo un suceso con el último druida que conocí. Él habló de un sacrificio necesario, pero también de una posible alternativa.

Debemos considerar todas las opciones antes de condenar a Lucas a una muerte segura.

Los ojos de Noel siguen ardiendo con esperanza y optimismo. Quizás aún haya una manera de cambiar mi destino y salvar ambos mundos sin tener que sacrificar mi vida, aunque cada vez parece más difícil.

CAPÍTULO 36:
EL DRUIDA QUE PASÓ A LA HISTORIA

LUGH



Comienzo a relatar la historia de Merlín a todo el Consejo. Todos los aquí presentes la conocen, aunque puede que muchos la tengan enterrada entre los pliegues del tiempo y el dolor que conllevó dicha pérdida. Con cada palabra, los recuerdos golpean mi mente y me siento transportado a ese momento.

En una época de caos y desesperación, un joven que debía ser rey, su hermana —semihada—, y un experto druida decidieron formar un lugar que cuidara y protegiera a los seres mágicos. Para establecerlo, prometieron a los dioses erradicar a todo ser malvado del mundo. Para esta misión, Merlín decidió abrir una puerta a otro plano de la realidad, un espacio entre mundos. Él lo llamó el Vacío. Este lugar era una dimensión entre el mundo de los vivos y el Annwn.

El Annwn era conocido como el paraíso; allí iban a parar todas las almas buenas, donde todo el que llegaba gozaba de juventud eterna

e innumerables placeres.

Merlín decidió utilizar el Vacío para albergar y castigar a todas las almas oscuras y malignas, y la forma que ideó para que entraran y salieran de ese lugar no fue otra que dos puertas, una pegada a la otra, a las que llamó las Puertas del Inframundo.

El gran druida las cerraba y abría a su antojo para desterrar almas.

Este intrépido grupo recorrió el mundo para liberarlo de toda maldad mágica. A medida que iban logrando victorias y liberando pueblos del yugo del mal, más seres creían en ellos, hasta el punto de que yo, Lugh, dios del sol, me uní a su periplo. Primero, como compañero; luego, como amigo; y, finalmente, como amante del hada más valiente e ingeniosa que tuve el placer de conocer.

Cuantos más seres traspasaban las Puertas del Inframundo, más se debilitaban. Hasta que comenzó a resquebrajarse. Su estructura mágica, diseñada para contener a las almas malignas, ya no era lo suficientemente fuerte. A través de sus grietas, demonios y muertos empezaron a filtrarse de vuelta al mundo de los vivos, trayendo con ellos destrucción, miseria y un caos que amenazaba con devorarlo todo. Esto dio comienzo a la Última Gran Batalla, éramos pocos para hacer frente a una marea interminable de poder corrupto y servidores del caos. Por cada enemigo que caía, otros resurgían. De un momento a otro, sentimos un poder que nos heló a todos la sangre. Procedía de las puertas, era la representación divina de la destrucción. Todos creímos, por un momento, que era la mismísima oscuridad.

Merlín, con esa intuición sobrenatural que lo caracterizaba, comprendió que ya no bastaba con cerrar las puertas una vez más. Si no actuaba de inmediato y con una solución definitiva, ambas realidades, la humana y la mágica, acabarían colapsando.

Entonces tomó una decisión desesperada: abrir por completo las Puertas del Inframundo y, en un acto de pura magia primigenia, generó un vórtice que nos arrastró a todos al Vacío. Ese torbellino de energía no discriminaba entre luz y sombra.

Miramos de un lado a otro y no reconocimos el entorno. Morgana y yo, al cruzar nuestras miradas, lo supimos: nos encontrábamos en el punto donde los mundos convergen, un lugar oscuro y siniestro,

donde el aire mismo parecía estar cargado de muerte. Las Puertas del Inframundo eran mucho más descomunales que en nuestra realidad, hechas de piedra negra, y sus runas brillaban con una luz oscura y púrpura. Emanaba una gran cantidad de poder de ellas. Todavía siento los escalofríos; era una fuerza que buscaba romper el equilibrio y traer el caos.

Había muchos enemigos y los lideraba una figura aterradora, similar a una sombra. Al observarla bien, entendimos que de ella procedía ese poder que nos había paralizado hacía tan solo un momento.

Intentamos dar batalla, pero no teníamos ni la fuerza ni el poder para hacerlo. Mi magia se vio mermada por la falta de sol, resultaba bastante inútil para el combate. Morgana luchaba como una valquiria, lanzándose directamente contra la sombra. El joven que debía ser rey, Arturo, luchó contra pequeños demonios con alas de murciélago. Ambos hacían todo lo posible por darnos tiempo a Merlín y a mí.

Nunca ganaríamos en ese territorio, y Merlín lo sabía. Tenía que abrir las puertas para que pudiéramos cruzar de nuevo y repararlas para dejar a todos los enemigos dentro. Se acercó a ellas y, al invocar las fuerzas primigenias, las manillas comenzaron a iluminarse con una luz ancestral. Él tiró de la derecha y yo de la izquierda. Fuimos abriéndolas poco a poco, con esfuerzo, pero el tiempo corría en nuestra contra.

Pero, sin previo aviso, la sombra lanzó a Morgana con una fuerza descomunal. Su cuerpo atravesó el pequeño hueco que habíamos abierto entre ambas puertas y regresó a nuestro mundo. El impacto fue tan brutal que Morgana quedó inconsciente al instante.

Al notar cómo la luz del sol se colaba por la apertura de la puerta, me hice cada vez más fuerte y la abrí del todo. Corrí hacia donde había caído Morgana para ver cómo estaba.

Merlín abrió su puerta y ayudó a que Arturo pudiera llegar hasta ella. Ambos se miraron, y Merlín le hizo un gesto a Arturo para que cruzase. Pero, sin tiempo a que Merlín reaccionara, Arturo se interpuso entre el ataque de la sombra y él. Esta atravesó el pecho de Arturo, quien, con un último esfuerzo, empujó a Merlín a

través de la puerta y le lanzó a Excalibur. Esta cayó a los pies del druida. Aprovechó que la garra de la sombra le atravesaba para retener a ese ser de oscuridad. En ese momento, le gritó a Merlín que la cerrase.

Solo pude ver cómo Arturo se sacrificaba por nosotros, por este mundo. Y yo no pude hacer nada.

Merlín, con Excalibur en la mano, comenzó el ritual para reparar y cerrar las puertas. Sus palabras eran un antiguo cántico druídico que no había visto en mis milenios de vida. La espada comenzó a brillar con la luz más pura que había visto; era como un faro de esperanza en medio de tanta oscuridad.

—Escuchadme, fuerzas de la vida y la muerte, yo, Merlín, druida y guardián del Orden, os convoco. Que el poder de la vida selle estas puertas y mantenga el equilibrio entre los mundos.

Las Puertas del Inframundo temblaron con fuerza, como si se resistieran a la magia de Merlín. No tenía poder suficiente para lograr repararlas y cerrarlas. Dejé a Morgana apoyada en el suelo y me lancé hacia él, ofreciéndole mi mano para que canalizara toda mi energía y así poder completar el ritual.

Continuó con el cántico:

—La sangre de un druida es el vínculo entre la vida y la muerte. Por ello, tómala y permíteme cerrar las puertas.

Aun usando gran parte de mi poder, el druida tuvo que verter parte de su esencia en cada palabra, en cada gesto e imbuirla en Excalibur, la cual comenzó a resonar con su poder. La luz se intensificó, manteniendo a raya la oscuridad, y las puertas comenzaron a cerrarse.

La energía a nuestro alrededor se percibía claramente, una batalla de fuerzas opuestas. Merlín levantó Excalibur y, en un movimiento fluido, la clavó en la roca que había frente a las puertas. Agarró el filo y apretó con fuerza; su sangre comenzó a recorrer la espada hasta llegar a la base de la roca. Una explosión de luz pura se extendió, recorriéndolo todo. La oscuridad fue engullida por la luz y las runas oscuras de las puertas desaparecieron. Las puertas se cerraron para siempre.

El cuerpo agotado de Merlín cayó al suelo y su psique se rompió completamente. Desde ese día, con la pérdida de Arturo y el uso de ese hechizo, el druida que pasó a la historia jamás volvió a ser el mismo.

Ninguno de los allí presentes volvimos a ser los mismos. Morgana se convirtió en reina sin poder velar a su hermano, y Merlín no pudo llorar a su aprendiz, pues su personalidad se quebró en decenas de voces que oía sin parar. Solo pudimos ser espectadores del paso del tiempo y como este transcurría de forma acelerada. No pudimos hacer nada por ralentizarlo. Los años se transformaron en décadas y las décadas en siglos, hasta que un día perdimos al último druida que había pisado la Tierra.

Ese día no estábamos en Avalon, sino en un claro del bosque, ese que Lucas y yo conocemos tan bien. Morgana estaba a mi lado, con el rostro lleno de desolación; no podía aceptar lo que estaba por venir. Frente a nosotros, a los pies de un joven sauce llorón, se encontraba Merlín. Su rostro, marcado por los años y la sabiduría, reflejaba una paz inquietante. La apariencia de Merlín se había visto desgastada por el paso del tiempo. Donde antes veíamos una figura imponente, una mezcla de sabiduría antigua y poder indomable, ahora su cuerpo parecía la imagen de la fragilidad y la mortalidad humana. Sin embargo, ese día pude ver en sus ojos al Merlín de antaño, el Merlín que fue: maestro y padre para unos niños muy especiales que no encajaban en ningún mundo, el aventurero que quería levantar un paraíso seguro para todo ser mágico, el héroe de las leyendas y el druida más grande de la historia.

Allí, sentado bajo las hojas del joven sauce, carraspeó y dijo:

—Morgana, Lugh, mi tiempo ha llegado. Mi vida mortal no soporta más estar en este plano con este cuerpo, pero no puedo irme aún sabiendo las luchas que nos quedan por batir. Mi vida se acaba aquí, pero mi esencia os acompañará durante más tiempo. Estaré aquí mismo —dijo, tocando las raíces del árbol.

El sauce, aún joven y vibrante, parecía resonar con la energía de Merlín. Sus ramas se inclinaban hacia él como si entendieran lo que iba a ocurrir a continuación.

Morgana tomó una respiración profunda, sus ojos brillaban con las lágrimas contenidas; no se permitía dejarlas escapar, y menos en lo que podía ser un adiós.

—¿De verdad no hay otra manera? —preguntó con un ligero temblor en su voz.

Merlín sonrió con tristeza y asintió lentamente.

—Mi esencia se unirá a este árbol, y a través de él, la magia druídica perdurará. Conmigo no tiene que morir la especie; perdurará de una forma u otra.

Nos miramos confundidos, buscando respuestas en sus ojos.

Merlín extendió una mano, tocando el tronco del sauce.

—La vida es un ciclo y, en ocasiones, es necesario que algo muera para que otra cosa viva. Pero si se logra canalizar esta esencia de manera correcta, no todo debe perderse. Adiós, familia.

Con esas dos últimas palabras, el mayor druida que el mundo ha tenido el placer de conocer se desvaneció y parte de nuestra realidad se fue con él. Todo cambió y nosotros también.



Vuelvo al presente, con la memoria aún vívida en mi mente. Los ojos de los dioses están fijos en mí, esperando a que termine de hablar. El silencio en la sala es pesado y muy denso. Trago saliva y creo que lo que voy a decir podrá cambiarlo todo.

—Merlín dejó su esencia en el sauce llorón, en un acto que ahora entiendo como una prueba de que existen alternativas al sacrificio de la vida —comienzo, con la voz temblorosa al principio, pero ganando firmeza con cada palabra—. Morgana, Lucas y yo sabemos muy bien dónde está ese árbol. Podríamos canalizar su poder, podríamos reforzar las Puertas del Inframundo sin necesidad de la muerte de Lucas.

Dagda, el padre de todos los dioses se muestra pensativo. Su mirada es profunda y parece sopesar mis palabras con gran cuidado. Una chispa de esperanza parece encenderse en los ojos de algunos dioses, un destello de posibilidad en medio de la oscuridad.

La sala se llena de un murmullo de discusión, voces bajas y susurrantes que se entrecruzan como un río. Puedo ver a Brigid intercambiar una mirada significativa con Cernunnos, mientras que Airmed y Goibniu parecen estar considerando seriamente esta nueva revelación. Quizás, solo quizás, haya una manera de evitar el destino sombrío que parece aguardarnos.

Miro de reojo a Morgana; sé que utilizar la esencia de su mentor no va a ser fácil de aceptar, por eso, interrumpo para que cese el revuelo en la sala y me dirijo a ella directamente:

—Es egoísta por mi parte, pero ¿aceptarías esta posibilidad?

Morgana mira directamente a Lucas, luego a la ventana que tiene abierta justo al lado y, sin cambiar su expresión un ápice, dice:

—Sí, primero es la vida de Lucas. Es lo que él hubiera hecho si estuviera vivo.

La contestación de Morgana es suficiente para que todo quede en completo silencio.

—Es una buena opción. Mantenemos viva la especie druida con Lucas y reforzamos las puertas, lo que favorecería que nadie o, mejor dicho, ningún druida, pueda abrirlas aunque quiera, ya que necesitaría un poder que rivalizara con el del mismísimo Merlín. —Es Dagda quien rompe la calma dirigiendo su mirada a Lucas y sonriendo—. No cuentas ni con la intención, ni con el poder, no podrías abrirlas. Esto sería nuestro seguro para mantener a salvo ambos mundos y a Lucas. Un escenario en el que todos salimos beneficiados. Sin embargo, el hecho de que Lucas conozca ahora la existencia de las Puertas del Inframundo y posea magia druídica lo convierte, inevitablemente, en una posible amenaza.

Tiene razón. Tengo que dar con una solución para esto.

Respiro tres veces con suavidad y, ocultando una preocupación incipiente, doy un paso adelante; mi porte es noble e irradia una falsa confianza.

—Tienes razón, por eso se le privará de ambas «amenazas». —Acompaño la palabra con un gesto entrecomillado para mostrar mi disconformidad con ese concepto que hace referencia a Lucas—. Una solución será que drenemos su magia, no podrá canalizarla ni usarla. Por tanto, no podrá abrir la puerta con su esencia. Su sangre

ya no portará la magia necesaria para abrirlas y ni él ni nadie podrán usarla para ello. Por otra parte, deberemos borrarle todo conocimiento del mundo mágico. Si no recuerda nada, no sabrá nada acerca de las Puertas del Inframundo. Además, podremos preservar la especie druida por medio de su descendencia y seguirles la pista para instruirlos, devolviéndolos al papel de guardianes del equilibrio entre ambos mundos.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal al pronunciar estas palabras, pero tengo que convencerles cueste lo que cueste.

—¡Espera! No quiero... —Lucas interrumpe con un tono de voz demasiado elevado para estar tratando con deidades, pero Morgana, con su presencia imponente y mirada autoritaria, se encarga de cortar.

—Silencio, Lucas. Este es un momento crucial —dice, su voz firme. Se acerca a él y le susurra algo que no soy capaz de oír, pero sí que puedo leer en sus labios: «Primero tu seguridad, luego todo lo demás».

Todos los dioses están de acuerdo, menos Morrigan, quien frunce el ceño y parece estar a punto de objetar. Pero antes de que pueda decir nada, Dagda levanta una mano para detener cualquier intención de discusión.

—¿Quién está a favor? —pregunta, su voz resuena por toda la sala.

Todos levantan la mano menos Morrigan. Y entonces, algo interrumpe el momento.

—¡BASTA! —grita Lucas. Pero su voz no es solo voz, sino eco, un gran viento se levanta.

Toda la sala tiembla con ese rugido. La temperatura cambia. Las llamas de las antorchas bailan erráticas. El suelo tiembla levemente bajo nuestros pies.

—¡Estoy harto de vuestro paternalismo celestial! ¡Harto de que decidáis sobre mí como si no importara lo que yo quiera! —Su pecho se eleva y desciende de forma abrupta, la furia inunda sus ojos —. ¡Todo este juicio, toda esta pantomima, ha sido una condena desde el principio!

Esto no es valor. Esto es pura rabia. Esa que ha contenido durante semanas.

Da un paso al frente. Nadie quiere interrumpirlo, ni siquiera Morgana. No sé si querrán matarlo después por tal insolencia o solo están viéndolo como quien ve a un bebé llorar.

—¡Me perseguís, me atrapáis, me encerráis! Me juzgáis por una magia que yo no pedí tener. ¡Me acusáis de ser una amenaza por una profecía que ni sabéis si es real! —Levanta las manos y una ráfaga de energía blanca y verde estalla desde sus dedos, como si la propia naturaleza respondiera a su enfado—. ¡¿Y ahora queréis borrar mis recuerdos?! ¿Arrancarme lo único real que tengo, que es saber quién soy y a quién amo?

Las runas del suelo parpadean. Algunos de los presentes dan un paso atrás. Incluso Morrigan arquea una ceja. Ella es quien más está disfrutando de esto, sabe que solo necesita que le dé una excusa para matarlo.

—¡Ni siquiera me disteis la oportunidad de comprender lo que soy! ¡Por favor, ni vosotros mismos, los todopoderosos dioses, sabíais que existía! ¡Y ahora resulta que mi sangre puede abrir unas malditas puertas infernales! ¡¿Y la solución es arrancarme mi esencia?! ¡¿Borrarme los recuerdos?! ¡¿Convertirme en una cáscara y en una granja de reproducción para seguir vuestros planes y procrear más druidas?!

Un haz de luz atraviesa la cúpula del castillo. Las paredes vibran. La magia druídica de Lucas ha despertado. El Bosque Feérico y el Gran Árbol se estremecen en la distancia, en señal de desaprobación ante el Consejo.

—¡No soy una herramienta! ¡No soy un recipiente para vuestros fines! ¡Soy una persona! —La energía a su alrededor se arremolina, como si todo el bosque, el viento y la tierra le reafirmara su creencia.

Lo miro y, por un segundo, tengo miedo. No porque pueda hacernos daño, sino porque jamás lo había visto así, hablando con tanta libertad, sin su filtro, ni su *bienquedismo*.

Lucas baja lentamente los brazos. Las luces comienzan a apagarse. Solo queda el sonido de su respiración agitada. Está

agotado, física y emocionalmente.

—Y si todo esto era por mi seguridad... os lo digo ya: prefiero morir con mis recuerdos a vivir como un desconocido para mí mismo.

El silencio es sepulcral. Ningún dios decide decir nada.

Dagda se aclara la garganta, su expresión ha cambiado. Está contemplando no solo a un humano, sino a un druida que acaba de recordar de dónde viene su linaje.

—Siento mucho todo lo que te hemos hecho pasar —dice con solemnidad—. No obstante, no podemos permitirnos movernos por caprichos, sentimientos o ideales. Tenemos un deber con ambos mundos, con el propio Orden. Tus palabras han sido escuchadas, pero, lamentándolo mucho, han sido rechazas. Y te pediría que en el futuro reconsideres las formas con las que te diriges al Consejo —hace una pequeña pausa—. Iremos en una hora a resolver lo de las Puertas del Inframundo, e iremos todos, incluido Lucas. Luego drenaremos su magia y borraremos sus recuerdos sobre el mundo mágico. ¡Preparaos todos! Lugh y Lucas, aprovechad este tiempo.

La sala comienza a vaciarse; cada uno de los presentes se marcha a hacer los preparativos correspondientes. Me quedo de pie, sintiendo una mezcla de alivio y tristeza. Puedo ver en los ojos de Lucas cómo la esperanza que había sentido unos momentos antes es ahora un tenue hilo que pende sobre un abismo. No va a aceptar que le borren los recuerdos. Lo entiendo, pero era la única manera.

Me acerco a él y coloco mi mano en su hombro, pero él la quita. No me mira.

—Era tu vida o tus recuerdos, y lo siento, pero si tengo que escoger, prefiero una vida humana sin que sepas quién soy en realidad que tu muerte prematura —digo, con la voz más suave que puedo. Pero él me mira como si acabara de apuñalarlo.

—¿Y a mí quién me preguntó? —susurra. Y, por primera vez, no tengo respuesta.

CAPÍTULO 37:
¿Y SI EN LUGAR DE DISCUTIR, OS DESPEDÍS?

LUCAS



Mis pensamientos se arremolinan, tratando de encontrar algún sentido a todo esto. No tengo a Noel delante hablándome, era Lugh, y, cómo no, un dios siempre va a saber lo que es mejor para mí. Quiero gritarle que no decida por mí y que entienda que no quiero ser una marioneta en manos de los dioses. Agradezco que absuelva mi vida, pero no puede ser que el coste sea mi libre albedrío, mis recuerdos y mi descendencia. Me perdonan la vida, pero me esclavizan según sus deseos e intenciones; eso no lo quiero aceptar, y menos si no recuerdo todo esto para poder pensar por mí mismo. Sé que sería controlado, sin tener ni idea de que lo estoy siendo.

—Lucas —oigo cómo me susurra Lugh con la voz llena de preocupación y algo más profundo, algo que solo los años de amistad y amor podían traer—, no quiero que discutamos. Decidir sin tenerte en cuenta está mal y, para qué engañarnos, tienes razón en todo lo que nos has gritado, pero no sé hacerlo de otra forma. Lo siento. Habla conmigo, por favor.

Nos apartamos a un lado de la sala, mientras Morgana da varias órdenes a sus soldados. Me siento en la repisa de la ventana, y la piedra fría bajo mis dedos parece absorber el calor de mi piel; el aire está cargado de tensión. Antes de empezar a hablar, Lugh baja la cabeza y su forma divina se desvanece en motas de luz. Por fin puedo ver a Noel.

—Para hablar y estar contigo, mejor así. De esta forma me siento yo mismo.

No lo sabía, pero necesitaba ver esa cara y tenerlo justo delante de mí. Así me siento más tranquilo, como si todo lo demás no estuviera ocurriendo. Es la calma en tanta tempestad. Pero entre tanta calma, siento un vacío enorme. Estallé. Dije todo lo que pensaba y sentía y una vez más, nadie me oyó.

Noel es el único que lo hace y, a veces, no tengo ni que decirlo, sabe lo que pienso o siento. Pero tomar esa decisión por mí… es pasarse.

Apresuradamente, suelto sin pensar:

—No quiero que me borren los recuerdos sobre quién eres —digo con la voz quebrada por la emoción—. No quiero olvidar todo lo que hemos vivido estas últimas semanas, no quiero olvidar quién eres, quién soy. Y, lo más importante: no quiero que mi vida quede supeditada al Consejo. Yo solo quiero vivir libre y contigo.

Noel no deja de mirarme en cada palabra que digo. Su rostro se tiñe de una gran tristeza y vulnerabilidad. Sé perfectamente qué está pensando: «No lo he podido hacer mejor, esto es lo que he podido conseguir». Ya lo ha admitido, pero no es suficiente.

—Lucas, es el único modo —responde con voz ronca, como si intentase tragar su frustración—. Si no lo hacemos, siempre te considerarán un peligro para nosotros y sí, te verán como una herramienta: útil si estás en su equipo y peligrosa si no lo estás. Por eso, debemos hacerlo. Es por tu bien y por el nuestro. Estaremos juntos. La desesperación se apodera más y más de mí. La idea de olvidar todo lo que sé sobre la vida de Noel, sobre quién es cuando es Lugh, todo lo que vivió, todo lo que hemos luchado, mis orígenes y mi libertad, me parece una crueldad insoportable. Aceptar que seré un muñeco en las manos de cualquiera es

inaceptable. Y no permitiré que me utilicen para crear nuevos druidas, no permitiré que usen a mi descendencia como guardianes del equilibrio y el Orden.

Antes de que pueda replicar, Morgana se acerca.

—Disfrutad de este tiempo —nos ordena, su voz parece el susurro del viento entre las paredes de la sala—. Os recomiendo que os digáis todo lo que no os podréis decir luego, porque será la última vez que podáis hablar sabiendo quiénes sois de verdad. Os guste o no, al menos no perdáis la oportunidad. Noel, tú lo recordarás todo y te vendrá bien una última conversación para recurrir a ella cada vez que, en el futuro, dudes si contarle la verdad o no. Y a ti, Lucas, siento esta situación y prometo que me encargaré de que nadie te utilice. Lucharé por tu libertad y felicidad, porque si alguien de todos merece tenerla, eres tú. Sí, borraremos tus recuerdos, pero no podremos borrar las marcas que estos dejan en tu alma. Siempre los sentirás ahí. No entenderás completamente a Noel, pero estarás tranquilo porque siempre comprenderás sus rarezas.

Hace una pequeña pausa, sus ojos penetrantes se mueven entre nosotros con una mezcla de ternura y complicidad.

—Aprovechad este momento para despediros de esta faceta de vuestras vidas. Es el precio a pagar para estar juntos. Personalmente, estaría dispuesta a pagarlo si me lo permitieran.

Con esas palabras, Morgana nos deja solos nuevamente. Sus palabras retumban en mi cabeza y en mi corazón. No entiendo el porqué, pero creo con fe ciega cada una de las palabras de la reina. Miro a Noel y comprendo lo que estaba a punto de perder. No tengo voz ni voto, pero por mucho que me enfade con él, seguiré sin tener forma de cambiar nada. Al menos, tener este momento que es única y exclusivamente nuestro.

—¿Qué echarás de menos? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme.

Me mira, su expresión se suaviza y, antes de comenzar a hablar, posa su mano encima de la mía.

—Echaré de menos tu manera de ver el mundo mágico con asombro, ha sido como ver a un niño descubrir el mundo por

primera vez. Me has hecho redescubrir cómo de maravillosa es la magia. Echaré de menos tus preguntas curiosas, tu valentía enfrentándote a brujas, kelpies e incluso a un Consejo lleno de dioses. Pero lo que más echaré de menos es no tener que ocultarte nada de mi ser, poder ser todos mis *yoes* contigo.

Las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos. Me duele verlo llorar. Ahora entiendo que a mí me borrarán los recuerdos, pero él será quien viva con las secuelas, porque nunca podrá ser él mismo conmigo, siempre me esconderá su auténtica naturaleza y nunca podremos recordar juntos nuestras aventuras. Siempre tendrá que cohibirse y atar lo que siente. Tendrá que dejar de ser, en parte, el Noel que veo ahora mismo para poder estar conmigo. Ambos sacrificaremos mucho. Supuestamente, deberíamos sentir que hemos ganado, pero a qué coste.

—Me encantaría poder echar de menos, pero es algo que no podré hacer —me río con una pizca de ironía y continúo—. Sin embargo, aunque no pueda recordar, te puedo decir que echaría de menos tu fuerza, tu luz, tu forma divina, tu capacidad para transformarte en un ciervo bonito y que, en realidad, muchos te consideren un *leprechaun*. Pero, sin duda, lo que más echaría de menos es poder entenderte completamente.

Nos quedamos en silencio, permitiendo que nuestras palabras puedan quedarse dentro de cada uno. Cada segundo que pasa parece estar cargado de un sentimiento que nunca más volveremos a compartir. Pero tan solo queremos estar aquí, en silencio, mirándonos y aceptándonos, como nunca más volveremos a hacer. Finalmente, rompo el silencio.

—Noel, cuando no recuerde todo esto ¿podrás hablarme de ello? No me malinterpretes, no de forma literal, sino como si fuera parte de las historias mitológicas que siempre me has contado. Contarme la historia de todo lo que hemos vivido. O quizás podrías ayudarme a escribir esta historia, nuestra historia, aunque sea de forma ficticia. Así, podríamos recurrir a nuestra novela favorita cada vez que necesitemos entendernos.

Noel sonríe, una sonrisa triste, pero feliz.

—Sí, Lucas. Haré eso. Te contaré todo, y juntos crearemos una historia que siempre podremos llevar con nosotros. Una historia que será nuestra, para siempre.

Nos abrazamos, aferrándonos el uno al otro como si nunca más nos volviésemos a ver. En este momento, siento una paz extraña; acabo de aceptar nuestro destino. Sé que, aunque me borren los recuerdos, siempre llevaré una parte de Noel en mi corazón, y que nuestra historia, aunque escrita en páginas ficticias, será eterna.



Pasamos los siguientes minutos hablando, recordando, riendo y llorando. Cada palabra, cada gesto, es un adiós y una promesa. Nos sumergimos en recuerdos compartidos, desde el primer momento en que nos conocimos hasta lo ocurrido más recientemente que nos había llevado hasta aquí. Siento cómo cada historia, cada risa, cada lágrima se graba profundamente en mi alma, como si mi ser intentara aferrarse desesperadamente a estos momentos.

Finalmente, pasa la hora y vemos cómo los dioses van entrando en la sala de nuevo y ocupando las mismas posiciones que en el juicio. Morrigan es la última en entrar, cabizbaja y mirando de reojo a Dagda, como si hubieran mantenido una conversación acalorada en la que ella no ha salido bien parada. Noel recupera su forma de Lugh en un abrir y cerrar de ojos, y nos acercamos al círculo.

Dagda, con su presencia, parece llenar el espacio, y su voz, cuando habla, llena con una gravedad todo el salón.

—Es la hora. Obtendremos la esencia del sauce llorón, cerraremos las puertas del inframundo y el mundo estará en paz —afirma.

Hace un pequeño gesto con la cabeza en señal a Morgana y, con un simple movimiento de manos iluminadas de un color rojo escarlata, abre un portal.

Asiento, con una falsa determinación, mientras miro a Lugh, posiblemente por última vez.

—Siempre te recordaré, aunque ni yo mismo lo sepa —le digo. Lugh me abraza con fuerza.

—Te amo, Lucas. Ahora y siempre.

Nos separamos y, con un último vistazo, seguimos a Dagda hacia el portal, listos para enfrentar nuestro destino con valentía y amor en nuestros corazones.

CAPÍTULO 38:
ADIÓS, MERLÍN

LUGH



Cruzamos el portal y llegamos al bosque que tanto ha significado para mí durante varios siglos; mi lugar de retiro, donde podía venir cada vez que necesitaba meditar o alejarme del mundo; el mismo en que Morgana y yo vivimos una de las pérdidas más dolorosas de nuestras vidas y también donde le conté la verdad a Lucas. Aquí, entre las ramas de este bello árbol, he sido muy desdichado y, a la vez, muy feliz. Pero lo más importante es que siempre he podido tener presente a mi amigo Merlín; he podido sentirlo cada una de las veces que he venido aquí. Gracias a este árbol he podido sentir que nunca se había ido del todo. Y aquí estamos: ocho dioses, una reina y un druida para arrebatarle su esencia y ver cómo se pudre.

Estamos todos admirando el sauce llorón; para muchos es la primera vez que lo ven, pero para Morgana, Lucas y para mí no. Es un lugar significativo, no va a ser fácil dejarlo ir.

—Lo sentís, ¿verdad? —nos pregunta Morgana dando un paso adelante y mirándonos a cada uno de nosotros—. La esencia de

Merlín está más presente que nunca, resuena con más fuerza porque siente a cada uno de los aquí presentes. No tengo dudas: sabe a lo que venimos. Por eso, me gustaría que me permitáis decir unas palabras de despedida.

—No podría ser de otra forma. Reina Morgana, por favor, háblanos de él y despídete. Siento cómo la esencia del árbol se emociona al verte —dice Airmed con una cordialidad y amabilidad propia de ella. Siempre correcta y empática, podría ser la más buena de todos nosotros. Hace milenios que decidió vivir sola en la selva Amazónica. Debido a sus emociones y bondad, supo que el mundo humano acabaría haciéndola caer en la locura y la desesperación, y prefirió evadirse y cuidar la naturaleza desde el punto más importante de la Tierra y proteger toda la vida con ello.

Morgana asiente y agradece con una pequeña reverencia. Se mueve hasta poder tocar el tronco del árbol. Desde nuestra perspectiva, Morgana y el sauce llorón se ven bañados por la luz de la tarde; los tonos dorados y amarillos del sol envuelven el ambiente en un cálido abrazo. El majestuoso sauce llorón, que había sido el guardián silencioso de innumerables secretos y momentos compartidos bajo sus ramas, ahora va a recibir su último gran momento. Todos guardamos silencio, expectantes ante lo que ella va a decir.

Morgana, con los ojos ligeramente enrojecidos, pero con una postura firme, alza un poco la voz que se expande a través de todo el claro.

—Hoy nos reunimos para honrar la memoria de Merlín. —El cariño y el amor se apoderan de las palabras—. Su sabiduría no conocía límites, y su bondad tocó a todos los que tuvieron la fortuna de cruzarse en su camino. Aunque su forma física ya no esté, su esencia perdurará en cada uno de nosotros, en la magia que compartimos y en la naturaleza que él tanto amó y protegió —hace una pequeña pausa para coger un poco de aire, la emoción le oprime la garganta y hace que su voz tiemble—. Él fue más que un mentor; fue mi protector, mi guía en los momentos más oscuros, mi pañuelo de lágrimas cuando lo perdí todo, mi conciencia cuando creía que la oscuridad sería el camino, el pilar de mi mundo, la

sonrisa en la que apoyarme, la voz que me levantaba en cada caída, el «te quiero» que necesita cualquier niña. Simple y extraordinariamente fue, es y siempre será mi padre. Siempre estarás conmigo. Te quiero, papá.

Morgana no puede contener las lágrimas y se permite llorar. Sus palabras me traen a la memoria cada uno de los momentos que compartí con Merlín: sus sabios consejos, su risa contagiosa y su inquebrantable espíritu. Las lágrimas silenciosas se abren paso por mis ojos y resbalan por mi cara. Al mirar a mis compañeros, veo que a más de uno le pasa lo mismo que a mí. Solo los que estamos aquí podemos entender lo que significó el druida para nosotros y para el mundo.

Morgana se hace a un lado y le dirige un pequeño gesto a Brigid que lo entiende a la perfección. Será ella quien se encargue de drenar la esencia de Merlín del árbol.

Brigid, con su aura serena y su conexión con las emociones de Morgana, es la idónea para esta tarea. La diosa se acerca al gran sauce llorón. Sus movimientos son gráciles y motivados por un propósito: el cuidado de la vida. Concentrándose intensamente, levanta las manos hacia el árbol y comienza a canalizar la esencia de Merlín. Una suave y etérea luz envuelve al sauce.

Las ramas del árbol vibran en sintonía con el viento. La luz se extiende por cada rama, cada raíz, cada hoja, y de ese brillo, la forma del árbol comienza a mutar en una esfera enorme que poco a poco va menguando su tamaño. Cuando alcanza el tamaño de una pelota, Brigid hace un chasquido de dedos y la esfera se divide en dos. La diosa agarra cada una y, al desvanecerse la luz por completo, vemos en cada palma unas pequeñas semillas. Una de ellas brilla con la intensidad de una estrella, emanando un resplandor mágico; la otra, aunque aparentemente ordinaria, tiene una presencia tranquilizadora y natural. Brigid se acerca a Morgana, que la mira con una mezcla de curiosidad y tristeza.

—Toma esta semilla —dice Brigid, colocándole la ordinaria en la mano—. Esta es la forma física del sauce y alberga toda la vida que alguna vez cuidó y protegió el árbol. Cuídala con amor y dedicación, y crecerá grande y fuerte de nuevo, continuando el legado de Merlín.

Morgana, entre lágrimas, la acepta con gratitud; su mano tiembla ligeramente al recibirla. La semilla representa no solo el árbol que Merlín amó, sino también la continuidad de su espíritu y su obra. Conmovida, se lanza a los brazos de Brigid, con fuerza, agradeciéndole en silencio.

Brigid, siempre pensando en los demás, demuestra en cada uno de sus actos el gran corazón que porta. Siempre cuidando y protegiendo el corazón de todos. Al mirarlas, no puedo evitar pensar en la suerte que he tenido de conocerlas y compartir tantos siglos con ellas. Este es su momento de hermandad, y ninguno de los aquí presentes se atreve a decir o hacer nada.

Cuando Morgana se separa de Brigid y recupera la compostura, con el ritual completado, Dagda se acerca a Brigid.

—Estoy muy orgulloso, hija mía. Tienes el corazón de una auténtica diosa —dice con orgullo enmascarado de seriedad.

Brigid, al no estar acostumbrada a las muestras de amor y orgullo de su padre, solo se sonroja y asiente. Para cambiar rápidamente el foco de atención, le hace una pequeña señal a su padre para que abra un portal de vuelta al castillo.

El líder de todos los dioses, con su imponente presencia y su profundo dominio de la magia ancestral, hace un gesto amplio y seguro, invocando un portal brillante que conecta el claro donde se encontraba el sauce llorón con el castillo de Avalon.

Uno a uno, los presentes comenzamos a atravesar el portal. Al otro lado, nos encontramos en la misma sala del Consejo de hace un rato. No hemos estado mucho tiempo fuera, pero nos sentimos todos desgastados emocionalmente. Cada uno de nuestros rostros refleja la difícil decisión de decirle adiós para siempre al mejor druida que el mundo, y nosotros, tuvimos el placer de conocer.

Sin embargo, Morgana es la que se lleva el impacto emocional más grande. Al pensar en ella, no puedo evitar mirarla y ver cómo contempla la semilla en su mano. Puedo leer en su cara que sabe que su tarea apenas acaba de empezar, porque se encargará de encontrar un lugar digno para plantar el árbol. Estoy seguro de que crecerá grande, fuerte y majestuoso, como el sauce original. Así, él

siempre estará con ella, en cada hoja, en cada rama, en cada susurro del viento a través del nuevo sauce llorón.

CAPÍTULO 39: LAS PUERTAS DEL INFRAMUNDO

LUGH



Cada uno de los dioses vuelve a tomar posición en la sala. No puedo evitar pensar que la primera parte del plan está realizada; ahora toca revitalizar las puertas y, luego, borrar los recuerdos de Lucas. Al pensar esto, no puedo evitar mirarlo. Está inquieto; sus ojos están enrojecidos, seguramente la escena que acabamos de vivir con Morgana le haya afectado, por eso está jugando con sus manos de forma frenética.

Me acerco y trato de cogerle la mano, pero él mismo se da cuenta y se detiene. Me sonríe para intentar calmar mi preocupación, pero ambos sabemos que esa sonrisa es totalmente falsa. Sin embargo, se la devuelvo y dirijo la mirada al frente.

Dagda, sin intención de alargar más todo este asunto, le pregunta a Morgana:

—¿Dónde custodias la entrada al inframundo? Ambos sabemos que esto fue confiado a Avalon y a las hadas hace siglos, y ningún dios ha tenido acceso a esta información.

La reina sonríe victoriosa y dice:

—¿Ninguno se ha dado cuenta? Eso es que he hecho bien mi trabajo. Seguidme.

Morgana lidera el camino hacia el centro de Avalon, donde se encuentra la fuente de las hadas. La fuente, con sus figuras esculpidas de hadas que parecen querer tocarse, pero no pueden, emite un suave resplandor. Morgana se detiene ante la fuente, alza su mano iluminada de un color escarlata y dice:

—Muéstrate.

La fuente comienza a desvanecerse, revelando en su lugar una roca con una espada incrustada en ella: Excalibur.

La leyenda cuenta que Excalibur ha sido la espada más poderosa, y Morgana explica que, además de su poder, Excalibur ha sido la llave encargada de separar el inframundo del mundo de los vivos para proteger nuestro mundo.

—Así que aquí estuvo todo este tiempo. —Dadga observa con ojos inquisitivos.

Morgana, con una pizca de orgullo, asiente. Los dioses del Consejo forman un círculo alrededor. Cada uno de ellos extiende una mano hacia el centro, canalizando un poder colectivo.

La reina se separa del círculo, se acerca a Lucas y le entrega la esencia de Merlín.

—Lucas, tómala —Le agarra la mano y le deposita con cuidado la semilla—. Como el último druida vivo, quiero que seas tú quien deje la esencia de Merlín encima de Excalibur. Él querría que tomases el testigo, y me parece una manera bonita de representarlo.

Con miedo y respeto, Lucas asiente a las palabras de Morgana. Seguramente, no sabe qué decir ni qué hacer, solo querrá cumplir con el deseo de la reina de Avalon.

Seguimos en círculo y comenzamos a canalizar nuestra esencia para retroalimentarnos unos a otros y despertar el poder de Excalibur. Lucas se cuela en el círculo y da un paso hacia adelante. Ve que la roca no es muy alta, pero va a tener que empujar con los brazos para subir a ella. Me mira de reojo y sonríe; sé lo que está pensando: «Al final me va a venir bien haber ido a entrenar».

Le devuelvo la sonrisa y le digo:

—Si necesitas ayuda, tienes a nueve seres todopoderosos. Quizá alguno te podamos dotar de alas si lo necesitas.

Me fulmina con la mirada y, completamente rojo, se empuja con los brazos y sube con dificultad a lo alto de la roca.

—Ahora que estás ahí, necesitamos que coloques la semilla en la empuñadura y, cuando lo hagas, sal corriendo. Empezaremos el hechizo y canalizaremos la esencia de la semilla para manifestar las puertas y sellarlas —explica Morgana para que Lucas no se quede ahí y todos estemos preparados.

Al utilizar la esencia de Merlín en la espada, una vibración recorre el aire. De repente, vemos cómo delante de nosotros aparecen las Puertas del Infierno. Son dos portones enormes en los que hay grabadas unas runas, iluminadas con el color púrpura de aquella vez. Estos, en nuestro plano existencial, no dan a ningún lado, pero con la magia adecuada abren las puertas al Vacío.

—Es el momento. ¡Reforcemos el sello que mantiene las puertas cerradas! —grita Dagda.

Al oír el grito, Lucas baja de un salto de la roca y sale del círculo que hemos formado. Todos los dioses empezamos a canalizar la esencia de la semilla. La luz se mezcla en distintos colores: naranja, amarillo, escarlata, verde pistacho, negro, verde bosque, azul, dorado y blanco. Todos ellos forman un vórtice luminoso alrededor de Excalibur.

Pero, en medio de ese espectáculo, algo rompe mi concentración: una alteración en el Orden.

Las puertas, que hasta hace un segundo estaban completamente cerradas, tiemblan junto con el suelo y se abren.

—Las puertas... se están abriendo —exclama Cernunnos con preocupación.

Dagda, sin dudar por un momento, absorbe todo el poder lanzado por los allí presentes y crea nueve cadenas, una de cada color, que intentan frenar la apertura de las puertas. Los demás, sin abandonar el círculo, las proveemos de más energía ralentizando la apertura.

Pero no conseguimos recuperar el terreno perdido y, a través de la diminuta abertura, aprecio una sonrisa que me hiela la sangre.

CAPÍTULO 40:
LA DESTRUCCIÓN Y EL FIN

LUCAS



¿Cómo es posible? Si ya estábamos revitalizando la magia de las Puertas, y ahora todos los dioses se esfuerzan por mantenerlas cerradas con esas cadenas luminosas y sagradas. Son espléndidas, y emiten tanta energía que siento un gran impulso de tocarlas.

El esfuerzo que están haciendo no logra volver a cerrarlas, pero sí contiene el movimiento, dejando tan solo una abertura del grosor de una hoja de papel.

Algo en esa pequeña grieta llama mucho mi atención. Es como si la oscuridad que proyecta se moviera. De ella emerge una sombra, una figura etérea y amenazante. Trago saliva y noto cómo acabo de palidecer al ver cómo se está materializando completamente en nuestro mundo. Por un momento, me niego a mí mismo lo que veo, pero tengo que reaccionar porque conozco a ese ser. Es la misma sombra que había invadido mis sueños, esa presencia oscura que había sentido tan cerca.

—Tú eres el ser que se presentó en mi sueño. —Mi voz es apenas un susurro.

—Vaya… te acuerdas de mí —responde con una sonrisa que me hiela la sangre—. Un auténtico placer que me recuerdes. Por mi parte, pensé que morirías y no tendría ni que usar tu nombre, pero veo que os las habéis ingeniado para que vivas un poco más. Me alegro, así podrás presenciar la destrucción de ambos mundos. Y, por supuesto, te convertiré en mi mascota. Al fin y al cabo, eres la llave de mi casa; tengo que cuidarte.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Lugh con una agresividad impropia de él—. Diosa del Inframundo, Aidum, no eres bienvenida en este plano. No tengo problema en hacerte daño si te acercas a él.

El brillo que envuelve a Lugh se hace más intenso con su amenaza. El sol, que se estaba empezando a poner, parece que no quiere esconderse, como si algo se lo impidiese. El sol es la fuente de energía de la mayoría de los dioses aquí presentes; Lugh debe de estar aprovechándola.

—Joven dios del sol, no me hagas reír con tus amenazas. Soy una diosa primigenia, nacida de la propia conciencia de la oscuridad. No soy como ninguno de vosotros, jóvenes e inexpertos dioses que se creen que controlan y mantienen la paz entre ambos mundos. He visto este planeta sumirse y salir de la oscuridad tantas veces que ya ha perdido la gracia. Este mundo se ha podrido, y los humanos son la plaga que lo han condenado. Hace siglos quise acabar con él, y tuvisteis la picardía de encerrarme, pero la condena ha sido revocada y ahora, la diosa sentencia pena de muerte a todos y a todo —amenaza mientras su rostro se hace más nítido con cada palabra. Sus ojos brillan con destellos centelleantes y su presencia parece absorber toda luz a su alrededor.

Dagda, sujetando con fuerza su cadena, da un paso adelante para hablar.

—Aidum, tu nombre resuena todavía en mi memoria. Eras una entidad venerada por los druidas, tu figura estaba asociada con la noche y las sombras. Siempre acompañada de cornejas y cuervos, mensajeros de tu siniestro poder. Se te describía con la imagen de

una mujer con rasgos delicados, pero con una mirada penetrante y fría. Sin embargo, nada queda de esa apariencia que antaño fue venerada.

—Dagda, dios Padre. Es irónico que la última vez que pisé este plano, acabases de ser concebido. Fui desterrada y despojada de mi poder divino. Sin embargo, la oscuridad no puede ser arrebatada y mi forma primigenia aflora por propia naturaleza. Hace siglos, tuve la oportunidad de volver, pero un druida entrometido retrasó mis planes —la diosa se detiene y me mira detenidamente—, aunque se lo agradezco, porque me permitió urdir una forma mejor de escapar.

—Aidum, ¿fuiste tú? ¿La profecía? —interrumpe Morrigan, su voz es como un eco de desesperación. La diosa de la muerte no es capaz de moverse; si no fuera porque su mano se mantiene firme agarrando la cadena, pensaría que está totalmente paralizada.

—Por favor, querida, no interrumpas. Esto es una conversación privada —castiga con indiferencia a Morrigan—. Mmm... pensándolo bien, es más divertido si te lo explico. Esas profecías que tuviste son ciertas, pero yo me permití decorarlas un poco. Al fin y al cabo, solo ves lo que quiero que veas. Mi poder es mayor que el tuyo. Y siento decirte que no era el druida el encargado de acabar con el Orden, sino los seres que estaban atrapados en el Vacío, entre ellos yo, diosa de la destrucción y del fin. Por tanto, Morrigan, tú has sido la pieza clave para mi plan y has cumplido —declara Aidum con una satisfacción cruel.

Todos los allí presentes somos conscientes de cómo esas palabras han destruido a Morrigan, empujándola a una gran desesperación. Su rostro, generalmente sereno y controlado, muestra una mezcla de horror y arrepentimiento. Las lágrimas se forman en los ojos de la diosa guerra. Hasta ahora, la que consideraba la diosa sin sentimientos, impasible hasta en un momento tan bonito como la despedida de Morgana a Merlín, se encuentra rota.

—No puedo haber sido yo la culpable de la destrucción del mundo... ¡NOOO! —Su cadena comienza a intensificarse, pero resulta inútil cuando Aidum hace un pequeño gesto y drena parte de la magia utilizada por Morrigan contra la puerta.

La risa de Aidum resuena en todas las direcciones, envolviéndonos completamente. En una posición de saludo, las motas oscuras de su figura comienzan a expandirse por todo nuestro alrededor. Las cadenas y el brillo de la esencia mágica de los dioses se ven opacados por esas pequeñas motas de oscuridad.

—Ahora me gustaría seguir por donde iba, antes de que me interrumpiera una diosa caprichosa con complejo de salvadora —juzga sorpresivamente a la diosa de la muerte de nuevo, sin obtener ningún tipo de respuesta por su parte—. Cuando tuve ese pequeño episodio hace unos siglos, el druida me cogió por sorpresa. Nunca pensé que un humano con esencia mágica podría ser tan inteligente, pero vi claro el error que estaba cometiendo ese mortal. Lo mejor que podría haber hecho era no reabrir las puertas y morir allí dentro con sus compañeros. Pero en lugar de eso, quiso escapar, abriéndome la posibilidad de matarlo y obtener su poder. Lástima que se metiera ese mugroso humano en medio, aunque su vida me sirvió para algo.

»Al ver que no podría escapar por la magia del druida y del dios del sol, improvisé un plan mucho mejor. Utilicé el último aliento del humano y la esencia del druida, que liberó al utilizar el hechizo con esa maldita espada, para dar vida a una pequeña alma que se gestaría con el paso del tiempo, que germinaría y dejaría latente una pequeña subespecie de druida, suficientemente fuerte para abrir las puertas, pero insuficientemente poderoso como para ser detectado por los seres mágicos. Un ser totalmente humano, pero con pequeñas peculiaridades mágicas, que con el paso de las generaciones se haría cada vez más perceptivo y consciente del mundo. Aunque para eso aún quedaban unos cientos de años. Por eso, ¿cuál fue mi sorpresa cuando el mismo dios del sol se enamoró del descendiente de mi pequeña creación? Lucas, no ibas a ser tú el elegido, debido a que aún estás a medio hacer, pero tenía que aprovechar esta magnífica oportunidad.

—Eso significa que mi existencia... —No alcanzo a decirlo en alto. Solo consigo pensar, perdiéndome en un mar de pensamientos. Mi existencia es una anomalía improbable en el mundo mágico, y ahora entiendo el porqué. Aidum dio vida a mi árbol genealógico;

estaba programado desde mucho antes de nacer e incluso mi existencia era banal, ya que solo sería un eslabón más de la cadena hasta llegar al resultado que buscaba la diosa. Solo he sido una marioneta; nunca he tenido posibilidad de ser libre y construir mi propio camino.

—¿Hasta ahora no te habías preguntado quién te llevó al mundo mágico cuando estabas solo en aquel parque? ¿O quién dejó ese encantamiento en vuestros espejos cuando estabais separados? ¿O por qué te perdiste en vuestra *excursioncita* y cómo pudiste llegar al propio árbol donde se encontraba la esencia de aquel maldito druida? ¿O por qué tenías esa necesidad imperiosa de ver el atardecer? —Me quedo petrificado con estas revelaciones. Noel y yo habíamos pensado que era mi naturaleza como druida lo que había favorecido todo eso—. Siempre he estado detrás de cada una de las cosas que has pasado y vivido. De hecho, eso que es tan *vuestro*, no lo es tanto, ya que mi influencia en vuestro mundo se hace más poderosa en el crepúsculo.

No puedo creerlo. No solo me ha creado, sino que ha dirigido mi vida, mi relación. *TODO.* No dejó nada al azar.

—Pobre criatura, no quiero que te rompas todavía. Necesito que veas cómo mato primero a tu novio y a sus amigos. —Aidum comienza a atacar el círculo formado por los dioses con una ferocidad inusitada. Múltiples bolas de fuego oscuro son lanzadas por la diosa.

Morgana, con una determinación férrea, mira a Lugh y dice:

—Te dejo a cargo de mi cadena. Yo me encargo de protegeros, de vengar a mi hermano y de acabar con esa zorra.

La reina de las hadas levanta sus manos y un escudo resplandeciente nos rodea, protegiéndonos del ataque inminente de Aidum. Sin embargo, el escudo parpadea, incapaz de soportar por mucho tiempo la embestida de la magia destructiva de la diosa. Los otros dioses mantienen sus posiciones, sabiendo que cualquier movimiento en falso podría romper el hechizo que mantiene las puertas controladas.

No quito el ojo de Morgana ni de los ataques de Aidum. Siento que debo hacer algo. Me acerco corriendo a Morgana y le cojo la mano.

Asiento, y la reina de las hadas comienza a canalizar mi energía. Una corriente de poder fluye entre nosotros, fortaleciendo el escudo y haciéndolo brillar con gran intensidad.

Sonrío porque, por un momento, parece que podremos resistir. Sin embargo, Aidum no está dispuesta a ser detenida. Una sonrisa torcida aparece en sus labios mientras lanza una bola de sombra desde su posición y, al mismo tiempo, otra bola de sombra emerge de la pequeña abertura en las Puertas del Inframundo. Ambas impactan en el escudo con una fuerza devastadora. El escudo se rompe en mil pedazos y una explosión envuelve todo en un humo negro y denso.

El mundo se oscurece a mi alrededor. El sonido del caos resuena en mis oídos de forma ensordecedora. Siento un peso aplastante en mi pecho mientras el humo se disipa, y la sensación insoportable de que el fin está cerca.

CAPÍTULO 41: DETERMINACIÓN

LUCAS



El humo comienza a disiparse lentamente. Me esfuerzo por ver a través de la neblina oscura, y lo que encuentro me llena de angustia: todos los dioses están tendidos en el suelo, malheridos. Un peso sobre mi pecho me inmoviliza. Me giro con dificultad, a pesar del profundo dolor que siento por todo el cuerpo. Veo a Morgana encima de mí. Ella me ha protegido del impacto con su propio cuerpo.

—Morgana, ¿estás bien? —pregunto con la voz cargada de preocupación.

Ella asiente débilmente, y puedo ver cómo sus ojos aún no se rinden. A pesar de sus heridas, la reina se levanta con dificultad, se envuelve en un halo de luz escarlata, que, cuando se disipa, muestra la espectacular figura de una guerrera. Con un pequeño golpe, extiende unas majestuosas alas. Con un gesto de agarre, invoca una espada en su mano, que no es otra que Excalibur.

—Morgana, no vayas sola. —La desesperación se apodera de mí.

—Lucas, hay que cerrar las puertas como sea —dice Morgana con firmeza—. Los mundos, nuestros seres queridos... todos corren peligro.

—Pero... estás herida —digo, tratando de detenerla.

Ella me mira con gran ternura y apoya su mano en mi hombro.

—Lucas, todos tenemos propósitos en esta vida. Debemos hacer lo que hay que hacer, aunque nos cueste la vida. Ayuda a los dioses —sentencia y se lanza a gran velocidad contra Aidum.

Me quedo asintiendo a la ráfaga de viento que ha dejado en el lugar en el que estaba y no puedo evitar pensar en esa última mirada de Morgana, ese mensaje en sus palabras.

—¡Por Avalon! —grita Morgana antes de impactar contra Aidum. La espada alzada y sus alas desplegadas en toda su gloria chocan con las garras oscuras de la diosa de la destrucción y del fin.

Me levanto y corro hacia los dioses caídos. Encuentro a Morrigan y Airmed, quienes parecen haberse llevado la peor parte del impacto. Las ayudo a ponerse en pie, notando sus expresiones de dolor y agotamiento. Percibo que Morrigan no es capaz de mirarme a la cara, pero acepta mi ayuda. Justo enfrente de mí, Lugh también se reincorpora, levantando a Cernunnos y a Brigid.

—No tenemos suficiente poder para cerrar las puertas y vencer a Aidum —dice Brigid con una voz que resulta un susurro hasta para los que están más cerca.

—No podemos hacer nada contra un dios primigenio, es una batalla que nos queda muy grande —admite Goibniu, apoyado en el hombro de Manannán mac Lir.

Todos los dioses se miran unos a otros, sin saber qué hacer ni qué decir. Sus caras muestran una clara sensación de derrota y rendición. No puedo evitar pensar que esto les pasa por ser dioses; tienen tan claro el orden de todo y el poder de cada uno, que no pueden plantearse cambios o imponerse a una fuerza que está por encima de ellos. No entienden que el Orden no es solo estructuración, poder, sabiduría y normas, sino también esfuerzo, sacrificio, amor y caos. Verán la derrota clara, pero no hay nada más humano que intentarlo.

—No tenemos magia suficiente para vencer a ese monstruo de la naturaleza —comenta Cernunnos, devolviéndome al mundo real.

—«¿Suficiente?». Podéis canalizar más magia si queréis, ¿verdad? —les pregunto.

Todos asienten al unísono, perfectamente coordinados.

—Vale, entonces solo tenéis que recurrir a una fuente de energía mayor, una que, por el paso del tiempo y los millones de vidas vividas, os pueda dar el poder necesario para frenarla. Algo como el Bosque Feérico, concretamente un ser como el Gran Árbol Ancestral. Si lo canalizáis, tendréis poder de sobra —explico con emoción, motivándome a cada palabra, como cuando hablo de mi serie favorita. Por primera vez, siento que la esperanza y el optimismo se apoderan de mi voz y luchan por contagiar a todos los allí presentes.

—Tiene razón, podemos usarlo. Lo drenaremos por completo, pero es la mejor y única opción que tenemos —dice Cernunnos, respaldando mi hipótesis.

Mientras Morgana esquiva los zarpazos de la diosa, todos se reagrupan y vuelven a formar el círculo. Desde Dagda hasta Brigid, entrelazan sus manos, y el dios Padre abre un portal gigante sobre nosotros. A través de él, se ve el imponente Gran Árbol Ancestral, la representación natural de la magia primigenia.

Un haz de luz emerge de Dagda, conectando a cada dios con un hilo luminoso que sale de su pecho, se conecta con el dios que tienen al lado y, al regresar al dios Padre, asciende hasta la copa del árbol.

El baile de luces en el hilo que conecta a cada ser divino se mezcla con los colores de sus esencias, haciendo que sus formas divinas brillen con más intensidad, haciéndolos más hermosos y majestuosos. Pero no puedo quedarme embobado mirándolos, tengo una cosa más que hacer.

Comienzo a moverme, pero me fijo en que las Puertas del Inframundo se han estado abriendo desde la explosión de Aidum, llegando hasta la mitad. Sin embargo, no soy el único que se ha percatado de esto. Brigid invoca una fina cadena que sale del círculo y retiene con facilidad el avance de las puertas, pero no consigue cerrarlas, solo detenerlas.

—¡Rápido, debemos canalizar más energía! —grita Lugh. Puedo percibir la desesperación en su voz; necesita terminar con todo esto rápido o el agotamiento acabará con ellos.

Los dioses concentran sus energías, y siento la vibración del poder fluyendo a través del círculo. La luz del Gran Árbol Ancestral se intensifica, y las puertas empiezan a cerrarse lentamente. Pero el esfuerzo es feroz, y veo el agotamiento reflejado en los rostros de los dioses.

Tiene que ser todo mucho más rápido o Morgana perderá la vida. Sigue luchando ferozmente contra Aidum, pero está muy malherida, con numerosos cortes y su sangre baña gran parte de su piel. Al verla luchar, no puedo evitar sentir su valentía y entender que está dispuesta a sacrificarse por todos nosotros.

Respiro muy hondo y me lanzo dentro del círculo. Trepo rápido por la roca y pienso: «¿Cuál es la forma más rápida de abrir y cerrar una puerta? Usando la llave».

Mientras estemos intentando forzarla, esta se resistirá, pero si usamos la llave, será un abrir y cerrar de ojos. Así que solo tenemos que usar la llave. En otras palabras: dar mi esencia. Dar mi vida.

CAPÍTULO 42:
SACRIFICIO

LUGH



De pronto, me doy cuenta de que Lucas está dentro del círculo. Mi corazón se acelera y la desesperación me invade como una ola que amenaza con ahogarme. No puedo articular palabra, pero el miedo me consume; necesito saber qué es lo que le está pasando por esa cabeza suya.

—¿Qué haces dentro del círculo? —pregunto mientras me tiembla la voz, sintiendo cómo el pánico crece dentro de mí. Me estoy poniendo en lo peor, pero, conociéndolo, no ha tenido la mejor idea del mundo; de hecho, seguramente ha tenido la peor de todas.

—Lo que tengo que hacer. Noel, lo siento, pero tengo que despedirme. Gracias por no rendirte conmigo y haberme hecho sentir tan querido. Brigid, Cernunnos, por favor, cuidad de él —dice. La determinación que transmite es más cabezonería que valentía. Se quiere sacrificar para salvarnos a todos. Será estúpido.
—¿Qué dices? ¿Qué vas a hacer? —Mi voz casi se quiebra al formular la pregunta, una pregunta que hago sin querer saber la respuesta.

Sé lo que me va a contestar, pero no quiero oírlo. No entiendo por qué estoy haciendo preguntas tan obvias. Siento cómo dentro de mí se enciende la llama de la rabia.

No recibo ninguna respuesta por parte de Lucas. Estoy harto, voy a bajarlo de ahí. Doy un paso hacia adelante, pero de inmediato, Brigid y Cernunnos me retienen a ambos lados, con sus manos firmes sobre mis brazos, para evitar que rompa el círculo.

Agarrado por mis dos costados, solo puedo ver cómo Lucas está encima de la roca, imponente y con una media sonrisa que se le escapa.

—La magia es equilibrio. Si la esencia de un druida es lo que ha abierto las puertas, también es lo que las cerrará. Si mi sangre corre por la piedra, estas se cerrarán —explica Lucas.

Sus palabras son como dagas que se clavan en mi corazón; se va a sacrificar para cerrar la puerta y no tiene un ápice de duda. No se da cuenta de que eso soluciona lo de las Puertas del Inframundo, pero acaba con nuestros sueños, con todo lo que imaginé alguna vez para él, para los dos.

—Lucas, tiene que haber otra manera. No hagas locuras. No puedes hacerlo —grito con una desesperación impropia de mí. Siempre me ha caracterizado la tranquilidad en los momentos de auténtico peligro, pero no soy capaz de contener el terror que siento por lo que está a punto de hacer.

Dagda levanta la cabeza con firmeza. Su mirada vacila por un momento, pero sus labios se abren con un gesto de dolor y dice, casi rogando:

—Tiene razón. Esa es la única manera. Hazlo, por favor.

Sus palabras sellan la sentencia de Lucas, y la impotencia me consume. Lo que faltaba, que Dagda lo anime, ahora sí que Lucas lo va a tener más claro.

—¡NOOO! —grito, intentando romper de nuevo el círculo, pero Brigid y Cernunnos se mantienen firmes y fuertes. Puedo ver una lágrima caer por la mejilla de Brigid. Ambos se miran y asienten, amplificando el brillo de sus hilos para que el enlace sea todavía más resistente, haciéndome imposible romper el vínculo.

Pero no puedo dejar de intentarlo. Embisto una y otra vez. Vuelvo a embestir. Otra vez. Otra vez. Y otra vez. Me fallan las piernas y mis rodillas golpean con fuerza el suelo, pero no siento nada más que desesperación.

Las lágrimas comienzan a derramarse por mi cara y tan solo puedo susurrar:

—Por favor, no lo hagas. Hemos superado todas las pruebas, no puede acabar así.

Mi tono de voz va disminuyendo hasta desaparecer, no consigo decir ninguna palabra más. Siento que es un esfuerzo inútil contra un destino ya sellado y una decisión que, conociendo a Lucas, es irreversible. Siempre ha sido un maldito cabezón.

Lucas no es capaz de mirarme. Sin prestarme atención, grita:

—¡Morgana, ahora!

Su voz resuena con gran fuerza alrededor de todos los aquí presentes.

Morgana, tendida sobre su rodilla derecha, retrocede de un salto y se levanta apoyándose en la pierna buena. Levanta un escudo escarlata de nuevo, pero esta vez no es para protegernos, sino para retener a Aidum. Atrapa a la diosa dentro de una barrera de energía.

—No te dejaré —dice Aidum, con determinación feroz, invocando un rayo púrpura desde las puertas. Pero Morrigan, con un gesto decidido, invoca una bandada de cuervos que lo bloquean.

La escena es un caos de magia y emociones. No puedo dejar de mirar a Lucas, pero esto sigue siendo un campo de batalla y debería estar haciendo algo más.

Vuelvo a mirar a la reina de Avalon y puedo leer cómo sus labios dibujan dos tristes palabras:

—Lo siento.

Una lágrima comienza a recorrer su mejilla.

Excalibur sale volando, atravesando el cielo con un brillo cegador, y se clava en el pecho de Lucas con una brutal facilidad.

No soy capaz de sentir el viento, ni de oír nada; se me nubla la vista y siento que enmudezco completamente. El tiempo parece detenerse. Veo cómo la espada se encuentra clavada en el centro del pecho de Lucas. Su sangre comienza a brotar y corre hacia

abajo por la piedra. Al ver las primeras gotas caer al suelo, escapo un grito ahogado, lleno de dolor y desesperación, pero no se oye; no existe el sonido para mí. Todo a mi alrededor se desvanece en una niebla. Lucas… no puede estar muriendo. Esto no tenía que pasar así.

Lucas se derrumba y cae de rodillas en la roca. Apoya primero una mano, luego la otra, y se deja caer de costado. Excalibur queda sobresaliendo de su cuerpo. La imagen es aterradora, pero no puedo dejar de mirar. Oigo y siento cómo retumba el suelo porque las Puertas del Inframundo comienzan a cerrarse poco a poco, pero por cómo suena, aún tardarán al menos un minuto.

Golpeo el suelo con la mano derecha, generando un boquete del tamaño de un coche, haciendo que Brigid y Cernunnos pierdan el equilibrio y consigo zafarme de su agarre. Sin que se den cuenta, hago que se den la mano y los uno con el hilo mágico del árbol.

—Lucas... no —murmuro, con la voz rota, mientras intento acercarme a su cuerpo inerte.

—Noel, era su decisión. Su sacrificio no será en vano, pero tenemos que estar juntos —dice Brigid suavemente, intentando consolarme.

Las palabras de Brigid resuenan en mi cabeza y retumban en mi corazón, pero no; Lucas no sabe lo que hace, porque Lucas no forma parte de esto… no debería formar parte. Esto es culpa mía, y el único que tiene que pagar un precio soy yo. Lucas tan solo tuvo la culpa de sonreír. Yo fui quien me enamoré, quien buscó la manera de conocerlo, quien hizo que se enamorase, quien removió cielo y tierra para estar con él, quien volvió a su lado cuando tan solo tenía que distanciarme para que me olvidara y rehiciera su vida. He sido yo quien provocó todo esto, hasta cuando el destino nos estaba gritando que no debíamos estar juntos. Yo soy quien tiene que pagar un precio, y no va a ser la vida de Lucas. Lo juro.

CAPÍTULO 43:
NO PUEDE SER DE OTRA MANERA

LUGH



Al derramarse la sangre de Lucas por la roca, las puertas empiezan a cerrarse. El crujido de la piedra en el suelo no deja indiferente a nadie. Veo cómo Airmed suspira de alivio al sentir que la energía del Vacío empieza a disminuir. Goibniu le hace un pequeño gesto de negación, indicando que no podemos confiarnos todavía.

Doy un paso, luego otro, pero son cortos y temblorosos. Tengo mucho miedo y grandes dudas, pero tengo que llegar al cuerpo de Lucas antes de que su corazón se detenga. Sin embargo, me paro al oír a Aidum:

—El sacrificio del druida cerrará las puertas, pero yo sigo en este plano. Eso no podrá cambiarlo nadie.

De repente, Aidum, con una mirada decidida y un gesto rápido, corta el hilo de los dioses con el árbol. Lo agarra tornándose a un color púrpura nocturno y se lo conecta al pecho. El hilo arcoíris que conectaba a los dioses con el Gran Árbol Ancestral y que con tanta luz resplandecía se vuelve oscuro y opaco. Esta transformación es

inquietante, y el enlace entre los dioses se rompe, dejándolos a todos indefensos y agotados. No obstante, lo peor de todo es la energía que desborda el cuerpo de la diosa de la destrucción y del fin.

—¡Lugh, esto no debería estar pasando! —grita Cernunnos con gran desesperación. Siento que sabe lo que quiero hacer y utiliza su desesperación para empujarme a ello. Sabe que no hay otra manera o, al menos, no conozco otra. Cumpliré con la profecía.

—Lo sé, Cernunnos, por eso no me detendré, cumpliré con mi destino —respondo con firmeza y me lanzo hacia el cuerpo inerte de Lucas.

Encima de esa gran roca, arranco con cuidado a Excalibur de su hermoso pecho y lo tomo entre mis brazos. Su piel está pálida y fría, lo que me indica que su vida parece escaparse de su cuerpo.

Abre de forma entrecerrada esos preciosos ojos marrones que, ahora mismo, carecen de ese brillo tan característico. Me mira directamente a los ojos y, con una voz débil, apenas un susurro, dice:

—No te voy a engañar, tengo miedo, pero he tenido una buena vida. —Se atraganta con su propia sangre, lo levanto un poco para que pueda escupir y apoya con mucho cariño su mano en mi cara—. Protégelos a todos.

Y sin poder pronunciar las dos últimas palabras, puedo leer en sus labios: «Te quiero».

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras lo escucho. Veo cómo exhala por última vez, y la vida se apaga completamente en sus ojos.

Siento que el dolor me atraviesa como un cuchillo; no puedo permitir que este sea su fin. No puede acabar de esta manera, ni él, ni el mundo mágico, ni el humano. Todos deben ser salvados, todos deben mantener el Orden.

Sé lo que debo hacer.

Abrazo el cuerpo sin vida de Lucas, lo pego muy fuerte al mío y una energía inmensa surge dentro de mí. Ese resplandor comienza a rodearnos. Siento cómo de la herida de su pecho sale un látigo de luz que comienzo a absorber: su esencia de druida.

Poco a poco, me apodero de toda su esencia de druida y Lucas pierde toda su naturaleza mágica.

Mi apariencia divina cambia ligeramente; mi tonalidad se vuelve totalmente dorada opaca, mi pelo son llamas naranjas con tonalidades violetas en las puntas. Despliego unas bellas seis alas, tres del lado derecho y otras tres en el izquierdo, su color blanquecino llega a ser traslúcido.

Cuando deja de salir la luz de su pecho, apoyo ambas manos, imbuidas de un color dorado con tonos violáceos, similar a la luz del sol en el crepúsculo del día, y su herida comienza a cerrar. Percibo cómo su corazón empieza a latir suavemente y sus ojos se mueven lentamente, sin llegar a abrirse. Lo cargo entre mis brazos y bajo de la roca, planeando con mis alas hasta el suelo. Allí, lo dejo a cargo de Brigid y Cernunnos, quienes no pueden contener las lágrimas, pero no llegan a decir nada.

—Cuidadlo bien —les digo sin mostrar ningún tipo de emoción.

Cernunnos tan solo asiente.

—Noel, no lo hagas —me suplica Brigid, su voz no llega a ser clara, está quebrada por la emoción—. Debe haber otra manera.

—No hay otra manera, Brigid. Debo hacerlo —lo digo sin duda, sin ningún tipo de temblor, sin miedo, aunque siento que mi corazón se rompe en pedazos. Separo la mirada y veo cómo Aidum está a punto de empalar con su brazo a la reina de Avalon.

Me lanzo contra Aidum y, en cuestión de una milésima de segundo, detengo el brazo de la diosa del fin. Rápidamente, Dagda invoca un pequeño portal a los pies de Morgana y la hace aparecer a su lado para sacarla del campo de batalla.

Aidum sonríe de forma irónica y dice:

—Yo solo quería darle a la reina lo que quiere: ver a su hermanito. Déjame cumplirle su deseo.

Se separa dos metros, aprovechando la distancia para coger velocidad y se lanza con fiereza hacia mí, pero no espero a que llegue; yo también me lanzo hacia ella. Chocamos con una fuerza que hunde el suelo.

Siento todo el poder que brota de la diosa, y, aunque esté débil por acabar de llegar a este plano, cuenta con todo el poder del Árbol

Ancestral. No podría ganarle, ni con todo mi poder, ni con la esencia del druida, pero la naturaleza es sabia y siempre busca la forma de regularse. Lo que se conoce como homeostasis, el equilibrio natural. Y Aidum nos ha brindado la oportunidad de acabar con ella. Se sentenció en el momento en que se unió al árbol.

Mientras seguimos chocando nuestras fuerzas en un placaje de energía púrpura y dorada, lanzo mi mano hacia su pecho. Sin darle tiempo a reaccionar, agarro el enlace que la vincula al Gran Árbol Ancestral y lo hago arder, provocando que este comience a consumirse entre las llamas. Simultáneamente, aparecen llamas en el cuerpo de Aidum y se consumen ambos al mismo ritmo.

Con un pequeño gesto de ambas manos, hago que se hagan más grandes y poderosas. En cuestión de segundos, en el Bosque Feérico solo quedan pequeños restos de lo que había sido el árbol, y delante de mí solo hay un puñado de cenizas.

Golpeo el aire con mis alas y hago que las cenizas se dispersen hacia el cielo y traspasen el portal al Bosque Feérico para que al menos pueda descansar en un lugar mágico y sagrado.

Veo cómo vuelan por el bosque, no puedo evitar pensar que ella misma nos abrió la oportunidad de acabar con ella. El salir del Vacío le supuso un gran gasto de energía y luchar contra Morgana la debilitó lo suficiente para que le pareciera buena idea canalizar al Gran Árbol Ancestral, conectando sus vidas para utilizar el máximo potencial de la esencia de este. Esta conexión la hizo vulnerable, porque si uno moría, el otro también. Y, ¿cuál es el enemigo natural de las plantas? El fuego.

—¡Morrigan, ayuda! —grita Cernunnos, buscando desesperadamente una solución. Su grito me devuelve a la realidad; aún queda una cosa por hacer. Al robarle la esencia de druida a Lucas, detuve el movimiento de las Puertas del Inframundo pero siguen abiertas, permitiendo entrar a cualquier ser en nuestro plano existencial. Debo ocuparme de ellas.

Morrigan es la que más cerca se encuentra. Intenta contenerlas con una nueva cadena, pero sola no es capaz. Me acerco con rapidez y, al verme, predice lo que haré. Su cara se retuerce de dolor y grita desesperada:

—¡Detente, si lo haces, será tu fin!

Mis ojos se clavan en ella con valor y decisión. Y le respondo:

—Solo la esencia del druida podrá cerrarlas y ahora yo soy quien porta dicho poder. Morrigan, no voy a detenerme; tú misma lo profetizaste, es mi fin. No voy a ir en contra del destino. Nunca más.

Con una última mirada a mis compañeros, me elevo al cielo y me rodeo de un gran destello. Como si fuera una estrella fugaz, recorro el cielo y me lanzo contra las puertas. Las palabras de Morrigan aún resuenan en mis oídos, pero sé que no hay otra opción.

El choque genera una explosión que lo envuelve todo a nuestro alrededor. La luz es tan cegadora que todo se vuelve blanco. Pero sé que he sellado las puertas.

Siento cómo mi cuerpo se desvanece en miles de partículas de luz. Mi propio ser se disuelve en pura energía. Y mi conciencia forma parte de un todo.

Antes de desaparecer completamente una voz llega a mí.

—¡Noel! —grita Lucas con todas sus fuerzas, lleno de dolor y desesperación—. ¡NOOO!

La explosión de luz se disipa, dejando un silencio profundo y sobrecogedor. Las puertas del Inframundo están selladas, pero el costo ha sido altísimo. He dado mi vida para asegurar la paz, y mientras formo parte del éter, mi último pensamiento es como un sueño, más bien es un recuerdo, un bonito recuerdo: el primer atardecer con Lucas.

CAPÍTULO 44:
NUEVO ORDEN

LUCAS



Todo se envuelve en un campo de luz resplandeciente, cegando momentáneamente mi visión. Solo puedo gritar pidiendo que no lo haga, pero lo ha hecho.

No queda ni rastro de él. Me siento en *shock*, no puedo decir nada, no siento nada. Es como si sintiera que todo ha acabado, pero no como debía acabar. Claro que no, Noel tendría que volver a casa conmigo y cumplir todas las promesas que nos hemos hecho. Tendríamos que volver juntos a nuestra rutina y dejar de lado todo este asunto de la magia. ¿Por qué me ha tenido que salvar? Yo tan solo quería que él y los demás estuvieran bien.

—Lucas, ¿puedes levantarte? —Oigo una voz que viene justo de encima. Es Brigid. La miro y puedo ver perfectamente el reguero que dejan sus lágrimas en su cara.

—Creo que sí. —Me separo un poco de ellos e intento levantarme por mi propio pie.

Cuando estoy intentando levantarme, me caigo hacia adelante. Cierro los ojos e intento poner las manos para amortiguar el golpe. Pero antes de llegar al suelo, algo detiene mi caída.

Me golpeo suavemente con el pecho de alguien. No quiero abrir los ojos; sé perfectamente de quién, pero debo haberme dado un golpe muy fuerte y estar inconsciente.

Me quedo un minuto apoyado en ese pecho, sin abrir los ojos. Una mano me toca el mentón y lo levanta con cuidado. No puedo resistirme y abro los ojos. Ahí está, a escasos centímetros de mí, Noel, en su forma humana, la manifestación mortal de Lugh, el dios del sol.

Me sonríe y mi corazón se acelera. Mi cabeza comienza a trabajar y miles de preguntas me pasan por ella. Pero no puedo evitar sentir que mi mano está apoyada en su pecho y no siento nada. No hay un corazón latiendo en él.

—Lo siento, no podré cumplir mi promesa de estar juntos —dice sin llegar a mirarme a los ojos—. Pero sí la de protegerte y cuidarte. Te salvé a ti y a ambos mundos. Sin duda, vale la pena.

Un nudo se me forma en la garganta mientras lo observo. Sus ojos no pueden esconder la verdad; no es Noel, no físicamente hablando. Tan solo es una manifestación de su psique, como si se tratara de su fantasma o su energía, o cualquier explicación que pueda dar el mundo mágico. No estoy preparado para esto, pero no puedo decir nada.

—Pero a costa de tu vida, porque este no eres tú, ¿verdad? —logro decir, sintiendo cómo se me quiebra la voz.

Noel asiente, confirmando mis peores pensamientos. No puedo evitar pensar en las palabras de la profecía, aquellas que predijeron este trágico final.

—«El otro extinguirá su llama, en la memoria, en la carne, en la propia tierra se grabará la pérdida. No habrá regreso. Solo destrucción» —digo, recordando las advertencias de la diosa de la muerte.

—Sí… se ha cumplido. Lo siento, no quería que pasara de esta manera —comenta Morrigan, apareciendo justo detrás de Noel. Sus ojos, llenos de pesar, se mueven entre Noel y yo, conscientes del

dolor que sus palabras y acciones han causado. Mejor dicho, nos han causado.

La desesperación no hace más que crecer.

—Por favor, dínoslo todo ya. Sé que te gusta darle bombo a todo, pero creo que en cualquier momento puedo vomitar o desmayarme —suelto sin pensar, sabiendo que no estoy teniendo tacto, pero los nervios me están jugando una mala pasada.

Noel se ríe con una gran carcajada. Cuando consigue parar, dice:

—Descarado hasta en un momento así. —Me remueve el pelo en señal de cariño—. He muerto, sí, al cerrar las puertas. Lo que veis aquí no es más que una manifestación de mi propia conciencia. Necesitaba hacer dos cosas antes de irme. Una es arreglar el desequilibrio que existe al no haber un dios del sol y la otra es despedirme.

—Por favor, Morgana, acércate —le dice girándose hacia su derecha.

La reina de las hadas se levanta con mucho cuidado; se puede percibir un agudo dolor en su costado derecho, ya que lleva su mano presionando la zona y una herida abierta en la pierna. Avanza con dificultad, pero con paso decidido. Noel extiende su mano y la apoya en su hombro.

—Sé que nunca has querido repudiar ninguno de tus lados, y no tienes que hacerlo. Puedes ser la mejor de todos nosotros siendo humana, hada y diosa. Eres elegida por el Sol como la nueva diosa. Tus actos te han hecho más que digna —dice Noel, y un resplandor fugaz envuelve a Morgana. Sus heridas comienzan a sanarse y cerrarse. Recobra la imponente postura que la caracteriza y sus formidables alas brillan con una nueva luz dorada. Su aura escarlata se intensifica con unas pequeñas motas del color del sol.

—Tu primera misión será restablecer la rotación del sol —añade Noel, acercándose a ella—. Mientras peleábamos con Aidum, decidí suspender el ciclo solar para poder contar con el amparo y la fuerza de nuestra estrella. Pero necesito que lo reactives, antes de que ambos mundos comiencen a resentirse. Para esto, cierra los ojos y siente cómo el sol responde a tu nueva esencia. No necesitas más

que tu voluntad. Eleva los brazos y guía su curso con tu energía. Desde este momento sois uno.

—A partir de ahora deberás proteger el Orden. Cuento contigo para protegerme —añade Noel, poniendo una pequeña mueca de tristeza que cambia rápidamente por una sonrisa de orgullo.

Morgana, sorprendida, intenta asimilar sus nuevas responsabilidades, pero repara en algo importante que ha dicho y que no ha pasado desapercibido para ninguno de nosotros.

—¿Eso significa que formas parte del Orden? —pregunta, buscando confirmación de una verdad que ninguno queremos saber.

—Sí, no habrá destrucción de nada. Con la diosa del sol todo estará bien. No habrá fin del mundo. Y yo formaré parte del entramado del Orden —afirma Noel con alegría. Pero esa forma de decirlo se me clava directamente en el corazón. No habrá fin del mundo, pero mi mundo ha sido destruido.

—Dioses y amigos míos, gracias por todo. Os pido que sigáis cuidando la vida y siendo como sois. Sin rencores. Seguid adelante por el bien de todo y de todos. —Mira directamente a Morrigan. Noel nunca ha sido una persona rencorosa y sabe que Morrigan será la que peor lo pase por haber sido engañada por Aidum. Quiere retirarle un poco del peso que cargará en los hombros lo que resta de su vida.

Sus palabras recorren a cada uno de los aquí presentes, pero nadie está alegre por haber evitado el fin del mundo. De hecho, la tristeza se ha apoderado de cada uno de los dioses y diosas del Consejo.

Sin duda, Cernunnos y Brigid no pueden evitar desmoronarse y las lágrimas fluyen como ríos.

Noel se acerca a ellos, los abraza con gran fuerza y les susurra:

—Gracias por estar siempre ahí. Os dejo el resto, amigos. —La melancolía se apodera de su voz y sus palabras atraviesan el alma como dardos envenenados.

Finalmente, Noel se gira hacia mí. No quiero que me mire; significa que es mi turno en esto de las despedidas y no soy capaz de decirle adiós. No quiero. No sé. No puedo. Quiero irme con él.

Me toma de la mano con fuerza y dice:

—Ahora, Lucas, quiero despedirme de ti, pero no será aquí. —Antes de poder reaccionar, la intensidad del sol nos envuelve a ambos y, en un destello cegador, desaparecemos.

CAPÍTULO 45:
EL SUEÑO DEL ATARDECER

NOEL



Aparecemos en Riazor, esa playa que nos unió, que nos vio conocernos, sonreírnos, hablarnos, besarnos y enamorarnos. Este lugar es tan solo nuestro; es el sitio perfecto para decirnos adiós.

El viento sopla con suavidad mientras estamos uno frente al otro. Las olas, que suelen ser bravas aquí, están totalmente en calma. El paseo marítimo, que suele estar abarrotado de gente, está completamente vacío. Parece que todo está predispuesto para que estemos únicamente nosotros solos.

Cada bocanada de aire que doy me pesa como si, en lugar de llenarme de aire, me estuviera llenando de tristeza, dolor y pena. Pero no puedo entristecerme ahora, tengo que hacer la despedida que nos merecemos.

Miro a Lucas, que no me ha quitado el ojo desde que hemos aparecido aquí. Sus ojos reflejan una mezcla de confusión y tristeza que me rompe el corazón. No ha querido ni mirar a su entorno. Sé que está preparado para la estocada definitiva. Quizá suene egoísta,

pero necesito que viva plenamente este momento, no por él, sino por mí. No le he contado todo, y sé que lo que estoy a punto de hacer será aún más doloroso. Pero es necesario.

Con la mano todavía agarrada a la suya, le tiro con cuidado para que nos sentemos en la orilla. Sentados frente al mar, mirando el horizonte, oigo el sonido de las pequeñas olas que rompen contra las rocas.

Esto me transporta a ese primer encuentro. Todo parecía tan sencillo entonces. Me detengo y miro de nuevo el horizonte.

—¿Recuerdas la primera vez que vinimos aquí? —le pregunto, intentando romper el hielo.

Lucas asiente, sus labios forman una pequeña sonrisa melancólica.

—Sí, cómo olvidarlo. Fue el día que me cambió la vida. Desde ese día pude ver el mundo desde una nueva perspectiva; supe lo que era la magia, no en el sentido literal, eso llegó más tarde; y aprendí lo que era el amor. Y, desde ese día supe cómo y con quién quería pasar mi vida —dice, ensimismado, viendo cómo el sol baja lentamente, pero sin llegar a mirarme en ningún momento.

—Para mí también. Ese día lo cambió todo. —Se me quiebra la voz y no consigo encadenar más palabras que esas. ¿Dónde está ese hermoso y emotivo discurso que quería soltar? ¿Por qué no consigo decir nada más que eso?

Por un momento, dejo que el silencio hable por mí. Finalmente, respiro hondo y decido que es hora de explicarle todo.

—Lucas, sé que sacrificarme no era la opción que nos habíamos prometido, pero tampoco sacrificarte tú lo era. No es un reproche, pero si el destino tenía que tomar una vida, no iba a ser la tuya. Ya estaba escrito y no iba a cambiarlo, porque la vida que tiene preparada el destino con mi muerte es bella, llena de emociones, alegrías, vivencias, de amor y de vida para ambos mundos y para ti —hago una pequeña pausa para tragar saliva—. No podía permitir que te sacrificaras y que el mundo corriera peligro. No podía permitir que hubiera un mundo sin ti.

Lucas me mira con los ojos llenos de lágrimas, pero su mirada está llena de reproche.

—Eres idiota. Sé que, si no te hubieras sacrificado, posiblemente no hubiéramos detenido a Aidum y ambos mundos hubieran sido destruidos. Lo sé, pero eso no quita que duela y me enfade enormemente no poder cambiar el destino. No haber podido hacer nada para vencer juntos la profecía y poder estar juntos toda la vida. Por una parte, me siento insignificante y frustrado por no haber podido hacer nada por cambiarlo; y, por otra, no quiero ni puedo vivir en un mundo sin ti. No soy capaz de gestionar este adiós.

Después de esta confesión, no puedo reafirmarme en lo que voy a hacer. Sé que no debería. Sé que es horrible. Sé que no me lo perdonará jamás. Pero tengo que hacerlo, si no, posiblemente jamás aproveche esta vida que tiene la oportunidad de vivir. Lo tengo muy claro: cuando se ponga el sol del todo, me desvaneceré y me llevaré conmigo todos los recuerdos que tiene de mí, de nosotros y del mundo mágico. Aunque los borre de su cabeza, no podré borrar las heridas de su alma, pero podrá vivir plenamente con la sensación de que algo o alguien falta. Con el tiempo, podrá llegar a ser feliz, que es como debería de haber sido siempre.

Lucas

Después de lo que le he dicho, Noel se ha quedado muy callado.

No quiero arruinar nuestra despedida, es lo único que nos quedará una vez no podamos volver a estar juntos. No volveré a verlo; al menos este momento tiene que ser nuestro. El lugar de mis pensamientos, cada vez que lo eche de menos o quiera verle, tiene que ser mi refugio, mi hogar siempre que quiera estar con él.

Aclaro mi voz y le digo:

—He sido muy feliz a tu lado. Has sido mi novio, mi payaso, mi luz, mi guía, mi compañero, mi mejor amigo, mi persona favorita, el dios al que yo le rezo. —Nos reímos de forma cómplice con esto último—. Has sido, eres y serás el amor de mi vida. El pasado que estaría encantado de revivir, el presente que soy feliz viviendo y el futuro que siempre hubiera deseado vivir.

Noel rompe en llanto y no puedo hacer nada más que lanzarme a él y abrazarlo con fuerza. Lo oigo respirar de forma agitada y sorber los mocos. No puedo evitar que una lágrima amarga se deslice por mi mejilla.

Maldigo que tengamos que vivir esto. Maldigo que no tengamos la oportunidad de vivir la vida juntos o, al menos, tener un poco más de tiempo.

—Ya no soy un ser vivo. He trascendido y, ahora, por difícil que parezca, aunque esté llorando de esta manera, soy la parte de un todo, el Orden de este plano. Mantendré el equilibrio entre vida y muerte, entre naturaleza y magia, entre luz y oscuridad, y, por muy redundante que suene, entre orden y caos. Sin embargo, si pudiera pedir tan solo un deseo, sería vivir una vida humana contigo a mi lado —consigue decirlo, a pesar de las lágrimas y de los temblores en su voz.

Apoyo mi mano en su hombro. Él se levanta y se pone de cuclillas delante de mí.

—Eres la historia que quiero que escribas y la que siempre querré leer. Entre los milenios que llevo con vida, eres mi aventura favorita, Lucas. Estoy satisfecho de cerrar mi libro contigo como último capítulo. Te amo —admite con una gran sonrisa en la cara, mientras me revuelve el pelo, como tantas veces ha hecho antes.

Proceso cada una de las palabras que me ha dicho y no puedo hacer otra cosa que agarrarlo y lanzarlo encima de mí.

—Yo también te amo —le susurro.

Mientras nos abrazamos con fuerza, nos revolcamos por la arena, en señal de juego. Le hago cosquillas, me pide que pare, pero no le hago caso. Consigue zafarse de mi agarre y me aprieta muy fuerte contra él, haciéndome el abrazo del oso.

Al cabo de unos segundos, no soy capaz de respirar y le doy varios golpecitos en el brazo, rindiéndome. Se comienza a reír como hacía semanas que no lo veía reírse y hago lo propio mientras nos volvemos a colocar en la posición de inicio, ambos sentados frente al mar, mirando cómo el sol prácticamente ha desaparecido.

—Te prometo que el cielo de esta noche será mágico. Será de ensueño, más bien será el sueño del atardecer, que no puede verse,

tan solo soñar con él, como yo contigo —me dice, mirándome fijamente. Puedo ver cómo, en esa mirada, está intentando memorizar cada uno de mis rasgos, guardando cómo suena mi voz y cómo es verme sonreír. Lo sé, porque yo también lo estoy haciendo. Sé que es el momento de decirle adiós para siempre.

Siento que mi corazón se rompe en mil pedazos, pero tengo que decir algo.

—Tendré que verlo, al menos para poder contártelo la próxima vez que te vea —respondo entre lágrimas, mi voz apenas audible.

Nos besamos, y en ese instante, todo el dolor y la tristeza desaparecen. Siento cómo una lágrima rueda por mi cara y se une a una de las suyas, cayendo juntas al suelo y, por un momento, el mundo parece detenerse.

Pero, al abrir los ojos, miro a mi alrededor confuso. No sé qué estoy haciendo aquí, pero no puedo evitar mirar al cielo estrellado.

Está precioso, se ve cada una de las constelaciones perfectamente. La luna está llena y enorme, brilla con una luz dorada majestuosa. Y, viendo este espectáculo cósmico, no puedo evitar llorar en silencio.

EPÍLOGO

Lucas, delante del ordenador, teclea:

> «Entre lágrimas, veo cómo se desvanece el amor más puro y grande que he tenido el placer de experimentar. Mientras me dice adiós, solo alcanzo a decirle un último "te amo". Allí, en el mismo lugar donde lo conocí, delante de la playa con el sol ya desvanecido y el comienzo de la noche, fue la última vez que lo vi y lo sentí.
>
> Fin»

Un joven de casi treinta años se levanta de la silla en un pequeño cuarto bien iluminado.

—Por fin he acabado mi novela. La verdad es que este sueño que he tenido ha sido una fuente de inspiración magnífica: dioses increíbles, poderosos, amables, inspiradores y un amor épico que hace la historia emocionante y hermosa. Y este final que acabo de escribir es fascinante y desgarrador. Sinceramente, duele, es muy dramático y triste, pero las historias de amor que no acaban bien tienen un toque de atracción y magnetismo que despiertan muchos sentimientos en el lector. No suelen ser sentimientos buenos concretamente, pero suelen ser más memorables, más eternos. Las heridas de un corazón roto son incurables; tan solo puede aprenderse a vivir con ellas, y este es el ejemplo perfecto —dice en voz alta, dando un paso tras otro hacia la ventana. Cuando llega a ella, ve el albor del alba. Mira al horizonte y sonríe mientras una lágrima le resbala por la cara—. Gracias por haberme hecho vivir esta historia. Te quiero.

AGRADECIMIENTOS

A lo largo de mi vida he leído centenares de libros, muy distintos entre sí. Sin embargo, debo confesar que mi punto de partida fue la *Trilogía de la niebla,* de Carlos Ruíz Zafón, y más concretamente *El palacio de la* m*edianoche*. Sin lugar a duda, fue el libro de mi adolescencia.

¿Por qué? No lo sé… quizá fue la vibración que sentí al leerlo, cómo me sumergió en la historia o, simplemente, porque en ese momento era justo lo que necesitaba y lo que me gustaría escribir algún día.

Con el paso del tiempo, y dejando atrás la adolescencia, mis referentes no cambiaron demasiado; más bien, los fui descubriendo. Eloy Moreno, con *Tierra*, me enseñó que incluso la idea más enrevesada merece ser escrita, porque siempre habrá alguien que quiera leerla y disfrutarla. Y, por otra parte, Tj Klune me descubrió el *cozy fantasy* y me mostró cómo las historias que ofrecen confort y un abrazo al leerlas son vitales en nuestra literatura. No siempre hacen falta mundos fantásticos perfectamente construidos o crímenes meticulosamente planeados; la literatura también es un lugar donde simplemente estar y sentirse arropado.

El sueño del atardecer es mi primera novela. Hasta ahora, todas mis ideas y escritos se habían quedado guardados en mis ordenadores… y digo «ordenadores» en plural porque, a lo largo de los años, he tenido que ir rescatándolos y trasladándolos de uno a otro, por si algún día volvía a ellos. La idea inicial nació como un *retelling* del clásico *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, planteado como un thriller psicológico que comenzaba con la desaparición del novio de Lucas. Sin embargo, mi mente fantasiosa decidió que quería algo más:

una historia mágica, con dioses, naturaleza y muchos atardeceres. Simplemente, algo bonito.

Damos paso a los agradecimientos de verdad

Como no podría ser de otra manera, quiero empezar agradeciendo a la persona que más veces ha leído esta obra y la ha tratado con tanto cariño: Sheila, de Ediciones Vuelo. Sin ti, *El sueño del atardecer* nunca habría visto la luz. Tu profesionalidad, tu constancia, tus correcciones, tus ideas, tus comentarios llenos de humor han transformado un borrador un tanto imperfecto en un libro en toda regla. Te estaré eternamente agradecido por formar parte de mi primera novela, y espero que no sea la última.

A mis lectoras beta, que leyeron esta historia en su estado más primitivo, en ese primer borrador donde aún había tanto que pulir (entre otras cosas, Lucas): muchas gracias, Ana Ruiz Soler (@sweet_ ginger_), Tony Scarlett (@tonyscarlettw) e Ivi Maneiro Gieco (@ delabibliotecadeivi). Ha sido un auténtico placer contar con vosotras y con el trabajazo que habéis hecho. Gracias a vuestra mirada, la obra creció y mejoró. Estoy muy orgulloso del resultado final, y no habría sido posible sin vosotras.

A mi ilustradora, Alba (@kalisdice), por dar forma a la imagen que vivía en mi mente del sauce llorón y la playa de Riazor, y transformarla en una portada mágica con los colores del atardecer. Tu arte ha hecho visible lo que solo existía en mi imaginación.

A mi familia que, aunque leerá esto por primera vez (porque soy bastante receloso con lo que escribo), siempre me apoyó. Nunca os pareció raro que, de niño, pasara un verano entero con una libreta negra y un bolígrafo escribiendo, o que me creyera arqueólogo y recogiera piedras en los parques asegurando que eran huevos de dinosaurio.

A mis amigas, especialmente a Dana y María, que inspiraron a dos personajes de esta historia.

A Borja, por quererme y enseñarme que el amor puede ser fácil y tranquilo; donde las bromas son el eje de nuestra vida y una mirada basta para anticipar lo que el otro va a decir. Sí, esa escena en el coche está completamente inspirada en ti.

Y, por último, a ti, que tienes este libro entre tus manos y has leído cada una de sus palabras. Gracias por confiar en mí y en mi historia. Espero que Lucas y Noel te hayan hecho disfrutar, reír,

desesperar y quizá llorar. Y si no ha sido así, no te preocupes: seguiremos intentándolo para que lo hagas la próxima vez.

BIOGRAFÍA

Encantado, soy Álex Bermúdez (1997, A Coruña). Desde muy pequeño tuve claras tres pasiones que quería que formasen parte de mi vida.

La primera, la comunicación: hablar, conversar y compartir ideas ha sido algo natural en mí desde que, con apenas diez meses, pronuncié mi primera palabra.

La segunda, la educación: desde los cuatro años supe que quería dedicarme a ella, y hoy soy maestro de Pedagogía Terapéutica en Galicia.

La tercera, contar historias: inventar mundos y personajes siempre ha sido mi refugio y mi forma de canalizar pensamientos. Disfruto imaginando relatos fantásticos y dándoles vida en el papel, un proceso que me inspira y me motiva cada día.

El sueño del atardecer nace de esa pasión por contar historias: cada página es un reflejo de los mundos que he imaginado y de la emoción de compartirlos con quienes disfrutan leyendo tanto como yo disfruto escribiendo.

Puedes seguirme en redes sociales:
Tik Tok e Instagram: @alexelbardo_